

*una mujer libre
en la Columna de Hierro*



ROSANA CORRAL-MÁRQUEZ

SI ME LLEGAS A OLVIDAR

María Pérez Lacruz crece en el Puerto de Sagunto y en 1936 se alista para luchar en la triple batalla a la que se enfrentaron las mujeres de su época: la condición femenina, la revolución y la guerra.

La contienda pondrá a prueba su vida, sus ideales y su corazón dividido entre dos hombres que la aman de forma distinta.

En esta biografía novelada, Rosana Corral nos muestra todo un maravilloso mundo interior en el que el amor, las ilusiones, los fracasos y los sentimientos de los que por querer la libertad, perdieron una guerra.

Personificado en el caso de María conoceremos todo lo que pasó a miles y miles de condenados.

SI ME LLEGAS A OLVIDAR

Rosana Corral-Márquez

Edición digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Rosana Corral-Márquez

SI ME LLEGAS *A OLVIDAR*

*Para Rafa,
el centro de este libro y de todos mis giros.*

*

*Y para Manuel y Rocío,
el centro en medio de nuestro centro.*

Esta novela está inspirada en la vida de María Pérez Lacruz, «la Jabalina».

Su biografía se expone en el libro de Manuel Girona titulado *Una miliciiana en la Columna de Hierro, María «la Jabalina»*, editado por la Universitat de València.

Los datos de esta novela que no estén recogidos en el texto de dicho autor son producto de la ficción literaria y toda referencia que coincida con la realidad es fruto del azar.

*... lo sentí entre mis brazos, tiernito, lleno de boca y de ojos y
manos; durante mucho tiempo conservé en mis dedos la
impresión de sus ojos dormidos y el palpar de su corazón.
¿Cómo no iba a pensar que aquello fuera verdad?*

Pedro Páramo. *Juan Rulfo* (1955)

*

*...pues si militan en el marxismo de preferencia psicópatas
antisociales, la segregación de estos sujetos desde la infancia
podría liberar a la sociedad de la plaga tan temible.*

La locura y la guerra: psicopatología de la guerra española.

Antonio Vallejo-Nágera (1939)

*

Fue como si la vergüenza debiera sobrevivirlo.

El Proceso, Franz Kafka (1925)

·1939·

La acera de sombra

Mayo de 1939. Centro de detención provisional, Sagunto.

Si tuviera con qué escribir, haría un diario de todo esto, como de chiquilla cuando la República, para que nadie se olvide de lo que nos ha tocado aguantar, encerradas como el ganado en este almacén del demonio. Intento distraerme y repaso mis cicatrices con el dedo, pero algo me tira hacia dentro cuando me toco la piel, el cuerpo se achica, se escurre, como una cría que escapa contra la verja del corral cuando sabe que le ha llegado la hora.

Será que pronto van a abrir la puerta del almacén como cada noche. Nos aturdirán con su golpe de luz y yo querré hacerme chiquitica, dejar que me tapen las otras presas.

Repaso mis cicatrices y así no pienso. Si paso los dedos por la cadera, encuentro los hoyicos que dejaron las veinte grapas de la metralla, cuando me sacaron del frente en ambulancia. Si luego repaso la muñeca, la piel está ya lisa y es otra herida la que busco, «piensa en mí cuando la mires, mi amor», y me estremece oír la voz de mi novio como si me cortara otra vez con su navajita, aquel arrebató que le dio y esa raja que nos

hicimos en las muñecas para la despedida, «mira tu cicatriz, y mi cicatriz lo sabrá enseguida». Cierro los ojos y aparece delante de mí con su voz de locutor y su cuerpo desmedrado, inquieto, antes de ponerse el uniforme y salir para el puerto de Alicante. Si me pellizco la muñeca parece que está vivo en algún lugar de Rusia, pero la cicatriz ya se nota poco, apenas un grano de arroz bajo la piel que se deshace cada día, como las huellas de arena que lamen las olas del malecón. Al principio, la raya cogió un color vino que me duró en la muñeca todo el mes de abril, mientras aun esperaba una carta suya. Un surco hacia arriba, como una sonrisa. Después, nada. Ahora no sé si la veo o es un puro recuerdo, igual que los días que dormimos en aquella pensión. Recuerdo el café americano, el somier gritón, su uniforme de teniente y sus ojos temblones cada vez que callaba y me miraba tieso, al acabar el parte de guerra o el baile agarrado. Madrid qué bien resistes, mamita mía, si ahora me ponen esa copla, me dan la peor paliza.

Hace ya un mes que nos tienen aquí muertas de hambre, con la cabeza como un campo de alfalfa y quitándonos las liendres unas a otras. Pero yo tengo que aguantar porque no quiero ser menos que las otras. La pobre de Anita es dura como un pedernal, hoy han vuelto a traerla de mala guisa y no ha soltado ni una lágrima. Enseguida ha venido a buscarme porque sabe que le acaricio la cabeza y no hago preguntas; la tapo con la manta que ha traído madre y

espero hasta que se duerme. Me gusta pasarle la mano porque el contrapelo me hace cosquillas; la cabeza rapada enseña mejor el remolino que tiene en lo alto, al lado de la calva que se le hizo cuando cayó en la lumbré, de chiquilla.

Hoy ha llegado paquete de madre y hemos comido alguna cosa. No es que fuera suficiente, pan de higos y una naranja medio podrida, pero las penas parecían menos con el hambre distraída. Más de lo que puede traer, la pobre, un día sin nada en la boca, como si lo viera. Lo he repartido entre todas, cualquiera se traga esos ojos mirándola a una. Anita también recibió paquete el otro día y fue lo mismo. Ahora se ha dormido por fin con la cabeza en mis piernas, pobrecica, gemía muy callado, como un animal herido, todo era decir que no, que nada, pero los guardias la han traído descompuesta al rato de llamar para interrogarla, los ojos enrojecidos y las piernas temblonas que casi venía a rastras, como yo cuando quisieron hacerme lo mismo en el Ayuntamiento. Si le preguntaran, ella ni mu, pero ya ninguna se atreve a abrir la boca, yo le acariciaba la cabeza y les hacía señas para que mirasen hacia otra parte, sentía los pinchitos del pelo que ya le sale nuevo, si no estuviera al ras le había hecho unas trenzas. Los requetés de tarde se relamían con ella, que ni con chinches ni ojeras ni palos por todas partes nos quitan el ojo, ¡habrase visto! Yo me libré de milagro ahí arriba, en los sótanos del Ayuntamiento, ponían el motor en marcha para que no se oyeran las palizas y hala, ¡ancha es

Castilla! Me querían sacar a palos una confesión y visto que no podían, me arrancaron hasta los paños menores, venga la juerga los malparidos, menos mal que me entró la náusea y allí mismo les eché hasta las tripas. Ahora en el almacén parece que no entran, pero quién sabe si los perderé de vista, me la tenían jurada, quién sabe por qué.

El caso es que la náusea se me ha quedado puesta y a poco que haga me acompaña; ahora ha sido ver llegar a Anita y hala, casi echo el poco pan y la naranja que era un puro ardor, ¡qué desgracia este asco permanente!, y la Petra dice que no, ojos de preñada dice que tengo, que no me figuro yo de dónde se lo saca, porque he llorado tanto que se me han debido aguar. Para mí que es el asco del primer interrogatorio y esta debilidad del ayuno, que todo lo echo, basta que abran la puerta para buscar a otra nueva con la que divertirse o que suene una nueva descarga en el cementerio y ya me tengo que sujetar las tripas. Dentro de poquito vendrán y habrá que aguantarse.

Si madre se enterase de los ojos que llevo... pobrecica, me ha dicho el guardia que llevaba desde las siete en la puerta, ya ves tú, qué poco les costaba no haberla tenido ahí un día entero, ¡serán canallas! Menos mal que el día estaba bueno, desde el ventanuco que tapan con rejas entra un cielo que es gloria de ver; y a veces los chicos juegan en un descampado que hay en la parte de atrás y se les oye como a

los pajarillos. Todavía no saben sus padres que este almacén no guarda ya fruta, sino mujeres rojas. Si no fuera por el calor que nos pega la ropa a la piel, si no fuera por los piojos que nos devoran, la picor y la náusea y el dolor de huesos, si no hubiéramos caído en manos de estos sinvergüenzas quizá hasta me alegraría del tiempo y del olor que trae el campo en verano y de las risas de esos pobres niños que aún no han visto la cara amoratada que llevamos.

Madre no falta al paquete, la pobre, martes y viernes junta unas perras y se hace con unas lentejas o una manta o una punta de jamón con más hueso que chicha pero que se deja mordisquear día y noche y hasta una semana. Si tuviera un poco más, el guardia, hasta le dejaría entrar a verme, pero quién piensa en siete pesetas, con la mitad tiene que llenar cinco bocas todos los días.

Anita ha pegado un respingo pero no parece despierta, se menea como un ratón atrapado, y son estos cabrones, que ni en el sueño la sueltan. Si le acaricio la cabeza, para, ¡cómo le pincha rediez! Hacia la frente va suavemente, hacia atrás, se le pone de pie, pica-pica el contrapelo y en lo alto, un remolino. Mientras pueda ayudarla ya valgo para algo, que a la primera paliza no valía para nada y es lo que buscan, dejarnos medio muertas, como escoria, que reculemos y alguna se pase al otro bando. Buscan la buena chivata, como la Rosario, la han hecho tan criminal como ellos y dice que sí

a lo que le pongan enfrente: fosfatina los huesos y a firmar disparates. Allí pasa el día como una alimaña, pegadita a la puerta, no sea que nos la comamos viva y no les de tiempo a los guardias a socorrerla. La única que no han tocado desde que vine, ¿cuánto será? Un mes lo menos, y todas las noches lo mismo, el Cara al sol o el Oriamendi según sean requetés o no los guardias, después recuentan y hala, siempre algún falangista a divertirse con la que se le antoje: somos tantas que es para hartarse. Hoy todavía vendrán, que solo de día respiramos tranquilas hasta la noche siguiente. El rancho diario también marca el paso, si no es el caldo terroso del almuerzo, es el aguachirle para el desayuno al que llaman café, empieza y acaba y empieza y acaba, los días se juntan y alargan y nunca son una buena noticia.

Ya me ha venido el asco, si es que no falla, ¡rediez! A ver si la Petra va a estar en lo cierto y la falta que llevo no es del susto, ojos de preñada dice, si mi madre me hubiera visto lo sabía enseguida, ¡menuda es ella para esas cosas! Pero quién saca siete pesetas para una visita, casi mejor así, no sea que padezca la mujer más de la cuenta.

Suenan las campanas de Santa María, las doce ya, todas callamos porque el oído busca un ruido en la puerta, unas botas sobre la gravilla, nadie nos mira ahora porque Anita jadea bajo la manta tal cual un ratón y todas han visto cómo venia. Ella duerme porque ya no va hoy en la lista, al menos

esta noche, y la sorna de los guardias llegará enseguida, hala rojillas, salid deprisa las que llame. Si estiro la manta casi nos llega a las dos, que con ser junio bien la necesitamos cuando se pone el sol, más de una tiembla y no es de frío, sino de espanto, o de fiebre, que se ha pedido un médico y no lo quieren traer, menudo cuento tienen estas rojas de mierda, pero la cosa es que no soy yo la única que está mal de las tripas.

No sé si es un camión en la puerta o lo imagino, nadie habla ni se mira pero el camión, juraría que ha sonado un motor y se apaga ahora, la lista puede llevar hoy mi nombre y justamente hoy, que Anita me necesita, los guardias se lanzan alguna orden pero no la distingo, en cualquier momento va a ser la puerta y la lista pero mi nombre no, «María Pérez» no, al menos esta noche, todavía no, y nadie nos mira, ninguna quiere ver a Anita bajo la manta, y el chusco que guardo todavía se lo tendré que dar si me llaman, solo es cerrar los ojos y que no llegue mi nombre, «Pérez Lacruz, María», me lo comeré cuando hayan salido si se va este asco y se me calma de una vez este ansia viva.

—Las que nombre salid rápido, ¡a ver si acabamos pronto!
Felicidad Doñate...

Noviembre de 1939. Calabozos del Gobierno Civil, Valencia.

En la calle San Vicente, antes Largo Caballero, una mujer menuda y callada se abre paso en el tranvía y baja. Parece rondar los cincuenta, pero no los ha cumplido. En el escalón aprieta contra su cuerpo una cesta que trae desde el Puerto de Sagunto. Lleva castañas, pan de maíz y una ración de lentejas aguadas en una tartera de zinc. No debe derramarse ni una gota. Cuando el tranvía se aleja con su vocerío y su rechinar de hierros, ella mete la mano en la cesta y sonríe, a pesar de la hora y pico de trayecto hasta la capital, el tacto del metal aun es tibio.

Levanta la cabeza y se arregla la toquilla negra sobre los hombros mientras respira hondo. La mañana de noviembre ha salido limpia y el aire no se enfría nunca en Valencia hasta entrado el noviembre.

No quedan lejos los calabozos del Gobierno Civil, a paso normal unos diez minutos. Pero ella siempre lo hace en seis, desde que trasladaron a su hija a la nueva prisión ha venido todas las semanas. Aprieta el paso y frunce el ceño, como si no faltara una hora larga para encontrarse con ella en la visita de las diez, ¡pero qué lástima si pierde la cabeza de la fila y la tartera se queda fría en la humedad del patio!

Acelera, no sabe ir de otra forma y lo ignora. Está hecha a correr de un sitio a otro desde siempre. Corría ya en el 23 para dejar Teruel por Sagunto y levantar una familia, corrió cuando los bombarderos italianos abrieron El Puerto en pedazos y qué otra cosa ha hecho, sino correr, desde que le arrestaran a la María en el mes de mayo.

María.

San Vicente, plaza de la Virgen y dejar la catedral a mano izquierda hasta el río. Sabe el camino de memoria, lo toma siempre por la acera derecha, la que está en sombra. Y María encerrada, sin ver el sol. Preñada que está de siete meses y encima en Valencia, con lo que cuesta venir a verla hasta allí. Le dice en las cartas que sí, que toma el aire de dos a seis, que la llaman «La Jabalina», como si aun estuviera en El Puerto, que lo pasa aburrido porque andan por el patio sin ocuparse en nada. Hijica. «Aburrido», dice.

Echará de menos al Pedro, y a ese tal Rico, como si no la hubieran complicado ya bastante. El Pedro bien formal que era ¡Dios sabe dónde andará! estaría colocado ahora en la fábrica si no hubiera llegado la guerra, y bien que la quería a su María, de corazón. Pero tuvieron que llegar esos de la CNT con el tal Rico a la cabeza, ¡menudo sin conciencia!, «el pan para el pueblo», «la tierra para el que la trabaja», y les sorbieron el coco a todos; hasta María se fue detrás vestida de hombre y con ideas de hombre.

La mujer menuda y callada aprieta la cesta y acelera el paso, puede que alcance Gobierno Civil en tres minutos apenas. Ha empezado a sudar bajo la toquilla de lana negra y se para en la juguetería Miralles para aliviar el sofoco.

Hay una muñeca nueva en el escaparate y no es fácil pasar de largo. Si supiera leer, le diría a su María el nombre que lleva puesto en un cartón con letras doradas. Lleva su vestido de comunión en muselina blanca con las mangas de globo y trae hasta una cadena con su medallita, quién tuviera los cuartos que piden en el cartel dorado. Su María estaba tan guapa en la primera comunión, con el traje de franela que le prestó doña Amparo y ese color tan bueno que traía en la cara a lo primero de llegar a El Puerto. Aquello sería antes de venir el rey Alfonso, ¡qué tiempos cuando el rey Alfonso!

La mujer se santigua y piensa en la criatura que va a venir para enero, si es que resiste los interrogatorios... Dios mío, su hija está de siete meses y a ella le han dicho que no respetan ni a las preñadas, aunque María siempre es que no, no fue nada madre, nada, no llore usted, que se me va a poner mala, y si fuera niña lo que lleva en el vientre, Isabel tendría que llamarse, como se llama la abuela.

Isabelita.

Al retomar la marcha hacia el río, la mujer levanta los ojos al cielo y sigue el vuelo agitado de los estorninos, su baile alegre sobre las azoteas la embelesa un instante. Los hay a miles, parecen dibujar una flecha, se arquean, giran, un corazón. Isabel aprieta la cesta y sonríe, lo tomará como una señal de San Cristóbal.

En la puerta de Gobierno Civil, la cola ya casi dobla la esquina. Santo cielo, qué muñeca tan hermosa, se lo contará a María si puede, las visitas pasan tan rápido que siempre se le olvida la mitad de lo que trae preparado.

Ocupa su sitio y comprueba la tartera con las lentejas, están ya casi frías. También le hablará de los estorninos; ¡vaya señal: una flecha y un corazón! le ha dado una corazonada que no sabría explicar, un calor grato que le sube hasta la cara y le dibuja una sonrisa sin querer.

La gente avanza a pequeños pasos. Isabel se deja llevar por su silencio, como tantos otros en la cola, se retuerce las manos y repasa las horquillas del moño. Lentejas y pan de maíz. Mira de reojo a los otros familiares y no encuentra a la mujerona rubia de Frías, la que tiene al marido encerrado un mes, ya no hablaban tanto como las primeras veces, pan de maíz y castañas, ¿sabe usted? de siete meses está ya mi María. Con la marcha de las semanas, el desahogo de la charla había ido quedándose en un intercambio breve de cejas en alto y la sonrisa tibia había pasado a ser un tímido

borrón en la cara. Frías de Albarracín, tan cerca de su Jabaloyas. ¡Señor! llévame pronto si no llega hoy la mujerona, ¡bien saben todos lo que significa eso! Sin embargo, el señor elegante ya ha llegado, qué flaco parece sin el abrigo oscuro que trae todos los días, lo habrá tenido que empeñar. El día que echan a alguna con la ración en la mano, solo el señor elegante se quita el sombrero y la mira a la cara, ¡menudo valor, Dios santo! Qué ratico tan malo cuando dejan la cola y nadie dice nada.

Ya entra en el edificio y puede sentir más cerca el frescor de la sombra en el muro. Recoge la toquilla sobre los hombros y espera. En el pequeño patio rectangular, el flanco izquierdo está hundido aun por el impacto de la última bomba. Los pasillos oscuros repiten el taconeo de los funcionarios, que suena de una forma hueca, siniestra, y se mezcla con el olor a humedad y orín que no se disipa con el mediodía. Guando llega su turno, un guardia la deja acercarse a la mesa de la entrada.

—Isabel Lacruz, madre de María Pérez Lacruz.

Detrás de sus gafas redondas, un individuo enjuto anota su nombre con indolencia en una ficha. Es un cuarentón amargo y protocolario de raya al medio y bigote impecable, con un hociqueo nervioso que se dispara ante cualquier imprevisto. Cuando las cosas van bien, el tic del funcionario sirve para el desahogo y la chanza de los que le observan

desde la fila, pero si algo se tuerce de improviso, las muecas del funcionario echan a temblar al grupo entero.

—María, Pérez Lacruz María.

Le hace un gesto seco a su secretaria para que busque el expediente entre las pilas de papeles que cubren la mesa y después arruga la boca. La secretaria repasa con destreza una lista mecanografiada que sujeta entre las manos, lleva un moño apretado en la nuca y asoma la lengua a los labios sin carmín, los dedos se mueven ágiles como gorriones.

—Pérez, ha dicho...

—Pérez Lacruz, sí, señorita.

La mesa está cubierta de ficheros que chirrían al abrirse y papeles que se apilan sin orden aparente, un flexo de latón se inclina y abre un pobre círculo de luz sobre ellos. De pronto, un soplo de aire frío hace temblar los documentos y la chica se lanza para sujetarlos en una postura grotesca, el hombre tamborilea en la mesa hasta que se reincorpora y sigue.

—No figura, señora. —Su tono es expeditivo, la secretaria la mira mientras niega con la cabeza y junta los hombros—. Su hija no está en la lista de hoy.

—Compruébelo usted, ¡hágame el favor!, que hoy era el día, a las diez. ¡Estoy segura!

—... Pérez ha dicho, ¿no? —La secretaria reanuda tímidamente la búsqueda.

—Pérez Lacruz, María. Pérez Lacruz. Del Puerto de Sagunto. Desde mayo que está arrestada, y está de siete meses, quizá la tengan en la enfermería. Míremelo, reina, que usted es un alma buena, ¡por lo que más quiera!

Isabel siente que las piernas no le van a aguantar y apoya las manos en la mesa. Fija los ojos en la lista que está repasando ahora la secretaria, quisiera que los demás familiares no permanecieran detrás de ella, que no vieran sus brazos tensos como cuerdas, la espalda que ya no es su espalda, sino un fardo lleno de piedras, quién lo resistirá más tiempo si no le dan cuenta de su María, ¡por Dios, la María y la criatura, que tiene que llegar bien!

—¡Basta! —corta el funcionario, la barbilla en un tembleque rápido—. ¡Aquí no está, ya se lo he dicho! —Censura con los ojos a la chica, que para de buscar, y hociquea ya de forma brusca—. Váyase a casa, señora, su hija no está en la lista, ¿siguiente?

—Han vuelto a castigarla, ¿es eso? —Isabel se acerca tanto al hombre que puede sentir el aroma sofocante de su

gomina, el peinado le brilla bajo el flexo como la coraza de un insecto—. ¡No se me eche usted atrás, que no muerdo!

Las piernas ya no son de carne y las siente deshechas como terrones blandos sobre el suelo, si sus ojos pudieran estar aun en la fila, entre los que callan ahora, ¡un día más!, le ha tocado tantas veces buscar el alivio desde allí, esquivar la escena y entretener la mirada en el suelo o en el último botón de la chaqueta, una más en la fila y María a salvo, como hasta esa mañana.

—El mes pasado le dieron cubo, ¿no lo llaman así? ¡Criminales! ¡Mal cubo les diera yo a todos! ¡Y mala muerte que tuvieran!

Las botas de los guardias ya se acercan, llenan la respiración quieta de toda la gente en el patio, ahora será darse la vuelta y comprobar que nadie la mira más que el señor elegante, la de Frías ni siquiera habrá llegado y el señor sin el abrigo la va a romper en dos cuando la vea pasar, ya se habrá quitado el sombrero con las manos temblonas.

—¡Víboras! No puedo irme sin verla, ¡mi chica está esperando para enero! Si no le llega su rancho... ¡tiene que comer para dos! ¿no lo entienden? ¿que no está bien mi hija, ha pasado alguna desgracia? ¿Y la criaturica? ¡¿Qué habéis hecho con la criaturica?! —Agita la cesta hacia el hombre y los guardias de la entrada ya la tienen agarrada por detrás, la

llevan hacia la salida y haciéndole daño, pero ella aun no lo siente—, ¿es que no tienen alma en el pecho? ¡Asesinos! al infierno que iréis todos, ¡sanguijuelas!

Cuando pasa delante del señor elegante, el guardia ya ha dominado sus empellones. Isabel desvía la mirada y se limpia el manchón de las lentejas en la falda, que se han derramado de su tartera. Se apoya en la fachada de la calle y deja que las piernas cedan hasta quedar sentada. Se quedará allí mismo, frente al desfile somnoliento de los familiares en la cola, que desvían los ojos hacia otra parte, sus pasos breves los mira ya sin ver, las noticias corren rápido y lo sabe, casi tan rápido como la angustia. Alguien sabrá decirle de su María, alguien que salga y sepa; siempre pasa, mi chica me dijo que se habla de tal y cual, alguno saldrá con noticias, y los estorninos, eso sí estaba claro, hacían una flecha en el cielo, una flecha y un corazón. Está viva su María, san Cristóbal se lo ha dicho y no hay nada que temer.

·1931·

La acera de sol

Abril de 1931. Puerto de Sagunto.

En la tarde del catorce de abril, a las seis en punto, la Siderurgia del Mediterráneo anunciaba el cambio de turno con la sirena. El ruido cortaba el aire, pero nadie se sobresaltaba, entraba en las calles de El Puerto de Sagunto, invadía las barracas de los obreros y las plácidas residencias de los ingenieros.

Era un pueblo recién creado, apenas unas cuantas calles sin asfaltar que rodeaban una fundición de hierro y un embarcadero. El castillo de Sagunto quedaba a unos tres kilómetros aupado en una colina, distante, ensimismado en su Historia, las casas de los agricultores rodeándolo cuesta abajo. El Puerto, sin embargo, era distinto, casi una isla de ladrillo rojo rodeada de naranjos. En la avenida de Sota y Aznar, los vascos que habían traído la factoría hacía tres décadas, los álamos eran tan jóvenes aun que no había alivio alguno para el sol de Levante, inclemente desde marzo hasta noviembre. Las casas no pasaban de dos plantas y las

chimeneas de la fábrica vigilaban desde cualquier esquina como un padre protector y severo.

A las seis de la mañana un turno, a las seis de la tarde el siguiente, la vida en este pueblo estaba abierta a tajo por la sirena, dibujaba líneas en el aire que respiraba su gente, dirigía sus itinerarios. Entre tanto, de forma continua, una carbonilla roja llenaba las horas y se suspendía en el aire, se arrastraba por los caminos o volaba hasta el campanario de Nuestra Señora de Begoña, se colaba en la respiración de los obreros y los estibadores, los ingenieros y los capataces, en el jadeo de todos sus hijos en el patio de la escuela o en la plaza del mercado, para acabar atrapada por la ropa tendida de todas las casas o hecha oleaje manso contra la arena de la playa.

El día catorce había amanecido como una jornada cualquiera. Los obreros salían del taller de calderería y se limpiaban el sudor con un trapo ya húmedo que pasaba de mano en mano, como las noticias calientes.

—Dice el capataz que la cosa va rápido —comentó un obrero cargado de hombros que se movía con viveza—, que el rey va a dejar el país por Cartagena, lo ha oído mentar a su hija, que la tiene trabajando para don Ramón. ¡Lo han dicho en el parte de Unión Radio!

Manuel Pérez callaba. Se abotonó la chaqueta y tosió. Escuchaba a los demás, pero el estómago vacío empujaba más su imaginación que cualquier otro discurso.

—... y en el horno número uno se dice que en Madrid la cosa está que arde, que don Miguel Maura ha juntado ya el comité en su casa y hay un gentío tremendo frente al Ministerio de Gobernación ¡paso al gobierno de la República! parece que gritan.

A él no le iban los líos de la política. Recogió su tartera de zinc vacía y la cabeza se le lanzó ya al pan con tocino que le esperaba en casa y al catre donde se querría echar si pudiera. Era un hombre enclenque, desmedrado, las jornadas sofocantes y el poco sueño le habían metido a tísico. Se movía despacio e intentaba siempre pasar desapercibido. Tosió otra vez.

—... claro que los de la CNT ya marchan desde aquí a Valencia para armarla también, van para la plaza de Emilio Castelar, donde el Ayuntamiento.

Lo más prudente iba a ser callarse hasta hablar con su hija mayor, María, que estaba con don Severiano sirviendo, a ver qué noticias había escuchado por la radio. El ansia de los compañeros mejor dejarla enfriar por dentro, que luego todo eran disgustos, lo tenía bien aprendido. Él mantenía su puesto y era casi un milagro. Sin embargo, iba para un año

que todo había empezado, la huelga y los despidos. Después habían apagado el horno número dos y se sabía que la fábrica acabaría cerrando. Los obreros que andaban sin faena y alborotaban por el pueblo se contaban ya por miles y había quien estaba convencido de que todo iba a acabar en desastre, con o sin la monarquía.

Manuel sacó su tabaco de cuarterón de la chaqueta. Vació la cajetilla descuajeringada y la lanzó al suelo con desdén. Los compañeros ya cruzaban la verja de salida de la fábrica y se dirigían hacia El Paso para entrar en el pueblo.

—¿Hoy no te vienes a la taberna del Paco? —le gritó el último de ellos.

—Los bronquios me van a matar ¡releche! —dijo antes de que le interrumpiera su tos de nuevo.

—Por eso mismo, hombre ¡un poco de cazalla y de esa tos ni te acuerdas, te lo digo yo!

—Deja, Simón, que la mujer me espera hoy a las seis con una carga de bachoqueta que subo a Algimia con el carro...

—Pero Manolo, ¡que hoy es un día grande, déjate a tu mujer, redíós! Tiene que haber un jaleo padre hoy, ¿te lo van a contar o qué?

—¡Descuida! ya me lo contará mi chica la mayor... —La tos hueca la atravesó otra vez—... Yo eso del jaleo se lo dejo a los jóvenes, que uno no está ya para muchos trotes.

Enmudeció, la tos, enérgica y algo sobreactuada, le sacudía. Despidió al compañero con los ojos empañados y lo vio girarse y apretar el paso, convertido en un bulto más junto a la sombra del grupo, contra el último sol de la tarde.

Era pleno abril y hacía ya un mes que los días se alargaban poco a poco, la salida del turno se hacía más luminosa, más amable, Manuel se dejaba llevar por la alegría sin ponerle trabas. Un aire más templado y lleno de olores, unas horas de luz que se ensanchaban y ya le era fácil olvidarse de que volvería igualmente a las seis a la fábrica, aunque fuera primavera.

Encendió su pitillo y le dedicó una calada lenta, meditabunda, mientras echaba a andar hacia su casa. No se había rezagado apenas, pero en El Paso ya solo encontraba las huellas dibujadas sobre la tierra seca. Era raro que faltaran los jóvenes allí, esperando a sus novios con los ojos llenos de ansia, o los corrillos de hombres que fumaban la última picadura allí mismo, cuando no les fiaban ya en la taberna.

Pero esa tarde se podía proclamar la República y las calles comunes estaban en silencio, desiertas, el pueblo entero

vivía pendiente de las últimas noticias. Unos esperaban en casa y entretenían la tensión, la esperanza o el miedo detrás de una puerta. Otros se habían dejado ya tragar por el momento, colgaban banderas tricolores en la ventana o repartían su entusiasmo en la plaza, frente al Ayuntamiento. Se decía que iban a lanzar el retrato del rey por el balcón entre vítores y que iban a cantar el *Himno de Riego*. Hasta los naranjos parecían sumarse a la ebullición general y el olor del azahar se respiraba más intenso.

Manuel había escuchado rumores todo el día y ahora su paso solitario por la calle le confirmaba lo esperado. Sentía curiosidad todo lo más, o eso se decía él, curiosidad por los nuevos tiempos. Se creía un hombre tibio, ilusión la justa le decía su abuelo, ni mucha ni poca. Era un sistema métrico que había inventado hacía tiempo con las emociones, cabeceaba entre ellas a velocidad continua para evitar percances, era lo que la vida le había enseñado a sus cuarenta.

De pronto, el ruido de un motor le sobresaltó. Era el autocar de línea, que subía hacia la carretera de Valencia e iba repleto de jóvenes en plena bullanga. A ninguno le faltaba el pañuelo rojinegro al cuello, cantaban y levantaban el puño, hasta el conductor mismo. «El Jesús —se dijo Manuel— que había debido de ponerles viaje gratis a los de la CNT». Y es que Jesús era anarquista, como todos los que voceaban en el

coche. Algunas muchachas se habían disfrazado de la Marianne, con su vestido blanco, su banda tricolor y su gorro frigio, a Manuel le dio el tiempo justo para comprobar que su hija no iba entre ellas.

Cuando el coche desapareció y el escándalo se fue apagando en una nube de polvo, Manuel se vio atrapado en una prisa absurda, inesperada. El sol horizontal había dorado el polvo suspendido en el aire y el silencio recobrado le quitaba realidad al momento, pero Manuel parecía despertarse justo entonces de un sueño. «María —se dijo—, ¿dónde estará la María?» Y de pronto sintió la necesidad de atajar por la calle Libertad hacia su casa, imaginaba a su mujer con el carro para cargar la bachoqueta pero también a la chica, o la falta de la chica, la mujer estaría en la puerta con los brazos cruzados y echaría la tarde a perder con su mal talante.

En el salón Victoria, un cartel improvisado rezaba «esta tarde se proclamará la República». La bandera con banda morada ya ondeaba en el balcón y los vecinos que se habían quedado sin un hueco se apretaban contra la puerta de la calle, atentos a Unión Radio que sonaba desde el interior.

Se hubiera quedado a escuchar, pero antes debía pasar por casa. La mujer, ¡Dios nos ampare si la encontraba encendida!, tendría que aguantarle las voces y esperar a que amainara, más le valía a la chica recogerse pronto en casa.

Cuando llegó al trece de la calle Ursandizaga, el olor de la leña que ardía en la cocina lo recibió conciliador, como si nada hubiera salido de su orden habitual. El techo estaba cargado de ristras de ajos, embutidos y mallas de caracoles con romero que colgaban como una constelación mundana. Al fondo de la estancia, su mujer se afanaba de espaldas en batir unos huevos y desatendía al jaleo de los hijos. Manolita, que era sordomuda, tenía ya diez y ayudaba a su madre en los pucheros, se balanceaba en su silla de anea con la boca abierta y la mirada idiota perdida en la lumbre. Los gemelos no cumplían los tres años y jugaban en la puerta con un aro de alambre que se disputaban a gritos. Cuando los niños callaron al ver a su padre, Isabel se percató de que había llegado y salió a recibirle con los brazos en jarra. Era más bien flaca, tirando a encorvada. El moño en la nuca y el luto permanente le restaban envergadura, pero su mirada era penetrante y los movimientos vivos

—¿Y la María? ¿No está contigo? —le dijo él sin mirarla a la cara.

—La María es una desvergonzada, Manolo, se ha ido al Ayuntamiento con esos de las Juventudes o lo que sea, ¡me apuesto el cuello! Dicen que han quemado una bandera nacional antes de subirse para allá, ¡a saber qué desmanes estarán armando y tu hija con ellos! Mira que le dije que

después de la faena directa a casa, ¡pero si no ha hecho ni los catorce!

—Venga, mujer, no te pongas así, parece que la cosa de la República es de importancia, lo decía el capataz en la fábrica...

Isabel, lejos de calmarse, agarró a los niños de forma brusca y los trajo a la mesa para la cena. Manolita, aprensiva, se giró hacia el puchero con el cucharón y empezó a removerlo con los hombros en alto y la cabeza gacha, la pequeña Carmen empezó a lloriquear.

—Tú nada, sigue sin reñirla a tu hija y verás, ¡la niña de tus ojos! ¿Te parece decente, con la edad que tiene la chiquilla?

Manuel empezó a arrullar a la pequeña en sus brazos, Miguelito ya gimoteaba con las manitas en alto hacia él. Isabel lanzó una blasfemia y le quitó el cucharón a Manolita para removerlo enérgica, la muchacha buscó refugio en una banqueta junto a su padre y le agarró de la pierna.

—Pero si está todo el pueblo ahí arriba, mujer, ha salido hasta la banda a tocar el *Himno de Riego*. —Cogió al niño también y les sonrió a los tres—. ¡Y *La Marsellesa*! Ya verás como la República es para bien, dicen que habrá mejor jornal y más escuelas.

—Eso tú, que te crees todo lo que dice don José allí en la fábrica, ¡y con el calor se os funden a todos los sesos!

Tan hondo grabé tu nombre, que a perder eché un olivo...
Manuel les susurró una jota de su tierra y los niños empezaron a hipar divertidos, los sentó a la mesa y siguieron el ritmo con las manos, Manolita cabeceaba distraída y abría una sonrisa torpe, no podía cantarla pero tarareaba con entusiasmo.

—Que no, mujer, que tengo razón, no seas desconfiada. *Si me llegas a olvidar...* —Los pequeños movían la cabecita y golpeaban suave con los tazones en la mesa, Manolita se los quitó en un reflejo para que no los rompieran—, ya verás como todo es para bien, ¡mujer!

—Confía, confía, que luego vendrán los palos, no sé de otra cosa en la vida, ¡y esta chiquilla se encamina mal, te lo digo yo Manolo! ¡que esta mañana se lo dije y nada!

... Si me llegas a olvidar; qué lástima el arbolico. Se desabrochó el cuello de la camisa y dejó a los pequeños en manos de Manolita, buscó tembloroso en el bolsillo el tabaco que se fumaría para atajar los nervios, había olvidado que no le quedaba.

—¡Eso, eso, y tú fuma, que es lo único que sabes hacer!

Caminó hacia la calle y sintió la voz de su mujer cada vez más amortiguada, más por su distracción que por la distancia desde la puerta. María era la que le ocupaba ahora los sentidos, ésa figura delgada y alegre que le gustaría descubrir calle abajo, dónde se habría metido la chiquilla... El paso despreocupado de su hija casi lo estaba viendo, y ese brío que solo se gastaba ella con su juventud recién estrenada a la vida, a los palos, a los sudores, y también a los sueños, que es lo que le estaba avivando a la niña el espíritu y a su madre el mal genio.

Pero la calle le devolvió el mismo silencio, el barrio estaba más lleno de noche cuando rondaban las siete y las sombras no dibujaban ninguna silueta doblando la esquina.

.1939.

Cadenas al cabezal

Octubre de 1939-Hospital Provincial, Valencia.

Desde el tranvía, Isabel mira por el cristal pero ya no encuentra el vuelo de los pájaros, octubre escurre la luz y echa pronto la noche sobre la ciudad.

«Perez Lacruz no consta», ¡menudo sofoco con el funcionario! La habían echado de mala manera, ¿tanto costaba decirle que le habían pedido una ambulancia a María? Marcaba mucho, hasta los canallas de los guardias se habían dado cuenta. De siete meses que está su chiquilla, ahora sabe por qué los pájaros volaban hacia el hospital, una señal que mandaba su santo patrono y ella venga a padecer, menos mal que se quedó en la puerta hasta que los Doñate averiguaron algo, que las noticias vuelan.

General Mola, baja donde le han indicado y busca el hospital, le queda un buen trecho de huerta y a oscuras. Antes de la restricción, el alumbrado era una gloria y los

coches cogían el tramo que iba hasta la mismísima puerta. Se arregla la toquilla negra sobre los hombros y aprieta el paso, arrima bien la cesta con la tartera a su cuerpo y empieza un salve María sin apenas despegar la boca.

Qué frías van ya las lentejas, todo el día sin probar tajada pero no las puede tocar, son para ella. Si le dejan ver a su chica, ya no pide más. Desde mayo que cayó presa y solo ha podido comunicar tres veces, la tienen tan estropeada que no se adivina casi su estado, si la criatura aguanta y nace bien va a ser un milagro.

—¡Alto! Documentación...

Un guardia civil cierra el paso en la entrada principal y la mide con ojos fríos mientras se enrosca con una mano el tricornio; su compañero fuma con desinterés sentado en la garita, Isabel busca en el refajo de la falda y enseña sus papeles con la mano temblorosa. El casco del guardia se recorta contra el cielo inflamado del atardecer y el hospital se levanta en sombras delante ella. Se pregunta qué habrá de cierto en su María ingresada, a saber si la tienen muerta a palos y lo de la ambulancia ha sido una mala patraña, ¡bendito sea Dios, no quiere pensarlo! Y en El Puerto sin saber nada, que las tres pesetas de la vuelta las ha gastado en el tranvía y ahora no tiene una perra para llamar siquiera. El guardia niega con la cabeza y le devuelve los papeles tajante.

—La hora de visita terminó a las seis, señora, ¡recójase en casa! No son horas de andar sola por la calle...

—Tengo que ver a mi hija, señor, ¡la han traído hoy en una ambulancia!

Isabel se persigna angustiada y se agarra la medalla de La Purísima que lleva al cuello. Una monja que cruza en ese momento se detiene a escucharla, la cofia blanca resplandece en la oscuridad.

—... está en estado, de siete meses, ¡apiádese señor!

—Déjenla, que pase ¡por Dios!, parece una buena cristiana...

Isabel aprovecha la indecisión de los guardias y se adelanta hacia la puerta, pronto está caminando en la dirección que le ha indicado la religiosa y sus pasos resuenan en las bóvedas del pasillo como si avanzara a través de un sueño. El olor a Zotal no ha desaparecido, pero el silencio que llena los pabellones le encoge el ánimo, no parece el mismo hospital donde pasó seis meses junto a su hija. Cómo la llevaban, ¡Dios mío! Si parecía una reina, la única mujer miliciana, ni que fuera Agustina de Aragón, venga las flores y venga a venir periodistas y peces gordos, ¡hasta una ministra!

Una lámpara de keroseno llena el pabellón de sombras desde el fondo del pasillo hasta la mesa donde dormita una monja. La bóveda es alta y cierra el aire viciado y frío sobre

sus cabezas, la humedad se cuela por los boquetes que dejaron las bombas y muchas ventanas no tienen cristales. Un enfermo tose sobre una palangana y rompe el silencio, la mujer que le asiste levanta una mirada hosca hacia Isabel. Una vez llega al final del edificio, se para y vacila, ya no recuerda si le dijeron que mujeres era al primer o segundo pasillo por la izquierda. Da con una puerta, cruza, el otoño ha convertido el patio en un barrizal y una lluvia fina le cala mientras busca la siguiente entrada.

Una buena manta y bien de caldo, de fijo que no tiene con qué calentarse la criatura, y presa que viene, desmayadica que la habrán traído. Si estuviera el doctor López Trigo, ¡qué bueno era!, si es que le remendó los huesos como si nada, la metralla le había llegado hasta el tuétano y hay que ver la sangre que perdía. Dónde estará ahora ese buen hombre, si le dejaran trabajar de fijo que la curaba otra vez, pero vete a saber, en algún calabozo de mala muerte si no lo han fusilado por curar rojos. Y eso que era pudiente. Anda que las enfermeras, aquella extranjera que no pronunciaba la erre, Dios la guarde, una cabecilla muy mala venirse a una guerra que no le llaman, sola con tanto hombre, un pelín fresca, pero el corazón como un pan.

En el extremo opuesto del pasillo porticado, un cartel señala «Mujeres» a la puerta de un nuevo pabellón, pero Isabel no sabe leerlo. Llevada por su instinto, cruza el patio y descubre

que ha llegado por fin, pero antes topa con un nuevo control, una monja que guarda la entrada le pide que enseñe la cesta.

—Comida. —La monja husmea en la tartera y finge desinterés—, Habrá que requisarla de inmediato. Son instrucciones de higiene.

Isabel recupera rápidamente la cesta y la aprieta contra sí, pero el gesto de la otra es inflexible, cruza los brazos indolente y la mira con superioridad.

—Está bien, está bien... aquí tiene usted, ¡para hartarse!

Le entrega la tartera impaciente y pide entrar. El guardia civil que está detrás de ella le hace un gesto e Isabel saca de nuevo sus papeles.

—Lacruz, Lacruz... —La monja vacila un instante y consulta un listado—. Tenemos a una Pérez Lacruz, ¿es su hija?

—¡Válgame Dios! ¿Está aquí mi María?— Isabel se apoya en la mesa para retomar el aliento, ha sentido cómo las piernas le cedían—, ¿dónde la tienen? dígame, ¡criatura!

María reconoce su voz y se incorpora con esfuerzo. Se apoya en el codo que tiene libre mientras con la derecha hace agitar la cadena que la retiene al cabezal, el metal suena casi alegre en el silencio de la sala.

—¡Madre! ¡Madre!

El guardia que escolta la puerta se abalanza hacia las dos mujeres que ya se abrazan e intenta separarlas con la culata del fusil.

—¡Orden! Aquí se requiere silencio ¡orden señora o la mando desalojar!

—Canallas, ¡sinvergüenzas! —Isabel se resiste, María le hace señas para que se calme—. Mire cómo me tienen a mi chica, atada como un animal, ¡al infierno que van...!

Isabel recibe un culatazo en la tripa que la hace callar, se dobla y boquea hasta retomar la respiración que ha perdido. El guardia la mira un instante con la culata en alto pero relaja la expresión y sonríe satisfecho.

—No meta bulla, roja de mierda, o la tiro a patadas. La letra con sangre entra, su hija bien que sabe ya la lección...

Se recoloca el tricornio y enfila hacia la puerta, el bajo de la capa aletea en la oscuridad y envuelve el silencio abrupto en la sala. Las pacientes se ovillan en sus camas e Isabel se acucilla junto a su hija, boqueando. María le aparta el pelo de la cara y baja la voz.

—Madre... —Las dos se miran con los ojos empañados—. ¿Madre cómo está? No hable, no, shhh... —Le pone el dedo

en la boca y le sonríe antes de coger una amplia bocanada—. Respire así, mire, despacio como yo...

«Si fuera niño sería tan guapo como tú, pero me dicen que apunta a niña. A veces me sacude por dentro como un pececillo y otras me hace un bulto en la tripa que es su mano o su pie, empuja hacia fuera y yo hago como que la ri o, la tiro para dentro pero flota y reflota».

María muerde el lápiz y medita despacio. Aun no ha escrito la primera palabra, la cuartilla que ha conseguido su madre es demasiado pequeña. La mandar  con las señas de Kirovabad, donde la escuela de pilotos, a ver si hay suerte y él ha podido llegar a Rusia. Si la monja está de buenas dar  permiso para entregar correo a la familia.

«Me pregunto si es que tiene ansias de libertad como yo, noto su pu ito cerrado y pienso que ya sabe el saludo antifascista, puede que también eche de menos a su padre y saque la mano para sentir el calor de la mía. Acabo llorando sin que nadie me vea».

Acabo llorando mejor que no. Bastante tendr  el pobre con vérselas en el extranjero solo y con la guerra como está en Europa. Eso si es cierto que anda por Rusia, que ya son tres cartas las que ha mandado y nunca llega respuesta. María levanta la mirada del papel y la pierde un momento en el

cielo tranquilo que recorta la ventana, ya no se ve una sola paloma como en la guerra.

«Isabel que se llamará. Madre está convencida de que no es varón, lo cree porque tengo la barriga alta y la cara guapa, cosas de vieja. El doctor ha dicho que para reyes y que tengo que estar tranquila, que si padezco la criatura se da la vuelta y hay que sacarla con hierros, por eso convenció a los guardias para que me quitaran la cadena de las muñecas».

Se inclina sobre la cuartilla y arranca a escribir el primer párrafo con letra apretada, la lengua le asoma en los labios tensos. Sor Iluminada levanta la cabeza de cuando en cuando y la observa antes de volver con una mueca de fastidio a su labor.

Queridísimo amor: Al recibo de esta carta me alegraré que te encuentres en la más completa salud, la mía regular, pero no es nada, un poco de molestia en los riñones, pero ya no arrojé el caldo de la comida y he cogido buena color. Para reyes salgo de cuentas. Madre está haciéndole una toquilla a la criatura con un abrigo que era de la Carmen cuando chica.

Una buena toquilla de lana le vendrá bien al bebé cuando vuelvan a Gobierno Civil, con la humedad que hace en la celda del sótano. Ella echará de menos el doble rancho y el cielo, hasta el olor a fénico que tanto detestaba cuando la guerra.

Color café, que siempre es más sufrido que el rosa o el celeste. Es peleona la criatura y me da que ha sacado tus zancadas según la siento. Madre me dio un lazo colorado y dicen que trae buen fario.

El lazo colorado, menuda sandez. Si pone que el lazo es rojo la monja le censura la carta seguro, vete a saber dónde habrán acabado las tres primeras que mandó, sor Iluminada deja de bordar y la mira, parece haber oído a María en su pensamiento.

—María, termine ya. —Apoya su labor en la mesita y la recrimina con la mano en alto—. ¡Se le va a fatigar la vista!

María asiente y retira la cuartilla en un reflejo. Fatigar la vista, casi la muelen a palos y ahora se preocupan por eso, con lo que han visto esos ojos, ¡mejor que hubiera sido ciega!

Los ojos los tiene que sacar oscuros de tanto que hemos pasado, si salen avellana serán a ti, que estás libre, el verde oliva sería la esperanza, la libertad que deseo que llegue pronto. Me ha dicho madre que estando mala puedo pedir la provisional.

La monja atiende otra vez a su labor y columpia levemente la cabeza concentrada, las alas blancas de la cofia vibran apenas, le impiden ver cómo María retoma su cuartilla.

No será para largo lo mío, el abogado le ha dicho a padre que pida aval de don Severiano y de don Francisco, dirán de mi buena conducta. Todo el pueblo sabe que tengo las manos limpias, me acusan por un ideal y ese no es motivo para retenerme de por vida, que nuestro Caudillo sabrá hacer justicia como manda Dios.

Que nuestro Caudillo... ¡la madre que las parió! Lo que hay que poner para que le dejen mandar cartas a una, casi le vuelven las arcadas del primer mes al escribirlo.

Vicenta, la compañera de su izquierda, le guiña un ojo. Ha visto cómo María sigue su carta a escondidas y la anima a continuar. Todas callan en el turno de sor Iluminada porque saben que es muy recta, pero las camas están tan pegadas que a veces hablan casi al oído entre ellas.

La Vicen te manda recuerdos, es una confederada de Gandía que trajeron hace un mes y no sé qué hubiera hecho yo sin ella. A lo primero, cuando era la más grave del pabellón, aun tenía ánimo para consolarnos a todas...

Y eso que venía negra de las palizas. La trajeron para un raspado y aun no la han soltado porque no se tiene en pie, el niño era de un moro que la forzó al final de la guerra, eso me cuenta.

María le sonríe y alarga la mano para apretar la suya, la monja sigue absorta en su faena.

Ánimo para consolamos a todas, y eso que venía grave, gracias al Señor que nos cuidan tan bien y que Dios hace caso de nuestras oraciones. Hasta la Dori, que duerme a mi otro lado, ha dejado de vomitar; que teníamos todas ya el olor metido en las sienes. No tiene a nadie fuera para criar a la criatura y a la pobre le andan con llevárselo a la inclusa, cómo quiere el médico que se esté tranquila. Yo tengo a madre y menuda es ella...

Unos pasos resuenan en la bóveda encalada, la hermana que se encarga del aseo se acerca con sus palanganas.

Menuda es ella, que ni perderse el bautizo, los Sacramentos serán en la iglesia de Begoña, así ha quedado con las hermanas que nos cuidan...

En la pared de enfrente, una gotera terca resbala noche y día. Han retirado una cama y, en su lugar, una caja de latón recoge la lluvia que cae, María se abstraer mirando la humedad que reptar por la bóveda hacia arriba. En los días buenos descubre flores gigantes, mariposas de alas desiguales, nubes, algún corazón. En los días malos el conjunto entero perfila un dragón que vuela raso, o un diablo con la boca abierta.

—María Pérez, entrégume la cuartilla, ¡ahora mismo!

María se sobresalta y la mira temerosa, sor Iluminada ha alcanzado su cama con el sigilo de un gato. Le entrega la

carta y baja la cara en silencio. La monja se coloca las gafas y lee con los labios fruncidos, los ojos saltan de línea en línea, el rostro permanece severo y quieto.

—Y esta carta, ¿para quién es? —La monja la mira por encima de las gafas, desdeñosa.

—Para mi esposo, hermana, mi sacrosanto esposo.

Una gota cae en la caja y el sonido nítido recorre el silencio del pabellón, María la mira a los ojos y sonríe con naturalidad.

—Está bien, Jabalina. —Le alarga la cuartilla sin mirarla y se gira—. ¡Hala!, despídase ya que solo le queda un hueco.

·1931·

Un camión que arranca

Abril de 1931-Puerto de Sagunto.

En casa de don Severiano, el practicante de la fábrica, la señora le había dado libranza por la tarde. Sus amigas pasarían a buscarla para celebrar la República con los del sindicato y Rico podía estar entre ellos.

—La República, señora, que nos va a traer a todos una vida mejor —le apuntó María a doña Amparo mientras le planchaba la ropa en la salita del piso—, ¡ya lo verá usted!

Rondaba los catorce y aun se le adivinaba la infancia bajo el vestido de percal y los calcetines altos. Perdió la mirada en sus pensamientos y la distracción le veló los ojos redondos. Era de esqueleto fino, delgada hasta marcar los nudos de la clavícula, y nadie entendía de dónde sacaba el brío con el que se movía incansable. Tenía la cara angulosa y la mirada profunda, directa, la mujer que había dentro de ella sería muy bonita y lo sabía. A sus años ya estaba hecha a los piropos, y la parada del mercado, donde ayudaba a su madre, le había hecho el carácter desenvuelto.

—Dios te oiga, hija. —Doña Amparo hacía punto junto al ventanal y detuvo las agujas un instante para mirarla con aprensión—. A mí me da no se qué tanto jaleo republicano...

María se entregaba a la labor con movimientos rápidos, decididos. Vigilaba el reloj de madera mientras la plancha de hierro caía con todo su peso, resoplaba, las camisas crepitaban luego bajo el vapor y ella tensaba los tendones de los brazos con cada pasada, arqueaba la espalda como un junco.

El piso era luminoso y austero, ocupaba la planta baja del consultorio médico. Lo había habilitado la fábrica para sus empleados en el barrio al que llamaban Ciudad jardín. Una fila de eucaliptos se acababa de plantar en la calle de entrada y serviría para amortiguar el ruido y el polvo de las naves.

Había dos practicantes instalados en el bajo y un médico en la primera planta, los obreros accidentados eran traídos por la puerta de atrás, la misma que usaba María y el resto del servicio.

—Vete ya, hijica, dijiste a las tres y pasa ya el cuarto...

La miró con benevolencia, le gustaba imaginar en María la hija que hubiera podido tener si unas fiebres no le hubieran secado el vientre cuando era joven. Obediente y discreta, se aferraba a las campañas de caridad de don Aurelio, el

capellán, y a sus sermones tibios en la iglesia de Nuestra Señora de Begoña, que escuchaba a pocas filas de los médicos y los ingenieros.

—¡Pero qué rebuena es usted, señora! ¡Dios se lo pague!
-María se desabrochó la bata y recogió veloz la tabla de planchar—. Es un día grande, señora. ¡El rey se va de España!

Doña Amparo torció la boca y volvió a su labor con vehemencia, las agujas chocaban con un sonido ahogado. No le hacía gracia que el rey se marchase, los cambios siempre la ponían en alerta. Ya se vería qué noticias contaba su marido a la noche, él que leía el ABC en el casino y estaba afiliado a la Falange.

—Y quédate en casa mañana, no quiero que andes por las calles tan temprano. —María se detuvo y la interrogó con los ojos—. Solo Dios sabe el descontrol que puede armarse en el pueblo. Además, creo que dan fiesta en la fábrica, así que te estás cuidando a tu padre, que falta le hace. —Doña Amparo se santiguó—. ¡A ver si remonta!

—Muchas gracias, doña Amparo, ¡y Dios que la escuche!

Abajo, las Leceta ya la esperaban. Antonia, la mayor, agitaba su pañuelo rojinegro dando saltos y se movía voluptuosa, el escote era tan profundo que a ningún hombre se le iban a ir los ojos de ahí cuando la vieran. Rubia, de ojos saltones,

pequeña y carnosa, se jactaba de decir lo que pensaba en el momento que lo pensaba y esto la había dividido entre fieles amigos y fieles enemigos, María se encontraba entre los primeros. Se tambaleó y rio de forma grotesca, la cazalla que habían agotado en el local de las Juventudes le ensuciaba el aliento, su hermana apenas había probado y la vigilaba con recelo.

—Si los reyes de España supieran lo poco que van a durar...

Jesusa sonreía con una alerta velada en los ojos, le dedicó a María una mirada sobria, ausente. Estaba acostumbrada a actuar de lazarillo cuando su hermana se desinhibía y caminaba muy cerca olfateando cualquier señal de alarma. No era guapa, pero tenía una expresión reposada, cierta armonía en la cara. Castaña, de ojos tímidos y moño apretado en la nuca, todo en ella parecía tener vocación de bulto, se empeñaba en que nada la distinguiera. Su hermana y María se las hacían pasar canutas con sus arranques revolucionarios, pero querría ser tan divertida como ellas.

—¡María, hija, parecía que no ibas a bajar nunca!

—Anda que no hemos esperado la República, ¿por esperarme a mí unos minutos vais ahora a protestar?

Antonia las cogió a cada una de un brazo y arrancó calle arriba en un trote presumido, columpiando las caderas, no quería disimular el jaleo del alcohol que llevaba encima, las

otras dos se inclinaron con la cabeza y se hicieron señas divertidas. Si Rico estaba en la Alameda, María quería que la encontrara con ese humor dislocado, repasó de reojo su aspecto y se dijo que había hecho bien en elegir el vestido color crema que le daba más lustre, se desabrochó el primer botón del escote e hizo parar a sus amigas para bajarse los calcetines hasta el tobillo.

—... *Si los curas y frailes supieran la paliza que les van a dar...*

Llevaban un pañuelo libertario cada una, Antonia había traído para todas, también para Jesusa que no era del sindicato como ellas. María había traído también una bandera de la República que agitaba en la mano.

—... *Subirían al coro cantando: ¡libertad, libertad, libertad!*

El autobús salía a las cuatro de la Alameda y las calles se iban llenando alrededor de la parada. Era un día claro y la primavera se había asentado ya en el aire, en el ánimo de la gente, en el corazón de las casas. Las chimeneas de la fábrica humeaban en dirección a poniente y los eucaliptos detrás de las naves se inclinaban también, señalando la subida a Sagunto. La primera brisa de la tarde parecía unirse así a la expectación general y hacía ondear las banderas republicanas que muchos habían sacado al balcón.

—*¡Libertad, libertad, libertad!*

María y Antonia disfrutaban de las miradas, se crecían con las consignas y los estribillos, juntaban los brazos para sentirse más cerca y apenas se hablaban, no les hacía falta. Jesusa se apretaba más que ninguna, intentaba contagiarse de la emoción que movía las voces, los vítores, los puños en alto, las gorras lanzadas al aire, pero levantaba la bandera sin convicción alguna.

En la parada, frente a la escuela de aprendices, la multitud se aglomeraba. Nadie sabía si encontraría un hueco en el autobús de línea, corría el rumor de que el sindicato había puesto servicio extra, a en punto y a la media. Nadie quería quedarse en El Puerto, había una fila grande que ya caminaba hacia el Ayuntamiento de Sagunto carretera arriba. El sol apretaba, los hombres enseñaban grandes rodales de sudor, pero nadie se quitaba el pañuelo del cuello, nadie dejaba de brincar con el puño en alto.

—¡Viva la República!

Antonia, que dirigía al trío, vio a Rico con los anarquistas y se adelantó muy zalamera a saludar. De cara aniñada y cuerpo compacto, el muchacho se había acostumbrado pronto a la mirada de las jóvenes desde que era secretario de las Juventudes Libertarias. Fumaba semiapoyado en la pared de la escuela y entornaba los ojos como si necesitara imprimir distancia entre sí mismo y su rebaño, la sonrisa despreocupada tenía un punto indulgente, protector. Tenía

el pelo castaño y rizado, mandíbula cuadrada y un bigote bien recortado que delataba su afición por gastar tiempo frente al espejo. Se divertía mirando cómo los hombres arrancaban una placa con el escudo del rey entre aplausos.

Cuando vio a Antonia se dirigió seductor hacia ella y casi perdió el equilibrio, ella le devolvió una mirada acariciadora. María se había quedado un paso atrás y se sentía invisible, borrada de pronto del escenario con su bandera caída en el aire, flácida.

—Toma, anda, ¡trasto del demonio! —Se la entregó a Jesusa, irritada. Bajó la mirada y examinó sus clavículas salientes, los pechos breves, apenas una tensión suave bajo la tela. Un calor repentino le hizo desanudar el pañuelo del cuello y secarse el sudor de la frente, después vaciló y no sabía dónde guardarlo—. ¿Has visto a tu hermana con el Rico ese? ¡Pero si no se tiene en pie tampoco, el se-cre-ta-rio!

—¿No decías tú que ese era un buen partido? te gustaba... —Achinó los ojos y enmudeció, María hacía crujir los dedos de su mano de forma tan abrupta que el chasquido le daba dentera. —Déjalos, anda, ya sabes que mi hermana hoy no está para sermones.

María y Jesusa la vieron contonearse hacia el grupo de hombres donde ya sonaban los piropos. Rico también la jaleaba, todos silbaban mientras ella giraba complacida en el

corrillo que le habían hecho, «... arriba los pobres del mundo ¡en pie los esclavos sin pan!». Cuando Antonia acabó el baile, Rico le ofreció su petaca y se le acercó insinuante, le hablaba al oído mientras miraba directo hacia ellas. Jesusa no tardó en bajar los ojos, María le mantuvo la mirada desafiante.

—¿Qué me mira, el Rico ése, que no me conoce ya, carajo?
—le preguntó a Jesusa con indignación, la mirada aun crispada. La afrenta le encendía los ojos y las mejillas y le daba un candor especial, un rictus de reyerta escolar, inocencia de puños cerrados y mandíbula tiesa.

—¡Y qué se yo! pues será la cazalla, que lo ha vuelto jirulo, ¡igual que a la otra!

Antonia se reunió entonces con ellas, la sangre arrebolada en la cara por la petaca y el baile, la risa desatada.

—Estos dicen que nos suben en el camión del sindicato, ¡y hay ronda gratis para todas las chicas guapas! —Antonia se apoyó en su hermana para guardar el equilibrio y rio con carcajadas amplias mientras vigilaba a Rico de reajo.

—¡Qué camión ni qué niño muerto! ¿Pero ahora tienen vehículo y todo, los señoritos burgueses? —le lanzó María, subiendo la voz para hacerse oír—. El Rico ese se da más aires que un torero y además está para el arrastre, ¡yo no me voy con él ni a la vuelta de la esquina!

—Anda tú, ¿con esas me sales? Ja! —Antonia abrió los brazos y dejó escapar una carcajada aparatosa—, pero si es el Rico, ¡toda una perla!, y mira cómo te está mirando...

—¡Pues ya puede mirar, ya...! —El tono de guasa la irritaba más todavía y se giró hacia él amenazadora—. ¡Hasta el día del juicio que siga mirando! Todo todico para ti, ¡que te aproveche, guapa!

Rico le hizo un gesto a Antonia para que lo siguiera, imperativo y altanero, antes de pellizcarle el culo y girarse cogido a ella de los hombros. Jesusa le tomó las manos a María, conciliadora.

—Deja, mujer, que el Rico dice que subamos, total en el autobús no vamos a caber todas...

—¡Pues vaya una gracia, ese mandamás! —Le soltó las manos con desprecio—. Que está hoy fresco como tu hermana, estos ni República ni gaitas, lo que yo te diga, ¿no ves cómo se burlan de ella?

—No seas aguafiestas mujer...

El autobús llegó en ese momento haciendo sonar la bocina, la multitud lo engulló con sus puños en alto y su algarabía.

—¡Al cuerno con todos vosotros! a mí no me manda nadie lo que tengo que hacer, ¡buena anarquista sería!

Rico tocaba ya el claxon desde la cabina del camión, las chicas del sindicato protestaban con las manos en los oídos, muertas de risa, y los demás se empujaban para caber en la caja trasera. Antonia sonreía desde el asiento del copiloto y le hacía un gesto con la mano a su hermana para que subiera.

—¡Vente Jesusa y déjala, que a esta me la conozco yo, es terca como una mula!

Jesusa se volvió una vez más hacia María pero no la encontró, estiró el cuello con los ojos interrogantes pero la gente estaba empujándola, lo que hacía que se tambalease. En el último momento, vio cómo el camión cabeceaba ya hacia Sagunto y corrió hacia la puerta de la cabina, que su hermana mantenía abierta para que saltara adentro. Minutos más tarde marcharía el autobús también, con un bamboleo abotargado, torpe, amenazado de vuelco en las curvas por la sobrecarga.

Los siguientes coches irían subiendo más livianos cada vez, pero María no sentía ya ganas de cogerlos, no pertenecía más que a su orgullo, a una decepción efímera mezclada con el deleite de un triunfo indefinido, absurdo. Se había quedado sin baile y sin banda, ella con su enfado sobre un muro chato donde columpiaba sus calcetines arrugados mientras la emoción se desvanecía despacio, con la misma

tarde y la multitud disuelta poco a poco, detrás del eco de las consignas que se apagaban en la brisa de levante.

Se abrochó el primer botón del vestido. Qué rápido había pasado todo, minutos trepidantes, lanzados tan rápido hacia la noche que nadie se percataba ahora de las sombras, del cielo huidizo, de la brisa fresca que enfriaba ya el cuerpo y movía jirones de nubes hacia poniente.

Enrolló su pañuelo rojinegro entre los dedos y lo desenrolló otra vez. Se dijo que había sido una tonta al creer que Rico se fijaría en ella, ese tipo de chicos solo se fijaba en las que eran ligeras de cascos, como su amiga, ¡vaya una amiga!, de sobra sabía que le gustaba el secretario, pero no había perdido comba. Los líos de novios no le iban, ni falta que le hacían si iba a ser enfermera, y del sindicato, e iba a escribir novelas de heroínas libertarias como la Montseny. Viviría como su maestra, sin dar cuentas a nadie, ni marido ni amo, solo un jornal y una casa donde cupiera ella con dos perros y tres gatos.

«Si los curas y frailes supieran —canturreó distraída—, la paliza que les van a dar... ». Las campanas de la iglesia de Begoña dieron las siete y un nuevo soplo de aire le echó el pelo en la frente. «Subirían al coro cantando: libertad, libertad, ¡libertad!». Y su madre, se dijo, que no la oyera, ay cuando la viera llegar a las siete pasadas, ¡el Cristo que le iba a armar!

Mayo de 1931-Puerto de Sagunto

—Haaaaaala reinas, que tengo pera de agua ¡buena rebuena!
A cinco perras el kilo, ¡me la quitan de las manos, guapas!

En la plaza de Luis Cendoya, los toldos de los tenderetes aleteaban con la primera brisa del mediodía y se inflaban como las velas de una flota alegre y variopinta. Las mujeres deambulaban entre los puestos de pescado, de mimbre, de verdura, y sujetaban sus cestos repletos mientras discutían los precios y acudían a los reclamos de las vendedoras, señalaban o sostenían el género en sus manos recias para dejarlo y volver a discutir.

A primera hora había chispeado sobre los puestos y se había formado un rocío fino en toda la plaza, una lluvia tan liviana que más bien palpaba la cara, las telas, las cajas del género. Manuel, después de haber descargado la mercancía con su mujer y sus hijas, había marchado en su carro harto de las protestas por lo que parecía una jornada echada a perder. Menos mal que el mediodía había llegado con una brisa capaz de empujar las nubes hacia poniente y un cielo alto había iluminado pronto el mercado.

María y su madre despachaban juntas, la pera y los trigueros los habían tenido esa mañana tan buenos que no daban abasto con la báscula y las cuentas. Manolita abría la boca y

se balanceaba en una banqueta detrás de ellas, miraba absorta el trajín de la gente y no escondía su entusiasmo cuando tocaba cargar algún pedido y ganarse una perra chica.

Al rondar la una, las dientas ya estaban cocinando en casa y solo alguna rezagada se acercaba con expresión de apuro, María pensó con pereza en el momento de recoger mientras ordenaba una pila de naranjas y tarareaba con su hermana una copla de Valderrama.

—¿A cómo están esas peras, María?

Pedro Leceta la abordó con voz apresurada mientras la medía con los ojos. Llevaba las manos en los bolsillos y se balanceaba sobre sí mismo con un gesto estudiado de suficiencia, la gorra calada no impedía ver su zozobra. Era el hermano mayor de Antonia y Jesusa, un muchacho alto, desgarbado, que aun no sabía sacar partido a su buena planta. De un tiempo a esa parte la esperaba al cierre del mercado o a la puerta de don Severiano con un cucurucho de castañas para acompañarla hasta casa.

—¡Uy, Pedro! —María se enderezó sobresaltada mientras se atusaba el pelo en un reflejo—. ¿Quién te manda venir, tu madre? —mintió con una voz melosa—. Hoy la pera de agua nos la han quitado de las manos, por ser tú... te la dejo a la mitad, ¡cuatro perras gordas y te llevas dos kilos!

Se limpió las manos en el delantal y Pedro aceptó obediente, ella empezó a llenarle la báscula sin detener los ojos en él, la fruta se columpiaba alegre sobre la bandeja metálica y él la observaba morderse el labio mientras vigilaba el peso concentrada. La madre era un bulto agachado detrás de ella, se afanaba en recoger el género en cajas grandes que arrastraba después entre soplidos y maldiciones. En los puestos de pescado, el hielo se había derretido en charcos de color terroso que repartían un olor agrio por toda la plaza, un chucho ladraba a un gato que se había colado entre las pescaderas.

—¿Qué más te manda tu madre? —María rompió el silencio después de mirarlo un instante con los brazos enjarra, él no sabía cómo continuar—. Aprovechate que ya cerramos, te la pongo en esta caja que me ha sobrado...

Pedro afirmó con la cabeza y la agachó, la mirada fija de María le había hecho escudarse en la solapa de su americana, más que su cartera parecía buscar la frase que traía ensayada. Mantenía un balanceo permanente sobre sus piernas largas, ágiles, acostumbradas a la falta de quietud, a la zancada fácil, al tamborileo de tacón los ratos breves que estaba sentado. Este género de impaciencia se escapaba a su fijación por el orden y los detalles.

—Es la Antonia la que quiere... —murmuró para arrancar, carraspeó—, ha sido ella la que me manda decirte, hum... en

fin, que te pases esta tarde por casa, no sé que tratos tenéis, ¿es por el Rico ese, que os tiene comido el seso a todas?

—Ja! ¿El Rico a mí? —Levantó las cejas ofendida y torció la boca—. Tu hermana lo que tiene es que va muy ligera de cascos, jeso es lo que pasa! A mí el fulano ese me trae sin cuidado... —Pedro sonrió y se le acercó para levantar la caja, María vació la fruta dentro con movimientos airados, bruscos—. ¡Es un fresco de los que te despachan y se van!, con un piquito de oro...

—¡Bendita sea mi estampa! Pero si ha venido el chico de los Leceta. —La madre se había enderezado al oír las protestas de María y abrió los brazos efusiva—. ¿Cómo estás alma de Dios? ¿cómo va tu madre?

Pedro contestó complaciente y se levantó la gorra en un saludo reverencial que a María le pareció sobreactuado, se alejó un par de pasos y se puso a barrer con ofuscación detrás del puesto.

—Toma, anda, le llevas estos limones para que los pruebe, quedan un poco verdes pero son de primera, no me des nada porque son regalo de la casa...

María barría con vehemencia y fijaba su mirada en las vainas de habas que alfombran el suelo, los rabos de la cebolleta que despedían su aroma ácido, las hojas de lechuga que venían feas. Sintió el hastío anticipado de los piropos que le

dedicaría su madre a Pedro apenas el chico se diera la vuelta, «hay que ver lo mozo que se ha hecho este chiquillo», «... y bien colocado que está... ». Le miró de reojo y captó su mirada de circunstancias mientras daba un paso atrás con la caja llena, en una retirada blanda, inútil, como una liebre que luchara en un cepo. María sonrió sin querer y Rico apareció en su cabeza tal cual lo había visto por última vez, arrogante y serio al mando del camión y tan seguro de cada paso. Su madre la mata si se llega a subir con él, desde que Pedro le rondaba no tenía otra palabra en la boca, «... hay que ver la buena pareja que hacéis... », «... pues no sé por qué no estás de parte, si el chico va de formal... ». Le dio la escoba a Manolita y la puso a barrer, aunque fuera sordomuda, mejor distraerla no fuera a pescar nada que luego podría soltar a los cuatro vientos, la hermana gruñó y se levantó con una mueca de fastidio.

—Son cuatro perras, Pedro —María se interpuso entre ellos, había sentido una lástima repentina por él—. Si tienes una peseta te doy el cambio.

Pedro dejó la caja en el suelo, azorado, y sacó el billetero con cierta jactancia, sonreía aliviado a María, que enseguida buscó el cambio en el bolsillo del delantal. La madre se despidió y le quitó la escoba a Manolita, que barría con desgana.

—Lo siento, no tengo uno más pequeño —María guardó el billete y se sintió incómoda con tanta disculpa, con su voz delicada, sus ojos en el suelo—. Si no tienes cambio ya me lo darás...

Las monedas bailaron en su mano un rato que se alargó incómodo y María fingió calcular una y otra vez el dinero, notaba cómo la sangre le subía a las mejillas porque Pedro iba a proponerle algo y no quería que viera sus colores cuando le dijera que no. Le entregó seis perras gordas y notó el temblor de su mano extendida.

—El día se ha aclarado al final... —Pedro jugueteaba con el cierre de la cartera y no la miraba—. Si quieres que esta tarde... en fin, que si no vas a ir donde la Antonia...

Se balanceaba sobre una cadera mientras María observaba sus pómulos enjutos, su mandíbula en tensión, le parecía que había estado triturando algo todo el rato entre los dientes. Algo en su forma de tratarla le despertaba una compasión incómoda, le impedía decirle a las claras que no, que le bastaba con saber que era socialista, y sabiondo, y algo torpe cuando caminaba sacando chepa, además sus hermanas le habían dicho que había tenido una novia en Valencia y le había dejado de puro sosirrancio que era, un antiguo, como le diera pie se le plantaba en casa pidiéndole relaciones a su padre.

—... me lo dices y paso a recogerte, echan *don Mendo* en el Café Republicano, ya sabes... —Abrió una mano en el pecho y subió las cejas cómico—. «Para lavar el baldón, la mancha que nos agravia, Conde Ñuño, henos de Pravia... »

Rió y se le iluminó la cara, los ojos casi se le cerraron del todo bajo la frente amplia, María se carcajeaba tan fuerte que su madre y Manolita dejaron lo que estaban haciendo para mirarles.

—¡Carajo, si que eres bueno! —María se tapó la boca, divertida, y bajó la voz—. Tús hermanas ya me habían dicho que querías ser actor y que ibas a todas las que echan en el Republicano... menudo bribón... Pero hoy no va a ser, lo siento, tengo doble turno con don Severiano y acabaré reventada... ¡Otra vez será!

—Claro, claro, no pasa nada, si total no la quitan hasta fin de mes... y si no... nos vamos al salón Victoria, que hacen baile... —asintió a pequeños golpes, comprensivo, y levantó la caja de la fruta antes de despedirse alzando las cejas—, en fin, ¡a mandar!

Le vio alejarse con las piernas separadas y adivinó que él sentiría su mirada sobre su espalda, como si le traspasara la ropa, tal y como lo sentía ella cuando se giraba delante de Rico y el suelo se le hacía blando, perdía la seguridad de sus pasos y no sabía si juntaba poco las rodillas o las juntaba

tanto que se iba a caer. Se había despedido sumida en un molesto resquemor, arrepentida al instante de las palabras que había elegido, pero cómo iba a dejar ella que la vieran con un socialista en las Juventudes Libertarias.

Cuando su silueta giró hacia la calle Trabajo y desapareció, en la plaza ya solo quedaban los esqueletos de algunos puestos, las maderas cruzadas sin la lona ni la mercancía le parecían como las raspas limpias de las sardinas, tan despojadas del último bocado que le despertaban siempre una congoja extraña.

·1940·

El llanto brecha

Enero de 1940. Hospital Provincial, Valencia.

La niña tiene cara de ratón, un «ratoncico colorao» que dijo su madre.

— No te la mires tanto, ¡que la vas a gastar!

Vicenta, la vecina de cabezal, le insiste en que descanse y no padezca, pero María recela de las monjas. A la niña se la llevaron a lavar y tardaron tanto que casi la matan del susto, antes pasaba otra vez los dolores de parto. Ha sido una madrugada larga, el lomo partido de tanto empujar y el aliento que se le iba en llamar a su madre. Guando por fin la dejaron entrar, la mujer se santiguó al verla pero no dijo nada, puso su medalla de san Cristóbal en los puños de María y los cerró con decisión, «¡hala, empuja!». Pronto llegó la criatura, con un llanto vibrante y roto, y todas las mujeres de la planta se miraron con complicidad. «Qué coloradica —decía la abuela—, es como un ratón, ¡y tiene todos los remos!». A pesar de sus ruegos, no la dejaron quedarse para la noche.

Ahora la niña duerme y es una gloria ver cómo infla el pecho en cada respiración, si le pasa el dedo por la boca hociquea, tiene maneras de cachorro y tira a chupar. Los ojos son de Pedro, pequeños y juntos, la frente despejada también es de él, pero todas en la planta han dicho que es una pequeña «Jabalina». María mira el cesto que guarda en su mesilla y se sonríe, entre todas han juntado para ella cinco chuscos de pan, «para que te suba pronto la leche» le ha deseado Vicenta con una sonrisa templada.

Baja la vista y repasa su pecho con la mano, los pezones se erizan con el tacto mismo del camisón. En ese instante, la primera gota de leche brota en un punto húmedo que se agranda despacio sobre la tela. María sonríe, pronto pondrá a la niña a mamar. Se pregunta qué más puede ofrecerle a esta criatura si no es el jugo de su propio jugo, tiene una niña que vive de su carne cansada y se alimentará de ella, el círculo de la piel se cierra. ¿Qué le puede ofrecer sin libertad? Es carne viva de su carne rota, ¿qué más le puede dar? Cuando salga en libertad le hablará y le dará orgullo, ideas para llenar una cabeza alta y libre, pensamiento para defenderse, un ideal. Y tanto amor, tanto que ya le revienta por dentro. Se pregunta si podrá darle también un padre.

Sor Iluminada trajina por el pasillo con el carrito de las historias, toma la temperatura a las internas y les da instrucciones breves en voz baja. Ha estado más amable

desde que nació la niña, hasta le enseñó cómo ponérsela al pecho; María temblaba tanto que apenas podía sostenerla en brazos.

Se inclina hacia la pequeña y atiende un instante a su cuerpo, le había parecido que no respiraba. Isabelita hace una mueca involuntaria y continúa su sueño profundo, huele a panecillo blanco, a almendra pelada, y en la nuca brilla una pelusa tenue como el vientre palpitante de una perdiz. Cuando coja un poco de peso la llevará su madre al Puerto y buscará un ama de cría, eso si no la dejan tenerla con ella hasta el final.

Tenerla con ella hasta el final.

Sor Iluminada bajó la mirada y alzó los hombros cuando hizo la pregunta.

La pierna le duele y se frota la cadera en un gesto instintivo. Nadie ha respondido a su pregunta, pero Vicenta asegura que si aguantan el primer año los críos tienen permiso hasta los tres. ¡Tres años!, no la pueden retener tanto tiempo por un ideal. Se frota la cadera y olvida por un momento el dolor que la cripa por dentro.

—Ahí viene la hermana —le apunta Vicenta—. ¿Tienes el paño listo para recoger?

La monja pasa la palangana de los paños sucios y las mujeres que menstrúan los cambian por uno nuevo. María no ha parado de empapar el suyo desde que le sacaron a la niña y teme perder la poca sangre que le anima las venas. Se incorpora para la llegada de sor Iluminada y siente cómo le duele todo, todavía no ha encontrado postura que le alivie.

—¿Cuándo tengo visita, hermana? —Su madre le prometió unas hierbas calmantes, en Jabaloyas las toman las recién paridas—. ¿Viene mañana mi madre?

Sor Iluminada le alarga la palangana en silencio y no levanta la vista, un minuto antes traía una sonrisa que se le ha borrado al llegar a María.

—Dígame, hermana, ¿tendrán algo que darme para este dolor de riñones?

—Pídaselo al siguiente turno, iyo con esto acabo hasta mañana!

El tono de la monja la intimida y calla. La observa un minuto más mientras arrima la cunita a su cama y vigila de reajo las maniobras de la monja, que pronto desaparece con el paso apretado sin terminar la ronda completa. De pronto, siente un latigazo en el vientre y se dobla de dolor, ha sentido varios desde el parto pero no tan fuertes como éste. La niña se revuelve en el cuco y María se gira para taparla, mirarla la ayuda a olvidar la molestia. Mueve las piernas en molinillo y

enseña sus muslos largos y nerviosos, si Pedro la viera diría que es una espoleta como la madre, ratita pelada le diría. Se agita y empieza un puchero, María le retira el imperdible del pañal por temor a que la niña se pinche. «San Cristóbal que cuidará de las dos» le dijo su madre, y se enternece al recordar la fe con la que besó al santo de latón antes de entregárselo, ¡cuánta superchería de pueblo!

Unas voces apagadas le llegan desde el patio, pronto aparece en la entrada la superiora con dos señoras más que no ha visto antes. Llevan el uniforme del Auxilio Social y una carpeta en la que anotan lo que la monja va diciendo. Cuando llegan a la sala se detienen y callan expectantes, Isabelita ha roto a llorar con un grito agudo y María la coge enseguida para que calle, la mece con un balanceo constante pero la niña no calma, saca un pecho para que mame. Tiene a la superiora a los pies de la cama observándola y María no logra que la niña se tranquilice, le acerca el pezón a la boca pero la niña extiende el cuello y se tensa, el llanto crece.

— Estas damas son del Auxilio Social, vienen a completar unos datos de tu pequeña, ¿cómo le vas a poner?

— Isabel... —María masculla el nombre y las mira con desdén—. Isabel Leceta Pérez.

Se gira para arrullar mejor a la pequeña e intenta ocultar su desdén, el corazón se le ha disparado y la niña se retuerce más inquieta. Las damas permanecen expectantes a los pies de su cama, la más joven oculta su rubor escribiendo en la carpeta, parece candorosa y frágil como una flor de invernadero. La mayor lidera el grupo y se mueve sin gracia ni naturalidad, ataviada dentro de un sastre verde que le da un aspecto acorazado. Huelen a cirio, a oquedad de confesionario, y murmuran entre ellas con un siseo arraigado en las muchas avemarías y rosarios de rutina.

—No tiene leche, alma de Dios, déjelo ya porque la niña no saca nada. —La monja junta las manos al hablar y la censura con la mirada—. Y tápese el pecho ¡descocada!

—La niña no tiene ni un día, y los pechos me van a reventar, ¡ya lo verá! —Aprieta a la pequeña hacia sí y levanta la cabeza para protestar por el mal rancho pero calla, la última vez que se le calentó la boca tuvo para arrepentirse—. No estoy seca, puede comprobarlo...

Hace un gesto para abrirse el camión y la superiora retira la mirada con una mueca de asco, antes de invitar con la mano a las damas a que se acerquen al cabezal.

—Déjenos a la criatura, será cosa de un minuto, un puro trámite... No se altere usted porque entonces no le subirá la leche...

La mayor de las damas se abalanza hacia María con decisión, intenta atraer hacia sí a la niña, María forcejea y se pliega hacia el otro extremo de la cama donde encuentra los brazos de la superiora, que actúa con un reflejo certero y se la lleva.

—Deja, mujer, que solo queremos pesarla y medirla. Le daremos una gotinina de leche...

—¡Mi niña! ¡criminales! —María se intenta bajar de la cama, ya tiene a las dos mujeres encima y ve acercarse a los guardias—. ¡Traigan a mi madre! ¡quiero que entre mi madre!

El llanto de la niña llena la sala y viaja rápido por las bóvedas encaladas, la piedra del muro, el patio, las otras salas. Todas las demás presas contemplan la escena estupefactas, alguna se tapa los oídos y busca el silencio bajo la manta. La comitiva se pierde por el pasillo y la monja cierra el grupo con su cofia blanca en rápido aleteo. María se rompe en un grito vivo.

—¡¡¡Madre!!!

Los guardias ya la retienen, pero ella se retuerce y golpea contra el cabezal de forja, el llanto de la pequeña se apaga en la distancia y al final solo resuena el cabezal metálico donde María golpea y golpea, cada vez más flojo.

—Madre...

Enero de 1940-Convento de Santa Clara, Valencia.

El olor a gasoil es el mismo que en la guerra, cuando subieron a Sarrión entre himnos y tragos de vino. Ahora en el camión, de camino al convento, las presas viajan en silencio sujetas a una cadena que tintinea en los baches y bajan la vista. Media España ha encarcelado a la otra media y las prisiones no dan abasto, así que Santa Clara será la nueva cárcel de todas ellas. Alguna busca entre los tablones el panorama que trae la calle, a otras les duele mirar, como a María. Lleva una venda en las muñecas y se atarea liberándose de ella hilo a hilo. «Quitarse la vida no es cristiano» le dijo el guardia de camino a la enfermería, ¡sabrán ellos lo que es cristiano! Ella creyó enloquecer cuando le quitaron a la niña, nadie sabe aun cómo consiguió el alfiler con el que se buscó las venas en la celda. El llanto de la pequeña le andaba por la cabeza a todas horas, era una brecha abierta, un llanto brecha, agudo y horadante desde el patio, desde el pasillo, a través de la misma piedra. Ya estaba toda abierta antes de coger el alfiler del pañal y ver la cara del santo en la medalla de latón, el patrón que, según su madre, iba a proteger a su niña. Se anduvo en las muñecas con él para vaciarse la vida, pero ya estaba abierta, abierta y rota, la niña llorándole por dentro y ella desalojada como un

puro pellejo. Ahora con las monjas no pierde la esperanza de una mejor ocasión, quizá reúna el valor para enfilear una ventana y tirarse al vacío.

El camión reduce al doblar una esquina y todas resbalan con el frenazo, la del extremo casi cae del banco. Cuando el chirriar de la cancela suena ya están listas para salir en fila, entornan los ojos para acoplarse a la luz y bajan ordenadas.

La fachada del convento se levanta frente a ellas. Es un edificio torpe y desigual, de ladrillo rojo, con más vocación de fábrica que para el recogimiento, parece una enorme almendra garrapiñada, con humedades negras en cada recoveco. El margen izquierdo se prolonga un poco al tuntún y rompe la simetría del zaguán principal. Opaco como el rostro de las monjas que las reciben, desde la calle resulta imposible adivinar la vida que bulle dentro. María estira el cuello y descubre el cielo detrás del arco de la entrada. El sol es un disco apagado en la mañana de enero pero su luz llega tan precisa que se le ha hecho dañina, ilumina a la gente cruzando, sus bultos, sus siluetas de paso, hasta a un perro flaco que le olisquea los tobillos antes de continuar su trote descoyuntado. Hace daño el dibujo vibrante de las cosas en movimiento, las cosas vivas.

Lo vivo y lo muerto, los pasos muertos, sus pasos. Pronto alcanza la bóveda de la entrada y la humedad la estremece, «Perez Lacruz, María», enseguida estará sentada frente a la

monja, mordiendo las palabras. «Pérez Lacruz, María». «¿Alias?» «La Jabalina». La monja que teclea frente a ella suspende los dedos un instante para escrutarla, no lo ha hecho hasta ese momento. «¿Y eso?» deja caer sus gafas redondas y repara en las muñecas vendadas de María. «Un pecado» responde ella dura, provocadora.

La monja vuelve a su ficha y continúa, protocolaria. «¿Hijos?», «uno». María siente cómo la habitación gira levemente y el instinto le hace agarrarse al borde de su banco. «Estarás bien, hija mía, van a cuidar de ti las hermanas» le había dicho madre con esa voz que intentaba tapar el dolor del silencio, el dolor de sus ojos en los ojos de ella, después de ver las muñecas vendadas. Esa fue la última visita que le concedieron.

¿Y si lo soñó? Quizá el guardia llegara tarde y esté ya muerta, todo ese desfile de mujeres rendidas y flacas desnudándose ahora para entrar en la ducha sería una imagen de humo, cuerpos sin carne ni hueso, sin latido en el pecho, sin corazón puño. «María Pérez Lacruz, profesión, sus labores». El corazón se le disloca: podría ser la formalidad de la muerte misma.

Una mano la empuja hacia la fila de un empujón. «¡Tú, ahí, a despiojarte!». La sientan en un taburete cojo y la maquinilla suelta un quejido agudo, de insecto volador. El cosquilleo la hace estremecerse: está viva.

«La encontraré, hija, buscaré a la niña hasta debajo de las piedras» Su madre había estado consoladora, hablaba y hablaba, sus palabras taponaban el silencio de ella, el dolor vertido, pero no lo podían cortar. La venda en las muñecas y el dolor a borbotones por los ojos, por la nariz, por la boca. Quisiera haber dicho algo para calmar a madre, pero no pudo, «y he rezado a san Gracián y le he rogado a santa Rita y tú ya verás, hija mía». Tenía que haberle dicho lo de la marca, una peca redonda y otra pequeñita en el tobillo, con esa marca se distingue a la niña. Guando la vuelva a ver tiene que saberlo, en el tobillo derecho era, ¿o era el izquierdo? En el Hospicio de San Carlos y en la calle del Mar que hay otro, niñas que hayan entrado esta semana pasada, con esa marca: solo Isabelita.

La maquinilla calla y los mechones dejan de caer al suelo. Ahora otra monja se le acerca con una pastilla de jabón y le ordena desnudarse delante de todas, las compañeras ya la esperan en la ducha tiritando y buscando el poco calor que puedan darse juntas.

En ese momento suena una risa infantil y la monja suspende el gesto, María descubre a una niña pequeña que avanza hacia ella desde el patio con el caminar inseguro y alegre. No cumplirá los dos años y los bucles oscuros le bailan en la cabeza mientras ríe y levanta las manitas buscando equilibrio. Los ojos son juntos pero grandes, vivos, la frente

amplia, la sonrisa le abre dos hoyos en la cara. Antes de que alcance las piernas de María, una presa irrumpe en la habitación detrás de la pequeña.

—¡Disculpe, hermana! Esta hija mía es una perillana, se me escapó...

Es una mujer desmedrada y ojerosa, como todas, pero enseña una luz distinta en la mirada. Alcanza a la niña y desaparece con ella en brazos, azorada. La espalda de la madre se pierde rápido en el patio y la niña oscila un instante más sobre su hombro con una mirada ávida, despierta, no la retira de María hasta cruzar la puerta.

—¡Hala, tú, atontada! A la ducha...

La monja le entrega la pastilla de jabón y le sacude el brazo con desprecio, María la mira a los ojos y asiente. Todo será más sencillo de lo que había figurado: formar la cola, callar, avanzar, «Pérez Lacruz, María». «¿Alias?» «La Jabalina» «¿Hijos?» «uno», el borde del banco, el dibujo de las baldosas, y ese leve giro de la habitación en torno a ella. Cosa de cerrar los ojos y no pensar en nada. ¿Cuándo le darán visita con madre?

·1931-1933·

Tan hondo grabé tu nombre

Julio de 1931. Puerto de Sagunto.

Se me acaba el cuaderno y termina este diario que empecé el 14 de abril, a punto de cumplir los catorce. Siempre he sentido que con cada diario moría una María, pero no me daba cuenta, solo ahora que he abierto estas páginas y he visto las pocas que quedan me acuerdo de las palabras de doña Yocasta: «nada se acaba en el universo, todo se muda en otra cosa». El diario se acabará pero no yo, que juntaré de nuevo siete perras y me iré a por otro cuaderno de tapa dura para escribir mis tontunas de juventud, mis ideales, mis amores, mis dudas. Y año tras año iré mudando en otra María.

No sé si quiero que eso me pase.

Me gusta pensar que me llamarán siempre «la Jabalina», la «chicote», la que se sube a los árboles mejor que un muchacho o gana siempre a la saltacabrilla. Puedo ser la primera de la clase o la que dice de robarle una naranja al frutero de la calle Nueva y después nunca la pescan porque corre más que un galgo. No lucho contra mis manías ni mis

vicios bobos, si cruzo la Alameda tengo que caminar buscando las hojas amarillas para que hagan crac (y me da un no sé qué si no lo hacen) y, para decir la verdad de la buena, se me va el santo al cielo quitándome la roña de las uñas con la otra uña.

Pero no sé por qué me lío a contar sandeces y me salto lo de ayer tarde en la playa de Ganet. Se vino también Pedro, que ya es uno más dentro de la cuadrilla, le traen sin cuidado las habladurías y no falta a una excursión con su bota de vino y sus altramuces, que reparte entre todos, él insiste en que seamos novios y yo que no, que amigos, que a veces no sé si se lo cree o me da la razón para no enfadarme. Y es que somos el escándalo del pueblo porque vamos todos revueltos, chicos y chicas, el otro día Rico se encaró con uno que le soltaba «vosotros, que tenéis un harén, ¡a ver cuándo nos toca!», si no los separan, le parte la cara. La gente no cree lo amigos que somos, todos iguales, cuando una de nosotras discute bien una idea y tienen que darle la razón, se hacen los remolones, pero de puertas a fuera nos defienden como lobos. El Rico es el más gallito, incluso ahora que no bebe tanto, pero no puedo evitar ese run-run que me entra cuando me mira muy tieso o me dice «Jabalina, miedo me das», con el cuerpo ladeado en la silla y esa mueca que le abre un par de hoyos en la cara, me dice siempre lo mismo aunque los hombres tengan la sede en pleno debate o estén enzarzados con una partida de mus pasada de tinto. A la

Antonia le pasa lo mismo, y yo quisiera que lo cazara de una vez y me quitara a mí de calentarme tanto la cabeza, qué tonta estoy. Me dijo ella que nada, que le había dejado de gustar y que podría preguntarle a él si yo le gusto, ¡me muero!, si Rico se entera me da un patatús. Pero luego volvieron a estar acaramelados en la playa y a mí se me llevaban los demonios, ¡la madre que la parió! Menos mal que ayer vino Pedro y yo me junté con él todo el rato, Pedro para aquí Pedro para allá, desde el momento en que Rico le vio aparecer conmigo. El muy gañán, escupió la colilla al suelo y dijo «¡cagüen la mar, si también viene el socialista!», pero yo le mandé al carajo y santas pascuas.

Y qué mal apaño tengo yo, rediez, ahora que escribo esto se me antoja que Rico estuviera a mi espalda viendo todas estas tontunas y me dijera otra vez «qué letra más bonita...», porque ha sido pensar en él y sacar esa letra que le gustó un día en la sede, desaliñada, al tuntún, llena de picos y cordericos como el mar en marejadilla, «... tan bonita como tú» que me dijo, el muy zalamero. El caso es que ayer me arrimé toda la mañana al Pedro y venga la risa y la tontería, me enseñó a liarme un cigarro y las hebras de picadura volaban por más que nos juntábamos y hacíamos parapeto con las manos. Yo cuando le veía enrollar el papel tan serio, con la lengua asomando en la boca, veía su frente llena de arena y sus ojillos vivos y me entraba un resquemor, una ternura muy amarga, porque no quería que viese cómo yo

vigilaba al otro con el rabillo del ojo. Después, con la primera calada, la tos que me entró hizo que se me aguaran los ojos y tuvieran que venir todos a auxiliarme, menuda vergüenza cuando Rico me vio toda morada. Dejó de zascandilear con la Antonia y me vino a dar una palmada en la tabla del pecho con una risa que aun tengo clavada, «¡carajo que es bruta la puñetera Jabalina!» soltó, menos mal que el Pedro me agarró las manos, que si no le tiro toda la arena en la cara.

Y ahora yo, tiene tela la cosa, sigo sin saber si es verdadero amor o puro capricho lo que tengo con el Rico, el caso es que llevo todo el día sin verle y me voy a la cama con un pellizco en el estómago, un vacío, acabo de tragarme medio puchero helado que sobró de la cena, me he arrancado varias pestañas a falta de uñas y le he gritado a la Manolita porque no había pelado bien las hebras de la bachoqueta, ¡qué culpa tendrá la criatura!

Habían pasado dos años con la República y ya nadie confiaba en el gobierno para salvar el futuro de los obreros. El pueblo factoría estaba herido de muerte y un verano más se acercaba, puntual, con un cielo limpio que se abombaba sobre El Puerto, indiferente a las turbulencias que giraban entre las calles.

En marzo se había cumplido un año de la llegada del último tren con mineral de Ojos Negros, los pedidos habían seguido sin llegar y las existencias sobraban, dormían en dunas

compactas, un desierto negro y recortado bajo el techo de los hangares. El pequeño pedido de abril había encendido el horno alto número uno, pero en un mes se cerraría de nuevo, como el calor efímero de un sueño alegre y breve. Pronto no quedarían en marcha más que los hornos de acero y los trenes de laminación, que estirarían su actividad un año largo en condiciones extremas.

La huelga de sus trabajadores no había tardado en estallar a principios de junio. Pedían que cada obrero llevara solo un aparato y que un pinche les repartiera agua para combatir el sofoco, así como retomar los seis días semanales. Aquella tarde salían en manifestación, azuzados por la CNT, que marchaba a la cabeza. La Guardia Civil hacía tiempo que pedía refuerzos a Valencia y esa vez los habían conseguido.

María escuchó un disparo y un grito mientras fregaba el piso de don Severiano. Se sobresaltó y paró, se asomó a la ventana pero no veía nada. En la Ciudad jardín, el mundo parecía ordenado y quieto, nadie salía de sus casas. Había cumplido los dieciséis y se gastaba las tardes de domingo afiliando a gente para el sindicato libertario. No dejaba de trabajar, su madre y ella mantenían a todos porque su padre se había quedado sin empleo y las dos mujeres se negaban a volver a Teruel, que era su deseo. Se la conocía por ser una joven testaruda y seca, de lengua rápida, descarada, audaz, se decía por el pueblo que había amenazado a la Pura con

robarle la máquina de coser si no se afiliaba. Cuánto le hubiera gustado estar junto a Rico y los camaradas, pero trabajaba sin tregua desde que había empezado la crisis y no podía librar. Eran ya seis bocas en casa y era una suerte que don Severiano contara aun con ella. Había visto cómo sus señores despedían a varias de las compañeras y ahora debía hacer ella sola toda la faena.

Repasaba el suelo de la cocina y no reparaba en el escozor de sus rodillas, volvía a inclinarse mientras el pensamiento se la llevaba muy lejos. El domingo entero lo había pasado haciendo pancartas en la sede de la CNT, no todos sabían escribir como ella y siempre se le ocurría alguna consigna divertida. «Empresa canalla, os daremos metralla», había sido la mejor del comité femenino y Rico mismo había venido a felicitarla con esos andares de líder que no abandonaba un minuto, a pesar de la pierna izquierda que arrastraba con disimulo desde niño. Cuando se había alejado, todas murmuraban como gallinas celosas.

Amparo, Carmen, Anita «la Funeraria»... Todas sus amigas estarían ya en la avenida, ninguna quería decepcionar al Rico, que les había soltado una arenga inflamada, el destino de un pueblo, la empresa ruin, inicua, canalla, a la Antonia la veía capaz de seguirlo y asaltar la Cooperativa incluso, que es lo que se había votado si la Compañía no cedía a sus peticiones. Ella tampoco hubiera tenido miedo de ir, con

Guardia Civil y todo, pero arriesgar un jornal era mucho y esa tarde no acabaría en don Severiano hasta las seis.

María se incorporó un momento y se limpió la frente con el mandil. Había sido un día de bochorno que no se aliviaría hasta pasadas las ocho, cuando la noche ganara al viento de poniente desde la costa.

La cocina era amplia y austera, el calor había aletargado la casa y hasta los muebles parecían varados en una extraña pereza, solo el rumor de la radio desde el salón atravesaba el aire quieto de los fogones. María, como los eucaliptos que vibraban en la calle desierta, era la única que se movía en el sopor de la tarde, había un silencio tenso en el vecindario y nadie salía a la calle. Los señores seguían los partes de la radio en el salón y Juanita, la chica del doctor Marín, había bajado a decirles que estuvieran en casa preparados, que la Guardia Civil tenía el pueblo rodeado y era fácil que trajeran heridos para atender.

Se oyó un disparo más cerca esta vez, María se estremeció y escuchó atenta. El pueblo rodeado, serían miserables. Se agachó de nuevo y apretó con rabia el trapo contra las baldosas, los del alcalde, que solo sabían llamar a los civiles y los civiles a los de Valencia, revuelta en la siderurgia, ¡ni que fuera la Revolución Rusa! Si llegaban heridos, no podría librar a media tarde y el pobre Pedro, que iba a llamarla puntual a las seis, tendría que esperar en la puerta de don

Severiano lo que hiciera falta. No quería permitir que volviera sola a casa, ¡ni que no supiese ella defenderse sola!

De pronto, una china rebotó contra la ventana seguida de otras dos más. María apartó despacio el visillo de hilo y se asomó al patio trasero, pero nada le llamaba la atención.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta y volverse, el rumor de un arbusto la sobresaltó.

—¡Chsst! María... —Se oyó desde el seto que crujía con un rumor seco.

El corazón le golpeaba y ella se frotó las manos en el mandil antes de salir y agacharse hacia unos brazos que le hacían señas para que se acercara más.

—... Jabalina, soy yo, Rico.

—¡La madre que te parió!

María se asustó de su propia voz y se tapó la boca, dio un paso atrás y lanzó una mirada furtiva a su espalda, cuando se había asegurado de que estaba sola se inclinó hacia su escondite. Rico contraía la cara para desplazarse a tramos breves y acercarse más, después distendió la mirada y respiró, atento a la herida que le lastraba una pierna.

—Rico, ¿qué haces aquí? ¿te encuentras bien?

—Creo que tengo una bala en el muslo —dijo mientras señalaba una mancha oscura en el pantalón—...pero he podido llegar hasta aquí sin que me vean.

—¡Dios bendito! —exclamó con las manos en la cara—, no irás muy lejos sin un torniquete, ¡déjame verlo!

Rico elevó los hombros y la miró, elocuente, había venido justo a eso, ella retiró los jirones de tela y él quitó la pierna en un reflejo.

—Te duele, y puedes perder mucha sangre, ahora mismo aviso a don Sever...

La agarró de un brazo y la atrajo hacia así, la miró a los ojos de forma severa.

—Nada de eso, hermosa —susurró cortante—, nadie se va a enterar de que he venido, y menos el falangista de tu jefe, ¿está claro?

Hizo una pausa y le puso un dedo en la boca con gesto intimidatorio, pero enseguida le abrió su sonrisa de hoyuelos y pasó sus yemas por la mejilla tan despacio que la hizo sonrojar.

—Verás, ha habido más follón que nunca donde Aprendices. —Respiraba con esfuerzo, las venas del cuello sobresalían duras como tendones—. Los civiles han salido de todas partes, yo no sé cómo..., en fin. —Clavó los ojos en la herida

y la vio inclinarse de nuevo hacia la pierna—. Que nos hemos liado a tiros y yo he tenido que usar mi cuarenta y cuatro contra un guardia que tenía casi encima, ¡el hijo puta!, me parece que le he dado en la cabeza, ¡de lleno!...

—¡Dios! —María se detuvo sin levantar la cabeza, sus manos habían reculado de forma involuntaria—. ¿Lo has matado?

Los dos callaron un momento agazapados, indecisos, María percibió más fuerte el olor de su camisa pegada al cuerpo y lo sintió amargo, duro, el tabaco y el miedo se mezclaban en la piel del secretario que todas adoraban y a quien nada le agradaba más que llenarse de palabras en la sede y escribir consignas como balas. La herida que tenía ahora entre las manos sí que iba cargada de pólvora, de sangre seca y de pulso acelerado que batía en el pecho. Había matado a un hombre y ya no había ni rastro de las frases que sonaban bien, del afeitado impecable y la postura estudiada cuando se dejaba mirar, Rico y ella misma también formaban parte de un nuevo mundo para los sentidos y no sabía si aun le gustaría estar cerca de él.

—Bueno ¡no estoy seguro! Pero no me mires con esa cara, Jabalina, yo he echado a correr y ya no he visto más, ahora lo que toca es salir de aquí caminando ¡y por tus muertos que me vas a ayudar sin que te oigan ahí dentro!

María le contempló un instante más mientras se hacía crujir los dedos, enseguida le hizo un gesto cómplice y se levantó con cuidado hacia la casa. Ahora debía ocuparse de él y eso la calmaba momentáneamente, le pidió que esperase antes de desaparecer en la casa. El cuarto de la plancha, nadie más que ella entraba en ese lugar, le escondería entre los cestos de ropa. Inspeccionó la cocina y el cuarto, agitada, ahora se daba cuenta de que había estado a punto de echarse a llorar. Las gasas estaban en la enfermería, podía entrar allí cuando él estuviera escondido y hacerse con un frasco de alcohol, parece que con eso bastaría si la bala no se había quedado en la pierna. Se asomó a la puerta y lo llamó con la mano para que se acercara, cuando llegó renqueando le indicó el cuarto y entró en silencio detrás de él.

—No es para tanto, pequeña —mintió al ver los ojos espantados de María—, un rasguño, no creo que la bala haya entrado.

—Sí, pero vamos a verlo..., apriétate aquí de todos modos—. Le tocó la ingle con las manos y pronto las retiró, como si su sangre quemara.

—Estás asustada, Jabalina —señaló él. Se desabotonó la camisa para aliviar el calor y enseñó el pecho ancho, brillante por el sudor. La miró directo a la cara—. Qué guapa te pones con ese achuchón en las mejillas.

María se inclinó hacia la herida en un reflejo, quería aparentar dominio de la situación, pero pronto descubrió la pistola en su funda de cuero y se estremeció, el mango del arma brillaba negro y amenazante como una cucaracha.

—Voy a por el alcohol, no te muevas —dijo sin mirarlo.

No entendía nada de lo que estaba pasando, pero quizá le gustara, tendría que pensarlo todo después, si es que había un después, cuando llegara a casa y pudiera ordenar la cabeza.

—Soy un huido, guapa. —Rico la retuvo del brazo de pronto—. Me iré de El Puerto esta misma noche, ¿vas a despedirme con un beso para que me cure, Jabalina?

María se había incorporado a medias y se quedó mirándole, perpleja. Él había sacado esa media sonrisa que dominaba a la perfección y la observaba atento, disimulando una mueca de dolor.

—¿Qué pasa? ¿Es que tienes novio? No me digas que estás con el panoli ese del socialista... —Se irguió, el silencio de María se le hacía elocuente—. Ya lo tengo, en tus libros de anarquistas el amor es libre, pero tú no soportas verme con la Antonia, ¿no es así? Pues a mí la Antonia no me gusta ni la mitad que tú, ricura, y no me importa que tengas novio...

—¡Mucho sabes tú! Yo no tengo novio ¿qué te crees? —Se alisó una greña y la escondió detrás de la oreja, esquivando—. Por mí puedes irte con todas las frescas que se te antoje... -Se agachó de nuevo, la habitación había empezado a oscilarle bajo los pies—. ¿Por quién me tomas?

—Por la libertaria más guapa del mundo...

María ya no terminó el gesto que había iniciado para huir, todo era obedecerle desde que le había visto esa tarde y todo sería seguir con la barbilla a esa mano que había alargado él hasta su cara, abrir la boca y sentir cómo el otro brazo la tenía ya sujeta de la cintura, sin posibilidad de escape, sin más órdenes ya que cerrar los ojos y sentir que su boca sabía a café con leche y a tabaco rubio o a café con cazalla, o a revoloteo de pájaros o peces en la lengua y con qué palabras empezaría ella cuando se lo contara a Antonia, con lo mucho que le gustaba el Rico a la Antonia. Y su Pedro, a punto de aparecer en la puerta, ¡alma de Dios qué pena!

·1940·

Besos en el aire

Enero de 1940-Convento de Santa, Valencia.

El día de la visita amanece cubierto y los familiares han tenido que hacer cola bajo el chaparrón, cubriéndose tan solo los que tuvieran algo que echarse sobre la cabeza. Santa Clara ya tiene novecientas reclusas, cinco veces más de su capacidad, y en cada celda se aprietan ocho para dormir en el suelo. Cuando Manolita y los padres de María entran por fin al locutorio, el pelo pegado a la cara y la ropa chorreante les da el aspecto de un rebaño aturdido tras una lluvia imprevista de verano. María busca su mirada desde el otro lado de la valla donde vigila una monja, tarda en dar con ellos. Isabel, enérgica como siempre, ha perdido brío con los quebrantos y los madrugones, pero se las apaña para llegar la primera hasta la valla de alambre, Manolita la sigue de su mano con la mirada ávida. Manuel, que cierra el grupo, arrastra los pasos y no puede tapar el cansancio de sus piernas, el pelo ralea en su frente y los ojos viven con un

brillo desvaído, su vieja tos le dobla de pronto y María, que entonces lo reconoce, lo llama enseguida.

—¡Aquí, aquí padre, en el lado!

Ambos se escrutan y se agarran a los barrotes del locutorio para ganar seguridad, quizá también para ganar un segundo antes de tener que decir algo, pero Isabel se adelanta.

—Hija, ¡hijica! ¡Estamos aquí! —Isabel bracea enérgica y da pequeños saltos—. Santa cara de Dios, qué alegría hija... Pero cómo estás tan... flaca. ¿Qué tal me comes hijica?

—Bien, bien, aunque me veáis así, no como tan mal, ¿qué tal todo por ahí? ¡Qué bien os veo! Hola hermanica... —Retira la mano de su cara para que no vean la venda en la muñeca—. ¿Cómo anda todo por casa? ¿Y los chiquillos? Dicen que han vuelto a poner escuela...

Isabel fuerza una mueca de consuelo y se lleva la mano a la boca para sujetar el llanto, los ojos se le empañan al mirarla, Manolita se agarra a los barrotes y empieza a balancearse con un gemido sin quitarle ojo a su hermana. María está acicalada y limpia, con un moño tirante en la nuca que le da una formalidad nueva. La mirada transmite una relajación extraña, de hambre consolada a medias, pero también de cierta frialdad o apatía, algo maquinal y ajeno en ella.

—Los chiquillos bien. Hay que ver qué aseadica se te ve, hija —miente Manuel, que quiere atajar el llanto de la madre—. ¿Que ya tenéis agua para lavaros? ¿Y jabón?

—Me ha ayudado la Pepa —asiente de forma rotunda y sonríe protocolaria—. Es una paisana nuestra, de Royuela mismico, padre, igual la conoce usted, su padre es pastor y le sacaron «el Colorao». Es la mar de buena conmigo, desde que llegué... —María mira a su madre y sabe que no debe callarse en ningún momento—. El primer día sufrí un desmayo y ella me atendió en la celda con lo poco que tenía, pan y tocino que le dan las monjas porque no la visita nadie. Ahora me ha ayudado a lavarme con una cuña de jabón que ha conseguido y que guardamos como oro en paño. No crean que paso necesidad.

Los padres callan y asienten con avidez, como si mirarla a través de las vallas metálicas fuese un banquete imprevisto que tuvieran que devorar, los ojos que engullen la estampa de su hija, la cara pegada al metal, los puños cerrados sobre las varillas para acaparar el momento. Manolita se ha quedado quieta y es casi peor verla tan envarada y muda, ya no gime si quiera. María no encuentra el hilo para seguir y se deja mirar sin emoción, ha congelado una sonrisa templada y espera. El griterío ente las presas y los familiares obliga a elevar la voz y todos gesticulan ya de una forma grotesca.

—Hijica... —La madre carraspea y se aclara la voz—. ¿Y dices que comes bien?

A Isabel no le acude otro pensamiento, no olvida que perdió mucha sangre cuando el embarazo y luego cuando se anduvo en las muñecas, el buen color no le ha vuelto a la cara a pesar del aseo.

—Bien madre, no padezca usted, ya le digo que no tenemos necesidad. La Pepa es un ángel conmigo y me procura de todo: chuscos de pan, tocino, algarrobas, a veces hasta rosquillas de vino...

María se detiene, lo último ha sido un exceso y comprueba el gesto incrédulo de aprobación en sus padres. La miran sin permitirse un parpadeo, podría sincerarse sobre el caldo aguado del día y sería lo mismo, como si lo adorna con fingidas rosquillas, buñuelos y hasta pan blanco recién cocido, hace un rato que no la están escuchando. La madre se contrae y se tapa la cara.

—Madre no llore, no vaya a ponérseme mala que no podemos pasar sin usted. —María habla sin emoción, como si tuviera preparado un cumplido—. Descuide que yo estoy bien, muy bien.

—¿Que no lo ves Isabel? La chiquilla está de lo más bien, aseada y todo, y tiene el sustento amarrado cada día, una boca menos en casa, y mientras vamos juntando perras con

lo que saquemos de la bachoqueta y la patata que me bajo de Algimia...

Manuel lanza una mirada refleja hacia la monja que vigila el pasillo, teme que les pueda denunciar si le ha oído mencionar el estraperlo. Es una mujer grande, caballuna, con la cofia almidonada y tiesa ocupa casi el ancho entre las dos vallas. Alza las manos en ese momento para dar unas palmas sonoras y se dirige hacia ellos con la mirada adusta, Manolita se estremece y se refugia detrás de su madre.

—¡Formalidad! ¡Formalidad! ¡Bajen la voz que esto parece un gallinero!

Todo el mundo se repliega y calla al instante, se despegan de la valla para dejarla pasar, impelidos por una mezcla de odio y respeto. El revuelo baja de tono pero vuelve a crecer despacio como una ola que los recorre a todos.

—Cuídese y no padezca, que yo estoy tranquila. Que la Manolita y la Carmen cuiden de usted y que coma, sobre todo coma y no piense en nada. Pronto estaré en El Puerto para echar una mano...

—Sí mi hija, sí, pero ¿y...? —Quisiera decirle de su bebé, ¿cómo pretende recuperarlo? En los ojos de María no hay un asomo de emoción, están ahuecados, secos. —Y tu alfiler de san Cristóbal, ¿lo guardas aun?

El vocerío crece hasta hacerse denso entre las dos, María sube los hombros, hermética.

—No madre, me lo requisaron al entrar. Pero tu paquete con el queso y la manta sí que llegó todico, como refresca en las noches me viene de perlas, a Pepa la dejo abrigarse porque su petate está pegado al mío y ella no tiene más que lo puesto.

La monja vuelve a pegar dos palmadas sonoras y vocifera por encima del griterío señalando un reloj que cuelga en la pared.

—Hala, venga, ¡acabando ya que es la media!

Todo el mundo se exalta y se precipita a hablar más fuerte, muchos rompen a llorar, los más se comunican con gestos, Manolita agita los barrotes como si pudiera romper la valla, su padre la coge de los hombros para calmarla.

—Y el juicio, madre ¿se sabe algo ya?

Isabel achina los ojos, como si así pudiera entenderla, Manolita se le ha escurrido de las manos al padre y echa a correr hacia la puerta.

—¡Si sabe algo de mi juicio!

Los dos niegan con la cabeza, Manuel sube los hombros antes de mirar de reojo hacia fuera, pero Manolita es ya difícil de encontrar entre el tumulto.

—Pidan la revisión de causa para mi cuanto antes, y avales, ¡todos los que puedan juntar!, vayan a ver a don Severiano, y al padre Aurelio y a todos los que sepan de mi buena conducta, de que no tengo las manos manchadas de sangre...

—Sí hija, ¡claro que sí! —Manuel abraza a su mujer y habla por ella, que se ha quedado muda y la mira absorta—, ¡Todos te mandan recuerdos, y las Leceta también, que quisieran haber venido, ¡y tus hermanos lo mismo!

María ya debe girarse y acudir a la fila, las presas abandonan el locutorio seguidas por la monja y despiden con la mano a los familiares. Algunas no pueden hablar pero aguzan el oído para distinguir las últimas palabras de ánimo, otras se desgañitan en los «salude a tal, recuerdos para cual...», se cruzan instrucciones breves, consignas, besos en el aire. María encabeza la fila y camina solícita, en silencio, hace un gesto con las cejas y se gira para desaparecer hacia la puerta.

—No es mi María —se dice Isabel con voz nublada, ausente, para sí misma—... No es ella, ¡me la han cambiado!

—No te sofoques, mujer, la chiquilla se duele de estar aquí encerrada, eso es todo...

Manuel intenta consolarla, la abraza, se retira, no sabe dónde meter las manos, sale fuera para buscar a Manolita y busca enseguida su tabaco para liarse un cigarro. Cuando todos se han marchado ya, una monja entra y obliga a Isabel a despegarse de la valla.

Enero de 1940-Sagunto.

La habitación es estrecha y la mesa de nogal macizo es demasiado grande, corta el paso hasta el sillón del Juez Dapena. Él mismo se empeñó en hacérsela llevar hasta allí cuando le asignaron el cargo, en la nueva oficina del juzgado de instrucción, que antes fue botica. Es un sargento pequeño, grave, envarado dentro de su guerrera ceñida. Los labios son femeninos, pero las mandíbulas enseñan una crispación permanente y hacen visible la contracción de sus tendones a sacudidas breves.

Esta mañana se ha cortado con la navaja de afeitar y entra malencarado. Debe meter barriga para alcanzar su sitio porque el pendón con la bandera se empotra delante del ventanal. Resopla con disimulo e intenta que el fajín no se le

acabe de arruinar con los enganchones. Hoy, para coronar la maniobra, se ha dado un golpe contra la esquina de un cajón al sentarse y ha estado haciendo muecas delante de Bonilla, el secretario, que fingía ocuparse de su corbata mientras duraba el trance.

—...Y bien, Bonilla. —La voz le ha salido aflautada por el dolor—. ¿Qué tenemos hoy?

Bonilla es un funcionario fantasmal de huesos finos y talante amedrentado, más alto que Dapena a pesar de las botas militares del juez, con tendencia a encogerse ante él cuando se levanta y da instrucciones rápidas. El bigote fino se le llena enseguida de sudor, aunque no haya llegado aun el verano. Se apresura, abre su carpeta con brusquedad, el primer expediente resbala al suelo.

—¡Venga, venga! A ver si hoy a las dos estoy comiéndome la paella, ¡coño!

Bonilla se endereza y extiende sobre la mesa el documento que había escapado al suelo. El magistrado lo alcanza con la mano pesada y velluda, carraspea y tuerce la boca con los ojos hastiados, distraídos.

—Pérez Lacruz, María... ¡Por fin llegan noticias de Sarrión sobre la roja esta! —Dapena se coloca las gafas y se arrellana en el sillón complacido—. ¿Ha cantado ya alguno de sus compinches?

Se pasa la mano por la frente y peina hacia atrás su pelo ralo mientras se adentra en el documento.

—Sí, señor, un tal «Rebollo», se conoce que actuaba con la encartada en la Guardia Móvil. —Los ojos de Bonilla repasan rápidos el primer párrafo—. Hoy ha llegado de Sarrión este exhorto, tome usted.

Hay mucho revuelo armado con la tal «Jabalina», Dapena insiste cada semana al juzgado de Teruel, pero nadie hablaba hasta ahora de su paso por la comarca. Con este golpe de efecto, la reputación de Dapena estará definitivamente limpia. Dedicar un minuto más a repasar lo dicho por Rebollo y golpea con el expediente en la mesa antes de acabarlo.

“¿Qué cargos tiene esta desgraciada, Bonilla?

—Auxilio a la rebelión, señor.

Dapena arquea las cejas, jactancioso, paladeando ya la frase que va a pronunciar con tono lapidario.

—¿Auxilio? Esta roja es una criminal, un mal bicho. Adhesión a la rebelión, Bonilla, esta roja se la ha cargado. Redacte el auto de procesamiento ahora mismo, ¡quiero el exhorto en Valencia esta misma semana!

El juez se reclina de nuevo y hace bailar la estilográfica en sus dedos, los tendones se le estremecen bajo la piel de las

mejillas. Se acerca la mano a la mandíbula, la herida está tierna y la sangre fresca apenas le mancha los dedos.

·1933-1936·

Mujeres Libres

Octubre de 1933-Salón Victoria, Puerto de Sagunto.

El otoño había llegado pronto ese año a El Puerto. El temporal de octubre se había comido los últimos calores y todo el mundo miraba al cielo buscando el final de unas nubes rápidas, apretadas, que se vaciaban sobre el Palancia amenazando riada.

En la Siderúrgica, el cielo se había cerrado también hacía tiempo. La crisis estrangulaba todavía a los empresarios y la falta de pedidos hacía temer una clausura definitiva. Las huelgas se habían repetido sin lograr un alivio para los obreros, el pueblo se ahuecaba sin remedio. Los parados robaban lo que podían en los huertos, mataban las horas fumando en la cantina u organizando jaleo, ya eran pocos los comercios que les fiaban o que no habían cerrado. Algunos aceptaban un billete de tren que les ofrecía el Ayuntamiento y se aupaban con sus sueños rotos a un vagón de vuelta a su

pueblo. Se iban con lo puesto, los cuatro bultos que traían, una prole de chiquillos legañosos y diez pesetas con las que arañar la tierra de donde venían.

Una tarde gris de sábado pareció amainar el temporal. Las Leceta acudieron con su hermano Pedro al mitin del sindicato, donde hablaría Aurora «la libertaria». Antonia caminaba delante con los brazos cruzados y el ceño fruncido, detestaba que su hermano no las dejara ir solas, su madre había estado a punto incluso de encerrarlas porque el acto no había sido autorizado y, según todos, la Guardia Civil no tardaría en aparecer.

María iba a unirse al grupo y esperaba ya en la esquina de Progreso con Luis Cendoya. Llevaba un vestido camisero de shantung hecho por una amiga que le quedaba bailón y disimulaba su falta de curvas. El pelo cortado a lo garçon había causado el último escándalo en su madre, nada comparado con el día en que las vecinas le habían dicho que fumaba a escondidas o que se bañaba en cueros con su cuadrilla. A ella le calaban poco los aspavientos y amenazas de la madre, las habladurías, lejos de sonrojarla, la gratificaban, había quien señalaba con malicia que no tenía ojos para ninguno de sus pretendientes con lo bonita que era y, entonces, Rico volvía a ella con su revoloteo de pájaros en la lengua, su café con cazalla; aquel sabor le abría una sonrisa involuntaria. Rico permanecía en prisión desde

aquella tarde de disturbios con los civiles de Valencia, pero no había contestado a sus cartas.

Esa tarde no se perdería el mitin ni por saber morir. Se había escapado de casa y fumaba apoyada en la pared, tamborileando con el tacón en el suelo.

—¡Mirad, ahí tenéis a la *rata pelada*! —gritó Pedro para sacarla de su ensimismamiento.

Pedro la seguía cortejando, había quien le creía su novio con toda seguridad y él no se tomaba la molestia de desmentirlo, sentía cada vez más cerca el día en que eso llegaría. La conocía tan de cerca, que no le costaba provocarla y hacerla reír. Se había comprado un par de americanas en Valencia y sabía moverse con desenvoltura en el Café Republicano, donde cautivaba al público con su timbre de voz cálido y radiofónico. Hacía estragos entre las amigas de María, que la envidiaban por tenerle tan entregado, pero ella insistía en que solo era su amigo, su mejor amigo.

—*Rata pelada*... el día que coja te vas a enterar —protestó divertida—, ¡antiguo, que mira que eres un antiguo! Con lo bien que me sienta mi nuevo corte de pelo...

Pedro rio relajado mientras buscaba su tabaco de cuarterón, se sentía más atractivo si fumaba. Se gastaba el aplomo de un veinteañero bien colocado y podía presumir del puesto en laminación que aun no había perdido, después de un año

de despidos en masa. Era muy bueno en lo suyo y, a pesar de haberse implicado en alguna huelga, mantenía el jornal, aunque solo fuera tres días a la semana. Cada vez que Antonia le traía noticias de alguna chica que bebía los vientos por él, sonreía desdeñoso y callaba, ambos sabían por qué. María a veces lo trataba con un falso desprecio y lo llamaba esquírol, pero no perdía ocasión de dejarse ver por su casa los días en que no trabajaba.

—... ¡El Victoria está que se cae! —exclamó María dando pequeños saltos—. Ahora veréis el gentío, a ver si te enteras de lo que es un buen mitin, ¡so-cia-lis-ta!

—No quiero protestas, pequeñas, que si no es por mí no pasáis de la puerta, así que ya podéis hacerme la pelota, ¡hala!

—Qué razón tienes, hermano —apuntó Jesusa colocándose con timidez las horquillas del pelo—, madre no nos dejaba salir de casa si no es por Pedro...

—A ver si los Leceta os creéis que yo tengo que pedir permiso —reclamó María—, que yo bien me valgo sola, ¡no como estas!

—Hala, valiente, déjate de monsergas y dinos por dónde se entra al salón ¡que yo me defiendo bien a codazos! —apuntilló Antonia, impaciente ya. Los ojos le chispeaban, la

curiosidad le hacía estirar el cuello y saltar sobre los hombros de María, que era más alta que ella.

En el salón Victoria había una multitud agolpada contra la puerta, que se abría de par en par. Toda la calle Progreso estaba tomada y las Leceta le cogían la mano a Pedro para no perderse.

—A codazos o a patadas si hace falta —replicó María, que se puso a la cabeza del grupo—. ¿O qué te crees tú, que los anarquistas pedimos instancia para ir a los sitios, como los burgueses?

El Victoria era un edificio austero que bien servía para baile o para el cinematógrafo, en las fiestas de la patrona se decía que cogían hasta 900 personas. El sindicato metalúrgico lo había reservado esa tarde para un mitin donde hablarían los «catalanes», anarquistas de Barcelona todos, y Aurora Torres «la libertaria». Trabajadores de toda la comarca se agolpaban en el recinto con su pañuelo rojinegro al cuello. Ellos se saludaban con palmadas sonoras y abrazos vigorosos, ellas repartían miradas ávidas o consignas excitadas. María caminaba expectante y se abría paso con decisión, no quería perderse un sitio cerca de la tarima, Antonia se adelantó risueña y le cogió la mano.

—¿Dónde vais tan rápido las dos, inocentes? —les gritó Pedro, que se quedaba atrás con Jesusa—. No tan de prisa,

bonicas, que os quiero cerca de la puerta, ¡no vaya a ser que se arme la de Dios!

El salón tenía al fondo una tarima de tablas enmarcada por un telón de percalina roja que caía a los lados y cerraba la escena. Sobre la plataforma, una mesa con un par de micrófonos señalaba el sitio que ocuparían los «catalanes» para animar a un pueblo que se desintegraba, regalarles la ilusión de que aun podían tomar «por los puños» la fábrica que los expulsaba, el esfuerzo que les era negado, el sudor y la salud que habían dejado entre las máquinas y que las hacía suyas. «Tomaremos la fábrica que es nuestra» había propuesto Aurora Torres en el último mitin, y esa determinación la había hecho célebre entre los desheredados, pero también hacía temer que el gobierno desautorizara la reunión en el último momento. Entre los entusiastas se contaban María y Antonia, que seguían adelante desoyendo las advertencias.

—¡María! ¡Antonia! No seáis cabezonas, por Dios, que no debemos alejarnos del Pedro —insistió Jesusa, que se había adelantado para colgárseles del brazo—. Hacedlo por mí y juntaos a nosotros, ¡anda!

María se detuvo y la miró, vaciló por un instante pero al final dio la vuelta, Antonia hizo un mohín y se fue detrás. Pedro había encontrado un sitio holgado bajo el palco del fondo, un balcón de madera fijado a la pared trasera al que subían

los directivos cuando había zarzuela o teatro. Las banderas rojinegras ocupaban ahora todo el salón y arriba se empujaban las mujeres de la CNT, el comité femenino. María se entretuvo en llegar, saludando a unos y a otros, estaba entusiasmada con la convocatoria, ¿quién no iba a tomarles en serio, ahora que eran tantos?

Pedro la cogió de la mano cuando llegó y la empujó hacia sí

—¡Ya no te escapas, *ratita pelada*! —le dijo acercándose a su oído—. Sé buena...

—¡Habrás visto! —respondió María, soltándose y cruzando los brazos, brusca.

De pronto, el griterío general se convirtió en un rumor apagado y todas las miradas se juntaron en la tarima, que se había llenado de silencio con la aparición de un hombre tembloroso frente al micrófono.

—¡Atención, por favor! Les ruego un momento de silencio...

Paticorto y abotargado, llevaba unas lentes de concha y un bigote pequeño que le daba un aire afectado. Era el secretario del alcalde y ajustaba una y otra vez el micrófono de forma indecisa.

—Me... me obligan a darles la noticia de que el mitin no se celebrará...

La gente arrancó en un abucheo general, los silbidos y las voces no dejaron terminar al funcionario.

—¡Miserables!, ¡traidores! —gritó Antonia con el puño en alto e intentó librarse de su hermano, que la retuvo de la cintura—. ¡Viva la revolución libertaria!

—Cálmense, ¡cálmense, por favor! —lanzó el funcionario, impotente—. Este encuentro no ha obtenido finalmente la autorización gubernativa y debe suspenderse.

La gente se inquietó, los insultos crecieron. De pronto se oyó un tiro en la calle y las mujeres rompieron a gritar.

—¡Mandan a los civiles! —anunció un hombre sofocado que había aparecido en la puerta—. ¡Vienen por Progreso y dicen que son dos cuadrillas!

—¡No se alarmen! Por favor, ¡no se alarmen!— añadió el secretario, impotente—. ¡Los agentes no dispararán si todos se van ordenadamente a sus casas! —dijo antes de desaparecer de la tarima agachado y sujetándose las gafas.

La multitud reaccionó y se dividió. Los unos huían obstruyendo ya la puerta, alarmados, los otros insultaban y desafiaban a los guardias, preparándose para la gresca. Antonia y Jesusa habían salido ya a la calle, veloces, Pedro se quedó un paso atrás pendiente de María.

—¡Por el amor de Dios, María, que eres solo una chiquilla! Mira que yo te saco de aquí aunque sea de las orejas, «Jabalina!».

—Ocúpate de tus hermanas, cielo, yo me las apaño sola y no pienso moverme de aquí, ¿te enteras, socialista?, atrévete a tocarme, esquirol, ¡que no tienes cojones!

María se agarró al palco y le miró fijamente, la gente que pasaba en tromba amenazaba con tirarla al suelo. De pronto se oyeron dos tiros de escopeta en la calle y todo el mundo se agachó antes de atropellarse contra la puerta gritando. Un grupo de anarquistas armados que había disparado en la calle irrumpió en la sala para refugiarse, agolparon todas las sillas de la sala contra la puerta a modo de barricada. Pedro reaccionó y la cogió en volandas antes de que aquello se convirtiera en una ratonera.

—¡Suéltame, so bruto, mala bestia!

No iba a dejar que se la llevara a la fuerza, le tiraba del pelo y se deshacía en patadas y puñetazos, pero su cuerpo, aunque escurridizo, pesaba como el de un crío y él se sabía más fuerte. La aupó como un fardo a su espalda y echó a correr.

—¡Te vas a enterar tú, cuando lleguemos a casa!

Se oyó otro tiro, esta vez dentro del salón, la gente se agachó y gritó, María dejó de patalear y se dejó llevar,

asustada. Los dos ganaron el suelo y salieron corriendo de la mano. El corazón les latía deprisa y la cabeza solo veía el momento de ponerse a salvo, de dejar Progreso hacia la calle Trabajo y girar por Luis Gendoya, si los civiles les cortaban el paso se desviarían por Canalejas hasta Calle Nueva, los pasos aminorando ya en la plaza del mercado y luego Ursandizaga de una vez, oscura y breve, donde estaba la casa de María. En el número trece se dejaron caer los dos, resbalando la espalda por la pared hasta quedar sentados. Se miraron por primera vez y estallaron a reír pero las carcajadas les robaron más el aliento, María se llevaba la mano al pecho y respiraba hondo por la nariz con una sonrisa tibia.

—Qué susto me has dado, ¡esta vez ha sido el acabóse! — la reprendió, serio—. *Rata pelada* ¡lo que cuestas de criar!

—Nadie te ha pedido que seas mi padre... —saltó de nuevo María, pero se arrepintió enseguida—, pero lo haces muy bien. ¿Me perdonas?

Desde atrás les llegaba el sonido mitigado de la gente que huía, nuevos disparos, gritos. No les sobraba el aire, el pecho les bailaba todavía, a ella le ardía la cara y se abanicó un instante con la palma abierta, sabía que Pedro vigilaba sus mejillas encendidas y su escote en movimiento y se tomó un rato largo antes de mirarle a los ojos.

—Y tus hermanas, ¿habrán llegado bien?

—¡Eso espero! Voy corriendo a casa, no me echen en falta...

Aun debía recuperar el aliento antes de irse, pero no solo era eso, algo que no sabía explicar le retenía junto a María, le hacía difícil la marcha. No quitaba la vista de ella, que ahora era otra vez una niña ovillada contra su puerta, con el cuerpo frágil, plegado, los ojos redondos e inofensivos, sin decidirse a darle las gracias. Hacía un minuto era una gata erizada sobre su espalda, ahora se recuperaba del sofoco a su lado y parecía tan mansa, tan pequeña en su cuerpo temblón... Se había hecho a sus requiebros y todas las chicas lo aburrían al lado de María, se le hacían previsibles, planas.

—Vete, ¡hala!, que tus hermanas deben andar nerviosas...

-María calló y empezó a dibujar círculos en la tierra sin mirarle.

Pedro buscó rápido una excusa para quedarse, pero el silencio se había alargado demasiado, se había levantado entre los dos como una pared de corcho. La luz del otoño empezaba a declinar y la brisa del mar le secaba poco a poco el sudor en la frente.

—Pues nada, tú métete pronto en casa —murmuró sin decisión, apoyándose en las rodillas para levantarse—. Que tu madre no padezca.

María siguió inclinada y quieta, puede que estuviera a punto de darle las gracias, o de enseñarle su enfado de patio de párvulos, ¿por qué habría mencionado a su madre? Ahora sí que no le hablaría más, así que Pedro se decidió y enfiló calle arriba, no sin antes girarse para agitar la mano en un ademán seco.

—¡Oye, Pedro! —se atrevió María, por fin. Los ojos redondos se le habían hecho tiernos, habían abandonado la guardia—. ¿Es verdad eso, Pedro?

Pensaba en la Solé, la chica de la cuadrilla que iba detrás de él sin éxito alguno, según Antonia porque no se parecía bastante a ella.

—¿El qué? —Pedro sonreía halagado, sentía que el estómago le brincaba hasta la garganta—. ¿Algo que te han contado mis hermanas?

—Que... que querías ser monaguillo y tu padre te quitó la idea a base de palos, ¿es verdad eso? —Se palmeó las rodillas y rió traviesa.

—¡Anda para casa o te volveré a coger en volandas! Mira tú qué cosas te cuenta la Antonia, ¡sois de lo que no hay! Y déjate crecer el pelo, anda, que pareces una rata...

María se levantó del suelo e intentó ahogar las carcajadas con la mano en la boca. No había estado bien eso, lo sabía,

Pedro ya se alejaba con sus zancadas amplias y ella se había quedado sin darle las gracias, sin preguntarle, vaya si le dolía, si era cierto que nunca rondaba a ninguna otra, si nunca tenía ojos más que para ella.

Se sacudió el vestido camisero y se contempló un momento dentro de él, ciñéndose la tela con las manos en las caderas. Escribiría en su diario sobre todo esto, tenía que meditar si es que Pedro le hacía tilín, siempre que le pasaba con alguno, terminaba demostrando lo contrario de lo que sentía. Y Rico encerrado, sin contestar a ninguna de sus cartas, ¿sería que no le llegaban?

Junio de 1934. Puerto de Sagunto.

Miramar no era una banda de primera, pero se defendía bien. La había traído Antonio, el cochero anarquista, porque su primo tocaba la trompeta y era de la CNT. Era 24 de junio y por San Juan no faltaba verbena en la Alameda, se animaría el baile que era agarrado e iba a durar hasta las tres.

La fábrica había revivido con la llegada de un modesto pedido, veinticinco mil toneladas de carril que habían hecho humear el horno número dos todo el invierno, como una

bandera blanca sobre el pueblo agotado y feliz. La crisis parecía varada y los porteños se inventaban una alegría heroica, aunque aun había mucha necesidad.

El verano estaba a las puertas y hacía años que San Juan no estaba tan animado, habían venido desde El Puig, de Puzol y hasta de Segorbe para disfrutar de la noche. Las mujeres se encomendaban a Dios y los jóvenes al coraje que habían tenido en las calles, pero todos andaban eufóricos por una noche, despreocupados.

En casa de las Leceta, las amigas se entretenían ultimando sus trajes. María se había encargado de todo y le daba un último toque de aguja a su amiga Antonia. Jesusa las miraba e intentaba parecer tranquila, si supiera decirles que no, se habría ahorrado la túnica horrible y el gorro de la bolita que no sabía cómo llevar para que no le diera en la frente. Las hermanas eran la República y María era una heroína anarquista, se había empeñado en recordar los sucesos de Casas Viejas, homenajear a los anarquistas caídos un año atrás en aquella revuelta sofocada con saña, mover propaganda y nuevos afiliados para el sindicato. Menudo revuelo, la que podían armar. Su hermano debería haberles prohibido salir de esa guisa a la verbena, pero quién contaba con él ahora, que solo tenía espíritu para complacer a María.

—¡Chica, Jesusa! No tiembles así, que solo te he pedido una aguja. —María la censuró sin mirarla a los ojos y dejó

escapar una sonrisa—. Y dile a tu hermana que no saque tanto pecho, que va a reventar la sisa de las mangas.

Antonia le lanzó un codazo, María lo esquivó, divertida. Nada le podía estropear la fiesta, se sentía estupenda en su traje de campesina andaluza, reía a carcajadas bajo el sombrero de rafia que le había prestado su vecina la Cordobesa.

—Un poco más y me vestís de Azaña, total unas gafas de pasta y una panchota... —Antonia protestaba, había querido el mismo traje que María, pero su piel blanca y sus ojos azules restaban convicción a la estampa de joven andaluza.

—¡Tú lo que quieres es que no te conozca ni Dios! —le replicaba Jesusa, relajada por primera vez. Las tres echaron a reír.

Con la risa, el gorro frigio le había resbalado a Antonia hasta taparle el ojo derecho, pero ella se mantenía firme y fingía un semblante serio. Las carcajadas estallaron de nuevo, todas se divertían con la pantomima. Jesusa le anudó el pañuelo rojinegro al cuello y Antonia le devolvió una mirada cómplice.

—Bueno, ¿qué?, nos va a dar el día del Juicio, ¡tardonas! —protestó María, embelesada consigo misma frente a un espejo—. ¡La banda ha empezado ya en la Alameda! *La taranta, tarántula pica, y Carmela se pone más rica...*

Se dio el visto bueno y cruzó la puerta, absorta en el pasodoble que ya se colaba en el barrio. Las tres se cogieron de los brazos, se habían propuesto permanecer juntas y afiliarse a tantos como se pudiera al sindicato, llevaban también una colecta para los huérfanos de Casas Viejas. La caseta de la CNT no estaría lejos de la orquesta ese año, más de uno se iba a acercar y si no había aportación no había baile, incluso su Pedro, aunque suplicara.

Bajaron a la verbena con paso ágil, entre risas y bromas. Entre todas juntaban dos perras para gastar en las casetas de tiro que habían abierto a lo largo del paseo, pero María no quería que la dejaran sola con la tarea, había que apuntar nuevos afiliados, mover propaganda, para qué si no tanto vestido y tanto perifollo.

Cuando embocaron la avenida, el ambiente estaba ya estupendo. Las mujeres de la tómbola voceaban los premios y su jaleo se mezclaba con la animación del baile. Los chiquillos, que serpenteaban entre la gente muertos de risa, explotaban pequeños petardos en las esquinas. Había un jamón a sorteo con solo comprar un boleto de seis perras chicas, lo había cedido la Compañía y era de Teruel. El algodón de azúcar endulzaba el aire en el puesto del Basilio, que tenía también garrapiñadas en pequeños cucuruchos y las ordenaba despacio en grupos de tres. Frente a él, el olor de la golosina se disipaba en el que traía una gitana recia y

su pequeño brasero, castañas tostadas y mazorcas de maíz para el que no fuera goloso y tuviera tres perras que gastar.

—¡Viva la señorita República! —se oye de pronto—. Y que vivan sus dos amigas, ¡también!

Desde una caseta de tiro, Pedro estaba mirándolas con la gorra en la mano. Se había puesto un clavel en la solapa y se había abotonado la americana hasta arriba, obligándose a pegar tirones repetidos en el bajo para alisarla bien. El capataz le había dejado un agua de colonia que olía a madera vieja y a nardos, el pelo le brillaba despejado hacia atrás con gomina. María se sonrojó al verle, sabía que el clavel era solo para ella.

—Y viva la lucha libertaria, camaradas, ¡abajo el poder!— contestó la Jabalina, con el puño en alto y agitando un fajo de pasquines que traía enrollados con una goma. Había pasado toda la noche haciéndolos con una imprenta manual que tenían en la sede.

—Por todos los santos, María, ¿que no descansas tampoco hoy?— protestó Pedro, divertido.

—Un céntimo para el fondo de la CNT, anda rico, que vamos a levantar nuestra sede en Cronista Chabret —prosiguió la Jabalina, melosa—. Y a cambio tienes un baile con María «la Libertaria», ¡en persona! —exclamó muy segura, exhibiendo el vuelo de su falda larga y su manteleta.

Pedro sonrió y se estiró las solapas de la americana. La miró jactancioso, la gomina y la colonia le habían hecho permanecer un largo rato frente al espejo, esa noche no necesitaría el tabaco para impresionar a las chicas. Se balanceó apenas sobre los talones con las manos en los bolsillos y se hizo de rogar un minuto.

—Anda, Jabalina, ¡eres de lo que no hay! —interrumpió Antonia mientras se apartaba el pelo de los hombros, decidida—. Yo a mi hermano le regalo el baile, ¡claro está!, y al que me lo quiera pedir. ¿Sabes qué haremos, Jesusa? —La cogió de la muñeca, enérgica—. Nos iremos donde la orquesta, que esta solo piensa en repartir pasquines...

Jesusa tuvo apenas un instante para despedirse con los ojos, mientras se sujetaba el gorro, María las vio alejarse y sintió la tentación de marchar con ellas. Había sido muy evidente el arreglo que Pedro tenía con sus hermanas y se sintió halagada, pero él la seguía examinando de arriba abajo y ya no sabía cómo continuar la comedia de María la Libertaria. Se bajó la visera del gorro y extendió el fajo de propaganda para leérselo.

—Camaradas... —Se aclaró la voz—. ¡Por el futuro de un pueblo! La Confederación Nacional de Trabajadores ha levantado un manifiesto...

—Vale, ya, ¡ya! Hala, toma una perra chica y déjalo, Ja-ba-li-na, que te invito a unos tiros —soltó con decisión mientras se ponía la gorra—. No me gusta tirarle a los patos sin compañía... —Esperaba una réplica, pero María calló expectante—. Bueno, bueno, y aquí tienes otra perra más para tu sede, ¿conforme? —Levantó los hombros mientras hurgaba en los bolsillos—. Se las llevas luego a los tuyos y dices que has tardado porque estabas pegándole tiros a esos patitos, ¡que son socialistas! —remató divertido.

María sonrió triunfante, guardó las monedas y le entregó el pasquín de propaganda con los colores del sindicato.

—¡Viva la revolución libertaria!

La música sonaba incitante, échale más valor; búscale sin temor, el azúcar de Basilio llenaba el aire, pesaba en el pecho y hacía torpe el aire para los bronquios ansiosos. María se dirigió con él al mostrador y se apoyó, calculó un instante si podría caerse al suelo, y olvida que la muerte acecha a perderte, siguió sonando el pasodoble. Se quitó el sombrero de rafia y se alisó el pelo.

—Mira, Jabalina —le dijo Pedro desde atrás—, la escopeta se carga así, con un golpe seco. —Los ojos le brillaban bajo los faroles de la caseta—. Y después aguantas la respiración y apuntas. —Le puso la escopeta en las manos y se le acercó por detrás, para orientarla—. ¡Eso es!

Ella calló y obedeció. Cuando notó el peso de su pecho contra el suyo y las manos rozando sus codos desnudos, la caseta entera se quebró ante sus ojos y los cerró de puro instinto, parecía que se habían colocado juntos al borde de un precipicio.

—No te muevas, mujer, que así no daremos ni una. ¿Es que nunca has visto una escopeta?

—Sí, ¡claro!, en la sede las hay a montones, ¿qué te crees? Podría matar a mucho socialista como tú...

Pedro sonrió con la provocación, no esperaba otra respuesta en ella, le gustaba comprobar que su cuerpo enclenque y bravucón temblaba como una hoja con el arma en las manos. La miró indulgente y se agachó tras ella para disparar. ¡Bang!, el pato de madera siguió su ruta impasible sobre la pared pintada de azul, ¡bang! ¡bang!, repitieron sin éxito. Los farolillos de colores le daban vueltas, ni el sombrero de rafia, ni los volantes, ni los pasquines le servían ya para devolverle el pie firme con el que pisaba la verbena cuando había llegado y ese vértigo, que era como el corazón hecho campana, le impedía mantener el cañón quieto.

—Es que me haces cosquillas, truhán. —Se escurrió de su abrazo, muerta de risa—. Así, ¿cómo quieres que aprenda a dar tiros?

—Déjame a mí, anda, ¿qué cosquillas ni qué niño muerto? — La miró muy envarado, fingiendo severidad—. Fíjate y aprende, que pronto tendrás que quitarte los pretendientes a tiros.

Le parecía tan guapo cuando guiñaba un ojo por la mirilla y mantenía la expresión firme... No le quería perdonar el clavel en la solapa, pero lo haría, y el pelo engominado también, aunque le abriera más la frente de lo que toleraba su rostro delgado, sus pómulos hundidos.

—¡Déjame! —María le quiso arruinar el tiro y le hizo cosquillas bajo los brazos—. Pero qué puñetera eres... Hala, nos vamos, que esto está perdido. —Solo había derribado dos patos y no alcanzaban al premio—. Mejor que no aprendas la puntería, so traidora, ponte mi chaqueta que estás helada...

Pedro le pasó su americana por los hombros antes de que ella pudiera negarse.

—Aquí hace una brisa del demonio, ven a sentarte aquí conmigo, que este banco está recogido.

Se sentaron alejados del tumulto y las casetas, la penumbra les protegía de las miradas.

—Dime, Jabalina —arrancó él, después de dos estribillos del paso doble que habían escuchado sin mover la mirada del

suelo—, es cierto que... en fin, me lo ha dicho Jesusa, que... bueno ¡que tu cabeza solo anda con la causa libertaria, vamos!

María se enfundó más en la americana, quisiera esconderse como un caracol.

—La Jesusa inventa cosas, ya lo sabes. —Se había vuelto a poner su sombrero y jugaba con el ala ancha frente a su cara—. Como lee tanta novela de amor, se cree que las libertarias somos unas marimacho. —Sintió los ojos de Pedro en ella como aquella tarde, cuando el mitin, otra vez esa forma de callarse a su lado que la desarmaba de golpe y que ya echaba de menos—. ¡Pero defendemos el amor libre! -Ahora ya no le iba a mirar, ni siquiera sabía dónde iban las manos, ni los ojos, ni el aire que subía y bajaba desordenado por el pecho y le hacía preguntarse otra vez cómo había que respirar, cómo había que tragar saliva para suavizar la boca que se había vuelto de trapo—. Una mujer libertaria puede tener los hombres que quiera, que yo para vestir santos no me quiero quedar, ¡faltaría!

Bajó la cabeza y se acordó de Rebollo y de sus peces en la boca, café con tabaco rubio y ahora pudriéndose en San Miguel, Negro carbón del toril, igual que un ciclón, aquella tarde también sentía que iba a caerse al suelo.

—Ven aquí, que estás muertecica de frío.

Pedro se acercó tanto a su cara que enseguida la notó temblando bajo su abrazo, se dijo que no la creía tan delgada, tanto hueso bajo esa carne que era siempre requiebro y siempre espoleta, ya sentía su respiración de gorrión asustado cerca de la boca cuando fue tenerla y no tenerla, se había escurrido de sus brazos y la tenía de pie frente a él, otra vez la Jabalina huidiza, inflamada, chasquido de cerilla, fuego breve. Se alisó la falda y se colocó el sombrero con la barbilla alta.

—Me voy, que tengo mucha faena en la caseta del sindicato.

—Se contorneó, provocadora—. A ver si me coges, porque soy más rápida que un galgo, si no lo crees, pregúntale al frutero de la calle Nueva, ¡la llevas!

Desapareció con un trote entusiasta hacia las casetas, una forma de correr que Pedro ya distinguía en ella cuando la veía llegar o alejarse entre la multitud, unos pasos que por fin sabía dedicados a él y le abrían una sonrisa amplia en la cara, anda recreáte en la suerte, y olvida que la muerte acecha a perderte, y una turbación de manos y pies que habría que sacudirse a zancadas.

Febrero de 1936-Sierra Calderona, Valencia.

El tres de febrero, en Estivella, el cielo se colaba por los ventanales de la escuela nacional con una claridad que avivaba el entusiasmo de los vecinos. Estaban excitados por el mitin de las izquierdas y se apretaban entre los bancos, contra los muros, llamándose a voz en grito desde la puerta, que seguía abarrotada y no se cerraría para que oyeran también los que permanecían fuera.

Bajo las lomas de la sierra Calderona, solo las heladas o las plagas daban para soltar la lengua y hasta las elecciones generales se habrían olvidado de este pueblo si no fuera por el tesón de don Amancio, el maestro, que había insistido en traer a los del Frente Popular desde la capital porque estaba afiliado al partido socialista. Desde que había empezado a anunciar que llegarían con un lote de libros para la escuela y merendola con rosquillas, más de uno se creía que su pueblo ya estaba por fin en el mapa.

Los banderines rojos habían sustituido a los mapas escolares por un día y el público se removía inatento a las señas de Antonia y María desde el estrado, que agitaban las manos y pedían silencio.

Pedro debía hablar el primero, por los socialistas, Rico iba en segundo lugar, por la CNT, había salido de San Miguel meses atrás. Guando María supo la noticia una mañana de

mercado, se había quitado el delantal apresuradamente y había corrido hasta la sede para verle, aun vivía con el pulso acelerado. Los días luminosos con Pedro, que llevaba más de un año siendo su novio, habían sucumbido a la borrasca que traía Rico con su sonrisa de hoyuelos y sus piropos. No solo los chatos de vino que él le llenaba en la sede la sonrojaban, sus besos a escondidas y el amor templado y ciego de Pedro le robaban el sueño. Pronto le llegarían rumores de que Rico y ella desaparecían a menudo por el espigón y caminaban más allá de la última farola, donde María olvidaba cada vez que el mundo giraba alrededor.

Aquella mañana, todos los partidos de izquierda hablarían juntos y María sentía el corazón golpeándole en las sienes, recelaba de que Pedro observara algún detalle comprometedor en el comportamiento de Rico. Le miró con aprensión y luego vigiló con disimulo a Pedro, que comprobaba de mal humor la marcha basculante del secretario anarquista. Rico había apurado su petaca y aun se había hecho llegar una bota de vino por el maestro, al que saludó con vehemencia.

—Rico, sujétate ese ansia ¡por la madre que te parió! —Rico se volvió hacia él, que le miraba fijamente y le apuntaba con su legajo de papeles doblados—. Si no vales para hablarle a la gente, no lo quieras arreglar empinando el codo...

Rico apretó los puños y adelantó un pie para desafiarle, pero la maniobra le falló y el maestro tuvo el tiempo justo para alargar los brazos y evitar una caída.

—¡*Cagüen* el panoli del socialista!

María ya se había bajado de la tarima y se interpuso entre los dos hombres, conciliadora.

Con el forcejeo, el rumor del público se había disipado de pronto y todas las miradas estaban en ella, que ya sostenía a Rico con un brazo en su cintura y le hacía un gesto tajante a Pedro para empezar.

—¡Camaradas! Hermanos del pueblo...

En dos zancadas ágiles ganó la tarima y llenó los oídos de la gente con su timbre seguro, resonante. *Nunca la realidad histórica fue tan exigente al pedir moderación y templanza a los forjadores del porvenir...* María aprovechó para ocultar a su compañero en una esquina y espetarle unas palabras en voz baja, con el dedo en su boca para que no replicara.

—Eres un informal, Rico, ¿cómo se te ocurre beber antes del mitin?

—Yo no he bebido, ricura —balbuceó con un gesto zalamero—. Hace un frío del carajo en esta sierra y los hombres podemos calentarnos el cuerpo de dos modos...

Le acarició la cintura y ella se retiró en un reflejo eficaz. Rico se zarandeó un minuto antes de encontrar la seguridad de una pila de cajas... *Porque jamás hasta la cumbre de los tiempos presentes, llegó la humanidad a encrucijadas tan peligrosas y confusas, ¡las derechas son una amenaza para la República!*

El discurso de Pedro llenaba el silencio con el que se retaron un segundo, antes de que Antonia les alcanzara y atajara la discusión.

—Hala, María, tú quieta que ya me llevo yo a éste fuera. — Lo agarró con decisión y lo arrimó a su cuerpo—. El jefe solo está para dormir la mona... —Rico se dejaba hacer, goloso, y Antonia le sonreía complaciente—. Tú hoy no puedes decir ni una a derechas, corazón, ¡apañaos aquí dentro!

España entera se ensancha al paso de las Derechas y no nos parecería mal si nos otorgaran un trato semejante. Pero está claro que la República tiende a ser complaciente con quién más la ofende. Es un caso de masoquismo político...

María escuchó un momento a Pedro, que había copiado párrafos de *El Socialista* para su discurso y los desgranaba con un tono monocorde y lineal. Insistiría en el combate contra la CEDA, lo sabía, y pasaría por alto las prisas de la revolución. Quería convencer a las mujeres, que votaban por

primera vez, para que no se dejaran influir por los caciques del pueblo y apoyaran a la izquierda.

—¿Y qué pasa con los anarquistas? Si Rico no sale ahí fuera a hablar de nuestra utopía, nadie lo hará, los comunistas no dirán ni pío tampoco, y estas mujeres necesitan saber que hay otro mundo mejor esperando a que lo reclamen...

—Suéltalo tú, guapa, que eres requetelista y hablas mejor que el Gregorio Marañón ese—. Rico afirmaba con la cabeza, dándole la razón a Antonia entre abandonado e indolente—, ¡nosotros nos vamos!

Antes de que María contestara, los dos se habían dejado tragar por el tumulto del público y hacerse oír supondría alzar su voz sobre la de Pedro, que seguía ensimismado en su retórica de corta y pega y no podía advertir los gestos de María ni el aburrimiento del auditorio.

Hay que dar la amnistía y la venganza por los sucesos de octubre, hay que acabar con las derechas que ponen en peligro nuestras libertades. Gil Robles ha dicho que España necesita un reinado y un ejército fuertes ¡quieren acabar con La República!

Un grupo de niñas la estaba mirando desde la primera fila, los bombachos de María y su pelo a lo garçon las divertía mucho más que las consignas que pasaban rozando sus pequeñas cabezas, tan estériles como la vid cuando ha

sufrido una plaga. Posiblemente no hubieran visto jamás una muchacha en pantalones y María les devolvió un saludo que les hizo bajar a todas la cabeza y removerse en el banco de madera entre muecas divertidas y codazos inocentes. Ella misma debió de tener la misma sonrisa mellada y los ojos igual de cándidos y legañosos cuando su padre la subió a la tartana para dejar Jabaloyas de por vida. Sus días serían ahora igual de estrechos como los de estas niñas, todavía inmunes al viaje de las palabras, con la frente puesta en mirar al cielo y desear que no hiele por san Antonio Abad, que llegue pronto el baile por san Roque y que un buen mozo quiera recogerse con ellas para deslomarse con los hijos que Dios mande. Se sentía tan cerca y a la vez tan lejos, con una distancia perturbadora, incómoda, que no la dejaba advertir los dedos de una pequeña acariciando el camal de su pierna izquierda, estremecida como el que toca un animal que solo ha visto en sueños. Cuando se inclinó para atraparla, la niña ya brincaba divertida hacia el primer banco y sus amigas se desternillaban. La voz de Pedro hacía una pausa en ese momento y atraía todas las miradas. Sobre el estrado, subió el puño y se apoyó en el otro brazo para ganar impulso en su arenga final.

— ¡Libertad! ¡Bienestar! ¡Amnistía!

El público se levantó en un aplauso tibio, las niñas saltaban entusiasmadas, se miraban con los ojos encendidos, la más

enérgica les hacía un gesto de llevarse las manos a la boca, ignoraban que aun faltaba mucho para las rosquillas prometidas al cierre. El rumor se instaló y creció, muchos abandonaron su sitio entre voces, otros empujaron para abrir nuevos huecos. María aprovechó la confusión para subir al estrado y situarse junto a Pedro, que ya se retiraba y le interrogaba con los hombros.

—Pero... ¿y Rico? ¿No iba a hablar ahora, María? No tenéis a nadie del sindicato para sustituirle...

—Sí, ¡claro! nosotros no nos quedamos sin hablar...

—¿Y dónde está ese que tenéis? —Intentó disimular su recelo—. No vamos a permitir un retraso...

En ese momento, el maestro estaba pidiendo ya silencio con las manos en alto y María le guiñaba el ojo antes de acercarse a don Amancio y aclararse la voz con la mano en la boca. Pedro se adelantó para retenerla pero era tarde, el público ya callaba expectante.

—¡Camaradas! —empezó María, y midió al auditorio con los ojos aprensivos pero firmes—. Yo hablaré por la CNT y empezaré contando alguna cosa de mí misma. —Se llevó una greña detrás de la oreja mientras le guiñaba un ojo a las niñas de la primera fila—. Me llaman María «la Jabalina» porque nací en Jabaloyas, una aldea más pequeña que este pueblo donde no había nada que arañarle a la tierra más que

boñigas de oveja y miseria. Cuando mis padres se armaron de coraje y salieron de allí para no volver, yo era una cría legañosa de siete años sin nada en la cabeza más que piojos y cuentos de brujas, tan ignorante como mi madre lo era, como estas niñas que me miran desde aquí abajo y se figuran que soy un nuevo tipo de cabra o ternera o diablo, que no se entiende de dónde viene y qué se propone... —Las niñas bajan la mirada y ríen con la mano en la boca, candorosas—. Yo estaba dispuesta también a aguantar los embates de la vida tal cual los mandara Dios, porque él nos había hecho mujeres y nos había hecho pobres y ese era todo nuestro credo. —Se detuvo un instante y midió sus palabras, alguna había arrugado la nariz con recelo—. Desconocía entonces que no era Dios el que nos mandaba esa cruz, sino otros seres todopoderosos que llaman capitalistas y a los que conocí más tarde en los libros. —Don Amancio se removió a su derecha y ella no le vio pero sentía su aprobación—. ¡Camaradas! Los libros llegaron por el sudor de mi padre en la fábrica, que no gracias a Dios, y en las clases de doña Yocasta es donde se me abrieron los ojos a otro parecer y a otros mundos más allá de los madrugones y las dentelladas del hambre, ¡otro mundo que será posible si lo soñamos todas y todos! Donde no habrá amo que nos obligue a fregar a rodilla pelada o a frotar la ropa en el río hasta que salten los sabañones, ¡compañeros, compañeras, no os dejéis pisar la cabeza por la bota del opresor! —Se

alisó el pelo y respiró, había descubierto un par de mujeres que aprobaban con la cabeza a pequeños síes, al resto aun les dominaba un estupor borroso—. Las derechas os dirán que el Frente Popular trae el final de la religión católica y de la familia, que llegará el divorcio y las mujeres os veréis abandonadas. Yo os contaré algo que me pasó hace un par de días para que entendáis lo que digo...

Un par de hombres escupieron al suelo, desdeñosos, otro se metió las manos en los bolsillos y arqueó las cejas en actitud escéptica. Las niñas se interrogaban nerviosas y reían. María se estiró los bajos de las mangas y se aclaró la voz.

—Pasó a verme hace unos días una amiga mía, cuyo nombre no diré, y venia tan llenica de cardenales que daba pena verla. Es una muchacha de mi tiempo, que tuvo la desgracia de casarse muy joven, apenas hechos los diecisiete, con un mozo algo tarambana que le hacía tilín. Como le había hecho un bombo, mi pobre amiga no tuvo otra que recogerse con él y dejar las clases de doña Yocasta para atender a la criaturica e ir tirando. —Las miradas se habían avivado, la anécdota les llegaba más de cerca que las frases bonitas que había aprendido en *Tierra y Libertad*—, Pues bien. —Hizo un silencio calculado y estudió al público un instante—. Hacía ya un tiempo que el marido había perdido el puesto en la fábrica como muchos otros y se había tirado al aguardiente, total que mi amiga se ganaba día sí, día no, un ojo morado o

un empujón, ¿pensáis que mi amiga se merecía eso? — Todas las cabezas negaron con una emoción automática, alguna se llevó la mano a la boca, más de una se miraba con otra entre la complicidad y la vergüenza o subía los hombros con una resignación gastada—. No, ¿verdad? Pues os digo que vino hace unos días, morada todica ella por la última tunda de su cacique y pensaba encerrarse una semana porque el marido no quería que la vieran de esa guisa por el pueblo, ¡figuraos cómo venía la pobre! Me pidió que la llevara donde el practicante para que le consiguiera un ungüento, no se podía ni doblar. —Las niñas de la primera fila se juntaron, aprensivas—. Dónde está la culpa de que pasen estas cosas, ¿qué pensáis? ¿En Dios, que lo manda así? No, camaradas, no, Dios no puede ser tan malo con nosotras, sus criaturas, yo no puedo imaginar que exista Dios si está para mandarnos tanto castigo. ¿Está en los amos de la fábrica, por cerrar? ¿En el aguardiente, quizá? —Las mujeres asentían, ya casi entusiasmadas—. Noooo... —chasqueó la lengua y negó con la cabeza de forma dramática—, me da a mí que la culpa estuvo en dejar la escuela, ¡ahí está todo el veneno, camaradas! Porque si no tenemos las ideas, no tenemos amor propio, ni libertad para pensar, no somos más que lo que son los rebaños de ovejas, sin nada para luchar, si mi amiga no hubiera dejado las clases, no vendría toda moradica a decirme que ha sido la sopa, ¡la sopa me dice!, qué cojones: la-so-pa. —Una exclamación de sorpresa

se extendió entre el público—. La sopa que le puso al marido, ¡que no iba bien de sal! Eso me soltó entre pucheros y lagrimones, me dijo que ella no valía un real, porque si le supiera tener su buen cocido a su hombre cuando llega a casa todo esto no habría pasado.

Se detuvo para mirar las mujeres una a una y calló, ahora ya eran todas las que contenían la respiración, conmovidas.

—¡El obrero explotado se convierte en el hogar en un tirano, compañeras! Y ese Dios del que os hablan en misa. —Las señaló con el dedo, provocadora—. Ese Dios es el mismo que condena a las mujeres a la esclavitud del matrimonio, a traer hijos que no quiere y que no son más que bocas por llenar, ¡y se junta con los gobernantes para que la mujer se quede en casa como una oveja en el establo! Quieren que no hagamos más que parir hijos e hijos que nos escurren la salud, que son para llenar las fábricas por cuatro perras o para desangrarse en las guerras que el pueblo no ha provocado. —Levantó el puño y se preparó para acabar—. Por eso yo digo que lo primero es el cambio, camaradas, nosotros llevaremos la educación a las mujeres, la revolución libertaria llegará si nos votáis, ¡arriba las mujeres libres! ¡abajo los caciques que nos quieran dominar!

Las mujeres del público se levantaron en una ovación entusiasmada, todas gritaban y aplaudían con una emoción viva, sincera, algunas daban pequeños saltos involuntarios,

reían, levantaban el puño en imitación a María, que seguía agitándolo para alargar el momento. Cuando Pedro la reclamó desde atrás con un toque en el hombro, María no pudo retirarse aun, porque el jaleo tardaba un rato más en disiparse.

—Menuda sarta de chismes y tontunas, María —le dijo en voz baja cuando ya estaban bajo la tarima—, ¿no te da vergüenza?

—¿Chismes? —María no daba crédito, retiró el brazo de sus manos en un requiebro—. Será que lo tuyo ha gustado más, ¡peor que el sermón de un cura! Y todo copiado de *El Socialista*, casi se te duermen hasta las ovejas...

—¡Marimacho!

—¡Señoritingo socialista!

Los del comité cerraron filas en torno a ellos, los censuraban con la mirada y hacían gestos para que guardaran silencio mientras los empujaban hacia la puerta, apremiados. María y Pedro fingieron ignorarse un momento, caminaban obedientes hacia la salida mientras rumiaban su decepción y se miraban con superioridad. Una vez fuera, el último orador ya había empezado y el patio de la escuela estaba tan despejado que su voz se extendía como una neblina entre el rumor de los chopos que vibraban río abajo. Las pisadas de los niños se adivinaban en el barro seco y María se sentó en

el último escalón para deshacer los terrones grises con una varita de pino. La primavera subía río arriba y era fácil sentir como el enfado se aclaraba con el aire limpio de la sierra. Pedro había sacado su tabaco y buscaba el último fósforo en su caja vacía.

—No me pedirás fuego así te aspen, ¿verdad? —María le observaba divertida—. El orgullo te matará, socialista.

—¡Déjame en paz! Te crees que lo sabes todo, ¡cuatro azotes te han faltado en casa, a su tiempo! Anda que contar por ahí la desgracia de la pobre Juliana, las vas a asustar a todas con tu revolución y luego votarán lo que diga el cura...

—¿Qué pasa? ¿Que todos tenemos que hablar de lo que tú mandes? —María se incorporó y se le acercó, pronto no dominaría su enfado—, pues yo no me dejo mandar. Entérate de una cosa, co-pia-ser-mo-nes, tú tendrás unas elecciones que ganar, ¡pero esas mujeres y yo tenemos más de una guerra en marcha! ¿O es que a ti te dan una somanta si escurres el bulto en casa? ¿Acaso alguien te mira mal si te vas de mujeres, si preñas a las que te dé la gana?

—Si tenéis dos guerras encima, apañaos para ganarlas una detrás de la otra, o si no vendrán los facciosos a ponerlos en vereda... ¡Y ahí ya te puedes olvidar de todos los cuentos que has leído!

—¡Cuentos los tuyos, socialista! —Rico les había estado espiando desde detrás de la tapia, donde Antonia había creído que dormiría su cogerza a resguardo de todos—. La chica es muy lista y sabe lo que dice... —Se acercó despacio, las piernas seguían traicionándolo, se le enredaban, en su modorra le había costado distinguir si era la voz de María o el sueño de la voz de María—. Eres tú el que tendrías que escucharla...

—¡Fantoche! Duérmete la mona y déjanos en paz. —Pedro se concentró en liar un cigarro e intentó mostrar indiferencia—. Piérdete un rato y nos harás un favor a todos...

—He hablado por ti, Rico, ¡y les ha encantado! —María se le acercó, vacilante, mientras espiaba la reacción de Pedro—. Si supieras cómo me han aplaudido, ¡y eso que era la primera vez!

—Tú vales para esto, bonita. —La agarró de la cintura, basculante, y esta vez María no se retiró—. Pide por esa boquita y te daremos lo que sea en el sindicato. Ahora cuando volvamos a El Puerto, convocamos junta.

—Quiero abrir la agrupación de Mujeres Libres, las catalanas son ya casi diez mil y han mandado una carta para que hagamos sede en Sagunto, quieren que la federación crezca por Levante, ¡y tienen su propia revista! —María mira cómo

Pedro escupe airado y se da la vuelta, desaparece con sus zancadas amplias—. Hacen reuniones para mujeres en los ateneos de los pueblos y las enseñan a leer, a defenderse, a hacer papeles para pedir trabajo, para los jueces, para todo... ¡la Antonia y yo podemos ser las secretarias de la agrupación!

Julio de 1936. Puerto de Sagunto.

La gente en el pueblo se aletargaba en sus casas mientras duraba el mediodía del verano, era un calor húmedo que vivía pegado a la piel. Solo la noche era capaz de traer una respiración amable, una invitación a salir y dejarse tocar por la brisa de levante, por las ganas de charlar distraídamente a la puerta de casa o en la Alameda.

Pedro y María bajaban por la plaza del mercado un sábado al anochecer, se habían reconciliado una noche de euforia en la Alameda, mientras celebraban el triunfo del Frente Popular. Él la había mirado a los ojos después de besarla y le había pedido que desmintiera las habladurías sobre Rico pero ella, aupada por el entusiasmo del momento, había sido incapaz de confesar la verdad, los ojos de Pedro eran suplicantes, de un amor tan desnudo que la herían, impidiéndole hablar. Negó con la cabeza y él enseguida

expresó lo mucho que confiaba en ella, «te conozco, sé cómo eres, sabía que no lo harías... ». María sintió un alivio inmediato que pronto se convirtió en una marea oscura dentro de sí, mentiría para no perderle, pero echaba de menos esa forma tan limpia en que Pedro la miraba y se propuso recuperarla. Rico lo había emborronado todo, dejó de acceder a sus reclamos.

Aquella tarde, los pájaros revolvían el aire con su prisa y su canto alborotado, la calle empezaba a enfriarse. Como de costumbre, Pedro había ido a buscarla a don Severiano con su bicicleta, sostenía con una mano el manillar y con la otra la cintura de su novia. El domingo nadie madrugaba, pero ella no debía recogerse más allá de las nueve los sábados, se habían distraído en el Café Republicano más allá de la hora prevista y se acercaban ya las diez. Pedro apretó el paso y se caló la gorra en la frente ancha, estaba más azorado por el retraso que María misma.

—No te apures, madre pegaré cuatro gritos y en un día lo tendrá olvidado, podemos quedar mañana en la plaza por la tarde. —Lo miró tierna—. Quédate un rato y me abrazas, que la regañina me la he ganado ya, con o sin beso.

Pedro sonrió y achinó los ojos, vencido. La atrajo hacia el portal del número seis y la abrazó. Su corpachón desgarrado le sacaba una cabeza aunque ella se pusiera tacón, pero no le importaba. Le encantaba pegar el oído a su pecho y

encontrar el golpeteo ahogado de sus latidos, le traía a la cabeza los baños en el espigón, cuando doña Yocasta enseñó a nadar a todas las de su clase y ella se atrevía a hundir la cabeza en el agua y a escuchar su corazón, allí abajo se sentía segura en una sustancia sorda, sin ruido, el pecho de Pedro era ahora su espigón protector.

—Mira que te falta autoridad, Jabalina...

—Olvidas que soy anarquista —dijo mimosa.

—Tú lo que necesitas es un marido que te meta en cintura, que estés muy alocada todavía. —La cogió de la cadera y la acercó con ternura, para suavizar sus palabras.

—¿En cintura?, en cintura me mete la vida, guapo, ¡a ver qué te crees! Trabajo de sol a sol y nunca veo un alivio en casa, pero bien orgullosa estoy de llevar un sueldo, soy una obrera y voy con la cabeza bien alta, que...

Pedro la escuchaba distante ahora, había empezado mal lo que quería decir y atajó con decisión.

—María... —interrumpió. La separó por los hombros y la miró erguido, ceremonioso—. María ¡cásate conmigo! Es lo que más feliz me haría en el mundo.

Los ojos le brillaban, le había brotado una sonrisa ingenua que le haría tropezar con las palabras. Rondaba la noche y el alumbrado de la plaza brotó de pronto, colándose por su

calle con un resplandor amarillo. La expresión de Pedro había cambiado sin que ella se percatara, como las farolas recién iluminadas, en esa franja perturbadora del atardecer que no pertenecía a la noche ni al día, el resplandor desvanecía ahora el azul vivo del cielo, ¿en qué momento había girado todo?

—No... no tienes que decirme cuándo, solo si... solo saber... si te casarías conmigo.

Ella aun pertenecía a su irritación, tenía la palabra en la boca y quería seguir riñéndole con ternura por haberse metido con ella, pero ahora solo le miraba con los ojos redondos y la boca abierta. Miró a su alrededor como si no conociera su propia calle, los desconchones de las fachadas, el olor de la cebolla frita y el ajo, la luz que ya no pertenecía a la tarde y el pecho de su novio, que de pronto no ofrecía el mismo viaje seguro.

—Yo... quiero vivir contigo —adelantó para romper un silencio incómodo que solo cruzaba el zumbido de una bombilla indecisa —, jeso lo sé! Viviremos juntos, claro que sí, solo que yo no me quiero atar, jamás me aceptarán en la FAI si estoy casada...

De pronto, el ruido de un coche los sobresaltó. Cuando los faros repasaron la acera al tomar la calle, ellos estaban recién alineados contra la pared, quietos por el asombro, a

pesar del fogonazo podían distinguir las siglas de la CNT sobre la chapa. Pronto María discriminó también una voz familiar.

—¡Eh!, Jabalina! —gritaron desde el coche—. Justamente a ti te queríamos ver... —Era Rico, que hablaba al volante—. ¿Qué haces con ese? ¿No es el de los Leceta, el socialista? —preguntó con sorna.

María titubeó un momento, los faros la dejaron perpleja como a un animal deslumbrado en la cuneta. Un corrillo de mujeres recogió sus sillas en la plaza y les lanzó miradas rápidas y aprensivas. Ella miró a Pedro y subió los hombros, abochornada, ¿en qué momento había saltado todo por los aires? La estaba interrogando con la mirada y ella se había vuelto sorda y muda, y hasta cobarde, porque la llegada de Rico le invitaba a irse hacia el coche sin pensar demasiado y dejar las palabras que importaban para después.

—Es su novio, ¿qué no lo ves? Rico, mira que eres animal...

—Soy Pedro Leceta, ¡sí señor!, y al menos yo tengo la decencia de presentarme, no como tú, ¡fantoche anarquista!

Se oyó el rasgido de una persiana en la casa de al lado y María temió que su madre apareciera de un momento a otro, caminó por fin hacia ellos con la mano en la frente como visera para evitar que Rico dejara el coche y la armara,

había hecho el amago de abrir la puerta y su compañero le había cortado el paso en un reflejo oportuno.

—Tranquilo, Rico —murmuró a su oído —explícale a la chica lo que hay y nos vamos.

Hubo un momento de silencio hasta que María los alcanzó, el llanto de un bebé se dejó oír al final de la calle y María le hizo un gesto a Pedro para que no soltara la bicicleta y esperase en su sitio. Finalmente, fue Rico quien carraspeó y se dirigió a María muy zalamero.

—¿Cómo estás, cuerpo bueno? —empezó, provocador—. Hace mucho que no te dejas ver por la sede, dile a tu novio que te vienes con los camaradas a Valencia, nos juntaremos con la agrupación del Grao... —Le dedicó una mirada desdeñosa a Pedro antes de seguir—. Los fascistas han tomado Unión Radio por la fuerza y están llamando a la insurrección militar. Hay un hijoputa de la Falange, un tal Ortuño, que ha irrumpido hace una hora en los locales de Juan de Austria y se ha impuesto por las armas, después ha dicho tantas barbaridades por la radio que tiene en vela a toda la provincia.

—¡Qué me dices! —María reculó con las manos en la boca.

—Vamos a la plaza Tetuán —siguió Rico, agitando el puño en el aire según se exaltaba—, les daremos una lección en su sede a esos cabrones, ¡no tenemos tiempo que perder!

María se frotó las manos y detuvo los ojos en el suelo. Después miró a Pedro un instante y se adelantó un paso más hacia el coche, donde se agachó hacia la ventanilla.

—No puedo, Rico, de veras que no. —Bajó la voz, vacilante, se llevó un mechón detrás de la oreja—. Mi madre me necesita mañana para el mercado.

Él la escrutó de arriba abajo, incrédulo, después lanzó otra mirada despectiva hacia Pedro, que se mantenía erguido junto a su bicicleta y no pestañeaba. Rico levantó su gorra de paño y se peinó lentamente con la otra mano hacia atrás sin dejar de mirarla, señaló luego con el brazo hacia el maletero, determinante.

—Tenemos un fusil para ti, Jabalina —dijo tajante—. Y no va a faltar quien te cubra, bonita.

Hizo ademán de cerrar su oferta con una palmada en la cadera, pero ella se retiró rápida y negó tajante con la cabeza.

Al final de la calle se oía una mujer que protestaba. Era Isabel, que había descubierto a su hija junto al coche y se lanzaba hacia ellos vociferante. Nadie distinguía bien sus quejas, pero todos entendieron que ya tocaba dispersarse. Su figura encorvada y oscura fue haciéndose más amenazante a medida que su paso enérgico la acercó a María.

—Acelera, Rico —le propuso el copiloto—, ¿no ves que no va a venir? Déjalo que se nos hace tarde...

Metió la primera y el motor rugió otra vez, cubrió el vocerío de Isabel que ya estaba encima. La calle pronto estuvo en penumbra de nuevo y María apenas tuvo tiempo de comprobar cómo su novio era ya una sombra que desaparecía sobre su bicicleta calle abajo, en silencio.

—Olvida lo de mañana, María, ¡no me esperes! —Se le oyó en la distancia.

Su madre ya estaba frente a ella con los brazos en jarra y sin clemencia en la mirada, el moño bajo y el luto completo le endurecían más los rasgos y no la escuchéla si ella hablara, si le pidiera consejo para decidirse por Pedro o por Rico, consejo para que ninguno saliera herido de la encrucijada, querer parecía tan asequible cuando lo hacían las protagonistas de la Novela Ideal qué bien esquivaban los lazos del amor burgués en las páginas que la embelesaban hasta la madrugada, cuando los besos de Rico o la mirada de Pedro le habían quitado el sueño.

—¡Lo que faltaba para el duro! —La respiración rápida le agitaba el pecho—. ¿Qué horas son estas de andar por la calle con hombres?

—Pedro me acompañaba a casa, madre.

—Al de los Leceta le he visto, sí, pero ¿y esos otros golfos que te gritaban desde el coche? ¿En qué líos andas metida, sinvergüenza? —Isabel la agarró del brazo y tiró de ella con brusquedad.

María se dejó llevar y bajó la mirada, la siguió con paso atropellado, los brazos lacios como una marioneta. No escuchaba ya su reprimenda, Pedro me acompañaba, madre, como si eso fuera todo lo que le había pasado en un momento y pudiera resumirse así, un sueño extraño del que uno se despertara asombrado, me acompañaba a casa, y todo lo que había venido después fuera una procesión de imágenes rápidas, un instante en el cinematógrafo, como el del salón Victoria, actores que pasaban de escena a escena y le lanzaban su guión de memoria, sus palabras de mentira, declaraciones de amor o de guerra. Y ella era tan pequeña en el centro de todos los giros, sin saber aun si Rico la querría tanto alguna vez como Pedro ya hacía, le gustaba el amor de Pedro pero le gustaba más la anarquía, y eso era saber a Rico libre hasta el vértigo pero doloroso en brazos de otras, queriendo como un libertario, ¿por qué ella no podía hacer lo mismo? Tropezaba siempre con el pecho abierto de Pedro, que achinaba los ojos cuando le lanzaba su mirada limpia, y tropezaba con la desazón cuando veía a Rico zascandilear con alguna otra en la sede.

—Perdone madre, no sé lo que me pasa, perdone usted que ya no me vuelvo a recoger tarde, por estas.

·1940·

Una tapia erizada de cristales rotos

Febrero de 1940-Valencia.

Y qué les cuento yo ahora cuando llegue a El Puerto, con el ansia que tiene el Manolo por que le lleve noticias de la niña, ¡válgame el cielo! Otro día entero a la puerta del hospicio y nada, ni dejarme pasar de la puerta, que parece tan alta que no se le ve fin. Cuando veo los cascotes de vidrio allá arriba, como púas, siento una punzada más mala que las que ya nos pega el hambre. Qué malo es esto de que ni le abran a una por llevar trazas de pobre, si le cuento a María la de orfanatos que llevo corridos la remato, muertecica que está ya la pobre de pena.

Y ya veremos cuándo llego al pueblo, que ahora los coches pasan muy de tarde en tarde con el racionamiento. Recuerdo los tiempos en que me quejaba de la guerra, Dios nos coja confesados, ¡lo que estaba por venir! Al menos en ese tiempo tenía a mi María, que siempre ha sido un ángel, aunque ahora por el pueblo quieran decir lo contrario. Mi María y yo llevábamos el negocio de mil amores, sin mercado ni nada, que no quedaba un alma por el pueblo y

todos estábamos huidos por las huertas y los naranjales, ¡vaya si podíamos vender sin la parada del mercado! Siempre había quien tuviera unas perras para pagar una onza de patatas o unos huevos, que ya se vendían a unidad, o incluso un par de limones más secos y más prietos que cagadas de cabra. Los precios estaban por las nubes y yo me santiguaba por las noches al ver tantas perras juntas, que ni el Manolo ni yo dábamos crédito. Para el final de la guerra, a mi María la tenía de vuelta en casa gracias a la Virgen y para mí todo era burlar a los civiles con el estraperlo y rezar a san Cristóbal para que mis chicos no pasaran necesidad. Hasta le puse una vela a santa Rita para que el Pedro volviera del frente y se pudieran casar, que se habían amancebado allá en Cieza y todas las víboras del pueblo lo comentaban al verme pasar. ¡Así te zurzan, mala pécora!, pensaba yo, pero no daba escándalo como ahora, que andan diciéndome tía loca porque no me callo. Cuando veo pasar a los delatores que nos han buscado la ruina les digo lo que se me antoja, que encima se me llevan el género sin pagar, ¡mal paridos! Por madre de roja, me dicen, ¿y cómo no voy a estar loca perdida? La casa está como los zorros, yo que me daba gusto en fregar el suelo de rodillas hasta que se pudieran comer sopas, y es que todo mi ser está en la María y en la niña, que vete a saber estas monjas hijas de perra dónde la tienen... Mañana probaré en San José, que una viejica me ha dicho que allá por lo menos reciben, le ha dado lástima verme allí

el día entero sentada en los escalones, ¡por fin un alma buena!

Convento de Santa Clara.

Todo ha sido una patraña, una mala patraña para reírse de nosotros, los pobres, inventada por hombres ricos que piensan a barriga llena, que no les estorban las tripas en las ideas, como a nosotras, siempre con el buche vacío en esta cárcel del demonio.

Hermanas, oremos.

Oremos, oremos sí, ¡más nos vale! La utopía, la utopía..., una patraña de ricos que no tienen en qué trabajar, una mala broma, buena forma de tomarnos el pelo ha sido esto, ingenuos de nosotros que íbamos a tener de todo y ahora estamos con menos que nada, lo que nos toca tener, lo de siempre: bocas que alimentar y salud para dejársela entre los surcos del arado o bajo el estruendo de las máquinas en la fábrica.

Josué había dado esta orden al pueblo: «No gritéis, ni dejéis oír vuestras voces (que no salga ni una palabra de vuestra boca) hasta el día en que yo os diga: ¡Gritad! Entonces gritaréis.»

Tenía razón madre y yo no la quise escuchar, todo porque me dieron escuela y me envalentoné, se me fue el seso detrás de esas novelas de la Montseny donde las jóvenes son decididas y dueñas de su destino y salen siempre bien paradas en la página final. Pues hala, he aquí mi página final, estampada contra las rejas y con una niña que me han venido a robar del mismísimo vientre, porque soy una roja, de malos antecedentes morales que dicen, una atrevida, me pasé de lista creyéndome todas las tontunas que voceaban los del sindicato desde las farolas. Al que nace pobre le toca morir pobre, e ignorante, y prepárese el que se atreva a subir los ojos. Mejor si a mi niña se la lleva una de esas señoras de moño alto que huelen a lavanda y les cruje el traje como las cortinas de cretona que he visto en casa de mi señora, como la pécora esa, doña Amalia, ahí va a comulgar la jefísima de la cárcel como si estuviera libre de pecado.

Silencioso pasas, cargando tu cruz, tu cruz que no es tuya, sino mía...

Una de esas me la llevaría a mi niña como un pimpollo, eso sí, mucha misa y mucho rosario cada día, pero mejor gastar las rodillas en la iglesia que no pelárselas fregando suelos o ver cómo quedan los nudillos a golpe de lavar, se ponen rojos e hinchados y luego salta la piel tal cual una patata recién cocida. Mejor si a mi niña eso no, incluso mejor si la olvido, porque pienso en ella y es peor tormento que las

mismísimas punzadas del hambre, adiós también al Pedro, la cicatriz que nos hicimos en Cieza ya ni se ve, y el cantamañanas del Rico al carajo también, se me hace mala sangre al recordarle. Si tenía razón madre y yo no la quería creer. Buena es la autoridad, sin una voz de mando solo somos alimañas, nos comemos vivos si dejamos crecer el calentón de las ideas, más autoridad y menos ideas, madre lo decía y no la quería creer. Mentira todo, una mentira negra y peluda, como una tarántula, eso ha sido la revolución, o la guerra, que todo era lo mismo: un bicho muy malo, como en la canción, no se mata con piedra ni palo, una tarántula de patas largas y rápidas que ha pasado por los pueblos dejando su veneno y echándonos a perder a todos los pobres, los que ya no teníamos nada, ahora nos queda comernos las uñas hasta el muñón y olvidarlo todo.

Oh Jesús, a través de tu compasión, enséñanos a perdonar desde el amor; enséñanos a olvidar desde la humildad...

Olvidarlo todo. Guando salga de esta me vuelvo a casa y me apaño con madre en la faena sin levantar cabeza, saldré adelante cómo sea, don Severiano quizá me coja otra vez y son unas perras que llevo a casa, lo que me quiera dar el hombre bueno será, que no están los tiempos para pedir nada. Y a callar, que ya les ha salido bien cara a todos mi boca. A callar y a olvidar. No entiendo yo a estas que se están todo el día hablando de tapadillo que si el partido, que

si Hitler, las fuerzas del Eje y los aliados, como si el Churchill ese fuera a aliviarnos de los pellizcos que arrea sor Visitación. No sé cómo aun tienen estómago para andar jugándose el tipo con monsergas, que si las pillan se quedan sin rancho para una semana y al cubo que van, a pan y agua, el cuerpo no está para esos excesos. Y la Hilaria es la peor, que tiene una criaturica y debería mirar por ella, llora que te llora la tiene día y noche, menudo tormento nos da. Menuda madre que no escarmienta ni aunque la maten. Míralas a todas, la Doñate que es una comedianta, ahora se ha puesto la cruz al revés y las otras tienen que aguantarse la risa, ¡más vale que la monja no las vea!

Sé fuerte y valiente, porque tú vas a dar a este pueblo la posesión del país que juré dar a sus padres. No tengas miedo ni te acobardes, porque Yahvé tu Dios estará contigo adondequiera que vayas...

La Hilaria debería atenerse a las normas por la cuenta que le trae, que el otro día su niña empezó con calentura y en enfermería la mandaron de vuelta al petate sin un mal remedio, como fuera la Pepa ya le habrían dispensado leche y paños fríos y hubieran hecho llamar al doctorcillo ese que no se entera de nada pero parece buena persona. Me dicen que se chiva, la Pepa, que por eso le dan un chusco y una pizca de jabón y no va nunca en las listas cuando llega la saca. Me lo soltó la Doñate, pero es pura envidia porque no

me falta de nada desde que me junto con ella. Me trae sin cuidado, si es una chivata como si no lo es, lo que pasa es que va falta de pájaros en la cabeza. Pepa y yo vamos a resistir, no nos importa bajar la cabeza y a mandar, aunque sea el Dios te salve María. Míralas, con la que está cayendo y dale que te pego a la risa.

... Arriba parias de la tierra, en pie famélica legión, atruena la razón en la marcha, del pasado hay que hacer añicos, legión esclava, en pie...

·1936·

En pie famélica legión

Julio de 1936. Sagunto.

El día terminaba detrás de la Sierra Calderona y recortaba un cielo naranja contra el azul de sus lomas, pero la gente del pueblo estaba lejos de retirarse a sus casas como lo haría un martes cualquiera. Una multitud se había formado en la Glorieta mientras los libertarios asaltaban el local del Partido Tradicionalista y tiraban los muebles a la calle para hacer una hoguera. Pronto, con la caída de la luz, la sombra de las llamas empezó a dibujarse sobre las fachadas, pero el grupo de asaltantes perdió interés por el fuego que ya ardía con soltura y dirigió sus pasos a la plaza de la Constitución, alguien había mencionado la iglesia de Santa María.

Eran ya cuatro días los que duraba el levantamiento militar y dos los que la Jabalina no dormía en casa, entregada como estaba a lo que ordenara Rico, dándole réplica a los facciosos, como proclamaba él, con todo lo que se pusiera a mano. El domingo por la noche se declaró ya la huelga general revolucionaria y el lunes mismo María no acudió al

trabajo sino a los suyos, que por poco no asaltaron los edificios de la Gerencia, en la Ciudad jardín.

El martes María amaneció en el mismo sindicato, tras la segunda noche de tensa atención a los boletines de la radio. La sublevación no había dejado de crecer, aunque se sabía ya que Goded se entregaba en Barcelona y que Madrid resistía en una agitada espera.

La iglesia de Santa María guardaba el archivo parroquial y un órgano imponente del siglo XVII, pero empezarían por los santos, el retablo mayor. Debían arder hasta los mismísimos bancos. Todo lo que pudiera alimentar el fuego les servía, los haría sentir incontestables, poderosos, libres. Aun no se conocían detalles de lo que pasaba en el sur, donde triunfaba la sublevación, pero debían adelantarse a la derecha, responder a su provocación y prender la revolución con fuerza.

María y Antonia arrastraban un banco hacia la plaza concentradas en el esfuerzo. Dos guardias civiles permanecían inmóviles en la puerta fingiendo autoridad, velando el trajín de los revolucionarios con una mirada ambigua, plana, los ojos de madera como los mismos santos que pasaban en volandas hasta la hoguera. Alguien había empezado a desmontar el órgano y dos niños bajaban ya la calle con las flautas en la mano, encandilados con los agudos que llenaban la plaza de una música grotesca.

—Cuidado con el escalón, no te vayas a lastimar —le recordó Antonia a María.

El cansancio iba calándoles en el cuerpo y las hacía tropezar con facilidad, pero aun no era momento de darse una tregua.

—Descuida, que estoy atenta. ¡La noche va a ser larga!

No había levantado la vista de sus pies y sus manos, ignoraba que Pedro había llegado a la plaza y estaba observándola. Antonia, que lo tenía delante, esperó a que su amiga enderezara la mirada y le hizo un guiño con un golpe de cabeza señalando al muchacho.

—¡Larga va a ser la que te espera en casa, Jabalina! —le gritó Pedro, cuando ella pudo verle.

Una pareja de niños cruzó entre los dos alborotada, peleándose por tocar una nueva flauta.

—Sigue, Antonia, que me duelen ya los riñones de aguantar este maldito banco.

María quiso acabar la tarea y levantó la barbilla orgullosa, como si no hubiera oído nada. Cuando se acercaron a la hoguera, dos hombres descamisados que sudaban frente al fuego les tomaron el relevo. María se enderezó y se limpió la frente con el pañuelo rojinegro, ceremoniosa. Quería

tomarse su tiempo, que fuera Pedro quien se acercara a ella si tenía algo de lo que hablarle.

—¡María! —gritó Pedro desde la distancia—. María, mujer, que te estoy hablando —continuó, decidido, esta vez con un tono más conciliador.

—¿Qué te manda? Mi madre ¿no? —replicó ella, mirándole ahora con los brazos enjarras.

—No, mujer. —Se acercó despacio—. No me manda nadie, solo que he pasado por casa a buscarte y no saben de ti desde el domingo, o eso dijeron.

—Pues no me he ido muy lejos, mira tú, ¡ya me has encontrado! —Abrió los brazos fingiendo ofrecerse.

El fuego crepitaba a sus espaldas, las sombras bailaban sobre la cara de Pedro, que tenía la barba de tres días y unas ojeras que ya azuleaban bajo los párpados hinchados.

—Teníamos una conversación pendiente ¿recuerdas?

María bajó la mirada, pasó el pañuelo de una mano a otra, estirándolo.

—Ya te lo dije, Pedro. —Hizo una pausa, un grupo de hombres descargaba las rejas del altar mayor sobre la plaza con un estallido hiriente—. Yo solo puedo ofrecerte la unión libre. Mi vocación está con el sindicato.

—Unión libre... ¡vas a tener que explicarme lo libre que quieres tú ser! —Pedro se exaltó de nuevo—. ¡Porque yo solo conozco un tipo de mujer así de libre!

María se giró con brusquedad, él la vio desaparecer hacia la oscuridad del templo y se tomó el tiempo justo para reaccionar y seguirle los pasos. Cuando la alcanzó en los escalones de entrada, la retuvo por los hombros y la obligó a mirarle, ella tenía los ojos empañados.

—No necesito sermones, ¿sabes? —saltó María—. ¡Bastante hemos tenido ya con los que echaban los curas estos de los cojones! —Señaló al altar, ofuscada.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón... —añadió él, conciliador—, no sé por qué empiezo a decirte las cosas al revés de lo que pienso, me vuelvo loco si te imagino...

Se mordió el labio y le retiró el pelo hacia atrás, despacio, con la otra mano la retuvo firme por la cintura. Habían entrado en la iglesia y todas las voces rebotaban, los golpes de machete reverberaban. Ella no pudo mirarle, el pecho le subía y bajaba en un jadeo intranquilo, apretó los puños.

—Escucha, prenda mía, no tienes por qué contestarme nada, no tienes por qué parar tu revolución por mí. —Miró a su alrededor, como si necesitara darle un contenido real a esa palabra que sonaba intimidante—. Yo solo quería ver si estabas bien, ¿de acuerdo?, recordarte que estamos ahí

abajo, en El Puerto, los tuyos —subrayó esto último con una mano cerrada en el pecho—. Nada más.

Vaciló un momento, no sabía si la perdería de vista cuando añadiera algo nuevo. En ese instante, un grupo de hombres cargados de rejas se abrió paso hacia la plaza y los obligó a apartarse, Rico marchaba a la cabeza, ojeroso y despeinado, con la camisa pegada por el sudor, sin ese aire de líder satinado que enseñaba al volante días atrás. Pero nada le restaba autoridad, reconoció a Pedro en la distancia y dedicó un guiño rápido a María, que se sonrojó enseguida.

—Está bien Pedro, está bien, pasaré por casa esta noche —arrancó ella por fin, después de haber visto desaparecer a Rico y elegir las palabras que menos pudieran herirle—. No estoy con Rico, de veras, créeme como has hecho siempre. Solo estoy aquí por mi lucha, la utopía nos necesita a todos ahora.

Desde la sacristía les llegaron voces. Un hombre se resistía a que quemaran el anda de la Sagrada Cena, Antonia se burló, divertida.

—¡No la queméis, por amor de Dios, que de bien hecha le dieron un premio en un concurso de Valencia! —El hombre dio un paso atrás ante la mirada feroz del grupo y añadió tímido—. Miradlo... si lo pone ahí.

Hubo una pequeña pausa y los libertarios se miraron, indecisos. Finalmente, Antonia arrancó, divertida.

—¡Quemad a ese, también!

Todos rompieron a reír, el hombre bajó los hombros y desapareció rápido, el grupo seguía adelante con el anda a cuestas. María y Pedro se miraron de nuevo y él la apretó contra sí antes de darle un último consejo.

—Vamos a la guerra, María, a una guerra que nadie sabe cuánta sangre costará. —Paró un momento, casi asustado de sus propias palabras—. Y esto que hacéis vosotros no ayudará mucho si hay que parar a los fascistas.

Tragó saliva, la miraba frontal y claro, de la forma en que sabía desarmarla.

—Lo que quiero decirte es que marcharé al frente, María, la guerra se gana en las trincheras, no aquí, en una iglesia.

María se mordió el labio meditabunda, desvió la mirada hacia la hoguera y la luz de las llamas flameó en su cara.

—Yo deseo que me esperes, prenda, tesoro, que me esperes aquí, en El Puerto. Si quieres parar al enemigo, es mejor que vayas a la fábrica: el sindicato la tiene en su poder y ya están arreglando los talleres para construir blindados...

—Nosotros también iremos al frente, Pedro. —Le miró a los ojos, erguida—. ¡Vamos a formar una columna libertaria!

—¿Una columna? ¡Bah!, no me hagas reír, ¿y con qué armas iréis? A los anarquistas nunca os darán armas, María, eso tenlo bien claro.

Ella se soltó y reculó un paso, irritada. Otra vez lo miraba con los brazos enjarras, desafiante.

—¡Las cogeremos por la fuerza! ¿Crees que nos falta el valor, socialista?

Pedro levantó los ojos y suspiró, qué niña le parecía ahora María con sus diecinueve recién cumplidos, hablando con ese tono de trifulca escolar, su pequeña, su María «la Jabalina», perdida en un mundo que no era el suyo y ni se sabía qué mundo era, una jauría de hombres que sudarían y gritarían y dispararían con los párpados hinchados de cansancio. Y ella ahí delante, flameando como la misma hoguera, como una párvula ofendida en el patio.

Los gritos de un grupo les llegaron entonces del altar mayor. Un joven fibroso había trepado con un machete hasta la bóveda y se disponía a soltar la araña que colgaba grandiosa sobre el pulpito.

—¡Fuera todo el mundo, que vaaa!

Y los dos apenas habían cruzado la salida cuando les alcanzó el estruendo de la lámpara contra el suelo, un estallido que multiplicaron los muros de caliza y que tardó en apagarse lo que tardarían en dejar de rodar los cientos de esquirlas, el vidrio tallado que moriría en la humedad del suelo después de extenderse como campanillas por los altares, la planta de cruz, tintineando hasta la puerta de la plaza las virutas más viajeras.

Agosto de 1936. Valencia.

El día había despertado tibio y amable, pero qué poco perdonaba el sol de verano a partir de las diez. María había tenido que quitarse la chaqueta que traía en el coche desde Sagunto, todo el mundo caminaba en mangas de camisa por el centro de la capital. Gran Vía Durruti, Solidaridad, calle Colón, un limpiabotas con la caja roja y negra había tenido que indicarle el tramo final hasta la plaza Emilio Castelar, donde el Ayuntamiento.

Iba al encuentro de Pedro, que hacía instrucción en la plaza de toros y caminaba resuelta con su atuendo de miliciana. Rico le había conseguido un mono de trabajo que ella había tenido que arremangar y meter y una Astra 400 que ceñía a la cintura dentro de su cartuchera negra. Cargaba con un

paquete en las manos y sudaba dentro de la tela basta e inclemente, pero no renunciaría a su pañuelo rojinegro por nada del mundo.

Rico le había prometido que la enseñaría a disparar, de momento la pistola le servía para acompañarla en todas las misiones de la Guardia Móvil, el grupo de cabecillas anarquistas que confiscaban edificios oficiales, fábricas, talleres y fincas, todo lo posible para la revolución libertaria. Viajaba en la cabina del camión a su lado y sentía que el mundo estaba a sus pies, la gente se intimidaba al verles llegar y les entregaba todo lo que pedían, un nuevo tiempo se abría por fin para ellos.

Le hablaría a Pedro de todo ello, si iba a marchar junto a Rico en la Columna de Hierro, él merecía saberlo, le debía al menos una porción de la sinceridad que él había tenido siempre con ella. Meditaba las palabras que le diría mientras el gorro con la borla bailaba con su paso acelerado, pero la agitación de las calles la distraía, a cada paso aparecían banderas rojas y siglas de izquierdas adornando las fachadas, los carteles revolucionarios empapelaban toda la ciudad. En Emilio Castelar, un altavoz llenaba la explanada con *La Internacional* y las palomas tomaban el aire en desbandada nerviosa.

María giró a la izquierda y alcanzó la plaza de toros, donde se detuvo por fin, el corazón le dio un vuelco al pensar que

Pedro estaba tan cerca. Mientras dejó de verle, ella tuvo claro que su lugar estaba junto a Rico, pero ahora tendría que aguantar su mirada abierta, su voz envolvente, el abrazo espigón que la turbaba tanto.

La sombra que ofrecían las galerías de la entrada alivió el sofoco de la carrera, una humedad acogedora le rozó la piel. El chico que guardaba el pasillo central no tardó en darle el alto con el puño levantado, comprobó su carnet del sindicato y le hizo un gesto seco con el mentón para que la siguiera.

En el resplandor de las primeras gradas, tomó asiento con obediencia. Descargó el paquete en el suelo y notó un latido en las manos, el peso del tocino y las judías había dejado un surco en la palma con el dibujo del cordel. Se frotó en las rodillas con ansia pero no dejó de sentir un temblor fino por dentro mientras examinaba a los hombres en la arena, las pupilas buscaban aturcidas aun con la claridad del cielo alto.

En la arena revuelta, un centenar de milicianos hacían instrucción. El paso era corto y rápido, desfilaban en columna de a tres: variación derecha, variación izquierda, media vuelta. Muchos no cumplían los dieciocho, llevaban monos de trabajo cruzados de cartucheras y alpargatas, que hacían el paso demasiado ahogado para una columna militar, pero nada les borraba la expresión festiva en la cara. Sin armas, la instrucción valía más bien para poco, pero les

contagiaba el ánimo ardiente de la batalla. Pedro seguía sin distinguirse en el grupo, María recordó entonces el último día que le había visto, inquieto y desmejorado a la luz de la hoguera, cuando subió a Sagunto a pedirle que dejara de quemar iglesias con los suyos. Era a finales de julio, María suspiró y contó las semanas que habían pasado, veloces, cargadas, como las nubes oscuras y breves de una tormenta de verano.

A un grito del delegado que los instruía, el grupo al fin rompió filas. El tumulto se organizó de inmediato, muchos de ellos se lanzaron con la garganta seca a una bota de vino que colgaba del burladero, vociferaban, se empujaban y bebían alegres antes de buscar la sombra de las galerías.

Pedro la había visto y María lo descubrió caminando hacia ella. Su cabeza destacaba de los demás y su estatura le hacía andar un poco encorvado, a zancadas largas, sin prisa. El mono de color azul le quedaba ya holgado, pero se lo sujetaba con varias vueltas de un cinto de cuero.

—Creí que ya no querías saber nada de este socialista flaco y ojeroso. —Se paró a un metro de ella y habló con fingida suficiencia.

—Tú madre me ha dicho que partíais mañana mismo con Uribarry, ¡hacia Formentera!

Pedro se puso la mano por visera y la miró despacio, estaba empapado y jadeaba, María vaciló antes de acercársele, su pecho siempre la recibía como el abrazo sordo de la marea alta y tibia, que hoy olía a ayuno y a tinto joven. Permanecieron callados, atentos al golpeteo que amainaba poco a poco en el pecho, él arqueó la espalda y sintió a María vibrante y huidiza como un junco. Finalmente, se quedó mirándola con un gesto sombrío, como si hubiera adivinado la intención de su visita, ella se desconcertó y carraspeó un momento.

—No serás de los que se marean, ¿no?

Él no contestó aun, se retiró el pelo hacia atrás y dos greñas rebeldes se le volvieron a pegar a las sienes. Finalmente sonrió.

—Si me mareo me aguanto —comentó relajado—, ¡dicen que hay un buen trecho! Pero bueno. —Se detuvo de pronto, atento a su olfato—. ¿Qué traes ahí, que huele tan bien?

—Tocino con pan, muy bueno, te lo envía don Amalio el charcutero. —María se explicaba complacida—. Y las judías son de mi madre, ¡hechas a conciencia que digo yo!, con el chorizo que he traído yo del sindicato.

Sonrió despreocupada otra vez, mientras le adelantaba el paquete.

—Puedes guardarlo para mañana, después del desfile.

—Descuida, daremos buena cuenta entre todos esta noche.

—Miró hacia los milicianos un momento, divertido—. ¡Menudo apetito traen estos zagales! Pero no pasamos necesidad, no vayas a creer, la gente nos trae de todo, ni te imaginas, ¡hasta cabritillo hemos comido en el cuartel!

Pedro apartó el paquete sobre una grada y tomó asiento, ella le siguió y se acomodó en sus rodillas, dejándose abrazar por la cintura sin resistencia.

—Jabalina mía, qué consumida te has quedado —le acusó en tono tierno—. ¿Que no me comes?

María se irguió con una sonrisa tibia y sacó pecho para disimular, la culpa la hacía verse de pronto pequeña y deforme.

—Tú sí que estás mermado, hijo, que no te ves. A ver si es verdad que el Uribarry ese os alimenta bien, menuda columna de milicianos mandamos si no al frente...

—Descuida, nos sobran huevos, que es lo que importa. Esos fascistas ya pueden prepararse. —Hizo un gesto de apuntar con el fusil y hacer blanco—. En cuanto tengamos los Máuser...

De pronto la cara le cambió, los ojos se le achinaron y la mirada se le perdió otra vez hacia el pelotón de milicianos.

Sabía que su hermana y ella también irían detrás de los anarquistas a jugarse el pellejo de mala manera, y ese tal Rico no sabría cuidar de ellas.

—Dijiste que a vosotros sí os darían armas, Pedro. —María no puede contenerse, desea presumir de su pistola—. ¿Dónde tienes el fusil?

—Mañana, pequeña. —La miró condescendiente—. En el muelle lo tienen ya todo, incluso los morteros.

—Pues yo me iba contigo mañana mismo, Pedro, ¡mira lo que me han conseguido!

Sacó su pistola con delicadeza como si fuera un cachorro indefenso y le encañonó sin querer, él se retiró en un reflejo.

—¡Cuidado con lo que haces, cabra loca! —La miró alarmado, ella reía juguetona y apuntaba hacia las gradas vacías—. ¿Está cargada? ¿Sí? —ella afirmó arrogante—, pues ándate con cuidado, no se te dispare encima, ¡calamidad! —Le bajó el cañón con suavidad y ella la guardó en su cartuchera—. No hay ni una mujer en nuestra columna, María. —La miró severo—. Hacemos la guerra de verdad, ¡lo sabes! Vente mañana a despedirnos al muelle...

—Veré si puedo, Pedro. —Se enroscó un mechón en el dedo mientras se preparaba para mentir, venía con las palabras ya listas—. El sindicato me da mucha faena, en las Juventudes

me paso el día reclutando a los mozos, ¡salen ya mañana ocho centurias! Van al mando de Rufino Rodríguez y el Rico...

—Y vosotras vais detrás, ¡que lo sé! Me ha dicho mi hermana que vais de enfermeras, ¡si me entero de todo! —Se apartó para mirarla y cruzó los brazos—. Antonia me lo explicó cuando pregunté por ti.

María se miró las palmas de las manos que volvían a ser mullidas y rosadas, la pulsación de la sangre volvió a crecer dentro de ellas. Pedro se enteraba de todo, ¿qué era todo? Antonia no la traicionaría, pero bien era cierto que a su amiga le gustaba Rico todavía, aunque se empeñase en decir lo contrario.

—Haz lo que tengas que hacer. —Pedro había suavizado el tono y se le acercaba meloso—. No va a haber hombre que te meta en cintura, fierecilla. —María sintió cómo él le levantaba el mentón con suavidad y lo acercaba hacia sí—. Pero cuídate de meterte en líos y no dejes de escribirme, ¿lo harás? ¿Puedo fiarme de ti?

Ella asintió reblandecida, confiaba en ella, de nuevo su entrega abierta la había desarmado. No le diría nada, ni se resistiría cuando un beso la alcanzara con el tinto de porrón y el gusto del ayuno en su propia boca, estaba de nuevo paralizada bajo su influjo, en el mismo punto de partida.

Pedro le regalaba un beso lento y acuoso como un baño largo en la escollera, esas brazadas amplias que la llevaban siempre con la cabeza muy lejos, muy lejos, inútil decirle ya que había optado por Rico, que marcharía al frente y que ya le estaba hiriendo antes que la bala más traidora del enemigo.

—Claro que sí...

Sonrió perpleja, de pronto sentía que Pedro jugaba con ella y vio en sus pupilas el brillo altivo de un gato callejero con su presa. ¿Qué había averiguado? ¿Qué estaba dispuesto a tolerar? Si al final se rendía a las normas del amor libre ¿cuántas iban a pasar por sus brazos a partir de ahora? Se removió inquieta y apuntó con los dedos hacia el vacío ciñendo las cejas.

—Me enseñaste a disparar en la feria, ¿recuerdas? —añadió con voz altanera—. Voy a practicar antes de irme al frente y me convertiré en una francotiradora de primera.

—Déjate de pamplinas y ayuda en la fábrica, María, y que no te vean por el pueblo con pistola, que luego la gente habla...

Ella le sonrió acaramelada, le empezó a hurgar en los bolsillos y las cartucheras con una vivacidad infantil mientras él se resistía sin decisión.

—¿Y tú? ¿Dónde tienes tus cartuchos, mentiroso? Eres un recluta del Ejército Popular, te habrás hecho al menos con una granada o algún machete. —Le palpaba los bolsillos del pecho, los muslos, él reía y se abochornaba por las miradas de sus compañeros—. Si lo que te pasa es que estás desarmado y me tienes miedo...

Pedro la cogió firme por las muñecas y paró su juego, la miró de pronto de una forma que a María le asustaba, parecía haberse embarcado ya y despedirla desde una altura de carguero que zarpa y se empequeñece ante ella, un adiós al que no asistiría al día siguiente pero que entonces presentía tan real, tan último, tan cráter abierto en el corazón que toda el alma se le escapaba de un vuelco.

—Quiero recordarte así, María, con esa risa fácil y esas maneras de párvula que sacas a veces. —Ahora estaba siendo sincero—. ¡Pero no te asustes, prenda mía! —añadió enseguida, festivo—, verás como en unos meses acabamos con Franco y lo celebramos en El Puerto...

Pedro se levantó y la cogió en volandas, quería verla reír.

—¿Te acuerdas aquella tarde que te saqué a lomos del salón Victoria? Me debes la vida, pendenciera...

—Bájame, bruto, ¡no la tengamos! —exclamó divertida, en una pantomima de puñetazos y gritos de auxilio.

A una voz desde la arena, los milicianos volvieron a congregarse junto al teniente. Pedro la dejó en el suelo sin soltar su abrazo y ambos se dedicaron un largo minuto a escucharse así, el uno contra el otro, no podían mirarse a los ojos pero se llevaban el golpeteo del corazón, el alboroto del pecho, la tensión de los músculos que no querían liberarse todavía. A una nueva orden desde abajo, Pedro obedeció por fin y recogió su paquete en un giro brusco.

—¡Adiós, María! —Y era ya su espalda la que le hablaba, un ademán de la mano que escondía el gesto roto en la cara.

—Adiós, cuídate mucho, no te dejes... — respondió ella, la voz atenuada, girada hacia sí, ella tampoco arriesgaría unas lágrimas delante de tanto miliciano.

Aflojó las piernas, se sentó en la grada y observó cómo Pedro se convertía en un bulto más alineado en la fila, engullido entre los gritos del instructor, la guerra lo arrastraba como las briquetas de carbón antes de fundirse en el horno alto, un caudal lento pero imparable y una boca rugiente al final de la cinta, lo había visto de niña cuando le llevaba el almuerzo a su padre en la fábrica, el mismo bramido que sonaba ahora en sus oídos aunque el silencio de la plaza solo parecía cruzado por la voz del mando.

Cuando Pedro levantó de nuevo la vista desde su fila, la grada estaba ya hueca y María apretaba el paso hacia la

parada del coche. No volvía la vista, no se detenía, en la calle Colón la vieron cruzar como un chispazo de cerilla, tan deprisa que tropezó con el limpiabotas de Solidaridad y paró un momento para recoger el gorro, antes de continuar corriendo y sin que al chico le diera tiempo para preguntarle si necesitaba de nuevo ayuda.

·1940·

El tiempo lacio

Marzo de 1940-Convento de Santa Clara.

Los días pasan igual a sí mismos en la prisión de Santa Clara, cada visita de la familia abre un arco de tiempo hasta la siguiente y ese tiempo se queda lacio, desinflado, como una bota vacía que hubiera que llenar a golpe de horas en el patio, de filas a formar, de labor, de hincharse los ojos a llorar o de estudiar los desconchados en la tapia. La cabeza, mientras, trabaja sin rumbo y las ideas pasan una y otra vez por el mismo punto, como las moscas en la solana de la siesta. «Adiós, hijica, hasta el mes que viene si Dios quiere». Y empujarlo todo, como si el tiempo fuera una rueda de molino que hay que vencer para que machaque los días despacio, con la parsimonia que llevan los brotes de trigo para crecer y traer el grano. Todos los días con todas sus horas con todas sus filas a formar de mañana y de tarde, y todos los Cara al sol de mano arriba y los Oriamendi, «Franco Franco Franco» y todas las misas de domingo, todo eso era y no era la vida, una vida de brote en el surco arado, de charca

remansada y quieta con insectos zumbando, de canto de chicharra en la cuneta, monótono y enloquecedor. Y entre compás y compás de vida ajena y varada esos diez minutos de visita con la cara compungida de sus padres, ávida de hablar sin hablar, porque nada se sabe de lo suyo en Jueces y lo que sí se cuenta no importa para ella, que si el fulano, que si mengano, que van a arreglar la iglesia o la plaza o la fábrica, que a cómo se vende la harina o la bachoqueta. Y de la niña nada. Y de Pedro nada. Y del juicio: nada de nada. El mundo sigue girando fuera de los muros y se entretiene en minucias mientras ella debe hacer como si no se diera cuenta, entregarse al hueso de jamón que le trae su madre brillante de tan mondado o a la corteza de queso que ya es pura cera de la que arde en la iglesia.

Y todas las noches puede haber saca y eso es lo que domina el cuchicheo del patio o de las celdas y las que ya tienen sentencia tiemblan en su petate hasta la primera luz y con ella el primer sueño para sus ojos desbocados de tanto miedo. Pero María no habla con ninguna, así no tiene dejarse patear por la rabia cuando vienen a sacar, las botas de los guardias civiles suenan sobre el patio con una reverberación que a todas las parte en dos mitades y María no siente nada, a veces hasta añora su nombre en las listas bajo la luz lechosa del reflector, desea morirse. Quisiera marchar en uno de esos camiones que huelen a gasoil y a ganado de matadero, un último esfuerzo para sujetar la

pena y ya está, ya saldría de una vez de este sopor y de este estómago que es pura hiel y le manda al retrete una docena de veces al día. Si ya se apañan sin ella ahí fuera, a qué santo le dan purgatorio para tan largo. Cuando se hace el silencio, ella tampoco coge el sueño hasta que el motor del camión en la puerta no ha desaparecido largo rato.

Y no acude nunca a las asambleas que convoca la Doñate en el patio. Les gusta armar trifulcas como las que tenían antes, en la guerra. Que si la revolución, que si perdimos ya la guerra o todavía no, algunas siguen hablando de lucha como si Franco no hubiera puesto su bota militar encima de sus cabezas. Aguantar es vencer, dice la Doñate, sobrevivir es ver a mi madre en El Puerto, se dice ella.

Con el mes de marzo las nubes vuelven a ser altas sobre el patio y corren rápido sobre sus cabezas como la espuma sobre la playa de El Puerto. Carmencita, la niña de Hilaria, sigue con calentura y ha desmejorado mucho, la oyen llorar día y noche desde la galería de madres.

El día de San José, las presas han hecho un altar en el patio a la Virgen de los Desamparados. Los familiares pueden venir a verlo y comprar el género de punto que han hecho durante el invierno, las piezas se venden a perra gorda o perra chica y también se acepta el trueque a voluntad. Cuando salen de la misa, todas andan alborotadas por la visita inminente y se repasan el moño o el atuendo, unas se pellizcan las mejillas

para que les suba algo de color, otras se lavan las manos con la saliva y luego se aplastan alguna greña que escapa a falta de horquillas.

La Hilaria no tiene visita y las mira a todas indiferente con su niña en brazos. Carmencita está ya tan débil que apenas bracea ni se queja y abre unos ojos aguados por la calentura, la mirada es lo único que le vive en la cara macilenta. María no puede resistir acercarse cuando todas están ya junto a la entrada.

—¿Cómo está la niña, Hilaria?

La madre no levanta la vista, la pregunta es casi un insulto para ella y llega tarde. La niña tose, María arruga la frente y repasa su medallita de la Purísima, desde el día en que Pepa las denunció por apartar bufandas y calcetines del taller para la guerrilla, todas piensan que ella también es una chivata.

—De veras, Hilaria, no pretendo nada. Solo es que he visto a la pequeña y he pensado...

Carmencita levanta la mano y tira a rascarse la nuca, la tiña le tiene la piel comida de costras. Hilaria le retiene las manos y la niña hace un puchero.

—Tengo naranja, se le puede dar el zumo con una cuchara, dicen que eso remonta los males del pecho. —María señala

su celda—. Voy un momento y te traigo, es navel que viene con mucho jugo, ¡de Sagunto!

Hilaria levanta la cara y la mira sin entusiasmo, hace un gesto a su espalda: varias cáscaras de naranja que le han traído todas se esparcen por el suelo. María no sabe si eso es un sí o un no, pero igualmente sube los hombros y se dirige donde todas, le pedirá a su madre que le entre algún remedio del boticario.

De pronto, un griterío crece entre las presas que se agolpan en la puerta, los primeros familiares entran y se abrazan, otras estiran el cuello para distinguir a los suyos, o dan saltitos de impaciencia y vociferan.

—Contrólense, ¡contrólense! —sor Visitación se acalora y las separa de la puerta como puede.

Entre el gentío, dos niños cabecean y pronto están encima de María, que esperaba en medio del patio, indecisa.

—¡Maríaaaa!

Miguelito y Carmen colgándose de su cuello, se dan codazos, pelean por besar a su hermana primero.

—¡Miguelito!, el niño se regodea, ha conseguido auparse a su hermana y baila en sus brazos como una anguila — pero qué grande estás, has pegado el estirón, ¡bandido! Y tú Carmen: eres ya una señorita —María se ha agachado hacia

su hermana y le estira el lazo celeste que adorna su mata de pelo.

Sus padres se acercan ya, sonríen un poco bobos, él con la gorra en la mano, el brazo de su mujer le apuntala el paso. Manolita camina tras ellos y sonrío, da palmas con las manos para conducir su entusiasmo de ojos pasmados y boca abierta. Cuando Isabel abraza a su hija, le dice al oído.

—Hijica, en la bolsa del tabaco viene carta de tu novio, entre el papel de fumar. Se ha echado al monte en Utrillas. A ver si la monja hace hoy la vista gorda y te la deja entrar, ¡con la que tenéis aquí montada!

·1936·

Alpargatas, puños y balas

Agosto de 1936. Sarrión, Teruel.

Caía un silencio de plomo sobre el pueblo de Sarrión. Desde la fuente del Cubillo, en la Nacional 234, Rico observaba el campanario barroco contra el último cielo de la tarde y se preguntaba si algún fascista les esperaba allí arriba con su fusil.

Iban a tomar el pueblo en cuanto Rufino diera la orden, los refuerzos que esperaban ya habían llegado desde Valencia. Habían prometido más fusiles, al menos para armar cuatro o cinco centurias, pero en el comité seguían sin conseguir mejores suministros, nadie en el gobierno se atrevía a dotar a una columna anarquista. Ya se enterarían de lo que valía un peine, iban a quitarles los fusiles al enemigo con sus propias manos, en cuanto arrasaran Teruel.

Al menos él se había podido hacer con un Máuser alemán en buen estado, no era para menos si formaba parte de la Guardia Móvil. Revisó de nuevo el cerrojo, la caña, la boca del cañón, sonrió satisfecho y escupió la colilla que le colgaba ya un rato en la comisura. La barba de una semana

le picaba ya en el mentón y los rizos castaños se le pegaban a la frente.

Pronto oscurecería y sería un alivio para todos, el ruido de las chicharras bajo el sol de agosto estaba a punto de volverlos locos. Los muchachos de su centuria habían pasado dos días hacinados en un corral, junto a la fuente del Cubillo, el resto se había repartido entre un par de ermitas abandonadas, el túnel del ferrocarril y una fonda antigua que se levantaba a la salida del pueblo.

Habían salido de Sagunto en tren hasta Barracas, después a pie hasta Sarrión. En su centuria, la de metalúrgicos de El Puerto, el ánimo de los reclutas se contagiaba y crecía al ritmo de las canciones, no tenían botas ni armas, pero ya les llegarían. Lo importante era lanzarse al frente y coger a esos facciosos por sorpresa, machacarles aunque fuera con la fuerza de los puños.

Descubrió una expectación ansiosa en las miradas que cruzaban sin palabras, era la primera vez que sentían al enemigo tan cerca y los himnos alegres habían callado para dar paso a ese silencio extraño donde circulaba una mezcla de orgullo y temor.

Aun silbido de Rufino, todos se pusieron en pie. Los suyos entrarían por la calle Sacristán, cubriendo la salida hacia el

sur, y la cuesta les llevaría directos a la plaza del Ayuntamiento.

—Ojo con el campanario, camaradas, ¡os quiero bien a cubierto cuando lleguemos arriba!

Los hombres de su centuria asintieron mudos. Rebollo, un liberado del penal de san Miguel, le hizo una mueca cómplice. Instintivo y complaciente como un chucho, apaleado y feroz, este cuarentón de acento gaditano se había convertido en su mano derecha cuando compartieron celda en la cárcel años atrás. Acucillado y en guardia, miraba a Rico con una sonrisa desdentada y algo zafia, delataba su impaciencia por atacar.

Franquearon la entrada al pueblo. El suelo de barro seco hizo crujir sus pasos y solo les respondió el cacareo nervioso de las gallinas en algún corral. Se miraron, avanzaron, marcharon muy pegados a las casas de adobe donde la gente se había encerrado a cal y canto. Los oídos buscaban la primera detonación, pero la subida continuaba a un ritmo constante y el silencio de la noche, que se extendía por las calles, era lo único que salía a su encuentro.

Rico avanzó a la cabeza con su caminar renqueante e hizo un alto antes de doblar la esquina que llevaba a la plaza. Se reclinó en el muro trasero de la iglesia y cogió aire, después comprobó la carga de su fusil. Sus hombres se habían

repartido por las fachadas y esperaban atentos a cualquier movimiento suyo.

Asomó la cara y barrió la plaza de una mirada, un perro famélico junto a la fuente de piedra se incorporó y rompió a ladrar, era el único signo de vida con el que se topaban. Aliviado, Rico les dedicó una mirada tranquilizadora a sus hombres y les animó a seguirle hacia el Ayuntamiento. Rebollo escupió complacido y le indicó que estaba listo, Rico volvió a ojear la plaza dispuesto a avanzar.

En el último momento, un murmullo de voces y pasos le alertó desde el otro extremo de la plaza, Rico se detuvo y cedió al instinto de arrodillarse y preparar su fusil. Rebollo, un metro detrás de él, alargaba la mano y le golpeaba el hombro con un toque seco.

—¡Que son los nuestros, joder! ¿Que no te has fijado?

Junto a la puerta del Ayuntamiento, entre los soportales, un grupo de milicianos trasteaba y daba voces en tono triunfal, Rico reaccionó y se levantó relajado, les dedicó un silbido largo, agudo.

—¡Camaradas! ¡Viva la revolución libertaria! —gritó con el puño en alto.

Sus hombres le replicaron y lo levantaron también. Las dos centurias habían confluído en el centro del pueblo sin

disparar un solo tiro, todos empezaron a llenar la plaza entre gritos revolucionarios, palmadas y abrazos de celebración. Unos cuantos ocupaban ya el balcón del Ayuntamiento y lanzaban la bandera al suelo entre ovaciones.

La juerga se extendió entre el resto de centurias que iban llegando por los cuatro costados, los primeros vecinos asomaban y se mezclaban entre ellos, alegres y locuaces.

Un chaval que no pasaba de los quince se acercó a Rico y levantó el puño a modo de saludo.

—¡Salud, camarada! ¡Por fin habéis llegado!

—Ha sido fácil, ¡esos maricas se han largado en cuanto han sabido que llegábamos!

Era un niño astuto y harapiento, los ojos negros le iluminaban la cara como dos brasas, se había quitado la gorra para saludar y los bombachos de pana dejaban a la vista sus piernas torcidas y flacas. Le miró con ansiedad.

—Dime chaval ¿dónde se han ido esas ratas de fascistas?

El chico carraspeó, vaciló, removié la tierra con el pie derecho mientras se miraba las alpargatas rotas. Rico percibió que se debía de haber escapado de las faldas de su madre para decirle algo.

—¿Fumas, chaval? —Le alargó una cajetilla de Bubis, expectante.

—¡Gracias, camarada! —El chico se acercó decidido otra vez, le miró entre entusiasta y tímido mientras aceptaba el fuego que también se le ofrecía.

—Lo nuestro es de todos, ¡queda declarada la revolución libertaria en este pueblo!

Los dos sonrieron y se apoyaron en el frontón de la iglesia, el joven se concentró en una calada larga y de pronto le sacudió la tos. Le miró complacido cuando el ataque pasó.

—Yo también soy de la CNT, ¡todos mis hermanos lo somos! bueno, lo éramos... —Por un momento, el chaval languideció y miró al suelo.

—¿Qué ha pasado, chaval? Los facciosos han hecho de las suyas, ¿no?

Hubo un nuevo silencio, el chico contempló un minuto la brasa de su cigarrillo y se le ensombreció la cara.

—Ese miserable de don Rafael —arrancó con tono rabioso-, ¿sabe usted? Digo... ¡sabes tú! Lo nombraron alcalde en cuanto se declaró la sublevación, quitaron de golpe a los que había al mando. No duró nada en el cargo, claro, porque los de Gasas Salas enseguida pasaron por aquí y liberaron al pueblo de los fascistas, ya sabe.

Rico dobló una rodilla contra la pared y se encendió un cigarrillo con aire lacónico. La mirada seguía a los suyos, que estaban armando ya una hoguera y prendían los archivos entre los vítores de varios vecinos.

—Después pasó lo de la Puebla de Valverde, ¡hijos de puta! Los civiles les hicieron una encerrona a los de Casas Salas y se pasaron de bando, vinieron aquí a sacar a don Rafael, que estaba envenenado de venganza el muy cabrón...

La traición de la Puebla, claro que sabía lo que pasó, iban un millar de milicianos de El Puerto junto a cuatrocientos guardias civiles que les hicieron una carnicería a traición, a la primera de cambio. Fernández Bujanda iba al mando y los civiles habían jurado fidelidad al gobierno, ¡qué hijos de puta!, encañonaron a todos de madrugada y se pasaron a los nacionales, ¡aquí paz y después gloria!

—¡Esa misma noche don Rafael mandaba fusilar a quince que cogió por el pueblo! Entre ellos... el José y el Damián, mis dos hermanos.

El chico se detuvo en una calada honda, furiosa, como si todavía fuera posible aspirar con ahínco y devolver a sus hermanos junto a él.

—Se habían metido en una cuadra que hay junto a la fuente del Zariche, pero el cura, que era un soplón de mierda, los delató, ¡mi madre no volverá a confesarse en toda su vida!

Rico observó al chico con atención por primera vez, reparó en sus piernas enclenques, sucias, marcadas de costras y picaduras de pulga o de chinche. El joven pareció adivinar entonces sus pensamientos.

—Al cura no lo vais a encontrar, se ha fugado hacia Teruel, cagadito que estaba.

—¿Y el alcalde? —preguntó Rico, inquisitivo.

La noche se había echado encima del pueblo, la hoguera crepitaba en la plaza y las sombras bailaban en la cara del chico endureciendo su gesto.

—Ese traidor... no se ha ido porque pensaba que los de Aguado y Pérez Hoyo estarían aquí antes que vosotros. -Vaciló un instante y siguió—. ¡En su casa estará, escondido como una rata!

Apuró la colilla y la lanzó enérgico al suelo, para luego aplastarla con fruición bajo su pie izquierdo. Las llamas ardían ya con soltura frente a ellos e iluminaban la plaza, ambos se dejaban atrapar por la visión del fuego y no vieron llegar a Rebollo, una mujer rapada al cero se pegaba a él como una sombra con una criatura de ojos hundidos que no paraba de llorar por el ayuno o el pánico.

—A esta desgraciadica hay que ayudarla, Rico. —La señaló contundente—. Le han matado al marido y la han humillado por todo el pueblo.

La mujer les miró con timidez e intentó consolar al niño, se encogió detrás de Rebollo sin decir palabra. Los ojos amoratados de la madre revelaban las palizas sufridas y el hambre que les acosaba a ambos desde hacía días.

—¿Qué era tu marido?

—Era del sindicato, se fue junto a los de Gasas Salas y en la Puebla lo mataron.

Rico se ajustó el pañuelo rojinegro y se pasó una mano por el bigote con inquietud. Miró un momento al fuego y luego se dirigió al chico alzando la voz por encima del revuelo.

—Está bien... ¿dónde dices que vive el alcalde?

El joven se sobresaltó, le evitó a Rico la mirada y dobló una rodilla para rascarse con parsimonia una picadura. Luego levantó la barbilla y se encontró con los ojos de la mujer rapada, que le dedicaba una mirada torva.

—Yo... creo que vive junto al portal de Teruel —confesó titubeante. Le siguieron observando en silencio y añadió—: ¡Subiendo por este costado de la iglesia!

—¡Nos acompañas, chico! —remató Rebollo, agarrándole de un brazo sin esperar a que él avanzara por su propio pie.

—Vete donde el Ayuntamiento, mujer—se despidió Rico—, preguntas por un tal Rufino y él os dirá dónde conseguir buen rancho esta noche, ¡vas de parte del Rico!

La mujer obedeció y enfiló hacia la izquierda, el resto emprendió el ascenso por la cuesta que dejaba atrás el centro del pueblo. Rico caminaba solemne, a Rebollo le traicionaba de nuevo una sonrisa zafia y desdentada, no quería acabar su primer enfrentamiento sin tumbar a un fascista. El chico, entre los dos, trotaba con indecisión hasta que se detuvo frente a una fachada de piedra, el portón imponente se adornaba con un escudo nobiliario y cerraba un silencio hermético en la casa. Reculó instintivamente, Rebollo le volvió a coger de un brazo.

—¿Es aquí?

—Sí, esta es.

Tocaron a la puerta. Tras el primer intento golpearon con la culata de sus fusiles. Tres golpes contundentes. Nada. Desde la plaza, el jaleo de la fogata les llegaba amortiguado, se distinguía el *Himno de Riego* entre risas, los mozos habían empezado ya a empinar el codo.

Golpearon un par de veces más. Rebollo ya estaba estudiando la fachada y la rejería de los balcones para trepar.

—¡Abran! ¡En nombre de la revolución libertaria!
¡Obedezcan o abrimos fuego!

Rico se preparó para golpear de nuevo cuando la puerta se movió por fin y una rendija de luz se abrió ante ellos. La silueta de una mujer temblorosa se agarraba a la puerta.

—¿Quién va? —pronunció con un hilo de voz.

—¿Vive aquí el alcalde fascista? —interrogó Rico.

Rebollo lanzó una patada sonora contra la puerta empujando a la mujer, que se llevó las manos a la boca espantada.

—¿Vive aquí, señora? —insistió Rico.

En el pie de la escalera descubrió a dos niños que no pasaban de los diez años y se abrazaban atemorizados.

—¡Por el amor de Dios!, no nos hagan nada, ya ve que tengo dos criaturas... —sollozó, las manos aferradas a un crucifijo que le colgaba del cuello.

—No tema por usted ni por sus criaturas, ¡solo dígame si su marido...! —repitió Rico.

Los niños habían comenzado a llorar, la madre acudió a abrazarlos y se quedó acucillada junto a ellos. Rico buscaba ahora la mirada del chico, que se había refugiado en la oscuridad de la plaza y no se movía. Algunos vecinos acudían en silencio, alertados por el estruendo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Por el amor de Dios! —suplicaba la madre, incontenible ya. Los niños se ovillaban en sus brazos y lloraban ruidosamente.

Mientras tanto, Rebollo se paseaba por el salón a zancadas lentas, exhibía el fusil con jactancia e inspeccionaba impune todo lo que encontraba: cajones, altillos, estantes. Abrió la alacena y pasó la mano despacio por la cristalería y la plata, en la mirada brillaba un destello de lujuria y la boca se le abría extasiada, como si estuviera ante el cuerpo de una mujer desnuda.

—De acuerdo, señora, registraremos la casa—añadió Rico, preparando un tono solemne—. Se ha declarado en este pueblo el comunismo libertario y en adelante quedan confiscados todos sus bienes. Si su marido no se haya en el domicilio, tendrá que venir usted con nosotros al calabozo, hasta que nos diga dónde está.

Rebollo le miró sorprendido, después continuó su rastreo por la casa. Encontró una caja de puros, los olió complacido y se los metió en el macuto.

—¡Hable señora! ¿Dónde está el cerdo de su marido? —gritó ahora Rebollo, apuntándola con su fusil.

La mujer y los niños callaron de pronto, temblaban más que antes pero no se movían, mantenían la mirada helada en un punto por detrás del cañón de Rebollo. Cuando Rico se giró, alertado, descubrió allí a un hombre de mediana edad, bigote bien afeitado y barriga prominente. En sus ojos temblaba una súplica.

—Yo soy el que buscan, dejen en paz a los míos —pidió con voz aflautada.

—¡Ah, miserable! te escondías como una polilla, ¿eh? —le dijo Rico, encañonándole con su Máuser—. ¡Las manos en alto!

El hombre miró a su familia intentando ocultar su miedo, les ofreció una media sonrisa. Después titubeó un momento, quería abrocharse bien el pantalón antes de que le pasearan por el pueblo maniatado y a empujones. Rebollo reaccionó y le apuntó con su mosquetón, creyó que iba a sacar un arma escondida en la espalda, guiñó el ojo en el visor, afinó la puntería y disparó.

La detonación retumbó en los muros de la casa, viajó por las azoteas del pueblo, rebotó en los peñascos y se perdió hacia las lomas suaves de la sierra de Camarena. Una bandada de alondras tomó el cielo despavorida. El cuerpo del alcalde

cayó de bruces como una marioneta sin hilos y los gritos de su familia encendieron el salón, replegaron a los vecinos hacia sus casas, se oyó el crujido de cerrojos y persianas.

En la plaza, tras una breve interrupción en la juerga de los milicianos, el perro famélico ladraba.

Agosto de 1936. Puerto de Sagunto.

Barracas sería la última parada, hasta Sarrión ya verían ellas cómo llegaban. Y los equipos sanitarios, lo mismo daba, ya los mandarían de Valencia como se les había prometido.

Dejaban a sus padres y hermanos en casa y se iban al frente como enfermeras. Antonia y María marchaban ufanas hacia Teruel, el gorro frigio enseñaba sus melenas breves, el pecho respiraba orgulloso bajo el mono de lona, las cartucheras marcaban la cintura y el paso era basculante y seguro.

A las barricadas, a las barricadas. Acababan de entonar juntas la melodía que les aupaba el ánimo a todos, les hacía crecer en el cuerpo un sentimiento de gloria inminente, un anticipo de la ferocidad que les iba a pedir la batalla.

Pero María se miraba en su amiga como en un espejo y la descubrió de pronto lejana, había sentido una repentina vergüenza cuando salía de casa, «toma esta medalla de la Purísima, hija», y su madre lloraba de espaldas cuando la había vuelto a mirar, cuando abrazaba a sus hermanos pequeños y a Manolita y se dejaba traspasar por su ingenuidad alborotada, «pégales una buena paliza, hermana, ¡no dejes ni un fascista!».

Ahora, en el bamboleo del camión, todas las preocupaciones de María se habían apagado alrededor de un silencio extraño en su cabeza, se acomodó en el asiento frente a su amiga Antonia y la observó por un momento con extrañeza, a las barricadas, a las barricadas. Un silencio le cruzó la mente como una nube solitaria sobre el campo abrasado de agosto, que solo parece una sombra y un rumor atravesando la hierba.

Había pasado por casa poco después del almuerzo. El camión salía a las tres y aun no tenía listas su manta ni su macuto.

—Me he alistado, padre, salimos hacia Barracas esta misma tarde —había confesado ella, algo cohibida.

Manuel fumaba sentado a la puerta, la había mirado sin sorpresa y no retiró la mirada mientras echaba un humo blanco y filoso por las alas de la nariz.

—Siéntate, hijica, quiero decirte algo.

Su madre se entretenía en la cocina, podía haberla oído sin esfuerzo, el aire era quieto y sofocante en todo el pueblo. Tras comprobar que nadie salía a recibirla, se había sentado junto a él.

—Madre y yo sabíamos que tarde o temprano marcharías, hijica. Solo quiero que vayas con ojo y mires con quién te juntas. —En su voz sonaba un orgullo sereno—. Hay mucho tarambana suelto estos días y tú marchas llena de ideales. —Había echado una nueva calada y perdía los ojos en la casa de enfrente, traspasándola, como si no fuera un muro de adobe firme sino una extensión de las volutas blancas de su cigarrillo—. No me gusta que te vayas, y menos le gusta a tu madre, pero todos tenemos que sufrir en estos días del demonio, así han venido las cosas y no hay más remedio, ¡caguen la leche!

Ella escuchaba con asombro las palabras de su padre, nunca se había imaginado que le hablaría así. Se preguntó de pronto por qué no se habría sentado más veces con él para oírle razonar como lo hacía ahora.

—Haz lo que te manden y a callar, que así es como se ganan las guerras, y no con anarquías ni cuentos. Y cuídate de cumplir con lo que te has propuesto, hija, que no te frene el ansia de pensar en nosotros si tienes que hacer... lo que

toque hacer, que a ti coraje no te falta. Si te lleva Dios... —La había mirado entonces muy hondo—. Que ojalá el Señor no lo consienta, ya estoy yo para cuidar de madre y de los chicos, no he hecho otra cosa en la vida más que sacrificarme.

Había aspirado una nueva calada. El mediodía vibraba en silencio, los chopos de la plaza les miraban sin mover una hoja. María se agachó para comprobar el cierre de la zapatilla con una distracción fingida, después repasó la calle Usandizaga, la zapatería Biosca, la plaza vacía con el quiosco en el centro, alicatado en blanco y en azul, reflejando el sol de agosto. Sentía los ojos de su padre fijos en ella y una añoranza repentina y precoz.

—Volveré, padre. —La stampa del barrio había devuelto aplomo a sus palabras—. Se lo prometo.

Le había mirado erguida y sonriente, convencida de su regreso. Cada desconchado en las fachadas de su calle, cada pisada en la tierra, cada brizna de hierba en las esquinas tiraba de ella y no permitiría que esa fuera la última vez que lo viera.

Había esperado un rato más a que su padre hablara y lo escrutaba en silencio. Nunca se había fijado en lo mermado que estaba por los años, con la piel trabajada por el sol y la espalda doblada sobre sí mismo, el padre apuraba la colilla y

María pensó que debía cuidar de él cuando volviera. Se levantó y franqueó la puerta de casa, hubiera deseado abrazarle pero él ya se agitaba en un ataque de tos y le daba la espalda para enterrar la colilla en la tierra.

Cruzó entonces la sala en dirección a su cuarto. El aceite crepitaba en la sartén con un rumor que llenaba la casa, su madre seguía afanándose en la cocina y pudo distinguir su silueta frente al fogón. No se había inmutado con su llegada, ni siquiera cuando María llamó a sus hermanos para despedirse, después de haberse hecho con una discreta muda de ropa y una manta que enrolló y echó a la espalda.

—¿Te vas a la guerra, María? —gritaban entusiasmados los pequeños mientras ella les acariciaba en cuclillas. Manolita se frotaba las manos en el mandil con ahínco y bajaba la mirada detrás de ellos.

No pasaban de los ocho. Miguelito tenía los ojos muy juntos y chispeantes, la piel aceitunada, el pelo muy tieso y unas piernas algo arqueadas que nunca dejaban de trajinar. Carmen, su melliza, recogía el pelo lacio en dos coletas y se movía despacio en su cuerpo rollizo, todos los vestidos de María y Manolita se los habían tenido que sacar. Los ojos castaños y claros le daban una falsa fragilidad.

—¡¿Te vas de verdad, María?!

El silencio de la madre le seguía golpeando sin posibilidad de escape, dominaba la casa como el olor del aceite y la cebolla frita.

—Sí, chicos, allá que me voy. —Se había detenido expectante, medía el impacto de sus palabras en los pequeños, luego se dirigió a Manolita que la observaba con aflicción y oscilaba la cabeza en barridos cortos —. Quiero que os portéis bien y ayudéis a madre.

Los dos niños se le habían colgado del cuello con un fulgor excitado en los ojos, eran los únicos en tratarla con alegría. La silueta de la madre continuaba muda frente al fuego, sin tregua, Manolita tampoco se movía del sitio. Se incorporó y fue a abrazarla, la muchacha no podía decírselo con palabras, pero se sentiría perdida sin ella, sentía pánico de pensarlo. Permanecía envarada por la emoción y no había movido los brazos cuando María la apretó contra ella. En su abrazo, estudió la casa que la había visto crecer, le pareció extraño no haber sentido antes cómo lo ataban esas cuatro paredes, ese olor del aceite y el ajo, esa crepitación constante en la cocina, donde se había mezclado su voz y la de los suyos durante años. «En la fábrica es donde haces falta», le había insistido Pedro, y solo ahora que se iba de casa dudaba si tendría razón su novio.

—¡Pégales una buena paliza, hermana! ¡No dejes ni un fascista!

Miguelito brincaba y lanzaba puñetazos inofensivos al aire, su hermana Carmen le jaleaba y daba palmas. María se había preguntado qué futuro tendrían si no ganaban la guerra, cómo se derrocharía tanto empuje y tanta inocencia si no crecían en libertad, en un mundo mejor para ellos.

—¡Ni uno solo, María!

—Está bien, tranquilos, ¡silencio!, vais a enloquecer a madre...

Volvió a girarse hacia la cocina y la descubrió en la puerta, había estado observándolos en silencio y permanecía inmutable, seria. María no la había visto llorar nunca, tomó su expresión ceñuda por una honda tristeza.

—Toma estos calcetines de lana, María, los he tejido para ti, tres pares. —La miró brevemente a los ojos, la voz estaba a punto de quebrarse—. Las noches de Teruel refrescan y tú solo llevas zapatillas de tela. Y toma este paquete, agárralo bien porque pesa, llevas un queso de cabra, morcilla y tocino, ¡no lo repartas con nadie, que es para ti sola!

María se había acercado más confiada, pero la sequedad de sus gestos la mantuvo cohibida.

—Y toma esta medalla de la Purísima, hija. —Se la había desabrochado del cuello para entregársela, luego se

persignó en un movimiento rápido—. Que sea lo que el Señor quiera.

Las dos callaron sin mirarse.

—Gracias, madre— alargó la mano y la cerró sobre la medalla dorada, pudo sentir el frío del metal en su palma.

Se había inclinado para guardar los calcetines y al levantar la cabeza su madre ya trajinaba frente al fuego, de espaldas a ella.

—¿Te quedas a almorzar, María?, ¿te quedas?, ¿te quedas?

—Los niños saltaban a su alrededor, excitados, Manolita le hacía un gesto de súplica con las manos juntas y las cejas altas.

—No puede ser, ¡me marcho en media hora! —Había lanzado una mirada de disculpa a Manolita y se agachó para abrazar a los pequeños—. Prometedme que ayudaréis a madre, no tenéis escuela y en el mercado hacéis buena falta.

Su madre no se giraba, María pudo adivinar que lloraba quieta detrás del humo de la sartén, que traía ya un incipiente olor a quemado.

—Estaos aquí y obedeced, no quiero que nadie me acompañe.

Cuando se vio de nuevo en la puerta, su padre la observaba de pie con los ojos húmedos y la tos aliviada. Se abrazaron en silencio.

—¡Escríbenos, hija! Alguien habrá que nos lea las cartas...
-Escuchó antes de doblar la esquina de la plaza.

Había asentido sin girar la cara. El tumulto alrededor de los camiones ya podía oírse nada más enfilar la Alameda y las canciones empezaron a disipar la congoja con la que salía de casa.

—Anda, María, alegre esa cara que por fin nos vamos, ¡viva la revolución!

Antonia la había visto llegar y se bajó de la tapia donde la esperaba columpiando las piernas. Unas cien personas vitoreaban a los milicianos y se apretaban alrededor de los camiones para entregarles paquetes de comida o mantas. María se contagió enseguida del entusiasmo que recorría el ambiente, sentía un orgullo renovado al verse protagonista de aquella celebración.

—¿Y Jesusa?

—Se ha rajado al final. Dice que madre la necesita más que nosotras, ahora que Pedro y yo vamos al frente.

Los motores arrancaban ya, la gente se apretaba tanto a los camiones que hacía difícil la puesta en marcha.

—¡Eh!, ¡bonitas! ¿Necesitáis ayuda?

Un miliciano les tendía la mano desde la plataforma y las miraba con expresión jocosa.

—¡No, camarada, ya lo hacemos solas! —replicó María, ofendida.

Arriba parias de la tierra, los himnos subían de tono entre los milicianos, los camiones rugían de forma constante y lanzaban un olor denso a gasoil, todos gritaban para entenderse en medio del escándalo.

Una vez aupada junto a Antonia en su banco, María lanzó una mirada a la marea de cabezas que se formaba a su alrededor y sintió que todos los ojos la reverenciaban desde allí.

Abrió la mano donde aun guardaba la medalla de su madre y la encontró pegada a su piel, mezclada con el sudor de su excitación, con un olor ácido y penetrante.

Sintió cómo empezaban a avanzar despacio, la gente seguía a la comitiva y un grupo de niños encabezaba el tumulto, en un trote despreocupado, inconsciente. Movían alegres las manos en el aire y se iban empequeñeciendo en el camino a medida que crecía la nube de polvo tras las ruedas.

En el último momento, abriéndose paso a tropezones, Miguelito y Carmen se distinguieron en primera fila.

—¡Pégales fuerte, María! —gritó su hermano.

Y pronto su voz fue indistinguible bajo el rugido del coche, a pesar de que María había sacado medio cuerpo fuera de la plataforma y ellos estiraban sus cabezas pequeñas para hacerse oír, aun cuando ella les lanzaba besos inclinada, y luchaba por no perder el gorro con el traqueteo, sujetas las piernas por Antonia que reía a carcajadas.

Después se sentó en el banco y escrutó a su amiga con distancia, sin que ella se percatase, volvería a verse con Rico y pensarlo le aliviaba una desazón borrosa que se le apoderaba al pensar en el pueblo, en su familia, en Pedro que andaba ya días metido en el frente sin dar noticias. Observó a los compañeros mientras se pasaban la bota de vino y se acordó del tinto peleón de Pedro en la plaza de toros, se preguntó cuánto duraría ese humor expansivo en los camaradas antes de pegar el primer tiro. *La tarántula, tarántula pica, y Carmela se pone más rica...* una nueva copla sonaba ya y se sintió acunada por la melodía contagiosa, sonrió al tiempo que comprobaba en su mano cerrada el relieve de la medallita y fijó la mirada en el pueblo, con sus últimas casas, su fábrica al fondo, las chimeneas de ladrillo menguando contra el brillo del mar a lo lejos, El Puerto de Sagunto, que pronto se podría captar con un solo golpe de la mirada.

·1940·

Lluvia adentro

Marzo de 1940. Valencia.

El Carmen es un hospicio pequeño, pero la algarabía en el patio hace pensar en muchos más niños de los que caben en el edificio chato de ladrillo con ventanas de reja. Lleva ya media mañana plantada en la puerta, como cada martes. Hoy tiene el pálpito de que verá a la niña por fin, porque viene recomendada. Cuando le acude la idea de volverse al pueblo, acaricia la carta color crema y siente no se qué cosquillas, como si al papel le hubieran pasado un rastrillo pequeño y eso la hiciera aguantar.

El caso es que doña Lourdes se ha portado de mil amores. La Reme le dio las señas y le dijo que era una señora de mucho pelaje, buena para recomendarla de cocinera en El Carmen y allí que se he plantado ella con su sobre cerradico dentro del mandil, que casi se le borran las letras de tanto sobarlo de camino para allá. Iba encomendándose a su san Cristóbal, para que tuvieran a la Isabelita y pudiera al menos verla o darle buenas nuevas a la pobre María. Ya no se hace

ilusiones de llevarse a la niña porque se la tienen jurada, por auxilio a la guerra o adhesión o lo que figure en esos libros que abren y cierran delante de ella sin mirarla a los ojos, siempre con que no está, búsquela usted en Nuestra Señora de El Puig o en San Miguel, de un lado para otro como una ignorante quieren que vaya. Pero a la niña la tienen, lo sabe de buena tinta porque ha estado en la puerta días enteros con sol y con aguacero y un día le pilló una joven, se ve que era nueva, que le llegó a abrir el libro de entradas por el diez de enero del 40 y allí que estaba apuntado: un niño con ropa y una hembra sin nada, que es como vienen del hospital, ¡su Isabelita!

El viaje desde El Puerto lo ha hecho de pie, mirando la carta a cada rato. Aunque no sabe leer, ya se había hartado de mirar las letras de doña Lourdes cuando ha bajado del coche en San Vicente, a la atención de sor Iluminada, podía cerrar los ojos y figurarse las curvas y filigranas, alguna ralla tan larga como un rabo de lagartija. Qué gran tontuna, ¡santa cara de Dios!, engatusada que iba con el sobre ha llegado a pensar que aquello era pan comido, ya se veía ella entre fogones y escapándose a ver a su niña todos los días, que bien que la puede criar la abuela si le hace su caldo con su punta de jamón y su buena manteca. Pero ha tocado a la puerta de buena mañana, cuando refrescaba, y ahora que el sol está tan alto que muerde ella sigue ahí plantada, como un día más.

Doña Lourdes ha sido tan generosa, dice la Reme que perdió a su chiquilla en un bombardeo, «dícales que va de mi parte», le dijo con esa voz suave y firme que sale en las novelas de la radio, dícales que doña Lourdes Iglesias la manda y que pronto será el día de san Jerónimo, que pasaré a verles por el día del patrón. Le guiñó el ojo al decirlo sin malicia ninguna, solo que le entró el ansión de darse la vuelta antes de que la viera llorar, malditas las ganas de que una mujer tan buena y tan fina la viera sorbiéndose los mocos como una paleta. Le guiñaba el ojo porque ese día la parroquia de Begoña les da quinientas pesetas en donación a las monjas, ¡quinientas pesetas! Eso lo ha sabido después por boca de la Reme que no pierde comba, pero en ese momento se quedó muda como un animal y como un animal cabeceó en señal de gracias y dejó ese salón tan lleno de cachivaches y olor de rosas y flores pintadas en las cortinas y en las paredes. Doña Lourdes tenía una radio con Valderrama a media mecha y eso va a ser lo que le dio tembladeras, sus chicas bien saben que no resiste a Valderrama.

—¡Isabel Lacruz!

Se gira sobresaltada y entra en el patio, la penumbra es tan fuerte que sus pupilas aun no distinguen nada, justo cuando empieza a pensar que su nombre ha sonado solo en su

cabeza, acierta a ver a un chico alto y flaco que la está esperando junto a la puerta.

—A mandar...

—Dice la superiora que espere aquí.

El chico le indica un banco en el vestíbulo y desaparece a zancadas largas, las rodillas son un nudo en sus piernas llenas de rascones, el cráneo rapado deja a la vista una calva grande en forma de pera. Huele a Zotal y las voces del patio llegan ahora más apagadas, es la hora de formar. El banco de madera baila cuando se sienta y se recoge la mantilla. Cruza los dedos para que las monjas no la conozcan, de repeinada y limpia que va, la misma Reme le ha dejado un mantón de Manila que es herencia de su madre, en color marfil, con unas flores bordadas a mano que da gloria mirarlas, cuando pasa la mano por el pico, los flecos de seda la remueven hasta muy adentro. Desde fuera suben unas voces y unos lamentos que la parten en dos, unas chiquillas han querido escapar y se han ganado una somanta, criaturas, se encomienda a la virgen y empieza un avemaría, que le gusta tanto, *Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita Tú eres...* Pero allí no acude nadie y se impacienta. *Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.*

De pronto llega un llanto agudo de pequeñín, o pequeñina, a lo sumo los seis mesecicos, que son los que tiene la suya. No

ve un alma bajo los soportales, ¿es que nadie va a atender a la pobre cría? ¿No tienen alma estas carmelitas?

Entorna la puerta de una gran sala y la criatura se encana a llorar, como si hubiera notado que ella llegaba. Los colchones están desparramados por allí a la buena de Dios, las goteras del techo disponen el orden de la sala: donde tenía que haber una cama se abre un hueco y en el centro se ve una palangana. Vacila, entra, a falta de cunas han improvisado unos barrotes con tablillas de madera pero las criaturicas no tienen espenta para encaramarse. Todos van peladicos y abren unos ojos húmedos de hambruna, la niña que llora tiene las orejas de soplillo y los ojos vivos como su María de chica, pero luego ve a otra del mismo tiempo y piensa que se le abren hoyicos como a ella de joven.

—¡Señora! ¿Quién le ha dado vela en este entierro?— Una carmelita oronda enfila hacia ella desde el fondo de la sala con cara de pocos amigos.

—Es por si... ¡si tenían alguna de primeros de enero! —Isabel agacha la cabeza y se frota las manos en el mandil—. Me pareció que esta chiquilla de aquí no había hecho los seis mesecicos.

—Haga el favor, señora, y espere en el recibidor... —La monja la coge de los hombros y la empuja suavemente hacia la puerta—. No se puede entrar aquí a la buena de Dios...

—¡Espere! Traigo carta de doña Lourdes Iglesias... —Isabel se escurre y avanza hacia la niña de los hoyos—. ¡Que me aspen si esta no ha hecho los seis meses por la Virgen del Carmen!

Isabel intenta cogerla y la monja la retiene de los flecos, se oye un rasgido sordo que las detiene a las dos. El mantón de la Reme se ha echado a perder e Isabel lo despliega estupefacta.

—¿Qué ha venido a buscar aquí, señora? —La abadesa irrumpe en la puerta de la sala, el hábito oscuro corta la luz del patio como un eclipse.

—Viene por una niña que es de primeros de enero, ¡a la Angelines que se quería llevar!

Isabel levanta la vista y niega enérgica con la cabeza, recoge enseguida el mantón hecho trizas y se aclara la garganta para que la voz no le traicione.

—No, por Dios. —Esboza una sonrisa reverencial y hace una inclinación de cabeza—. Yo solo preguntaba si... yo vengo por lo de cocinera, vaya, con carta de doña Lourdes Iglesias, aquí mismo le traigo las señas hermana...

La abadesa le arrebatata la carta sin mirar el sobre y ataja con un gesto seco de afirmación.

—De acuerdo, ya se le dará respuesta. Y ahora abandone usted esta sala cuanto antes, los pequeños se alborotan con el escándalo y están en su hora de la siesta. —Hace un gesto intimidatorio con la cabeza y le indica la salida.

Isabel mira su carta en manos de la monja y vacila, se gira una vez más hacia la cuna de la niña pelona de los hoyicos y revuelve los dedos dentro del mantón, que ahora es un revoltijo de tela donde amasar su derrota. La pequeña arranca un llanto agudo, ahuecado por las bóvedas de yeso, y a ella le cuesta más caminar hacia el pasillo de salida.

—¡Ah! Y a la niña esa no la busque... —La abadesa habla desde la puerta, con la barbilla alta—, la de primeros de enero vino cargada de los bronquios y faltó por San Valentín, en el cielo la puede encontrar... — la abadesa esboza una sonrisa cínica y eleva las manos en un gesto beato—, ¡otro angelito que adorará a Dios!

Isabel aprieta el mantón contra sí y cierra la mandíbula con fuerza, pero no se gira, «¡lagartas!», se dice, «que sois todas peor que las mismas culebras... », y se muerde el labio hasta hacerse una herida que le hace pintarse los dedos de sangre cuando se los lleva a la boca.

El cielo amanece bajo y pronto empieza a chispear en el patio, es un día para pasar a cubierto en el taller de labor o

en el de caligrafía, pero María ha querido salir a fumar alejada de las otras presas.

... Acuérdate de Cieza, de nuestra canción y no pierdas la china que te mando...

Se ha liado un cigarro con la carta de su novio por si la descubren en los registros, pero guarda una piedra con forma de corazón que iba en el fondo de la cajita. Camina bajo la lluvia incipiente y fuma en caladas hondas, retenidas, mientras se dice de memoria las líneas que venían escritas con una mina gruesa, cada palabra grabada sobre el papel de fumar.

... A mí la raja se me cerró torcida como una hoz, me froto el bultito y sé que te llevo dentro...

Se mira la muñeca, la suya es una marca que intuye bajo la piel, invisible ya si no la encontrara con la memoria, si no la hubiera mirado tantas horas en los sótanos del Ayuntamiento o en los de Gobierno Civil.

Sé por la Antonia que va para un año tu detención, lo sé porque vino de enlace hasta Armillas la muy tarambana, y también sé lo de la niña que te quitaron las monjas hijas de perra...

Mira al grupo de costura donde todas trabajan inclinadas sobre su labor, la cofia de sor Benedicta luce en la penumbra

como un farol. De pronto esta abandona su tarea y la mira, como si hubiera sentido los ojos de María.

—Recójase con nosotras, María, ¡Dios bendito! —Todas interrumpen la labor y la miran, unas abstraídas y otras con una risita entrecortada, malévola—. ¿Es que quiere coger una pulmonía, alma de cántaro?

María no se inmuta, la lluvia sigue su cadencia suave, imperceptible, oscureciendo su camisa a un ritmo constante. *Las monjas, hijas de perra...* Pega otra calada a su cigarrillo y espera, sabe que sor Benedicta no la castigará, nunca lo hace. *Hijas de perra, lo de la niña que te quitaron las monjas, hijas de...*

Sor Benedicta hace una mueca de fastidio y se persigna en silencio, todas han vuelto ya a concentrarse en su aguja y su paño.

Aguanta María, que tú eres fuerte y no falta mucho para que cambie el mundo, yo no voy a morir sin verlo y quiero que tú lo veas conmigo.

Observa la brasa del cigarrillo, aguanta María, las letras se juntan en el papel liado y la franja de ceniza acorta las frases a cada calada, aguanta que tú eres fuerte, se funden con las hebras de tabaco en una costra grisácea y frágil, se borran pero aguantan un instante más, encaramadas al borde del cigarro, antes de caer al suelo a la mínima vibración,

aguanta y no falta mucho. Guando la ceniza cae al suelo, María la dispersa con la punta del pie hasta que se pierde entre las juntas de piedra.

Así que un mundo nuevo, *y no falta mucho para que cambie.* Su novio metido a maqui en un monte perdido y ella entre rejas, ¡vaya un mundo nuevo! Aspira otra calada y retiene el humo. Y la Antonia jugándose la vida para subirle unos pocos víveres, que no escarmienta tampoco, ¿es que aun no saben cómo se las gasta, la Guardia Civil? *Y la cara muy alta, ratita pelada, como tú siempre la llevas,* como la Tomellera, que siempre se niega a comulgar y se lleva cubo cada domingo, como la Barrachina y la Aurelia, que han montado huelga de hambre para que le traigan medicinas a la niña de Hilaria, *la cara muy alta ratita.*

Echa el humo y lo contempla un instante, una pequeña nube que rept a despacio y cambia de forma, adelgaza, *el mundo no falta mucho para que cambie,* los hilos blancos bailan un segundo más antes de dispersarse, *un mundo que cambie.* La lluvia cae apretada ya y María se refugia bajo el alféizar de un ventanal. *Madrid que bien resistes, mamita mía, los bombardeos.* El cigarro ya le calienta los nudillos, aspira una última calada y se echa el humo en la palma de la mano para sentirlo en la cara, *acuérdate de Cieza, de nuestra canción,* la lluvia suena contra las losas del patio y las compañeras se le borran detrás del agua tupida, *Madrid que bien resistes,*

mamita mía, y la cara muy alta, sor Benedicta vuelve a lanzarle una mirada de tibia reprobación, pero ya casi no la distingue bajo el ventanal, no puede ver que el cigarrillo se ha terminado y es una pasta mojada entre sus dedos, no puede ver sus manos amasándolo despacio mientras los ojos se han ido, la mirada está y no está, como las estatuas en los parques, ojos de piedra que dejan resbalar la lluvia y no parpadean, ojos labrados en mármol o en granito, quietos en algún punto que no varía tampoco, quizá un árbol, quizá una tapia, quizá un grupo de presas que cosen agachadas en sus taburetes y parecen también una estampa fija bajo la lluvia. *Siempre tuyo, Jabalina, siempre, tuyo Jabalina*. Las lágrimas de María resbalan mezcladas con los goterones que suelta el alféizar y que ya la han calado entera.

—¡Santa Cara de Dios, menudo talante se gasta la Jabalina!

Sor Benedicta ya avanza hacia ella con los faldones del hábito recogidos en los puños y salta los charcos enseñando las sandalias oscuras de lluvia.

·1936·

El enemigo tan cerca

Agosto de 1936. Sarrión, Teruel.

Despuntaba la mañana en Sarrión y María se levantó por fin descansada. Se acercó a la ventana, el trigo recién trillado en las eras amanecía húmedo al nuevo día.

Era la primera noche que dormía en un colchón de lana desde que había llegado. Antonia y ella no se habían librado aun del cansancio del viaje cuando ya tuvieron que vérselas con los heridos de la batalla del día previo, algunos muy graves, y con dormir en esteras de enea desplegadas por el suelo.

Junto a la estación, en un chalet requisado a sus dueños el día antes, se había montado el hospital de urgencia. No tenían ni camas donde atender a los milicianos que iban llegando, doce en total, pero los vecinos del pueblo pronto trajeron colchones de sus casas e improvisaron camillas con trozos de lona o cuero ensartado entre dos estacas.

A pesar de todo, ellas se esforzaban en sofocar las quejas constantes de los hombres y, con poco que ofrecer, montaban guardia junto a sus camas. Eran seis chicas y la supervisora. No había morfina, pero sí agua para aliviar la sed de las heridas y palabras para tranquilizarlos en su sopor expectante, para algunos mortífero.

Matilde, una cincuentona seca y eficiente del partido comunista, era matrona retirada y había asumido la organización de todo. Abrió el hospital al poco de llegar con la columna a Sarrión e instruía a las chicas con órdenes rígidas y voz cortante, Antonia la imitaba con mucho humor cuando se retiraban a comer o a dormir, detestaba someterse a su mando.

Había traído del consultorio de su pueblo el escaso material con el que había entablillado tres fracturas de fémur y curado las heridas más superficiales, pero sabía perdidos a los cuatro que habían sido alcanzados en la cabeza o el pecho. Los visitaba de forma ritual cada mañana seguida de las chicas y las hacía apuntar pulso y temperatura en su cuaderno, luego dedicaba a los heridos un par de frases frías de ánimo. Muchos no resistirían el traslado a Valencia, si es que llegaban los camiones para ello. En Intendencia, un jefe de centuria apodado el Francés pasaba el día mandando cables desesperados a la capital. Pedía servicios médicos urgentes al Comité de Defensa, pero las promesas se

encadenaban un día tras otro. El tren tampoco era una opción, ya que los sublevados habían volado el puente a la altura de Mora de Rubielos.

En Sarrión, sin embargo, dominaba un ambiente de fiesta que embriagaba a todos. La primera ofensiva fascista había sido abatida y los milicianos sentían crecer su fe en la victoria, pasaban las noches empuinando el codo en la plaza entre bromas y coros. Ignoraban así la sombra que se expandía entre los vecinos por la estela de crímenes y saqueos que habían acumulado en los primeros días. El cadáver del cura, que habían fusilado en la puerta del cementerio, había sido desnudado y decapitado para escarnio de sus feligreses y el saqueo, feroz en las casas de los fascistas, les movía incluso a tirar tabiques en busca de algo valioso que robar.

En la casa del pueblo, antiguo casino de los terratenientes, habían reunido a todos los que quisieran debatir las nuevas condiciones: el comunismo libertario. Quedó abolido el dinero y los víveres se repartirían a demanda, el amor sería libre y el trabajo en el campo comunitario. Las mujeres pronto pudieron comprobar, entre perplejas y complacidas, que nada les era negado cuando acudían a Intendencia a solicitar comida.

De todo esto le hablaba Antonia por las mañanas, después de florear toda la noche con los milicianos en la plaza. María

le recriminaba estos paseos y se enfurecía de verla escaparse a pesar de los turnos de guardia impuestos por Matilde. Marchaba ligera y animosa, apenas la noche de agosto empezaba a dulcificar el aire y la charanga se escuchaba desde la plaza. Por la mañana, sin embargo, María ya estaba arrepentida de no haber ido con ella, «Rico me ha preguntado por ti, preciosa», y ella apretaba los puños con disimulo, no se atrevía a preguntar si le había visto en brazos de otra.

Al cuarto día, cuando el sueño y el cansancio las mortificaban, llegó una fila de camiones con suministros. Se entusiasmaron al desembalar las cajas, las vendas y los apósitos los ordenaron alegres en una alacena que habían despejado para ello, junto a los frascos de alcohol y el algodón. Las dosis de morfina venían en botellitas minúsculas, como bombones en una bombonera. Obedecieron a Matilde en sus instrucciones y luego salieron a admirar la ambulancia que había llegado, con una cruz roja bien señalada en la chapa del motor.

Dos de los graves habían muerto ya, pero al resto se les pudo enviar a Valencia con alivio. Sus camas libres podían ahora ocuparlas ellas mismas.

En su primera mañana libre, María se desperezó frente a la ventana y vio cómo los trigales se perdían en la planicie y un horizonte de lomas suaves y azuladas los recogía. Al otro

lado de la sierra acechaban las posiciones enemigas, Teruel y, más cerca todavía, Puerto Escandón, donde la columna de Pérez Hoyo les plantaría batalla, replegada desde su ataque frustrado.

Se inclinó hacia la palangana y rompió con el agua fría una tímida ebullición que le empezaba a ganar la cara.

—¡María! Un miliciano pregunta por ti. —Matilde irrumpió en la habitación con su voz displicente—. Dice ser el capitán de la Guardia Móvil.

El corazón le volcó hasta la garganta y empezó a palpar en las sienes, la sangre se le arrebolaba de nuevo en la cara y acabaría con las orejas rojas; lo detestaba. Se palpó con los dedos helados para borrar el color. Las demás chicas se habían incorporado en sus camas y estallaban en risas excitadas, la miraban traviesas.

“Es el Rico, María —le aclaró Antonia, maliciosa—, ¡no puede ser otro!

María se atusó el pelo con los dedos, les devolvió una mirada entusiasta y se vistió rápido, no podía empezar mejor su primer día de libranza.

—Jabalina, ¿cómo estás, cuerpo bueno?, dichosos los ojos...

Rico, que esperaba relajado en el porche, se incorporó de un brinco y se alisó el pelo hacia atrás mientras la examinaba.

María pudo comprobar que la guerra no le había cambiado: mirada autoritaria, pistola al cinto, botas relucientes, sonrisa de hoyuelos y cojera mal disimulada.

Ella conocía lo del alcalde y el cura, no se hablaba de otra cosa en el pueblo. Su amiga le había facilitado los detalles cada mañana con un tono frívolo que a ella le disgustaba.

Ahora, al verle allí erguido, con la misma expresión autosuficiente en la cara, le pareció que la guerra no hubiera empezado, o que las armas solo sirvieran para requisar bienes y vaciar archivos oficiales, incluso quiso imaginar que él fuera a besarla después de una sesión de propaganda libertaria en el ateneo de cualquier pueblo, durante aquellas elecciones que habían ganado hacía tan poco. Se estremeció al pensarlo. Había matado al menos a dos hombres y no estaba ni mal afeitado. Se sonrojó otra vez, pero no iba a permitirse que él lo notara. Eso era la guerra, se dijo, la verdad de la guerra, tendría que encajar ese nuevo orden que a Rico le conformaba ya de los pies a la cabeza, desde las botas de cuero recién cepilladas hasta esos ojos altivos que nunca vacilaban.

—En cuanto he sabido que estabas aquí he venido —mintió sin disimulo y escupió al suelo antes de cambiar a un tono plañidero y señalarse el corazón con las dos manos—. ¿Me pondrá usted una venda aquí, enfermera?

—Mal empezamos, ¡zalamero! —María buscó su tabaco de cuarterón para ocultar su rubor—. Como sigas así te pongo un par de pinchazos al culo, ¡con la aguja del catorce, que la usan para el ganado, fresco! Dame fuego, anda, ca-pi-tán.

Rico sonrió aliviado, le gustaba el talante insolente que recordaba en ella, que nunca le servía para resistirse a sus encantos.

—¿Y tú qué te cuentas? Ahora eres el capitán de la Guardia Móvil. —No quiso darle la enhorabuena, él la acababa de tratar como a una colegiala—. ¿Debo cuadrarme cuando te vea?

—A ti te lo perdono, picarona... —le acercó la llama de su mechero y ella se aproximó hasta percibir el viejo olor a tabaco rubio, cazalla y ayuno que recordaba en él.

María tosió a la primera calada, se frotó los lagrimales un poco abochornada y enfiló la carretera hacia el pueblo un paso por delante. Rico la seguía sin prisa, complacido de mirarle el trasero.

—Te voy a enseñar lo que significa el comunismo libertario, enfermerita. —Encendió también su tabaco y arrugó las cejas en un gesto concentrado—. ¡La utopía en marcha!

María se detuvo un momento a esperarle y se preguntó cuántas veces habría ensayado esas palabras frente al espejo, le divertía verse cortejada.

—Sé muy bien lo que significa, camarada —contestó ella, segura, mientras enderezaba la mirada hacia las primeras casas del pueblo—. A ver si te crees que nací ayer...

Desde la torre barroca de Santa Eulalia doblaban las campanas de forma destartalada, las descendían para fundirlas y acabarían en El Puerto convertidas en munición.

—Sí, reina mora, pero no lo has visto nunca como lo vas a ver aquí. —Hizo una pausa y exhaló el humo con detenimiento—. ¡Los del pueblo están que no se lo creen!

Habían entrado por la calle Molino y el sol horizontal los deslumbraba, doraba ya los muros de los corrales. Se anunciaba un día de calor inclemente y seco.

—Tú me lo vas a enseñar, jefe. —Le miró y se jactó del apelativo que había elegido—. Que yo solo sé lo que me han contado.

—¿Ah, sí? —La miró provocador—. ¿Y qué te han contado, si se puede saber?

—Todas tus hazañas —respondió María, enigmática.

Caminaban ahora en silencio, atentos al sonido de sus suelas sobre la tierra batida por miles de huellas, había una multitud en el pueblo esos días, lo menos cuatro centurias enteras. Los milicianos entraban y salían despreocupados de las casas que ocupaban entre los vecinos, las puertas pasaban el día y la noche abiertas.

—La que les dimos el día trece la sabes, ¿no? Casi cuatrocientos fascistas que traían en camiones, ¡salieron por patas en cuanto nos vieron venir! —Rico dejó los ojos perdidos en la entrada de la plaza, se recreaba en el recuerdo de ese día— Matamos lo menos cincuenta, entre ellos ese hijo puta del comandante Aguado.

Habían doblado ya por el muro de la iglesia y se acercaban al Ayuntamiento. La plaza estaba sucia y las sillas del antiguo casino volcadas o rotas. Botellas vacías se acumulaban en los escalones de la fuente de piedra, adornadas por las siglas de la FAI y la CNT.

Franquearon la entrada al Ayuntamiento y un centinela les hizo un saludo desganado. A su izquierda, tres hombres roncaban en los bancos de piedra junto a los charcos que habían creado con su propio vómito. María arrugó la nariz y desvió la mirada.

—Vaya una buena estampa de la libertad, Rico.

—No todos valen para la revolución libertaria, María. —Hizo una mueca de desprecio y le cogió la mano—. Ven, sube conmigo y te explicaré. Tú sí que vales para mucho, Jabalina.

María sintió el corazón disparado y temió que las orejas se le volvieran a encender, estaría lamentable. Se sentía halagada y estaba a punto de perder la voluntad de sus pasos, no se decidía a soltarle la mano. Rebollo, que jugaba junto a unos milicianos al mus en la entrada, se detuvo para verla pasar y le dedicó una mirada lasciva que la incomodó.

—¡Qué, Rico, menuda moza! ¿Aun no has almorzado hoy? —Su voz estaba casi afónica por el tabaco y el tinto de la madrugada le mantenía aun jocoso.

María se giró ofendida y le buscó la mirada, pero Rebollo ya se refugiaba detrás de sus cartas e intentaba sofocar una risita insultante.

—Déjales, Jabalina, la próxima ofensiva les pone los nervios de punta. —En su voz asomó una complicidad mal disimulada—. No llegan nunca los camiones para ir a Puerto Escandón y matan las horas bebiendo.

Le miró decepcionada, pero ya era tarde. Rico había cerrado la puerta detrás de ella y la invitaba a sentarse junto a él en el diván del antiguo alcalde. El cuarto aun conservaba la mesa de roble macizo, el sillón alto de terciopelo granate y una alfombra de lana algo gastada en el centro. En la pared,

una bandera rojinegra sustituía el lugar donde había colgado un crucifijo.

—¿Te gustan los sitios donde te llevo, ricura?, de mucho pelaje...

María lo miró atónita. En sus ojos podía ver por fin el mismo fondo canalla de los milicianos que la habían piropeado en la plaza, la dureza de su pulso para dirigir una revolución que más bien parecía la resaca de un festín lamentable. Se quedó inmóvil junto a la puerta y lo observó con desaprobación. Rico no se daba por aludido y se dirigió hacia ella ensayando una nueva actitud, intentaba ocultar su impaciencia.

—Estás impactada, ya lo entiendo. Estos son los despachos desde los que se dirige nuestra utopía. —Se le acercó y le pasó un brazo por el hombro para hacerla avanzar hacia él. Aquí se toman decisiones muy serias, Jabalina.

María arqueó la espalda al contacto de su mano y dio un paso atrás, Rico la miraba sorprendido.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te gusto, prenda mía? —Cambió a un tono dramático—. Claro, la revolución nos cambia a todos...

—¿Revolución? ¿Qué revolución es la tuya, Rico? —Se escudó detrás del sillón y lo miró fijo a los ojos—. Creí que esa palabra pertenecía a la calle ¡y no a un despacho con sillones de terciopelo! Encima me tomas por una fresca...

Rico apuró la colilla y la tiró al suelo para aplastarla bajo sus botas furiosas.

—¿Y tú? ¿Quién cojones te crees que eres? ¡Licenciada! —Ahora la señalaba con el dedo, intimidatorio—. Las más listas sois las peores, ¡un atajo de estrechas! Tanto leer tontunas en las revistas, se os huela la sangre... La vida está aquí, Jabalina. —Se señaló el pecho y se dio dos palmadas sonoras—. Esto es la calle, ¡claro que sí!, y no la vida de los papelorios, ¿o acaso sabes lo que es salir ahí, al frente, con un mosquetón que se encasquilla, la aviación que no llega y un pelotón de analfabetos en alpargatas? Las ráfagas del enemigo te enseñarían más que las tontunas esas que dices en las Mujeres Libres...

—Mujeres... —No contestaría a su provocación, ahora ya sabía porqué Rico le había ofrecido suscripción a la revista y treinta pesetas para costear las reuniones en el ateneo—. ¡Búscate otra que te dore la píldora! Seguro que vienen a ti como moscas, ¡ca-pi-tán! Igual da que ricos o pobres, los hombres sois todos unos caciques...

Se giró y desapareció escaleras abajo, no quería pasar más tiempo sola con él del que permitiera un malentendido entre los hombres que había fuera. Estaba empezando a llorar cuando pasó delante de ellos y detuvieron su juego para verla cruzar con un trote desbocado y la cara vuelta.

Cuando Rico salió detrás de ella y descubrió a Rebollo sarcástico y divertido, detuvo su carrera y cambió el semblante.

—Y vosotros, ¿qué? —les gritó colérico—, debería daros vergüenza, vagos, ¡maleantes! ¡Vaya una estampa de la libertad!

Agosto de 1936. Puerto Escandón, Teruel.

El alba se dilataba poco a poco a espaldas de las tropas, amanecía doblemente en los campos y en el corazón de los milicianos. Todo el mundo ansiaba ya un avance hacia posiciones enemigas y, a pesar de que los camiones de refuerzo no habían llegado, se seguía a pie hacia Teruel y la marcha parecía imparable. A la cabeza iban cuatro camiones, un autocar y un coche, así como varias reatas de mulas que tiraban de carros abarrotados y basculantes, el resto de las milicias avanzaban por las lomas que rodeaban la planicie.

El día anterior habían tomado la Puebla de Valverde sin resistencia, hoy aprovecharían su buena estrella para continuar hacia Puerto Escandón, el paso fortificado que defendía la capital de la provincia. El enemigo se había

replegado allí y esperaba al final de la carretera que cortaba el llano como una serpiente blanca.

María viajaba con sus compañeras en el camión ambulancia e intentaba distraer la mirada en el paisaje. La batalla podía empezar en cualquier momento, pero todo el mundo parecía distendido y alegre, los baches hacían reír a las muchachas y las botellas de morfina tintineaban como campanillas dentro de sus cajas.

La supervisora era la única que viajaba en silencio con la mirada fija en sus guantes, que se quitaba y ponía repetidamente. María la vigilaba de reojo y se preguntaba si iba a recordar todas las instrucciones que le había dado cuando empezaran los tiros.

Cuando empezaran los tiros.

El sol calentaba ya el rastrojo a los lados de la carretera, la trilla se había detenido y las gavillas con el grano y la paja esperaban aquí y allá para que los campesinos las llevaran a las eras. También esperaba Pedro, pensó María, esperaban los planes que tenía con ella, si es que aun sabría perdonarla, sus ilusiones recogidas y quietas como ese trigo de agosto, detenido bajo el sol de la meseta. Todo había saltado por los aires con la revolución y ella había sido tan ingenua de irse detrás de Rico... A Pedro lo había tratado injustamente. Pero la guerra lo deformaba todo, como los

espejos de la feria, confundía la marcha normal de las cosas. Incluso en ese momento la traicionaba la cabeza, no entendía bien esa guerra que no asomaba por ninguna parte, ¿había empezado ya para ella? Quizá cuando se oyera el primer disparo sabría por fin cuál era su sitio en la lucha real, bajo el silbido de las balas, con el olor de la sangre y la pólvora.

Perdió la mirada en la fila de hombres que caminaban detrás de la ambulancia, muchos habían luchado en Sarrión el día antes de su llegada pero lo contaban risueños, sin que el olor de la muerte próxima les hubiera cambiado el rictus en la cara. Ahora los oía disparar al aire como si marcharan en desfile, olvidaban la orden de no malgastar munición e irritaban a Pancho Villa y a los otros delegados. Acarició su pistola en la cartuchera, el nácar del mango brillaba al sol. Eran ya quince días en el frente y María se sentía embarcada en una aventura irreal, un juego de niños con armas que no eran de juguete.

«A Teruel, 18 kilómetros, a Zaragoza, 199». El conductor detuvo la ambulancia junto a la caseta abandonada de un peón caminero, se habían parado a esperar a la columna que caminaba rezagada y sedienta. Había quien protestaba, pero nadie despreciaba la sombra de unas sabinas que se levantaban al lado de la carretera.

—¡Agua! ¡Agua fresca!

Las muchachas hacían ya rodar de mano en mano el botijo. María no quiso apearse, se secó el sudor con el pañuelo rojinegro y vigiló desde su asiento a los hombres que iban acercándose a la caseta, comprobó en silencio que Rico no estaba entre ellos. El sol apretaba en vertical sobre sus cabezas y enseguida se improvisaría una fila de reparto para el agua, quien tenía una cantimplora se iba con ella llena.

De pronto les llegó la trepidación de un motor en el cielo, María vio cómo varios levantaban la mirada y achinaban los ojos, sacó la cabeza del coche y descubrió tres aviones que volaban hacia ellos. Los hombres habían comenzado ya a desplegarse para no hacer buen objetivo y ella vaciló un momento.

—¿Son de los nuestros? —Un malestar en el estómago la avisaba de que no debían de serlo.

Nadie respondió, buscó a la supervisora pero ya no la encontró, solo Antonia la miraba expectante, el pánico le había congelado el gesto y permanecía indecisa con el botijo en la mano.

—Salta ¡salta María! —le gritó al fin—. ¡Hay que tirar para el monte!

Antonia la había cogido de la muñeca y la apretó tan fuerte que le hizo daño, las dos imitaron a los milicianos en su fuga.

—Ojalá sean de los nuestros... —rezó María mientras se dejaba arrastrar lejos de la caseta.

Eran tres monoplanos plateados que resplandecían en el cielo limpio, avanzaban impecables en formación de uve y hacían crecer el rumor regular de sus motores. María nunca había visto nada igual y sintió un miedo que la aturdía, los siguió con la mirada y los tendones se le crisparon en el cuello. Las dos se agacharon junto a una sabina y esperaron con la respiración entrecortada, sin despegar las manos húmedas y frías.

El ruido se hizo atronador entonces sobre sus cabezas. María aguantó la respiración y cerró los ojos, se apretó junto a su amiga hasta que el estruendo cesó y volvió a sus oídos el crac-crac inofensivo de las chicharras. Los aviones eran ya tres puntos que brillaban en el horizonte y los milicianos salieron de los matorrales sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—¡A por ellos, valientes, con dos cojones! —Un hombre les jaleó con el puño en alto mientras se aguantaba la gorra con la otra mano.

Alguien había corrido la voz de que llevaban la divisa de la República y el entusiasmo se contagió a medida que iban encontrándose junto a la caseta.

—¡Eran de los nuestros María! — Antonia se arregló el escote y se puso a brincar—. Menuda paliza, camarada, ¡menuda paliza les vamos a dar!

Los coches ya arrancaban y el runrún de los motores hizo que todos acudieran corriendo a sus puestos.

—*A las barricadas, a las barricadas...*

Muchos se auparon a los camiones cantando y quien tenía un fusil lo disparaba al aire mientras se animaban los himnos. María y Antonia se subieron a la ambulancia en marcha y se dejaron llevar por la risa que atacaba a todas, hasta a la supervisora.

—¡Venga camaradas, que se van a enterar! —las arengó a todas.

La columna se reunió de nuevo, las voces se relajaban poco a poco y los camiones seguían su baqueteo constante. El sonido regular de los motores y el olor del gasoil adormecía a los que iban en coche, el rumor de las chicharras bajo el sol a los que marchaban a pie.

Guando alcanzaron la caseta de la estación, hicieron una nueva pausa. Habían llegado a Puerto Escandón, pero el enemigo no se dejaba oír. El silencio del mediodía les sacaba ahora del sopor en el que viajaban, quizá los nacionales les quisieran más cerca para hacer un blanco seguro.

Un grupo de milicianos armados desapareció por detrás de la caseta, se pegaban a las paredes y medían sus pasos como animales en guardia. Los demás permanecieron expectantes a la sombra del muro, palpaban sus cartucheras para comprobar que estaban llenas, los seguros de sus fusiles llenaron el aire con sus chasquidos. Todos esperaban un orden, un sonido, una detonación.

Dentro de la ambulancia, las seis chicas se miraban calladas y se cogían de la mano, siempre que no salieran afuera estarían seguras. De pronto, Carmen, la más joven de todas, rompió a llorar.

—Ven aquí, sangre mía. —La supervisora la abrazó por los hombros y la intentó consolar—. Ya verás como no pasa nada.

María se acordó entonces de Manolita, su hermana sordomuda, en el día que tomaron la comunión juntas y todo eran lágrimas. Pobre Manolita. Tenían que salir al púlpito a leer el Evangelio delante de todos y aquello la sobrepasaba, la hacía temblar dentro de sus mangas de globo como una hoja. Con los ojos cerrados, María podía ver la iglesia de Begoña llena de flores blancas y amarillas, los niños guardando la fila, la expresión complaciente de sus padres observándolas avanzar por el pasillo, era un domingo sofocante de abril, el sudor les manchaba el vestido y las horquillas picaban detrás de las orejas.

María se limpió la frente con la manga de la camisa y buscó el agua, recordó el mismo sol, un sol muy alto que hacía daño en los ojos al salir de la iglesia.

De pronto se oyó un disparo y un alarido.

—¡Hijos de puta! —se oyó por detrás de la caseta.

Los disparos se sucedían, los hombres gritaban y blasfemaban en medio del estruendo. Un delegado se irguió y agitó el puño hacia el grupo que esperaba junto al muro.

—¡A por ellos! —les increpó—. ¡Vamos!

Sonó una nueva detonación, el proyectil silbaba en los oídos y todos se tiraron al suelo con los brazos sobre la cabeza. Siguió un estallido brutal que levantó la tierra como un surtidor marrón y extendió la metralla muy cerca de la fila de camiones.

—¡Por allí! —Señaló el delegado, una vez había dejado el suelo.

El enemigo estaba, según delataban sus proyectiles, en un pinar próximo que se levantaba sobre un otero. Los milicianos tomaron posiciones sin recular, se agazapaban, cargaban, volvían a cargar. Entre el fogueo constante de la artillería sonaba de cuando en cuando un obús y despegaba terrones de arena roja que se abrían en el aire con la metralla.

María permanecía junto a las demás en la ambulancia, abrazada al resto, habían comenzado a cantar en voz baja para espantar el pánico. Con cada explosión se estremecía y cerraba los ojos, el llanto de Carmencita sonaba más nervioso y empezaba a irritarla. Debería hacer algo, no podía esperar más. Desdobló su pañuelo rojinegro de forma ceremoniosa y se lo anudó en la cabeza, como una campesina. Estallaba otro obús, esta vez muy cerca. María cerró los ojos y se concentró, quince a dos en el boca a boca, eso era, había que llevar una mano a la nuca y otra a la frente, después se soplaba, quince insuflar, dos apretar, ¿o era al revés? ¿Quince y apretar?

Asomó en la ambulancia un miliciano con la cara sucia de tierra y sudor, corría de camión en camión alertando a todos para que bajaran.

—¡Fuera! ¡fuera todas! —ordenó furioso—. Los coches sirven de blanco a esos cabrones, ¡hay que apearse!

María saltó sin vacilar y se puso a la cabeza del grupo. Ya no sentía miedo, tan solo el alivio de estar en marcha y la urgencia por verse a sí misma en acción.

—Vosotras a cubierto, ¡a los pinos, rápido! —les gritó el hombre—. Parece que han alcanzado a Rico y a varios de sus hombres subiendo a esa loma, ¡subid arriba todas!

El nombre de Rico atravesó a María como un proyectil imprevisto, se le contrajo la cara y olvidó por un instante el escándalo a su alrededor.

Rico. Rico alcanzado.

María enfiló el ascenso hacia el bosque sin esperar más órdenes, las piernas se movían cuesta arriba atraídas por el centro del tiroteo, hacia el enjambre de hombres que bramaban, se cubrían, avanzaban entre la lluvia de proyectiles que pasaban racheados e invisibles, nada la detenía en su carrera, ni siquiera el nuevo silbido de un obús que obligaba a arrojarse de bruces contra el suelo pero no a ella, Rico alcanzado, herido, en algún lugar entre los pinos que la esperaban allá arriba, impasibles, quietos, verdes bajo el sol, sin atender al paso de las estaciones ni a las batallas de los hombres.

Al silbido que no oyó le siguió una explosión y María se notó de pronto en el centro de ella, sacudida con violencia, elevada un instante del suelo. Lo siguiente fue encontrar la frente empotrada en la loma, el sabor de la tierra en la boca y los troncos de la pinada alejándose de su vista hasta desaparecer en una línea borrosa.

—¡María! ¡Cagüen la leche! ¿Te han dado?

Antonia acudió la primera y la siguieron el resto de las muchachas, que se apelotonaban nerviosas alrededor.

—¡Levantadla, rápido! ¿Dónde te han dado, María? ¡María!

Las voces crecieron cerca de ella, indistinguibles, confusas, mezcladas con el traqueteo helado de las ametralladoras y las explosiones que seguían retumbando a pesar de todo, a pesar del dolor, y del cuerpo inmóvil, de la voz que quería salir y seguía aplastada contra el suelo, vencida por un peso grave. La frente se le llenó de un sudor frío.

—El alcohol, ¡rápido! ¡y traed más gasas! —La supervisora se inclinó entonces junto a su pierna y dio órdenes sin vacilar—. No... ¡No la levantéis! ¡un cuchillo para romper el pantalón! ¡Deprisa!

Noviembre de 1936. Hospital Provincial, Valencia.

Una paloma gris se había posado en el marco de la ventana. Hinchaba el pecho y erizaba las plumas antes de picotear el ala izquierda por un instante. Después se recuperaba y lanzaba sus ojillos ciegos hacia María, que la observaba desde la 503.

Eran ya tres meses los que llevaba ingresada en el Provincial de Valencia, incautado por la CNT desde el inicio de la

guerra. Día a día, el techo abovedado del pabellón y las paredes encaladas se habían decorado con las siglas del sindicato y el taconeo resonante de las sanitarias se había mezclado con el bullicio de los milicianos. La eficacia silenciosa de las monjas vestidas de seglar había dado paso a la improvisación alegre de las nuevas enfermeras, libertarias reclutadas a medida que las salas se llenaban hasta el triple de su capacidad.

A diario llegaban los heridos desde Teruel, a veces a cientos. Llegaban malhumorados y traían los vendajes manchados por el sudor y la sangre seca, el pelo sucio aun por la tierra de las trincheras. Muchos tenían los dedos y hasta la pierna entera congelados. El invierno se había metido ya en el frente y noviembre cercenaba los pies, pero también la ilusión con la que se alistaron en alpargatas, cuando el verano iba a ser breve y la victoria rápida.

—Qué, Jabalina, ¿bailamos esta noche? Ya sabes: no me puedes pisar, que llevo zapatos nuevos...

Benito, el muchacho que convalecía a su derecha, no perdía nunca su buen humor. Rondaba los diecisiete y tenía amputados los dos pies, estaban perdidos cuando lo subieron a una ambulancia después de tres noches en Muela de Teruel, con el viento del norte congelándole los bronquios y cubierto de nieve hasta las rodillas.

María le observaba desde el enjambre de tablas y poleas donde su pierna permanecía en alto, veía cómo el chico se acercaba a la ventana con esfuerzo y alargaba a la paloma unas migas de pan. Al momento, Domitilo, el otro herido que compartía habitación con ellos, salía de su fingido sopor y ahuyentaba a la paloma de un manotazo.

—Anda, ¡mocoso! mejor te dejas de gaitas y preguntas cuándo traen el rancho.

Era un calderero de cuarenta años, ceñudo y de mal talante, con los dientes amarillos del tabaco y el pelo costroso por la sarna que se había traído de las trincheras. El mosquetón, que se le había disparado en la mano izquierda, le había arrebatado tres dedos, pero en la Columna se decía que se lo había hecho él mismo para ser evacuado. María escuchaba las quejas de uno y las bromas del otro, contaba los días y bebía los caldos atiborrados de grasa que servían las enfermeras. Nada le faltaba salvo el paso seguro de su pierna izquierda y la certeza de que podría volver a Teruel cuando caminara.

Y una nueva carta de Pedro.

La paloma aleteó un instante hasta el extremo de la cornisa y volvió cautelosa al lugar donde permanecían las migas.

María se había despertado pronto, excitada. Esperaba con impaciencia la visita de la ministra, que estaba anunciada

para esa tarde. Desde que el gobierno había dejado Madrid por Valencia se habían sucedido las visitas de políticos y periodistas, la última la de un corresponsal francés que la había llamado Juana de Arco y la había hecho reír. Según le había dicho el delegado provincial, doña Federica se había tomado mucho interés por conocerla a ella, la única mujer de la Columna de Hierro hospitalizada. Aprovecharía para preguntarle si era cierto que retiraban del frente a las milicianas, se las acusaba de propagar la sífilis y la indisciplina.

La paloma giró entonces sobre sus patas, vaciló, se tambaleó un instante, mantenía su ojo clavado en María como un anzuelo. En cualquier momento volaría despreocupada hacia cualquier azotea, tomaría el cielo tibio del otoño y dominaría los tejados naranjas de los tres pabellones, el barro del patio con sus huellas y surcos de rueda o las palmeras alineadas en la entrada, antes de tomar el vuelo hacia El Cid o el río Turia.

Ella, sin embargo, sabía de memoria cada grieta en el techo sobre su cabeza y había seguido mil veces con la mirada los dibujos que hacía la humedad en las paredes. Solo en su cabeza volaba sin parar. Volaba también cuando la metralla la había tumbado contra el suelo en Puerto Escandón, empezaba el viaje esforzado de las mujeres libres, ganándose la libertad codo con codo junto a los hombres.

Retiró las migas de un manotazo y espantó al pájaro, ¿por qué no le permitían volver al frente mañana mismo? Su viaje había hecho parada forzosa en esa cama de hierro que crujía como una cacharrería, estaba obligada a vigilar el vuelo de las palomas que se acercaban a su ventana, a estudiar los cambios de luz con el desfile moroso de las horas, a la siesta y al caldo con tocino.

—Oye tú, zalamero —le dijo a Benito, divertida—, ¿por qué no preguntas por ahí a ver si llega ya la señora ministra?

—No se te ocurra llamarla señora, a ver si se nos va a ofender... —bromeó él achinando los ojos, sonrió y enseñó el paladar con los dientes separados—. Recuerda que es una camarada libertaria, ¡no una señorona burguesa!

La paloma volvió entonces a la repisa y se acurrucó somnolienta, plácida. María la miraba de reojo mientras acariciaba su ejemplar de *La Indomable*, quería que la ministra se lo dedicara cuando viniera a verla. Federica Montseny, nada menos, María había seguido desde los quince sus artículos en *Solidaridad Obrera* y se embelesaba con sus heroínas libertarias a medida que las novelas iban llegando a la biblioteca del pueblo. Ahora podría conocerla en persona y sentirse a la altura de Clara «la libertaria», decían que doña Federica la quería felicitar, ¡quizá le diera una medalla!

Se incorporó, estiró la sábana sobre su pierna sana y buscó su reflejo en el cristal para revisar las horquillas del pelo, se pellizcó las mejillas para ganar buen color. Si venían con la prensa y le sacaban una instantánea para La Batalla o Solidaridad, a su hermana Manolita ya la podía imaginar pavoneándose con el recorte y la foto por todo el pueblo.

—Pues dicen por ahí que ojo con la Montseny, con todo su anarquismo auestas, ¡y vaya si le gusta mandar! —le advirtió Domitilo en voz baja.

Benito le replicó enfadado, pero María no atendía ya a los camaradas, se distraía ojeando su libro e imaginaba que la mujer de la portada fuera ella misma, indomable también, con las greñas oscuras en la cara y unos ojos feroces, decididos, erguida contra un fondo en rojo y negro donde ondearía la bandera anarquista.

Repasó los primeros párrafos y la carta de Pedro resbaló entre las páginas. Había llegado hacía una semana, justo el día en el que ella había despertado de un sueño perturbador en el que Rico la besaba en el espigón de El Puerto y ella sufría por Pedro pero seguía ahí, con su revuelo de pájaros en la boca y su mirada incitante como un arpón impidiéndola huir, impidiéndola rechazar sus manos rápidas que le erizaban la piel y le hacían blandos los pies para marcharse.

Pedro escribía con su caligrafía esmerada y parecía oírle con su voz arrulladora y penetrante, explicándole la toma de Ibiza con Uribarry y la marcha en tren a Extremadura. La había leído tantas veces que podría recitar cada línea de memoria. Se notaba que no quería preocuparla, todo eran hazañas heroicas, conquistas regaladas, mucho ánimo y mucho pan. Le gustaría creer que la guerra era tan desigual como la pintaba Pedro para ella, como hablarían todos los milicianos a sus novias y madres, tal cual sonaban los boletines de guerra de Unión Radio. Podía imaginar a todos los hombres del batallón dictando la misma carta a quien, como Pedro, supiera escribir, unos cuantos garabatos para consolar y consolarse también, cuartillas manoseadas sobre una caja de municiones, un cartón o un peñasco, el dictado a la sombra de un camión o un campanario, mientras se rascarían el cogote invadido de liendres.

«En Puente del Arzobispo, a 15 noviembre de 1936» Esa era la parte de su carta que más le calaba, la miraba y la volvía a mirar: 15 de noviembre y aun a salvo, el día 15, solo una semana atrás, siete días antes de que su voz y sus borrones de tinta llegaran a la cabecera de su cama, siete días y Pedro estaba vivo, ninguna bala imprevista todavía, siete días. «... y espérame en El Puerto, Jabalina. Tuyo por siempre. Pedro» Estaba vivo y la quería el 15 de noviembre.

Y había mantenido su promesa de escribirle.

— Los *compgimés*, *Magia*...

Lucille, la enfermera belga, traía la toma de la una y la devolvía al frío del pabellón y a su olor a desinfectante Zotal. De ojos confiados y sonrisa fácil, esta voluntaria comunista había sido una de las primeras en llegar al hospital y ya casi habla un español impecable, María enfurecía cuando oía a los milicianos decirle groserías a voz en grito.

—Dime, Lucille. —Se enderezó sobre la almohada y le enseñó el perfil derecho, coqueta—. ¿Estoy bien para la foto con la ministra?

—Sí, *clagho*. —Lucille sonrió y le apartó el pelo de la frente—. Muy buena, *ima filie*!

Un revuelo de pasos y voces subió entonces por la escalera y todos los enfermos se incorporaron sobre el respaldo de sus camas, crecía un rumor excitado entre ellos. La comitiva apareció y todos callaron expectantes, sumaban unos quince entre guardaespaldas, delegados y periodistas. Federica Montseny destacaba en el centro del grupo ceñida en un sastre gris que no disimulaba sus formas de mujerona, era tan corpulenta que achicaba al doctor López Trigo a su lado, sus curvas se imponían bajo su cabeza de pichón y su mirada miope. Attendía a las explicaciones del director médico e intercalaba saludos breves para los enfermos que la observaban y le sonreían en silencio.

Por fin se detuvieron delante de María.

—Y aquí María Pérez —aclaró el doctor—, la única mujer que ha venido del frente.

Todo el grupo se paró y rodeó su cama, los guardaespaldas en los extremos, envelada tensión, los demás mirándola con curiosidad. María saludó cohibida.

—Así es que tú eres María Pérez. —La ministra se adelantó y le dio la mano con firmeza—. Parece ser que te hirieron en Puerto Escandón, ¿cómo va esa pierna, camarada?

—Bien, señora ministra, muchas gracias.

María sonrió tímidamente, encogió los hombros y se agarró al libro cerrado sobre sus rodillas.

—Me han dicho que te llaman La Jabalina, ¿tan fiera se te ha visto en la batalla?

—Mi madre es natural de Jabaloyas, señora, en el pueblo somos «las Jabalinas». —Enseguida se arrepintió, prefería que la vieran como una mujer propia de sus novelas—. ¡Pero yo quisiera ser como La Indomable!

Toda la comitiva se echó a reír, María se jactó de su ocurrencia y aprovechó para mostrar el libro a la ministra.

—Bien, Jabalina. —Federica le sonrió de forma rutinaria y sus ojos torpes desaparecieron detrás de las lentes

gruesas—. Veo que has hecho buenas lecturas. Mujeres como tú hacen falta para derrotar al fascismo, ¡con coraje y cultura!

Se giró e interrogó con la mirada en busca de algo con lo que escribir, López Trigo le cedió la estilográfica que asomaba en el bolsillo de su bata.

—Doña Federica —interrumpió María—, ¿puedo preguntarle algo?

La ministra asintió sin levantar la mirada del libro, se había inclinado sobre la mesita para escribir y las costuras del traje se tensaban al máximo sobre su espalda.

—¿Podré volver a Teruel? Se dice que el gobierno está retirando a las milicianas del frente...

En el alféizar de la ventana la paloma se desperezó y levantó el vuelo. María no podía verlo entonces, pero pronto encontraría un vacío en su lugar, la luz del mediodía declinando ya sobre las palmeras del patio y las palomas convertidas en un punto negro sobre el tejado de enfrente, con sus patas de alambre recorriendo la cornisa a golpes secos y su peculiar lenguaje en morse: punto-rama-punto punto-rama.

Noviembre de 1936. Benicàssim, Castellón.

—La casa esta: una cochinera, con todos sus abalorios y su todo de mucho pelaje, ¡a mí no me la dan! Son todos unos cerdos estos burgueses, te lo digo yo. Allá en la Puebla teníamos a uno arrestado, llevaba un mes y lo habían traído desde Valencia. Era un cuatrojos de mierda, un gorrinico cegato, con su nariz respingona y sus lorzas de cerdo bien harto de pienso. Un cerdo...

Rebollo descansaba junto a otro miliciano herido en una amplia habitación. Villa Amparo era entonces hospital de sangre para el ejército republicano y cada estancia daba para seis camas como la suya.

—Rico me había dicho que era un señor diputado, un pez gordo de los de la Ceda, y presidente de Acción Nacional en Teruel, esa banda de caciques hijos de puta. Dijo también que a pan y agua, pero que no nos fuéramos a pasar, tenía que aguantar hasta que le sacáramos todas las perras. El muy cabrón, sus reservas tenía. Su madre había desembuchado ya cien mil pesetas en Valencia, pero aun nos podía firmar unos cheques, con la pistola en la cocorota todo sería pedir por esta boquita. Había perdido lustre, todo hay que decirlo, los carrillos le colgaban en la cara y el traje empezaba a estarle bailón por la cintura...

La villa estaba en primera fila de playa y esa tarde soplaban poniente en Benicàssim, había arena hasta debajo de las camas. En un pueblo de veraneo como aquel, poniente significaba el agua limpia y plana, tierra en los ojos y un aire tan caliente que se llegaba seco a la toalla.

Pero hacía ya meses que los ricos burgueses no se bañaban en la costa. El verano se había cerrado de golpe el 18 de julio y habían tenido que dejar sus villas para huir a la zona nacional. Los pescadores del sindicato las habían encontrado desalojadas e intactas, villa Margarita aun tenía hasta la mesa puesta, con vajilla de porcelana y cubertería de plata.

Rebollo se secó con el brazo el sudor de la frente y siguió hablando con diversión. El parche en un ojo y el vendaje en la cabeza le daban un aire de bucanero grotesco, los labios amoratados nunca se cerraban del todo cuando callaba.

—El diputado miraba espantado a través de las rejas, pero a mí no me ablandan esos cochinos, a mí, que soy un zorro de buen pelaje. Alo primero hablaba sin parar, todo eran patrañas sobre los cuartos que me daría si tal y pascual. Luego ya quería ser muy hombre con su cara de asco y sus insultos.

Quién le iba a decir a Rebollo que vería el mar. Cuando le habían evacuado en La Roca no sabía dónde le llevaban, la metralla le había abierto la cabeza y casi no lo cuenta. Había

despertado al cabo de tres días muy confuso, el silencio de la playa y el olor a salitre le habían hecho creer que los fascistas le habían enviado al otro mundo. Una enfermera pecosa con acento inglés le insistió en que solo estaba herido y acabó creyéndola porque le pareció que tenía el morro fino y el pelo claro, como una zorra plateada. Rebollo lo tenía claro: prefería un zorro o un lobo a cualquier animal de granja, tenían que luchar para llenar el buche, igual que él y sus camaradas.

—A lo último le dejaba la escudilla junto a la puerta y el diputado tardaba una hora en acercarse a por ella, prefería seguir todo tieso en el catre, mirándome como si fuera yo la bestia y no él en su jaula. Después le calaba ya el miedo a toda hora, no lo podía disimular.

Desde su cabezal de roble macizo Rebollo veía el oleaje que sonaba por toda la casa y abría humedades en las esquinas. Pronto había dejado de preocuparle que le hubieran robado el Certina de pulsera y la pistola en la ambulancia.

—Que nadie se vaya a creer que a mí me amilana un gorrino como estos. Desde que empezó la revolución yo siempre lo he sabido, peleamos zorros contra gorrinos. Si ya de chico lo notaba yo. A don José, que era el cura de mi pueblo, le escuchaba un jadeo ronco, como de hocico, cuando íbamos a confesar, Ave María sin pecado concebida, y a mí se me figuraba que era un jabalí allá detrás del enrejado, la

penitencia un resoplido y un sorber de babas y lengüetazos. Y qué decir del alcalde, don Cándido, o el alguacil Jiménez que tenía una papada colgona y los ojillos legañosos, con el pelo que le crecía tieso como cerdas en su cabeza cuadrada. Cochinos, sí, cochinos todos, a mí no me la daban que lo empecé a notar ya siendo un crío. Se lo contaba a madre y se santiguaba con escándalo, «¡criatura!», me decía, «no lo vayas a decir por ahí que a tu padre lo muelen a palos», y esa era la prueba de que todo era cierto, ellos contra nosotros, más claro agua.

—Tú sí que tienes trazas de zorro, sí, ¡me *cagüen* diez!

Paulino, un labrador aragonés herido en el cuello, le escuchaba medio aletargado. Estaba vivo de milagro. Tampoco había visto el mar en su vida y le había cambiado a Rebollo la cama con las mejores vistas por una cajetilla de tabaco. Distraerse con sus historias le aliviaba el dolor en el brazo, que a veces le mordía como un perro rabioso.

—Pero déjate de zorros y gorrinos, que eso me lo cuentas todos los días...

A menudo miraba las barcas de pesca alineadas en la orilla; María, Pilar, Rosita, los pescadores les habían puesto nombres de mujer. Guando salían a faenar, Paulino las veía convertirse en un punto oscuro al contraluz del amanecer y se imaginaba cómo sería su vida cuando acabara la guerra,

quería tener su propia barca y aprender el oficio en paz. Le empezaba a hartar la cháchara de los revolucionarios, las anécdotas de Rebollo lo distraían, pero también lo sumían en una sorda tristeza, un escepticismo hondo y desolador por el rumbo que había tomado la guerra, por los hombres que la dirigían.

—... Dime lo que hicisteis con ese pez gordo que teníais en La Puebla.

—Pues ya te digo, un gorrino de aquí te espero, con su chaleco y su reloj de oro, un Certina auténtico, que me hubieran dado una fortuna por él si no me lo llegan a birlar de camino para acá. Le tenía yo ganas al cerdo del diputado, pero Rico que no, que esperábamos órdenes, y una noche y otra, yo pringado allí, vigilando al guarro, que para mí que ya se hacía sus ilusiones y todo, pero no.

Rebollo alargó el brazo hasta la mesilla y cogió su palillero de plata, se lo había incautado por su cuenta en uno de sus paseos por la planta baja.

—Y un día el Rico que hay que llevárselo a Mora de Rubielos, ya ves tú, si no se le podía liquidar allí mismo, pero no, de madrugada para allá, una noche de perros que hacía, con un norte que te cortaba la cara y súbete al coche con él, que no he visto a nadie temblar como lo hacía este cerdo de mierda, toda su carne floja como un membrillo, para mí que ya sabía

de sobra lo que era un paseo, hijo de puta, como si no lo hubieran hecho con nosotros a su antojo, anda que en mi pueblo no se andaban con chiquitas, no... —Se mondó los dientes con ahínco y la cara se le contrajo en un gesto grosero—. A mi padre lo fueron a buscar al huerto y ya no se supo más, se conoce que esa misma noche lo sacaron del cuartelillo con otros siete del pueblo y en la misma carretera de Madrid..., ¡cagüen su sombra!, me dijeron que iba con los brazos rotos a varetazos de lo fuerte que se agarraba a las rejas para que no le llevaran.

Paulino se revolvió entonces en la cama, arqueó la espalda y gimió, el dolor del brazo volvía a ser lacerante.

—Venga Rebollo, que eso ya me lo has contado un puñado de veces. —Se incorporó con la frente perlada de sudor y se inclinó hacia él bajando la voz—. Estabas con lo del diputado ese, ¡hala, va!

Un portazo sonó desde la planta baja, el viento lamía con fuerza la fachada oeste de la casa. Con el sobresalto, Rebollo abandonó su expresión absorta y miró a su compañero achinando los ojos, con vileza.

—Como un membrillo, ¡ya te digo!, brrrrrr... —Agitó todo su cuerpo y rió—. El cerdo del diputado temblaba tanto que no podía poner ni un pie delante del otro, ¡mamarracho! Pero a mí no me amilanaba con su baile de San Vito, ¡para dentro,

jodido! Rico que arranca el coche y tira para Mora de Rubielos, la plaza estaba tan callada que solo se oía el motor de nuestro Ford, porque una vez arranca hace un runrún como de gato viejo, y eso era lo mejor de andar con Rico en la Guardia Móvil, montarse en el cacharro y abrir la ventanilla para que se note la velocidad en la cara, como señoritos, lo que yo te diga, pero esa noche los cristales bien subidos porque el viento nos doblaba como a costaleros. Y el diputado detrás conmigo bien amarrado, que a él, si hacía viento o no, como si caían chuzos de punta, lo tenía bien negro y lo sabía, iba con el pescuezo para abajo como las reses y no se fijaba en nada, que a mí no se me da perderme un jodido detalle, pero estos cerdos de mierda han viajado mucho en coche, y se han cebado bien, zapatos y escuela y todo lo que han querido, en estas andaba mi pensamiento y el Rico venga a pisarle a la palanca, que notaba yo lo rápido que iba porque los chopos de la carretera eran ya visto y no visto, que tiene el coche unos faros como para iluminar una plaza de toros, redondos y vivos como si fuera un mal bicho, que a veces se me antojaba viajar dentro de una cucaracha enorme.

La tarde declinaba y el aire empezaba a soplar templado, subía ya el olor de la dorada y la sopa de chirlas que servirían en la cena. En la lonja del pueblo, los pescadores separaban siempre para ellos las mejores piezas. A Paulino el dolor le solía provocar un ansia que no se aliviaba con los canteros

de pan que se guardaba de la comida, pero esa tarde el relato de Rebollo le distraía las tripas, no le hacía falta mordisquear nada.

—Y a la que habíamos pasado Valbona me viene a la nariz una peste buena, Rico se gira y me insulta creyendo que era yo, los dos a bajar las ventanillas porque la peste era de morirse, y no era yo, ¡qué coño!, era el puto cerdo que había soltado las tripas. Total que al Rico lo veo yo que se para en la cuneta, cerca de una rambla llena de cañas, y apaga el motor. Los grillos montaban un escándalo de aquí te espero y delante del coche los faros les sacaban un brillo colorao en los ojillos que parecían demonios. Teníamos órdenes de no manchar el coche porque ya los del Negro habían liquidado dentro a un par de ingenieros y la habían armado, así que le hicimos bajar a trancas y barrancas, un empujón y otro, que yo le sentía ya más muerto que vivo al hijo puta, si no fuera por la peste que echaba. El Rico va y le explica el negocio, dos cheques al portador por quinientas mil y le dejábamos correr monte a través, salíamos todos a bien con el trato, diríamos que se había tirado del coche al coger una curva cerrada y el muy cerdo que no, poco bien sabía el cabrón que era un camelo, más muerto que vivo estaba ya, pero sus huevos tenía, que no y que no, el Rico con los cheques en la mano y yo con mi nueve milímetros haciéndole cosquillas en la nuca.

Paulino se estremeció, la violencia y la ceguera de Rebollo empezaban a crearle un recelo profundo hacia él. Pena mora, pena mora, que me quema a fuego lento desde la noche a la aurora. Juanito Valderrama sonaba desde un gramófono en la planta baja, las enfermeras aliviaban así el miedo que traía la caída del día. Con la oscuridad, todo permanecería apagado por si los bombarderos italianos barrían la costa.

—Total que no había forma, el cerdo cagao y agarrándose las lentes para verlas venir, unos ojos de espanto que parecía una aparición, que los focos del coche lo dejaban ciego y no sabía dónde mirar para poder vernos, el Rico atacado ya, los cheques coño y él que no, se creía el capitán que estas bestias son pieza fácil.

—Pero ¿qué pasó? ¡Dime qué hicisteis con el facha!

—Pues ya te digo, el tocino éste era todo un tembleque y el Rico cabreado, así que yo, sin más, una risa floja que no me la podía sujetar con nada, a todo cerdo le llega, le decía yo, tal era el descojono que el cañón de mi Luger empezaba a bailar en la coronilla, a todo cerdo su San Martín, y ahí disparé para ver si se me pasaba el ataque, pero nada, el gordo al suelo como un fardo y el Rico más mosqueado aun, coño Rebollo que no ha firmado los talones, que luego me arrepentí del tiro porque me tocó cortar un dedo para mandárselo a la madre y sacarle los cuartos con el chantaje.

Luego muévete tú quince arrobas de carne y tocino hasta la fosa que me tocó cavar, qué poco harto acabé esa noche del cerdo, ¡rediez!

Sonaron palmadas desde el pasillo y los dos se incorporaron.

—¡A cenaaaar!

La enfermera jefe llamó a los pacientes para que bajaran, Rebollo buscaba ya sus muletas, Paulino sus alpargatas.

—¿Qué tenemos hoy, reina mora? —Cuando la mujer apareció por la puerta, Rebollo le enseñó su sonrisa mellada.

—Un caldito de pescado, ¿pues qué va a ser? —La enfermera levantó el dedo y les recriminó como a niños—: ¡Hala, deprisita, que a las ocho hay apagón!

Pena mora, pena mora que me nubla la rasón. El gramófono sonaría hasta recoger la mesa, después debía estar todo el mundo en la cama con las luces apagadas y ojalá que el motor de los Saboya no ensordeciera esa noche el sonido del oleaje.

Diciembre de 1936. Hospital Provincial, Valencia

La víspera de Navidad, María salió del hospital con muletas. Su padre había traído la tartana a la puerta y los pequeños Carmen y Miguel jugaban alrededor del carro. Desde lejos, María veía cómo la madre miraba la lenta llovizna que calaba y dejaba charcos de color mate, sin darse cuenta de que ella había cruzado ya la entrada y la observaba. Se columpió sobre su pierna buena y sorteó los charcos hacia ella, pero los niños se le tiraron encima nada más verla y todos rieron al verse mojados hasta las rodillas.

—¡Alto ahí, que me ponéis perdida!

Manolita se acercó impetuosa y le entregó un gorro de lana basta que había tejido para ella, con los colores del sindicato. Sonrió cohibida mientras María se lo probaba y se llevaba las palmas cruzadas al pecho en signo de gracias.

—¡Viva la revolución libertaria!— gritó muy teatral, con el puño en alto— Gracias hermana, con estos gestos hablas mejor que mucho papanatas que anda suelto...

Se abrazaron y ella sintió por fin la certeza de que iban a cenar juntos por Nochebuena, no se había atrevido a saberlo como lo sabía ahora. Sería una Navidad cruda, pero lo único que importaba era que estaban todos un año más, la guerra recortaba la mirada hacia lo inmediato y enseñaba a apartar el dolor en los momentos de descanso. Sus padres la

miraron y se bastaron con el abrazo cálido que abría la nueva etapa.

El 37 iba a entrar en el calendario y las noticias no eran malas del todo. Madrid resistía, pero la batalla no estaba ganada y nadie pensaba ya en una victoria fácil, ni siquiera en el respiro que pudieran traer las fiestas navideñas. Era cierto que Franco parecía detenerse a las puertas de la capital, pero no era ni de lejos una tregua por respeto al nacimiento de Jesús, como el General proclamaba. En Getafe y en Guadalajara las Brigadas Internacionales le habían golpeado por primera vez, en Valencia no se hablaba de otra cosa.

María exhibió su destreza con las muletas, se balanceó resuelta y rechazó el brazo que le tendía Manolita para ayudarla.

—Entonces, ¿qué cenamos? ¿Ha dicho lentejas, madre?

Manolita la intentaba detener con aspavientos, temía que se volviera a romper una pierna, el padre se quedó un paso atrás y las observó con media sonrisa y el cigarrillo pendiente del labio. Para él también había un nuevo orden en las cosas que importaban y era obligado estar alegre si se podían juntar todos. Una vez María supiera lo de la casa, los días rodarían tranquilos.

—No hay nada como cenar en casa, os lo aseguro, cuando ganemos la guerra ¡me voy a meter más adentro de casa que la filoxera en la viña!

Manolita y la madre se detuvieron y se miraron consternadas, el padre se retiraba el cigarrillo de la boca y esperaba un instante, pero la efusividad de María pasaba por su silencio como un rodillo, sus palabras parecían echar chispas.

—¡Me muero por probar las lentejas de madre!

A espaldas de ella, Isabel se santiguó y abrazó a Manolita, pero enseguida se puso severa y le hizo un gesto para que subiera al carro y otro al marido para que marcharan.

—El gobierno ha eliminado el festivo del calendario, pero el doctor López Trigo, ¿sabéis qué me ha dicho? —Se le escapó una risa desdeñosa—. Que me daba antes el alta para que cenara en casa «como Dios manda». —Le dio una palmada a su hermana para acentuar el chiste—. Y lo mejor es que lo ha dicho en voz baja, medio acojonado, ¡ni que le fueran a dar una tunda por eso!

—¡Ándate con cuidado, hija! —Isabel se preocupaba mientras la veía dejar las muletas en el carro y la observaba con el ceño fruncido.

—Descuide, madre, que yo me subo ahora al carro de un salto, ¡por estas!

Habían venido desde El Puerto sin coger el coche de línea. Con el gobierno instalado en Valencia no había quien cupiese en un tranvía, las calles estaban repletas de funcionarios, periodistas y refugiados. María se dejó por fin aupar por Manolita, que pronto estaría junto a ella envolviéndola con una manta, los pequeños se acurrucaron a sus pies. Manuel, desde el pescante ya, giró la cabeza para recibir el visto bueno y sacudió a la reata de mulas para que arrancaran. No llegarían a El Puerto hasta que cayera la tarde, las tres mujeres baqueteaban en silencio y se miraban satisfechas, los niños se peleaban por sentarse cerca de María.

—La Antonia nos ha dado una onza de castañas para ti. —Le extendió el cucurucho de papel, complaciente—. Come hija, que estás muy estropeada.

—Gracias, madre —María rechazó con la cabeza y sonrió a sus hermanos—. Esta mañana los milicianos me han regalado medio kilo, ¡menuda despedida! Los repartí con ellos allí mismo, ¡para reventar!

Con el paso tranquilo de las mulas, el bullicio de la ciudad iba descubriéndose a los ojos ávidos de María. Habían sido más de cuatro meses en el hospital y todo parecía moverse sin

ella desde que había ingresado herida en agosto; la lluvia contra el cristal, las portadas de Mundo Obrero, las cartas de Pedro desde Extremadura. La última había sido a principios de mes, desde Illescas. Contaba lo de siempre, batallas ganadas y recibimientos calurosos entre los campesinos, pero la carta era brusca y el trazo se diluía a las pocas frases para despedirse a media cuartilla, cuando antes llenaba hasta el último espacio. No escribas hasta que no te avise, pues marchamos ahora mismo así es que ya escribiré en llegar a donde nos mandan, una orden imprevista de irse a la nueva posición y un minuto escaso antes de apagar el candil Sin más por hoy se despide el que te quiere con locura. Siempre tuyo. Le dijo que esperase a recibir la siguiente carta con las señas nuevas y habían pasado demasiadas semanas, ¿estaría herido?, ¿la habría olvidado? Cuando pensaba en los meses de verano y en aquel día que quiso contarle lo de Rico en la plaza de toros, el estómago le menguaba y sentía un sabor amargo en la boca.

—¿Qué se dice de mi novio en el pueblo, madre? ¿Se sabe algo?

Isabel desvió la mirada y subió los hombros, masticaba con voracidad una castaña mientras los niños le tiraban de la manga en una disputa alegre por el cucurucho que al final resbaló al suelo. Pronto se vieron entre las piernas de las

mujeres, esquivando los azotes de la madre y peleando a carcajadas por hacerse con las castañas derramadas.

—¡Demonio de niños! —Manolita retuvo a los pequeños para apaciguarlos y la madre recogió el cucurucho para dárselo a María—. ¿Del Pedro, decías? Cuenta la Antonia que quiere meterse a piloto para librarse de las caminatas y las noches al ras, me figuro que le subirán de rango, pero yo me haría cruces de figurarlo metido en un trasto que vuela por el aire, ¡válgame Dios!

La noticia le aguijoneó, escupió la castaña que había mordido y la miró fingiendo naturalidad.

—¿Y usted qué sabe, madre? A lo mejor es para bien, digo yo... —Se mordió el labio y arrugó el papel del cucurucho hasta reducirlo al tamaño de su puño cerrado—. Y los aviones que manda Stalin superan por mucho a los alemanes, ¡lo sé de buena tinta! En la planta teníamos a un piloto ruso que lo contaba. —Se estremeció al decirlo, era un coronel abrasado como un torrezno—. Las Leceta nos lo explicarán todo esta noche, ¡podemos invitarlas a casa para que tomen castañas!

—Sí hijica. —La madre volvió a forzar un tono conciliador mientras miraba de reojo a Manolita—. No padezcas, víveres tenemos para un convite, no sabes la de regalos que nos han

hecho por tu llegada ¡hasta un pavo! En casa lo que es en casa... ¡no nos cabía tanta comida!

María escuchaba distraída y volvía la mirada hacia las calles de la ciudad, cada vez más vivas. A medida que se acercaban a Emilio Castelar, los tranvías cruzaban repletos y los coches hacían sonar sus bocinas para abrirse camino, la multitud sobrepasaba las aceras. Cerca de San Agustín el tráfico estaba colapsado, las alcantarillas rezumaban el agua ocre del temporal que despedía un olor amargo. Manuel se apeó del pescante y descubrió una reyerta entre dos familias de refugiados, al parecer por un colchón. Nadie pudo avanzar hasta que la guardia de asalto llegó por fin y disuadió a todos los curiosos para que despejasen la calle.

—¿Qué harás cuando llegues al pueblo, hija? —Isabel preguntó en tono áspero, Manolita se miró las uñas y llevó una a la boca para mordisquearla—. Seguro que algo te anda ya por el cogote, ¿te quedarás en casa?

María asintió y se recolocó el gorro de lana antes de sonreír a Manolita. Hubiera marchado a Illescas en cuanto leyó la última carta, pero estaban retirando a las milicianas del frente y no había forma de hacerse con un salvoconducto, el gobierno no permitía mujeres en las nuevas brigadas. Les cogió las castañas a sus hermanos y empezó a morder la más grande que encontró. La ciudad que desfilaba ante ella no tenía el esplendor que conoció en el mes de julio, cuando

vino a ver a Pedro a la plaza de toros. Las banderas ondeaban todavía, las siglas de los sindicatos abundaban aun, pero la lluvia del invierno había deslucido los colores y la gente caminaba mirando al suelo. Había milicianos de permiso que tenían la mirada absorta, madres con el ánimo crispado, niños que distraían el hambre jugando al fútbol con una lata y civiles en bicicleta que les increpaban por ocupar la calzada. En La Paz, una voz nasal arengaba a los transeúntes, «contra el fascismo internacional que extiende sus alas negras sobre la capital...», pero el trajín del tráfico y los cascos de los caballos ahogaban el discurso que ya no impresionaba a nadie. Antes de cruzar el río hacia la calle Sagunto, María se mordió la lengua sin querer y escupió la castaña que estaba masticando. Una niña que no cumplía los diez la había observado en silencio desde el pretil del puente, con sus hermanos pequeños pegados a la falda. Cuando pasaron a su altura, María le alargó el cucurucho de castañas y tuvo el tiempo justo para verlas desaparecer entre los dedos nerviosos de los pequeños.

—Padre, ¿tiene fuego? —María se giró hacia el pescante y elevó la voz.

Manolita e Isabel la miraban perplejas, la veían cómo sacaba del macuto su bolsa de picadura y su papel de fumar. María se detuvo un momento y las miró divertida.

—Cosa de hombres, ¿no? Pues eso, una que es libre para todo, si valgo para luchar valgo también para el vicio, ¡digo yo! —Calló un momento y sonrió, las había asustado con sus palabras—. Y los paseos por el patio del hospital eran tan aburridos...

Manuel se giró y la observó un momento con el ceño fruncido, después arqueó las cejas y cabeceó a un lado y a otro mientras buscaba su caja de fósforos en el bolsillo de la camisa. Solo se oían los cascos de los animales sobre el empedrado, todos callaban mientras María extendía el papel sobre su mano y vaciaba sobre ella un montoncito de tabaco, maniobró desenvuelta y en silencio hasta liar el cigarrillo y llevárselo a la boca. Su madre y su hermana retiraron entonces la mirada, ella las miró con el fósforo encendido antes de arrugar la cara y pegar la primera calada.

Empezaba la carretera de Barcelona y ya se vislumbraban las primeras huertas de Meliana. San Miguel de los reyes quedaba atrás en el camino con su verja de piedra y su portón de madera, cerrado de nuevo en agosto desde que empezaron a llegar del frente los prisioneros. María levantó el puño a su paso y el centinela le devolvió el saludo desde su puesto. Después exhaló el humo y su cara se borró detrás de una nube larga y lenta.

—¿Cómo han quedado las cosas en la fábrica, padre?

—Se hace lo que se puede, ya lo sabes. —Manuel se inclinó hacia atrás sin perder de vista la carretera—. Los del sindicato se hicieron los amos.

Al borde del camino, dos acequias llevaban un agua turbia al terreno que se abría a los lados, traía el desagüe de la ciudad y olía a fango. Los hortelanos habían apuntalado con cañas el tomate que maduraría en verano, la acelga y la alcachofa se desparramaban alineadas en los surcos, a punto para la cosecha.

—Líame un cigarro, anda, ¡ya que te das tanta maña!

—Me han dicho que están fabricando munición para el frente. —María aguantó el cigarro en la boca con una muela y sacó de nuevo el papel y la picadura, complacida—. ¡Incluso que van a sacar un blindado!

Isabel la escuchaba desconfiada, se embozó bien en la toquilla de lana y paseó la mirada por la huerta, suspirando.

—El jornal no da para mucho, pero hacen falta todas las manos. —Manuel se inclinó más hacia ella y bajó la voz—. Puedes apuntarte donde la Reme, tus amigas ya lo han hecho y están en munición ligera.

María entregó a su padre el cigarro y le guiñó un ojo, Isabel giró la cara hacia ellos y estalló.

—¡Será posible, Manolo! ¡Ya andas sorbiéndole a la chica la sesera! —Se levantó hacia su marido y levantó las manos irritada—. María se va a venir con nosotras a faenar como Dios manda, ¿o es que no hacen falta todas las manos, rediez? ¡Con la que nos ha caído encima desde lo de la casa!

—¿La casa? —Todas las miradas confluyeron en María, que concentró el gesto para digerir las palabras de su madre—. ¿Qué es lo de la casa?

La madre se sentó y se aclaró la voz, Manolita se retorció las manos, el padre se dejó absorber por una calada larga de su cigarro.

—Cayó una bomba en el número quince, hermana, y nos reventó hasta el patio y la cocina. —Carmencita hablaba y sus palabras tenían la desnudez impactante que solo consiguen los niños—. Nos salvamos porque pasábamos la noche ya en el motor de Cotanda, donde el tío Canut. Es divertido dormir allí, ¡medio pueblo está por los campos! A los chiquillos nos dejan estar juntos en el mejor sitio, que es la cocina, y hay un mayor que vigila las ascuas del fuego para que estemos calenticos...

María le dedicó una sonrisa templada antes de abrazar a su madre, que se había quedado varada con los ojos clavados en su pequeña.

—No queríamos que te disgustaras, hijica —balbuceó después de lanzar un suspiro largo y santiguarse—, lo importante es que Dios no ha querido que estuviéramos en casa esa noche. Cuando el alguacil nos dé permiso, nos dejarán ayudar con los escombros, a ver si podemos sacar entera alguna olla de cobre, algún retrato, o mantas... Mientras tanto nos apañamos entre el tío Canut y las Leceta, que han sido unos ángeles.

Marta le cogió las manos y las apretó a modo de consuelo, en su cabeza desfilaban las piezas de su vida que ya no encontrarla: la medallita de su comunión, el primer pase del cinematógrafo, todas las cuartillas de doña Yocasta, con sus efes de rabo inclinado encadenándose como un oleaje manso, el retrato que se hizo en la verbena de San Juan, o el de Foto León, con un vestido de lunares y sombrero de cordobesa: la barbilla bien alta, una mano en la cintura y los volantes en cascada hasta los pies. Los tiempos de guerra lo excluían todo, como un hermano celoso y destructivo, la guerra debía ocupar cada espacio de la existencia como si no pudiera haber nada delante ni detrás, nada más que guerra y más guerra, todo alrededor eran días de guerra.

—Está bien, madre, no llore, todo está bien.

«Al pelotón, el número uno, al pelotón... ». En Puzol, un grupo de niñas saltaban a la comba y la escuela nacional estaba repleta de chicos refugiados que alborotaban en el

patio. Cuando salieron del pueblo, el último sol iluminaba en horizontal el castillo de Sagunto y las casas se deslizaban entre sombras a sus pies para desaparecer entre naranjos. Hacia poniente, el cielo se encendía y las lomas oscuras de la sierra parecían levantarle un parapeto a la lucha que prendía a cien kilómetros de allí, en Teruel.

—Decía usted que pavo y lentejas para la cena, ¿con su chorizo y su todo? —María le ofreció un pañuelo a su madre para que se secara las lágrimas.

Las chimeneas de la fábrica dominaban ya el horizonte, imperturbables, rectas, con su ladrillo rojo iluminado por el último sol. Un hilo de humo flotaba y se difuminaba hacia la costa, tal como lo recordaba María la última vez que las había visto.

De pronto, un camión militar se cruzó con ellos a toda velocidad y el agua sucia de un charco que ocupaba un socavón les salpicó en la cara.

— ¡Desgraciao! ¡Maldita tu estampa! —Su madre se levantó hacia los milicianos e increpándoles con el puño, ellos le devolvieron el gesto entre risas.

·1940·

Peor que el mismo diablo

Junio 1940. Convento de Santa Clara, Valencia.

—En su expediente se dice que es usted buena *cgistiana*, no *figuga* ningún desmán...

A doña Amalia la llaman «la Francesa». Lee la ficha de María en su despacho y levanta de vez en cuando la vista sobre sus lentes para examinarla bien. María no se altera porque trabe la erre al hablar, pero todas las presas se mueren de risa cuando la Doñate la imita en el patio con las gafas caídas sobre la nariz, justo como la tiene ahora frente a ella. Es una cincuentona menuda de pelo azabache tensado en un moño alto, siempre a la defensiva, erguida sobre sus salones de charol y envuelta en un agua de rosas que impregna todo lo que toca.

—... Sabe usted *leeg*, *escribig* y las *cuatgo geglas*...

Sor Visitación la escruta de pie, entre la directora y la foto del Caudillo que cuelga en la pared. Permanece quieta con las manos juntas en la espalda, la toca rígida recortando sus carrillos harinosos, descolgados, la papada flácida que vibra

al mínimo movimiento. Sobre el labio una sombra azulada con pequeñas perlas de sudor.

—No falta al confesionario, doña Amalia, y comulga en la misa de a diez. Parece buena, hacendosa, lucida y es muy cara de ver en los corrillos del patio. —Doña Amalia se fija en María, interrogativa—. ¿Acaso no hay *mujegues* de Sagunto *entge* las *pgesas*, *Lacguz*?

María sube los hombros, callada. La abadesa interviene de nuevo.

—María es un alma solitaria, acostumbra a hacer labor durante horas, es a la que más le adelanta.

La miran en silencio, el sol abre una franja de luz delante de María y hace brillar las motas de polvo que parpadean ingravidas como una galaxia en miniatura, un escalón insalvable entre la celda de la que viene ella y ese mundo mullido y tibio con perfume de rosas que la ha reclamado.

—Yo solo quiero que me dejen ver a mi madre... —contesta por fin, en Gobierno Civil terminó de aprender que no sirven de nada las protestas—, con cada uniforme que arreglo me han dicho que adelanto la visita del día uno.

La directora suspira, guarda las gafas en una funda color crema y cierra la carpeta sin un ruido.

—Bien, si ese es su *ghan* afán, no padezca. En adelante *llevagá* el *ghupo* de *cultuga genegal*, con *lectuga* los lunes y cuentas los jueves. Se *ganagá* visita cuando cumpla el mes si todo ha ido como Dios manda. Por supuesto, nada escapa a los ojos de Dios *pego nosotgas* también *usaguemos* los suyos, ¿entendido? Y se *ganagá* esa visita si hace un buen seguido.

Las ventanas abiertas traen revuelo desde enfermería, Hilaria ha perdido a su niña de madrugada y la noticia ya corre como la pólvora.

“¿Qué me dice, *Lacguz*?— Doña Amalia no se inmuta con el vocerío—. Es una buena *ofegta*.

María levanta los hombros de nuevo, indolente.

—¿Eso es un sí? —sor Visitación ha cogido el expediente y se abanica—. ¡Conteste a doña Amalia!

—Sí, doña Amalia, es una buena oferta. —El vocerío crece, se oyen insultos y alaridos, es Hilaria que protesta—. Lo pensaré.

Al pasar por enfermería ha visto a Hilaria de rodillas con la niñita en brazos, como sonámbula, y ese silencio suyo era casi peor que los gritos de ahora, le traen la imagen de la pequeña Carmen cuando estaba buena y era un cascabel, trotaba por el patio y se les escapaba siempre a las monjas

por la cocina para coger algún chusco de pan. El primer día en Santa Clara ya se le clavó su risa cristalina de manitas al aire y su bamboleo alegre, no pasaba de los dos años y era lo único vivo detrás de la tapia tomada por el moho. Dos hoyos en la cara y los ojos juntos, como su Isabelita. Tiene que salir pronto, si no le pasará como a la Hilaria y a su chiquilla, que se ha terminado apagando como un candil, ¿es que no lo ven estas monjas?

—¿Lo pensaré? —sor Visitación afloja el cuello de la toca y sube la mandíbula para secarse el sudor—. ¿Que respuesta es esa?

Doña Amalia la mira complacida, la deja hacer, se alisa la falda de tubo al levantarse, indiferente a las voces de la abadesa y del patio. De pronto se oyen dos golpes en la puerta y sor Benedicta entra antes de que le den permiso.

—Es una madre, doña Amalia, que se le ha muerto la niña y no quiere que le demos sepultura, no nos deja llevárnosla, ¡está montando bulla y subleva a las presas!

Sor Visitación pone los ojos en blanco.

—¡Por Dios bendito! Mira que eres blanda, Benedicta...

Se recoge los faldones y corre al patio seguida del resto, doña Amalia cierra la fila con un taconeo rápido que llena el silencio de la escalera. Cuando salen fuera, María escapa a

correr y se abre paso en el grupo de presas que se agolpan a la entrada de la enfermería. En el centro del corro, Hilaria sigue arrodillada con su niñita en brazos y ha dejado de gritar, la arrulla con un balanceo absorto, imparable, y los bracitos de la pequeña cuelgan inertes en el movimiento alucinado de la madre.

—Tesoro mío, tesoro mío —repite Hilaria, como un salmo—, tesoro-lucero-tesoro...

Los ojos enrojecidos no se despegan de la pequeña ni siquiera cuando María se arrodilla a su lado y le pasa un brazo por la espalda. Conoce esos ojos, María, y esa punzada que es vieja amiga, esa punzada que antes ya la partió en dos a ella, y sé lo de la niña que te quitaron las monjas, el murmullo de las presas se amortigua y aparece la abadesa con los brazos en jarra, las monjas hijas de perra, seguida de doña Amalia.

—¡Compórtese, Hilaria, a esta niña hay que darle cristiana sepultura!

Hilaria no levanta los ojos ni detiene su balanceo.

—¡Shhh! Diles que se vayan, María... —le susurra al oído—, Carmencita está dormida y la van a despertar.

Sor Visitación pierde la paciencia y se abalanza sobre la madre, María se interpone y la empuja.

—La niña no os la lleváis, ¡hijas de perra! —Le escupe en la cara y la mira desafiante—. ¡Que sois peor que el mismo diablo!

Tin, ti tén, tiiin, tin tin, esta copla me la tiene que adivinar la Aurelia, en cuanto se despierte se la toco con la hebilla, que suena más claro que con la cuchara. Tin, ti tén, tiiin, tin tin, ahora cuando nos bajen el rancho se despierta y se la toco, ella también se aburre tan sola en su celda de castigo. Tin, ti tén, a la Manolita le encantaba Valderrama, mira que apenas siente y al Juanito le distingue de lejos la muy truhana, y sarta a los montes la luna lunera y a mi vera, vera te siento llegar, me acuerdo aquella vez que acompañamos a padre a Valencia en la tartana, no se me olvida, un feriante en Abastos que tenía el gramófono puesto y todo el mercado la cantaba, qué chicas éramos entonces, ¡tin ti tén, tiiin, tin tin!

—Lacruz, deje de golpear la puerta, ¡por Dios bendito!

Odio a las monjas, me lo quitarán todo menos este odio, con él me muero si me quieren matar, como la china de Pedro, que se va conmigo, pueden matar mi cuerpo pero no lo que siento, y no se lo voy a poner fácil, hijas de perra, que a mí los piojos ya no me pueden, ni las pulgas, ni los mordiscos del hambre, mientras llegue el paquete de madre me mantengo de pie. Y la cabeza muy alta ratita, qué malas son, ¡el mismo diablo!, primero te muelen a palos y luego te pisotean el seso, el sentido, la misma voluntad.

—Tin, ¡ti tiin, ti tiin, tin tin!

—Déjelo ya, Lacruz, ¡o le quito el rancho del día! ¡Dios Santo!

María para un momento, y aunque sé mi vida que lo estoy soñando, aquella verbena de San Juan con Pedro y yo que no sabía dónde poner las manos, que estás a mil leguas y yo en la Legión, rueda su piedrecita entre los dedos y se reconforta de sentirla pulida y suave. La celda tiene seis pasos de largo y dos de ancho, los ha contado hasta cansarse y acabar sentada contra el metal de la puerta. El suelo está húmedo, pero al menos esta noche dormirá estirada.

— Tin, ti tiin...

María golpetea ahora muy suave, tan solo algún acento de la copla que suena en su cabeza, de memoria. La tarde se debilita despacio en el rectángulo alto del ventanuco que da al patio y el olor dulce de la humedad y el orín ya no altera su olfato. Pena mora, pena mora que es martillo de tormento en mi sien a todas horas. Y madre se escandalizaba un poco cuando nos oía cantar a Valderrama, decía que era de frescas, qué malas éramos, nos encantaba provocarla, al final se santiguaba y venía a por nosotras con la zapatilla. Qué pena ahora, qué lástima, la última vez que la vi me dolió más que todas las palizas de Gobierno Civil, y bien morada que me ponían.

—Tin, ti tén, tiiiin, tin tin

El tono sube sin que ella se dé cuenta.

Con un cuchillo yo me abriría, para que me vieras mi corazón, y qué penita que te daría y al verlo negro como el carbón. Y cuánto me van a tener aquí estas lagartas, cuándo me lo van a decir, a la Barrachina, que ha tenido juicio, le han dado treinta años por denunciar el escondite de un cura, ¡válgame el cielo! ¡treinta años!, menos mal que los ingleses van a aplastar pronto a Hitler, ¿es que han perdido el seso? Treinta años con todas sus noches y sus días... Y a mí, total, ¿qué me quieren encontrar? A ver si se aburren pronto conmigo y un rancho menos que se gastan, aunque los envíes de madre bien que nos cunden a todas. Igual me llevan a jueces por lo del sindicato, que no era ilegal, o por subirme con la Antonia a esa ambulancia que no tenía ni morfina, un martes que llegué y a los quince días ya estaba de camino a Valencia con la pierna llena de metralla, menudo crimen el mío, ¡no se encierra a una por un ideal!

— Tin, tititiiin, tin

A las barricadas, a las barricadas. Esta no le gusta a la Aurora, que es comunista, ¡menuda moral se gastan los de la Pasionaria! No doblan la frente ni por saber morir, y se organizan que ni la Santa Sede, a mí que no me pongan ni marido ni mando, pero ellos sí, a su Lenin que no se lo toque

nadie. Son como rocas, ahora con la huelga de hambre entre ceja y ceja, por los niños de la enfermería.

María distrae la mirada en las muescas de la pared, siglas, consignas, vivas a la República, en el centro una hoz y un martillo labrado con paciencia en la cal del muro. *¡A las barricadas! ¡A las barricadas por el triunfo de la Confederación!* María se rasca los piojos de la nuca un rato largo mientras medita y luego acomete una ceja sobre la pared con el vértice de su piedra. Veinte años, o treinta, qué más da, con veinte años aquí yo me pongo en los cuarenta y madre... madre ya no vive para contarlo, hijas de perra, ¡a madre la matan en la espera!, y a mi niña me la meten tanto a moza que ni la conozco, ¡madre que las parió! ¡con veinte ni sabe quién soy yo! Alza la bandera revolucionaria, que del triunfo sin cesar nos lleva en pos. Alza la bandera revolucionaria... Pero yo me fugo antes, ¡como sea! Y busco a mi Isabelita debajo de las piedras. Ceja, ene... ¡Te!

El chivato en la puerta la sorprende con un quejido, la guardiana espía sus movimientos y ella para. Antes de girarse imita el aullido de una rata

— ¡Crrriiiii!

El chivato se cierra con violencia.

—¡Crrriiii! ¡¡Crrriiii!! ¡Hay ratas en este agujero, sor Angustias, ¡qué desvergüenza! —María se ha levantado y grita hacia la puerta levantando el puño—. ¡Ratas de mierda!

—Prepárense para el rancho, ¡que ya llega! Y esa boquita, Lacruz, se la voy a lavar...

—Tin tiin, titin titin titiin tin...

Aurora ha despertado con las voces y ya pega con la cuchara en la puerta. Alza la bandera revolucionaria, que del triunfo sin cesar nos lleva en pos. Ha adivinado su melodía y María enseguida se une, ti tiin titin titin titin, las dos golpean bien fuerte ahora.

El chirrido de la puerta corta la canción y sor Angustias aparece frente a María con el perol de caldo humeante.

—Bien, bien, ahora callan las dos, ¿eh, bribonas?

Llena un cazo y espera complacida a que ella se acerque.

—No quiero. —María le enseña su plato vuelto del revés.

—¿Y eso?

—Huelga de hambre por los niños de la enfermería.

El ventanuco del calabozo es un descanso para la vista, trae los cambios de luz, el desfile grave de las nubes o las sombras veloces de las golondrinas, a veces la silueta de las

gaviotas planeando en lo alto la estremece como si aun estuviera bajo la amenaza de los Savoia italianos. De noche, si hay luna, a María le gusta adivinar si el resplandor es menguante o creciente, sigue su arco aunque no la vea.

Hace varias noches que un sueño de obuses y fachadas en desplome la desvela y la arroja a merced de las horas, la humedad se ha colado en el viejo hueco de su metrala y la cicatriz de la pierna le agrava el insomnio. María se entrega a su articulación herida igual que se entrega al lastre de las horas o a la compañía de los piojos. Ya no protesta, no escapa, no se entretiene buscando liendres en las costuras ni lucha en vano contra la vida autóctona de las cucarachas que estaban, se dice, en esa celda antes que ella. Quizá sea el ánimo de ser como la monja que la vigila, sor Benedicta. Es una mujer tranquila, de movimientos blandos y palabras susurradas, María no siente el rumor de sus pies como una amenaza, incluso la cancela deja de protestar cuando es ella la que abre para acercarle el rancho diario. Le agradece en silencio que no deje la escudilla en la puerta como a un animal y siente esos minutos que se toma la monja como una invitación a la charla, pero es incapaz de hablarle.

En la última noche de su castigo, el dolor de la pierna es tan intenso que la siente latir como si toda su sangre bombeara desde allá abajo. Es una noche de luna, pero las nubes han

mitigado su luz en el ventanuco. María vigila la respiración de la monja y duda si estará dormida.

—Benedicta...

—Dígame hija mía. —La monja carraspea con discreción—. ¿Qué se le ofrece?

—Me duele mucho la pierna esta noche, madre.

A lo lejos, un perro se queja y llena el silencio con sus ladridos metálicos. El hábito de la monja cruje suavemente a medida que se acerca donde María.

—Criatura —le habla detrás de la puerta—, quizá puedan subirle una infusión de valeriana desde enfermería, ¿es por eso que se ha revuelto toda la noche en el petate?

María asiente en silencio, aunque sabe que Benedicta no la ve, arranca bolitas de su manta de lana mientras busca sus palabras.

—Benedicta, ¿por qué usted no insiste en que lea la Biblia o que vaya a misa?

La monja sonríe, enternecida, hace tintinear su juego de llaves un momento y aparece en la celda con el quejido del hierro.

—Tome, hija, envuélvase la pierna mala con mi manta, el calor le hará bien.

María acepta la invitación sin sorpresa, obedece despacio y repite la pregunta.

—¿Por qué lo hace, sor Benedicta?

La monja acerca el taburete a la puerta y allí mismo toma asiento, sin prisa.

—Verá, Jabalina, Jesús nunca quiso hacerse oír a la fuerza, nadie que lea la Biblia así encontrará a Jesús. El amor de Dios está esperando a quien lo quiera buscar. —La monja la mira a los ojos y busca su comprensión—. Tátese bien, así.

Sonríen, María se arrebujá en las mantas y le pide con los ojos que siga hablando, su voz ahuyenta la humedad del alba y el dolor. Se masajea la pierna mala con decisión y frunce el ceño.

—Mi madre es de Jabaloyas y siempre ha dicho que en su pueblo el dolor de huesos se calma con espliego y tomillo, me hacía un mejunje que regaba con aguardiente y luego me frotaba aquí, en la herida, hasta ponerme la pierna coloradica toda... ¡qué mujer!

Baja la vista y se entretiene un momento en alisar la manta sobre sus rodillas. En la noche que acaba, el camión del pan llega a la puerta del convento y apaga el motor, pronto se animarán la luz y las voces en todas las galerías. Benedicta

sonríe, acerca su taburete a María y extiende sus manos hacia ella.

—Anda, venga aquí, acérqueme esa pierna mala que le voy a dar unas friegas. —Carraspea un par de veces, medita abunda, y empieza a frotarle el talón con vehemencia—. Me han dicho que es de El Puerto de Sagunto y que tiene usted mucha escuela.

—Escuela no mucha, iba de chica a casa de doña Yocasta, que era maestra retirada y nos enseñaba de noche las cuatro reglas a las niñas del barrio obrero, mis padres le daban unas onzas de arroz o de garbanzos cuando podían. Somos de un pueblo perdido por la sierra de Albarracín donde no había nada que rascar más que miseria y cuentos de brujas. Con once años ya nos vinimos para acá y mi padre se colocó en la fábrica.

El ventanuco enseña ya el resplandor del alba, la agitación de los pájaros se siente hace rato y su canto nervioso llena las pausas de la charla.

—Sé lo que dice, yo también me crié entre cuatro cantos, a la helor del invierno en la meseta, ¿conoce Salamanca?, yo soy de Alba de Tormes, el pueblo donde murió Santa Teresa de Jesús. Mis padres llevaban una fonda que hay en la plaza de la iglesia, fonda la Española se llama. —Se detiene y la

mira, su expresión de dolor se va atenuando—. No es que fueran pudientes pero me dieron escuela, hasta los catorce.

¡Aquello fue una bendición de Dios, la escuela! me gustaba más que atender con mis hermanos. En los días de enero, cuando la nieve cubría los caminos y vaciaba la fonda de huéspedes, me dejaban estar en mi cuarto leyendo lo que se me antojara, vidas de santos las más veces, santa Teresa de Ávila era mi ideal.

Un gorrión aterriza en el alféizar y lo recorre en saltos breves, precisos, antes de que algún estímulo invisible lo haga brincar de nuevo al vacío. En el patio, el mozo del pan se despide con un grito.

—Era también muy devota, mi madre me tenía que arrancar de la oración para que la ayudara en casa, «se te va el santo al cielo» me decía, con razón, pero sus ojos eran dulces, la regañina la tuve de mi padre, el día que dije en casa que quería ofrecirme, hacer votos con las clarisas. —Se toma un tiempo, recordar a su padre sin rencor le cuesta un esfuerzo todavía—. Al parecer tenía una boda medio apañada para mí con uno de Aldeaseca, hijo de unos tenderos amigos suyos. ¡Pero mi corazón ya pertenecía a Jesús!

—Entonces usted también es libertaria, Benedicta. —María la mira divertida, sabe que no se enfadará con la

provocación—. Hizo una elección propia, su persona por encima del empeño de su padre, ¡un amor libre!

La hermana detiene sus manos y la mira, un poco severa, antes de darle una palmadita de reprobación.

—Yo no fui libre, María, no elegí, fue Jesús quien me llamó, ¡deme la otra pierna!

María abre los ojos, reflexiva, mientras cambia de postura y obedece.

—Yo cuando salga de aquí, ¿sabe lo que haré? Voy a estudiar para enfermera. En la guerra ayudaba en una ambulancia y se me daba rebién, ¿sabe usted? Me emplearé por los hospicios del Auxilio Social hasta que encuentre a mi pequeña, debe de tener ya los dos añicos, ¡estará preciosa!, nació con los ojos junticos, verde aceituna, ¿usted no habrá oído decir?

Benedicta sube los hombros interrogante, la mira consoladora y le coge las manos para devolverles el color.

—¿Usted sabe dónde se las llevan, a las criaturas? Cuando cumplen los cuatro añicos se las llevan, Benedicta, se me abren las carnes de pensarlo. —Se incorpora con la mirada arisca y le clava los ojos—. ¡Esa mala pécora de doña Amalia!

—Yo no sé contestarle a eso, María. —Saca el juego de llaves y su campanilleo de metal suena casi alegre en el primer

resplandor del día—. Sabe que solo soy una humilde clarisa y Dios no me ha iluminado para que yo entienda tanto dolor entre hijos de Dios. —Esquiva los ojos de María, que la intentan herir—. Pero si tú tampoco perdonas eres igual que ellos. —La mira de frente y respira hondo—. No te enfades, perdónalos a todos. —Se levanta y recoge sus faldones sin prisa antes de lanzarle una sonrisa tibia—. Deberías leer a Santa Teresa, entenderías mejor lo que te digo.

Asienten, se imponen una sonrisa, sus gestos son ahora un poco más torpes que hace un momento. María siente que le debe una disculpa y no encuentra la fórmula para traerla otra vez junto a ella.

—Benedicta... —Suenan las campanas en el patio, seis campanas que retumban entre las paredes de ladrillo y les recuerdan que pronto llegará el relevo de la guardia—. No se vaya, Benedicta... —habla desde el mismo vacío en el que entra al final de las visitas, cuando la cara de su madre se borra entre los familiares y las rodillas le ceden—, si se va estaré otra vez sola, y tengo tanto miedo.

—No me voy, todavía no. —La monja vuelve sobre sus pasos y coge las manos entre las suyas—. Si así lo quiere, me llevará usted en su pensamiento...

—Madre, no sé lo que me va a pasar. —La voz se le rompe y falla, intenta contener una congoja que la domina desde

dentro hacia fuera—. Algún canalla que ni me conoce le debe de haber dicho cosas horribles de mí a los jueces... ¡a veces pienso que no conseguiré salir! Y entonces mi niña...

—No llore hija mía, nada te turbe, nada te espante, decía Santa

Teresa, todo se pasa, Dios no se muda. Es bonito, ¿verdad?

—María aprieta la mandíbula para sujetar el llanto en silencio—. Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene, nada le falta, solo Dios basta. Repita conmigo: Nada te turbe...

En el ventanuco, el sol pierde la timidez y trae un calor amarillo que va ganando fuerza en la celda. Los pájaros han callado. Quizá, al mediodía, se disuelvan las nubes.

·1937-1938·

Hombres que matan desde arriba

Marzo de 1937. Puerto de Sagunto.

Cuando la noche terminaba en las madrugadas húmedas de marzo, las mujeres de calderería llevaban ya una hora larga faenando en el primer turno y apenas recaían en el canto desordenado de los pájaros, ni en el añil que se anunciaba por los cristales de la nave.

Esa madrugada, sin embargo, María no despegaría los ojos del nuevo día que traía el cielo. Pedro no había caído en Seseña, como temió en los meses atrás, y había escrito por fin desde Madrid, donde hacía un curso de vuelo. Cuando María había descubierto la carta de camino a su taller, había bajado del carro sin despedirse de su padre y había corrido hasta la fábrica para devorarla bajo la bombilla enclenque de la entrada.

A primera hora su madre había metido el sobre entre los dos chuscos del almuerzo. Demonio de mujer, ahora entendía ese talante tan bueno para despertarla, *tan hondo grabé tu*

nombre, la achicoria derramándose del cazo y el santo en el cielo, *que eché a perder un olivo y tan hondo grabé y tan hondo*, nadie en casa le había oído una jotica desde que había empezado la guerra, y menos a esa hora tan criminal, que iba uno por la casa a tientas aun y el agua de la palangana cortaba la piel a tiras. Cuando había notado el sobre entre el pan y el hueso de jamón, el corazón le había hecho un requiebro tan alto que le había subido hasta la boca misma. Queridísima María. Truhana de mujer, ¿por qué no se lo había dicho antes? Menos mal que faltaba un rato para el toque de sirena, la avenida Sota y Aznar se alargaba bajo su paso atropellado, que pronto se habría convertido en carrera y en greñas al aire, algunas horquillas cayeron con los tropezones pero no se paró a cogerlas. Queridísima María, al recibo de esta me alegraré... Cuando por fin se pudo acurrucar bajo el cerco de luz, los renglones torcidos de Pedro no dejaron de bailarle ante los ojos un rato largo.

Queridísima María, al recibo de esta me alegraré de que te encuentres en la más completa salud, la mía regular, un rasguño en el pie que ya se va curando. No te he escrito antes porque me trajeron al hospital y he estado indispuesto hasta hoy mismo, pero no podía aguantar porque sé que si no te escribo tú sufres y yo el deber que tengo es hacerte lo más feliz posible. ¿Cómo está tu pierna?, ¿cómo van todos por El Puerto? Ya ves que me encuentro bien, muy bien.

A finales de enero me explotó una granada en el pie derecho y tuve suerte con la ambulancia que me trajo a Madrid. En la capital hay mucha carencia, pero me cuidan bien. Conocí a un miliciano que me habló de hacer un curso de piloto en los Alcázares y aquí estoy, contento de abandonar para siempre las caminatas y el frío de las trincheras. Pedían oficial de primera y yo pasé bien las pruebas. Hemos hecho ya un par de vuelos y me gusta mucho, ya verás cuando todo esto acabe, te enseñaré a pilotar un biplaza, que es pan comido. Ya te imagino conmigo en la carlinga disimulando el miedo, ratita pelada, todo es aprender el despegue y tener los nervios bien sujetos. El mes pasado vinieron unos rusos para coger a gente que pueda aprender el I-16 en Rusia y me puse en la lista, nuestro avión de ensayo era un Douglas multiasientos que usaban los señoritos como turismo. Yo me daba buena maña con el cacharro y los rusos se dieron cuenta, hay que ver lo listos y lo enseñados que están, y tienen una disciplina que da gloria. En junio, si todo va bien, me mandan allí seis meses y vuelvo con el grado de teniente, para entonces podré apuntarme al comité de abastos y hacer servicios a Levante todas las semanas para ir a verte. Te gustará cuando te lleve, María, los campos, las casas, hasta las columnas fascistas parecen de juguete cuando vuelas a más de mil, todo se ve tan pequeño que parece que la guerra no está. En los primeros aviones, que no llevaban lanzabombas, se tiraban por el agujero de la letrina las

bombas de diez kilos y parecían terrones de polvo sobre los campos. Ya te lo enseñaré, por encima de las nubes hay un aire tan limpio que parece el cielo de los curas, siempre me acuerdo entonces de ti, me pregunto si serás buena o en qué nuevo lio andarás metida, María.

Sin más se despide este que te quiere con intensidad y con un amor insuperable y es

Pedro Leceta.

La sirena de las seis abrió el turno y la sacudió al frío de la madrugada. Con un amor insuperable, ¡qué barbaridad! Levantó los ojos aturridos de la cuartilla y encontró un brillo diferente en las estrellas. El azul iba a clarear pronto en los ventanales altos y ella sabría adivinar una nueva cualidad en el aire sobre su cabeza, siempre me acuerdo entonces de ti, un nuevo espacio donde colocar la mirada hasta la siguiente carta. Dobló la cuartilla y la guardó cerca del pecho, antes de frotar su pierna con un gesto de dolor. La cicatriz le tiraba esa noche más que otras veces, cómo iba ella a sospechar que su herida sabía ya lo de Pedro metido a piloto.

Imaginó el aspecto de la fábrica desde el aire, cómo la verían los italianos que pasaron la semana pasada y les dieron un susto de muerte a las compañeras. Una bomba había estallado muy cerca de laminación y había matado a una que

era del tiempo de su hermana Manolita y el día trece también lo habían intentado con la batería costera del Palancia. Siempre trabajaban estremecidas, con los sentidos alerta a cualquier vibración, y aun se atrevía Pedro a decirle que subiría con miedo al avión, como si no hicieran falta agallas para cumplir cada día con su turno en la fábrica.

María se arrebujó en su toquilla mientras corría hacia su puesto de trabajo, pero su cabeza volaba lejos, junto a Pedro, como si el bullicio de las máquinas fuera el motor mismo del avión del que le hablaba.

Había escrito desde Madrid, la capital que iba a resistir un segundo año de asedio con el cielo descargando heladas o bombas. En El Puerto, sin embargo, el frente había parecido lejano hasta esas navidades, cuando llegaron las primeras bombas desde el mar.

El gobierno de Madrid se había instalado en Valencia en noviembre, cuando ella todavía estaba en el hospital, y aunque la atmósfera todavía era desahogada en la capital, la guerra se alargaba en los boletines y en el número de viudas y huérfanos crecía imparable, ya solo el carnet del sindicato era útil para hacerse con un litro de leche o un par de huevos. Entrado el invierno, los bombardeos continuos habían dispersado a las familias entre la gente del campo y las calles cercanas a la fábrica veían crecer matas verdes entre las aceras. La familia de María seguía en el motor de

Cotanda, pero su padre la traía cada turno en su carro hasta la entrada de la avenida.

Los hornos altos no habían parado su producción y eran las mujeres las que ocupaban el sitio de los obreros. María había desdeñado las protestas de la madre y se afanaba como el resto para que los dos hornos altos no se apagaran, la colada terminaba ahora convertida en munición, blindaje o armamento ligero. Eran las novias, las viudas, las huérfanas del país golpeado y juntaban en los talleres el calor de su duelo como si eso bastara para fundir el hierro y escupir balas de bajo calibre.

—Buenos días, Jabalina. —Carmelo, el capataz, le guiñó un ojo encaramado al puente—. ¿Cómo anda tu padre con sus bronquios?

—Bien, bien, vamos tirando.

En el centro del taller, las doce del reloj recordaban el mediodía de la semana atrás en que los Savoia habían hecho su aparición. El techo estaba surcado por pasarelas y puentes cuyas grúas se deslizaban con un quejido sordo y la luz lechosa de los focos llenaba la nave de sombras hasta que la mañana trajera el sol horizontal por los ventanales.

María ocupó su sitio pero aun la dominaba el vuelo de Pedro. Imaginaba ahora la fábrica de juguete y a todas ellas como marionetas minúsculas y la invadió un rencor

involuntario hacia su novio, se rebeló contra la arrogancia de los hombres que mataban desde arriba, aunque fueran sus hombres, qué cobardía tan grande aplastarlas desde allí y reírse de su desventaja a ras de tierra. Pedro también habría visto alguna fábrica como la suya: con las naves como cajitas de fósforos, pequeños rectángulos de cartón que pudiera haber alineado un niño ocioso, las chimeneas un punto sombreado y las vías del tren una madeja de hilos que se descruzaba hacia Teruel. En los primeros aviones se tiraban por el agujero de la letrina y parecían terrones de polvo sobre los campos, quizá eso les ayudara a pensar en la guerra como un juego, como sus hermanos pequeños cuando cogían un palo y se apuntaban antes de fingir la salida del proyectil con un quejido: ¡pum!

Miró el boquete que el obús del día anterior había abierto en el frontal de su nave, la niebla que se levantaba en los muelles se confundía allí con el vapor que despedía el horno de fosa. Sonó el segundo toque de sirena y María se llevó la mano al vientre, se había olvidado de probar el almuerzo y ya debía ocupar su sitio en el tren desbastador hasta las doce. Guardó la carta en el bolsillo de su mandil y ocupó su sitio junto a Antonia, que la esperaba ya mientras escondía sus mechones rubios bajo el pañuelo anudado a la nuca.

—Qué hambre tengo —María sentía una succión desde la boca del estómago y un leve desmayo—. ¡Se me ha olvidado el almuerzo!

—Carta de Pedro, ¿a que sí? —Su amiga le dedicó una sonrisa picara.

—Bien que lo sabías ya, ¡bandida!

El turno dio comienzo y las dos se concentraron en su faena. Los cilindros incandescentes avanzaban sobre los rodillos con indolencia, como píldoras encendidas y ciegas, el estruendo de las máquinas no las dejaría charlar hasta el final del turno.

Leería después con su amiga la carta entera, parándose en cada frase que ofreciera un punto oscuro y las animara a especular si la quería de veras o escribía para tapar algún pecado, alguna frescachona que se le hubiera cruzado celebrando alguna victoria a golpe de porrón. Rabiaba de celos e interrogaba a su amiga sin descanso, pero no le confesaba que ella había vuelto a soñar con Rico y su sonrisa cautivadora, sus manos sedosas, las visitas al espigón de las que nunca escapaba antes de despertarse con la respiración entrecortada y la piel estremecida. Se decía por el pueblo que había sido cogido en una checa, muchos anarquistas caían en manos del partido comunista y desaparecían sin

dejar rastro, a menudo dudaba si debía echarle una mano, acudir a las oficinas del partido a investigar.

Meditó absorta mientras se hacía crujir los dedos, el capataz pronto le llamó la atención con un gesto y ella atendió a las piezas que rodaban delante de ella. Sobre los rieles, el tren desbastador maniobraba como un animal amaestrado pero terrible, sus cinco metros de altura lo hacían parecer más dueño del hombre que a la inversa.

De pronto, una vibración ancha y profunda empezó a recorrerle la punta de los dedos. Levantó la mirada hacia Antonia y encontró a su amiga detenida y perpleja, con las manos suspendidas en el aire.

—¿Qué es ese ruido, Carmelo?

María esperó que su capataz supiera localizar la avería, escuchó estúpidamente el ronroneo que crecía grave y mecánico y le miró expectante. Pero el sonido se acercaba, se hacía más poderoso, ya eran todos los operarios los que paralizaban el gesto y miraban al cielo atemorizados.

Una escuadrilla fascista avanzaba inexorable hacia ellos y varias mujeres abandonaron su puesto entre gritos para agolparse en la salida.

El sonido de las hélices era ya un cosquilleo por todo el cuerpo pero María no pudo moverse o gritar, el dolor de su

cicatriz empezó a tironearle de abajo arriba y Antonia la había agarrado de la mano, la arrastró hacia el hueco de la escalera aunque María ya se había ido lejos, muy lejos, había vuelto a Puerto Escandón y le zumbaban los obuses de aquella mañana de agosto, un sitio al cubierto y su pierna preparada para un nuevo impacto de metralla, gimió de dolor ni recordarlo pero se acuclilló obediente junto a Carmelo y Copió su postura a ras del suelo. Las manos, de puro instinto, iban solas a cubrir la cabeza.

La trepidación de los motores avanzó por encima de la fábrica, su vibración implacable llenaba el amanecer en los ventanales. Antonia rompió a llorar de una forma blanda, amortiguada, podía sentir cómo se estremecía detrás de ella. Alargó su mano y apretó la de su amiga como había hecho ella en Puerto Escandón, aquellos aviones acercándose habían sido al final un sonido aliado y el rumor regular de los motores la esperanza, el puño en alto al poco de incorporarse, un cielo amigo.

Apretaron las manos sin mirarse. En ese momento, una explosión violenta pareció elevarlas por encima del suelo. El edificio tembló, las luces parpadearon, los cristales se quebraron y cayeron al suelo. Una confusión de gritos y vidrios rotos les llegó desde la nave vecina antes de escucharse un nuevo silencio. Una fachada cayó con un

estruendo sordo en la entrada y María empezó a toser perdida en una nube de polvo.

Marzo de 1938. Checa de la calle la Paz, Valencia.

—Mire, se lo voy a contar porque parece usted un zorro de los de buen hocico, que bien sabrá encontrar a ese traidor de Rico, ¡aunque haya que ir a buscarlo al mismísimo infierno!

Rebollo escupió en el suelo y se caló la gorra de plato con la estrella roja sobre la visera. Ahora le llamaban «el Puños», porque en los interrogatorios se servía de un guante de boxeo que había encontrado en los escombros del barrio de Ruzafa. El comandante Kirov estaba expectante y él se sabía hacer de rogar, sentía la mirada glacial del ruso mientras hurgaba sin prisa en el bolsillo de su guerrera.

—Aquello fue muy sonado en todo Sarrión, ¡lo que yo le diga! —Rebollo extrajo la cajetilla del papel y extendió una hoja con sus dedos engarrotados de frío—. Fue la última vez que estuve con Rico en la Guardia Móvil liquidando fascistas. Sacamos a un cura cebón, un tal Bertolín, que esperaba su hora en el comité local, y a dos o tres seminaristas temblones y flacos que le seguían sorbiéndose los mocos...

Un alarido les llegó desde el fondo del pasillo y Rebollo hizo un silencio involuntario. La checa de La Paz era una de las más activas de Valencia y tenía sus celdas de tortura a reventar. Los comunistas detenían enfebrecidos a todos los que les parecían poco adeptos al partido torturándolos hasta la eliminación final, que ejecutaban con mano firme entre los hangares de la Estación del Norte o al pie de una acequia desierta en el filo de la madrugada. Rebollo prometía ofrecer pistas para la detención de Rico, anarquista sospechoso al que se acusaba de traición y pertenencia a la Quinta Columna, los fascistas que operaban veladamente en la zona republicana. Rebollo meditaba con la boca semiabierta mientras se quitaba la roña de una uña, la metralla de la guerra le había dejado un ojo a la virulé.

—¿Cómo supo que Rico pertenecía a la Quinta Columna, *camarrada*?

El agente ruso se encajó las gafas de concha y cruzó las piernas sin que su traje de alpaca pareciera arrugarse. Dominaba el idioma y conocía al dedillo el teatro del Siglo de Oro, pero sus años de vida en Argentina le conferían una chocante mezcla de acentos.

—¿Tenés *pruebas*?, supongo que te habló alguna vez de Trotsky...

— Como se lo estoy contando, yo del *Trosqui* ese no sé decirle, pero de zorros y de cerdos entiendo bien, que ya desde chico lo tuve claro, ellos contra nosotros, y el Rico era tan gorrino como esos dos curillas esmirriaos y el mosén Bertolín que sacamos al paseo. Fue la última vez que estuvimos juntos en la Guardia Móvil. —Rebollo juntó un montoncito de picadura sobre el papel y lo moldeó con sus manos toscas como manoplas, la punta de la lengua asomaba en su gesto concentrado—. La noche estaba clara y el chucho del comité, que le sacamos Bakunin, ladraba como un demonio de camino a la tapia del cementerio. Qué instinto el animal, estaba enseñado al olor del cerdo y los calaba enseguida, ¡no se figura usted el buen zorro que era!

Kirov le alargó un encendedor de plata y la llama apareció con un chasquido, su cabeza afeitada brilló un instante en el resplandor. Rebollo, que por fin había liado el cigarro, pegó una primera calada y asintió con la cabeza.

—El Bakunin, qué bestia era... —Se borró por un instante en la nube de humo—. Y al Rico no le tenía en mucha estima, qué más prueba que esa. Además, era un jefe de mucho remilgo con las órdenes. Aquella noche me iba soltando a lo bajo lo que él llamaba el procedimiento: Rebollo acuérdate, el tiro de gracia y a la fosa. Desde lo de Mora, que me vio comerme las orejas de un cura, andaba molesto conmigo y me llamaba criminal, me dijo que aquello había sido un

contradiós sin fundamento ¡aquellas palabrazas tenía, recontra!

—¿Cuándo pasó todo esto? ¿*Recordás*?

—Pues qué le diré yo, me figuro que sería el año pasado para estas fechas, porque estaba la noche que congelaba al diablo. Caminaban los cerdos de curas delante y les oíamos una letanía que era como un zumbido de serpientes, que poco a gusto los hubiera aviado allí mismo para no sentir su canguelo beato. Y yo andaba con los huesos lo mismo que si fueran carámbanos de hielo, ¡qué frío hace en la sierra, carajo!, casi lo mismo que en este sótano del demonio...

Kirov sonrió y se inclinó hacia la mesa con una mueca de falsa solicitud, le acercó un vaso y la botella de vodka. Una nueva salva de gritos llegaba desde el pasillo seguida de un desplome sordo con el que el suelo reverberó. Kirov se reclinó en su asiento y cruzó los brazos.

—Intentá ser más concreto, *camarrada*.

—Tiene usted razón —Rebollo se llenó el vaso hasta el borde vaciándolo de un trago rápido—. Que me pierdo en una retahíla de asuntos que no vienen a cuento, no estoy estudiado como usted y me cuesta trabajo referirle la historia como toca. —Hizo una calada profunda y continuó: El caso es que esa noche yo me di a entender que el Rico era un quinta-columnista. Verídico. No habíamos llegado a la

tapia del cementerio, pero el Bakunin armaba tanto escándalo que algunos vecinos alargaban el pescuezo por la ventana para ver qué se estaba cociendo. El Rico nos metía prisa a todos y azuzaba al perro para que callara, pero el animal iba a la contra y aullaba más todavía.

Rebollo apuró y escupió el cigarrillo, después lo aplastó con la bota y se ensañó un momento como si fuera un insecto.

—A la cuenta, que ya con los curas fuera del pueblo, en la fuente del Cubillo nos encontramos a la Muchachona, a Vicenta «la Cueta» y a la Melchora, con cara de pocos amigos. Le tenían ganas al tal Bertolín porque había denunciado a sus hijos cuando los nacionales y el mosén nada más verlas no quieras saber cómo le mudó la tez, que se quedó sin habla del arrechucho.

—¿Qué hiso el sospechoso entonces?

—Ahí voy yo, que me cogió en un aparte y me dijo que no quería bullas, que las llevara escoltadas de vuelta al pueblo sin rechistar. Pero la Cueta, que era muy suya y se arrebatava enseguida, al entender que el Rico se las quería quitar de en medio empezó a insultar al mosén y a tirarle piedras, el más flaco de los beatos con una brecha en la frente que a poco le salen los sesos. Antes de que me quisiera dar cuenta, el Rico que las encañona y aquellas que empiezan a gritar, ¿se lo figura? —Rebollo se llenó el vaso de

nuevo y apuró la botella—. Estaba con ellos, del lado de los curas, ¿no me entiende? Las encañona y les suelta que se retiren a casa, que estábamos en misión oficial de traslado y que pronto pasaría el coche del sindicato. —Bebió un nuevo vaso de vodka y calló un instante, el cuerpo se le estremeció como si hubiera tragado una tea ardiendo—. El muy ladino, calladico que lo tenía, esta noche no hay jolgorio, señoras, les dijo, y qué coche del sindicato ni qué niño muerto... ¡Quería estar solo con los curas para pasarse a los nacionales!

Rebollo se limpió con la manga de la guerrera y miró al soviético directo a los ojos, Kirovno pestañeó.

—El Rico era un fascista camuflado, más claro agua, y me hizo un quite para que me las llevara de vuelta al pueblo y no vieran el pastel. Pero yo que no me daba la gana, el mosén y él se sonrieron y ahí vi yo lo cerdos que eran todos. Así que me entró un repente y disparé hacia el Bertolín que era blanco fácil y luego cargué contra el resto de curas para acabar de una puta vez. El Rico se quedó pasmado y empezó a blasfemar, que si demonio de anormal, que si me iba a hacer un consejo de guerra... Pero esos tres cerdos ya no cruzarían el Frente y yo le dije: ¡despacico conmigo, eh! Que no me lo cargué allí mismo porque el Mariano y el Pataqueta ya paraban donde nosotros preguntando qué había sido, así que no pude matar a esa sabandija...

Un par de guardias arrastraban a un preso tras el interrogatorio. Desmayado e inerte dentro de su pijama, las piernas le colgaban descoyuntadas y un hilillo de sangre que le caía de la boca dibujaba el camino hacia su celda.

—Se conoce que a este lo han dejado inútil —bromeó Rebollo buscando la complicidad de Kirov, pero este le mantuvo la mirada sin mover una ceja.

—En fin, lo dicho. —Los hombres desaparecieron en un silencio protocolario y el arrastre de los talones sonó con un chapoteo sordo al pasar por los charcos—. Y lo mejor de todo fueron las tres mujeres, ¡menudas hembras! Cayeron sobre los muertos como a cuchillo y como no encontraron nada que sisar, que ya nosotros les habíamos requisado los crucifijos y las cadenas de oro, la Muchachona, que era una rapaza, le quitó las alpargatas al mosén y se las puso para bailar encima del fiambre, figúrese qué trazas, una jotica entera se bailó la muy peregrina, y el mosén con los ojos abiertos como una marioneta, ¡si casi parecía que la viera!

Agosto de 1938. Cieza, Murcia.

— No sabes qué ametralladoras tiene el enemigo, María, ¡tres máquinas por caza!

Pedro había llegado a Cieza en su primer día de permiso y había estado esperándola a la salida del taller hasta agotar todo el tabaco que traía. Con los nacionales ya en Almenara, la fábrica se había trasladado a esta ciudad murciana a orillas de El Segura y ella había venido con su padre a mantener la retaguardia en marcha.

— Hay que parar el avance en la zona de Levante, operamos desde Reus, Sarrión, Liria y otras bases, enlazando con el Ebro a cada rato, que está siendo muy reñido, ¡un infierno de cojones! Pero nuestra unidad la manda Zarauza, que es un as, y contamos ya con diez derribos, seis confirmados y el resto probables, sobre todo Heinkel, nuestros viejos cacharros son más rápidos que los suyos... Han sido días frenéticos, ¡hacíamos hasta cuatro servicios diarios!

Paseaban junto al río cogidos de la mano y María lo miraba intimidada bajo la chaqueta de cuero que le había pasado por los hombros y que olía a combustible de avión, se preguntaba por qué había tardado dos años en ir a verla.

—Al pobre de Blas, mi camarada, le cosieron a balazos a punto de volar una batería enemiga, los ojos le han quedado abrasados...

Se entretenían de vuelta al pueblo, una nube de mosquitos silenciosos hacía dibujos sobre la orilla y flotaba sobre el aire diáfano de julio. Pedro le había traído barquillos y ella los masticaba despacio mientras lo miraba, quisiera que le durasen un día entero, que no llegase el momento en que él callaría y le preguntaría si ya no estaba con Rico. En sus cartas desde Rusia, ella siempre acababa muerta de celos y no encontraba el momento de confesar cómo había acabado todo, prefería responder con una retahíla de anécdotas que la pintaban libre e indomable, tal cual la despidió aquella mañana en la plaza de toros, cuando la guerra aun parecía una caseta de tiro en una feria.

—El tercer motor del Junker está bajo la torreta delantera, ahí solo tiene un ametrallador de cubo que tira entre las ruedas, ¡no puede defenderse por la proa! Por eso hay que lanzarse desde arriba y atacar...

Pedro hablaba sin parar, escenificaba el vuelo de los cazas con las manos y casi parecía escuchar de nuevo las ráfagas de la ametralladora enemiga. María le escrutaba y podía detenerse en la sombra azul de la barba incipiente, en las ojeras profundas, en la expresión grave que se le había fijado en el rostro y que antes no estaba. Necesitaba encontrar a

su Pedro dentro de ese Pedro. O quizá fuera ella la que no se reconocía, podía haber perdido lustre bajo las bombas y, aunque el capricho de la guerra volviera a poner a Pedro delante, un brillo mate envolvería quizá todas las cosas. Él continuaba su relato, jactancioso, y ella estaba a punto de sentir ternura de su afán por impresionarla.

—... Lo malo fue que el otro trimotor nos alcanzó por la popa y menos mal que nuestro cacharro aguantó hasta la base, ¡solo nos quedaba combustible para un cuarto de hora!

Veía a un teniente de aviación menos alto de lo que recordaba, un aviador rapado y ojeroso que caminaba junto a ella y le contaba batallas con la voz de Pedro, la voz que la llevaba por los aires si ella cerraba los ojos y borraba la chaqueta de cuero, la pistola, la estrella roja en el gorro, su timbre envolvente, radiofónico. En la puerta del taller se había descubierto la cabeza y había avanzado hacia ella con sus zancadas largas y elásticas, pero ella había tardado en ver que era él, Pedro Leceta, el socialista flaco y bienpensante, su Pedro. Si no la hubiera llegado a abrazar en ese momento, él hubiera notado que estaba sin habla. «Ratita pelada, qué flaca estás.» Y sin color en la cara.

Ahora caminaba perpleja a su lado. Había pasado dos años aprendiendo sus cartas de memoria, buscando su olor entre líneas, su calor, su huella, un año deseando ese abrazo y ahora no sabía quién la cogía de la mano. Tenía una docena

de ellas, cartas opacas, estilizadas, cargadas de hipérboles para sacarle los colores, pero que la dejaban fuera de su pulso real, excluida de sus rutinas y sus apuros, sus peligros y sus triunfos, sin poder acercársele tan cerca como lo harían las mujeres del frente o las de aquel pueblo de Rusia, que sonaba tan raro que parecía inventado. Siempre prometía visitarla pronto y ese pronto se estiraba penosamente como los partes de guerra en la radio.

—... No se lo creían cuando salimos de la carlinga ¡ni un rasguño!

Apuraban la tarde junto al río y sus pasos enfilaban hacia las últimas casas del pueblo. Dormirían juntos cuando anocheciera, lo sabía su cuerpo estremecido, debería desearlo pero aun lo temía más de lo que podía disimular. Masticaba despacio sus barquillos como si en el último bocado fuera a tragarse el mismo sol sobre el horizonte y le sonreía en silencio.

Le habían ascendido, tenía una patrulla al mando y pronto sería jefe segundo de su escuadra. Cuando miraba los galones cosidos a su bolsillo, no podía evitar preguntarse si habría habido muchas en sus brazos, mujeres más hechas que ella, desenvueltas, experimentadas.

De pronto Pedro se había detenido y callaba mientras la miraba. El último barquillo aun era una pasta en la boca

cuando ya le alcanzó un beso largo y acuoso, Pedro que volvía a ella como una marea lenta, templada, la misma que aquella mañana de julio en la plaza de toros, había vuelto su calor y sus peces alegres en la lengua, vibrantes y huidizos igual que ella misma, que se apartó enseguida de su abrazo.

—Tengo café, si me besas otra vez así, te invito.

—¿Café? ¿De veras? —María apenas pudo disimular su alegría—. ¡Dios mío, café!, ya casi no recuerdo cómo sabe...

—Además es americano.

—¿Americano? ¿Dónde? ¿Dónde lo tienes? —preguntó mientras hurgaba en los bolsillos de su chaqueta y reía.

—Calma, calma —bromeó Pedro, que intentaba sujetarle las manos—, me lo dio un brigadista que volaba conmigo en San Javier, si quieres le pido a la patrona el hornillo y nos hacemos dos tazas. —Le guiñó un ojo—. Ven, anda, ¡será nuestro banquete de bodas!

María asintió y se dejó coger de nuevo la mano. Pediría otro beso, uno que no se acabara nunca, pero no podía resistirse a otro barquillo, la boca se ponía pastosa y las láminas crujían de una forma que invitaba a morder de nuevo. Era como traer otra vez San Juan a su boca, la verbena en la que quiso besarla por primera vez, todo estaría por empezar y esa ilusión era una trampa fácil, invitaba a olvidar la guerra,

el dolor de la metralla, la incertidumbre, sus cartas. Aquella tarde en la que él le había puesto un fusil de feria en las manos y ella no atinaba porque le temblaba el cañón, ¿dónde se habría ido ese temblor? Recordó a Rico y los días que pasó con él como un torrente, temblando siempre como una hoja, quizá fuera imposible entregarse de nuevo de esa manera.

—Si la patrona pregunta, le diré que eres mi mujer.

Sonrió y siguió caminando a su lado, Pedro ya no le preguntaría por Rico ni por ningún otro, eso le impedía a ella pedirle que le hablara de las mujeres rusas, las madrileñas, las de cada base aérea. Sintió un nudo en el estómago, necesitaba tanto otro beso que debía llenarse la boca de crujidos y no perder el calor de su mano, las zancadas de Pedro eran basculantes y amplias, le gustaba comprobar que aun caminaba como siempre. Ya casi era Pedro el que había vuelto, el socialista desgarrado que la miraba de forma paternal y le escribía puntualmente. Atravesaron las primeras calles y María pensó en las veces que ya lo había hecho su amiga: milicianos, camilleros, hasta un practicante del Socorro Rojo en una ambulancia de Sarrión. Antonia le había contado detalles hasta sonrojarla.

—¿Qué dirá padre si me retraso? —María se turbó y agachó la cabeza al llegar a la pensión España—. Su turno termina ahora.

Su padre y ella vivían juntos en un barracón junto a los talleres. Cuando la había visto marchar con Pedro, Manuel había preguntado si andaría de vuelta por la mañana y lo había hecho con una sonrisa cómplice que no le había gustado nada. Ofendida, había contestado que no y ahora sentía que había sido una estúpida.

—Déjate a tu padre, que estaba de buena guisa cuando nos despidió...

La pensión era la última casa de la plaza España y él le hizo un gesto de invitación con la mano. María alzó las cejas y le miró un largo rato mientras se mordisqueaba el meñique. Después, zalamera, se ciñó bien la chaqueta y se encaminó a la puerta con paso decidido. Pedro se sonreía, apuró el cigarrillo y lo tiró al suelo antes de seguirla.

—¡Pero si esto está manga por hombro!

La habitación era pequeña pero luminosa, las persianas de madera dejaban entrar el último sol de la tarde en bandas horizontales y rayaban la pared donde descansaba un escueto cabezal de forja y una mesilla. En el extremo contrario, la maleta abierta sobre una silla rebosaba de ropa arrugada y periódicos, rompía la desnudez del cuarto.

—Déjate de gaitas y acércate, desde esta ventana se ve el melocotón y el río, ¡y hasta la misma ermita!

Pedro descorrió la persiana con un rasguído que sobresaltó a María. El atardecer inundaba el cielo de malvas y granates apagados, el campo ondeaba hacia el horizonte y los melocotoneros alargaban su sombra en filas ordenadas. María se acordó entonces de Blas, el ametrallador que había quedado ciego bajo las rachas de un caza alemán, Pedro no había parado de hablarle de él en todo el paseo. Ahora, mientras lo pensaba, ella podía ver cómo el paisaje se suavizaba y se entregaba en paz a la noche indistinta, una noche más en la línea del tiempo.

—¿Tú... crees que a Blas le gustaría ver todo esto?

—¡Diría que los olivos de su pueblo son más bonitos! Pero tiene los ojos abrasados, no iba a ver nada, esos cabrones de Junkers tienen unas ametralladoras que barren sin parar...

María cruzó los brazos y se abstraigo de Pedro y sus batallas en el aire, el sol se hundía en el horizonte con un resplandor sereno como cada día y ella quisiera esa paz para sí, la paz de la roca, del musgo, de los surcos donde crecían los frutales hubiera tregua o hubiera combate, embebidos de vida, de esa luz que moría entonces por unas horas. Era un sol tranquilo que no salía para ellos.

—... Pobrecico, el Blas, si es un zagal como tú, yo le leía las cartas de su novia y él lloraba porque no iba a volver a verla, un día le escribe desde Villarobledo y va...

Pedro la abrazó por detrás y calló de pronto, María había empezado un llanto sordo y la sintió estremecerse contra él. La volteó por la cintura y le levantó el mentón muy despacio para verla, no le había enseñado nunca una lágrima. Lo miró fijamente mientras él le secaba las mejillas con el dedo y recorría su cara después, su nariz chata y enrojecida, el arco de las cejas, los pómulos mojados que se juntaban en la boca fruncida.

La besó en la boca. Ella cerró los ojos y el llanto seguía ahí, seguía Pedro y la boca de Pedro y los ojos abrasados de Blas también. Entonces la besó en el cuello y la empujó suavemente hacia el borde de la cama, donde ella se sentó con una obediencia que parecía la obediencia de los sueños, soñaba que estaba despierta y que Pedro la besaba en una habitación pequeña frente a un valle lejos de casa, lejos de la fábrica y del sonido de los bombarderos, la besaba y ella cedía como una marioneta de madera, el cuello, el escote, el ombligo, las manos de Pedro eran torpes y a la vez decididas, ella soñaba que la asustaban y la excitaban a la vez. El sonido de la calle se amortiguaba a medida que la noche iba dejando la habitación a oscuras y ella escuchó el aliento de Pedro tan agitado como sus manos, la tocaban y la definían como si su piel naciera detrás de esa caricia, su cuerpo surgía y se dibujaba y era el pecho estremecido y la suave pendiente hacia abajo, el ombligo hundido hacia sí y más lejos aun, la prominencia de la cadera y el sexo como un

resorte oscuro que la obligaba a doblarse y buscar enseguida su abrazo. En un momento ya respiraba todo él encima de ella y era un peso y era un ahogo pero también era un extraño cosquilleo que le había borrado la pesadumbre. Pronto Pedro estuvo ya en ella y entonces sintió que la respiración se le paraba un instante, o lo soñó, lo imaginó, lo vivía la muñeca o la que soñaba que era una muñeca y ya no había nada más, ya no estaba la habitación ni el valle ni la fábrica, solo el somier que rechinaba, los muelles eran un vivo escándalo y la respiración de Pedro se acompasaba a la de ella, Pedro y ella, Pedro o ella, los dos rodaban y se abrazaban y se lamían la piel hasta quedar hechos un solo ovillo. Antes de que pudiera saber qué había pasado él aflojó los músculos y la besó despacio en la cara, la atrajo hacia sí y se entregó a un sueño plácido que ella solo podía observar como el que mira a un extraño.

·1941·

Escarcha de tus días

Junio 1941. Convento de Santa Clara, Valencia.

La cebolla es escarcha, cerrada y pobre. Escarcha de tus días y de mis noches.

Todas se inclinan sobre su cuaderno y escriben al dictado, María las corrige con paciencia. Pepita levanta la vista hacia la monja y después hacia María, ahoga una risa infantil mientras sor Visitación sigue su ronda cerca de la capilla, donde no puede oírlas.

En pleno junio ya pueden hacer el taller de lectura fuera del refectorio y a veces hasta corre una brisa suave que hace volar las cuartillas hasta el musgo seco que amarillea en la tapia, todo se arremolina y se mezcla sobre las piedras que calienta el primer calor del verano. Cuando la monja está lejos, abandonan la lectura del Ecclesiastés para recitar a los poetas del 28, Lorca, Alberti o Miguel Hernández, que los familiares intercalan de forma clandestina entre las páginas del texto religioso. El réquiem escapa por la puerta de la capilla, las mujeres del coro también se entregan a su tarea. *Hosanna in excelsis*. María se hizo llegar el Cancionero

mezclado entre las páginas de una vida de San Vicente y ahora aprenden los versos de memoria.

Ha pasado casi un año desde que empezaron las clases y el grupo, aunque desigual, tiene ya una gran soltura. Barrachina, la Colorada y Vicenta han hecho mucho esfuerzo, porque pasan de los cuarenta y no tuvieron escuela, Pepita, sin embargo, ya daba mítines por los pueblos antes de sus 18, su padre también tenía don de palabra.

—¿Quién tiene la vez? —María ofrece su libro abierto y las interroga con la mirada—. Continúa tú, Pepita.

La Doñate también lleva grupo de letras los jueves, con María, pero hoy está castigada porque se encontró el Mundo Obrero bajo su petate en el último registro. Elegirán entre todas los mejores versos para colárselos por el ventanuco al final del día.

En la cuna del hambre mi niño estaba. Con sangre de cebolla se... ¡amorataba!

—¿Estás segura, Pepita?

—Se a-mo-ra-taba la sá-bana con la san-gre de... ¡Cristo! Yo, el Predicador—Pepita improvisa de pronto sin cambiar el tono de voz—, fui rey de Israel en Jerusalem...

Calla un instante, el tiempo justo para que todas levanten la cabeza asustadas y encuentren a la monja detenida, complaciente, su mirada beata de ojos entornados y una sonrisa tibia en la cara. Pepita le sonríe y carraspea antes de seguir, la Colorada se suena la nariz de forma aparatosa y agacha la cabeza a su lado, el color le ha subido a la cara y no quiere que la monja lo vea.

—Continúen, continúen, no se entretengan, es un placer escuchar sus avances con el Eclesiastés.

—Vanidad de vanidades —Pepita sigue improvisando, elige un tono ampuloso, casi cómico—, vanidad de vanidades todo es vanidad. —Alarga las sílabas, evita las inflexiones de voz, suena tan monótona que pronto sor Visitación se aleja para una nueva ronda. Cuando est  ya bajo la tapia, la Colorada protesta.

—Casi nos coge, María, si me toca a mi hoy no lo cuento. —Tira el pañuelo al suelo y señala a Pepita—. ¡Yo no soy tan buena farsante como esta!

Frunce el ceño y el ojo izquierdo, que perdió de chica cuando cayó en un brasero, casi se borra por completo en la cuenca oscura y quieta. El ojo de la Colorada es como una isla muerta en la viveza de su rostro cetrino, hace estremecerse a todas las mujeres cuando se enfada y ahora la cara se le ha

incendiado, no quiere seguir jugándose el tipo por unos versos.

— Se amamantaba, a-ma-mantaba Pepita, continúa anda. -María se frota el mentón con el pulgar y el índice, finge [ignorar la protesta de la Colorada—. Con sangre de cebolla, hala, sigue con el verso para que lo oigamos todas...

La banqueta de la Colorada suena de pronto y cae detrás de su dueña, que ya se aleja con su cuartilla rota en dos. *Hosanna in excelsis*. La monja camina de espaldas al grupo y María vacila un momento antes de ir detrás de su compañera, deja que las voces del coro llenen la pausa que se ha abierto con su desplante. Después saca su último pitillo y desatiende las miradas de su grupo que la interrogan. *Agnus dei, quitolis pecata mundi*, los agudos llegan amortiguados desde la capilla pero aun les llegan a tensar los nervios a todas.

—Sigue tú, Pepita. —María se levanta por fin, necesita fumar para aclarar las ideas—. Cuando se os antoje, escribís en mi cuartilla los versos que más os hayan gustado.

La Colorada se ha sentado en una esquina de la tapia y rasga con obstinación los pedazos de su cuartilla, que menguan en cuatro, en ocho, en doce. Los versos de Hernández se van fracturando sin remedio, María ha conseguido fuego y se sienta en silencio junto a ella.

—No quiero sermones, Jabalina, ¡estoy hasta la coronilla de vuestra cháchara revolucionaria!

El sonido del papel rasgado subraya sus palabras, las mujeres del coro han terminado de cantar.

—Yo también estoy harta, compañera, solo venía a fumar este pitillo tranquila. —La mira solícita—. ¿Quieres?

La compañera detiene su frenesí con el papel y se queda mirando la puerta de la capilla con aire ausente, el coro baja los escalones en fila ordenada.

—¿Si quiero fumar? —Se gira y la mira apretando la mandíbula—. ¿Sabes lo que quiero, Jabalina? Quiero salir de este agujero podrido, ¡rediez! Eso es lo que quiero, no me valen tus tontunas de hombre y tus palabras de hombre, ¡sarta de mentiras!, mira dónde nos ha llevado tu palabrería de anarquista, tus... —La voz se le rompe, inicia un llanto involuntario, rabioso—, tus enredos de libertaria...

Una ráfaga de aire imprevista desgrena el moño de la Colorada que sigue llorando con el pelo en la cara. María ahueca las manos sobre el cigarrillo para que no se apague y la mira de reojo antes de responder.

—Es tu elección, no pasa nada, siempre os digo que no consintáis ni Dios ni amo, no voy a ser yo la que os obligue a las cosas. —Tira el humo por la nariz sigue con la mirada una

gaviota, que cruza el cielo alto—. Si quieres no vengas a lectura, eres libre, que no es otra cosa que lo que yo os enseño, a ser libres, y en este agujero podrido es donde más se hace notar que una es libre.

La Colorada se despeja los mechones de la frente y la mira, perpleja. Todavía la domina un hipo inoportuno, espaciado.

—Sí, aquí no tenemos nada, mujer —continúa María—, nos han quitado el sustento, la palabra, el calor de los nuestros, es lo que quieren, que no nos quede nada. ¡En tiempos de guerra, cualquier hoyo es trinchera! Lo decía mi abuela allá en Jabaloyas, tu dime a mí qué nos queda, elegir si vamos a obedecerles o no en las ideas, eso nos queda, si les damos perdón o la misma hiel que llevamos en las tripas, ¡que es puro odio! Ese cachito de libertad es lo más grande que tenemos y no nos lo quitarán, Colorada, nos lo llevaremos al paredón o a la perpetua.

La Colorada se estremece y esconde la cabeza ente las rodillas, no ha entendido nada más que el final y lo del «paredón» la hace temblar en amplias sacudidas.

—Está bien, está bien, olvida todo lo que he dicho. Soy una bruta, qué razón tienes, si yo no venía a soltar un discurso. Solo quería que me contaras... que, en fin, me dijeras qué te pasa. —Le coge la cara con suavidad y fija sus ojos en ella—. Porque a ti algo te pasa, ¿me equivoco?

La mujer le retira las manos con violencia y se incorpora para sonarse con el mandil de la falda, María la mira contrariada. En el extremo del patio, sor Visitación hace sonar el silbato para el recuento y las mujeres abandonan ya sus tareas.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que te vayas al diablo con tus palabrazas y tus camelos! Eres una marimandona, ¿sabes? —Le lanza una mirada punzante—. Si no hacemos lo que tú quieres nos retiras la palabra, como hiciste con la Pura, que no quería coser con nosotras la bandera para el uno de mayo y le negaste el reparto del paquete, ¡y sabes que no tiene a nadie que le traiga un cantero de pan!

María se levanta de un brinco y apura el cigarrillo con una calada furiosa, después lo aplasta contra las losas con vehemencia.

—¡Eso no es cierto! ¡¿Quién te lo ha contado?!

—Lo sabemos todas, Jabalina, por eso te hacemos caso con tanta tontuna de libros que nos haces leer. —Colorada se levanta para increparla con el dedo—. ¡Y ya estamos hartas de Jugarnos el pellejo! Tú lo único que piensas es en ser la reina del mambo aquí dentro—. Las lágrimas dibujan reguerones oscuros en sus mejillas, el ojo vivo le brilla con un odio enconado. —Y el día que tu madre te saque de aquí, ¡si te he visto no me acuerdo!

Empieza a trocear enérgica el papel que se había humedecido en sus manos, el canto de Miguel Hernández se reduce a retales, María cede a la provocación y se le echa encima, ambas mujeres forcejean arañándose y tirándose del pelo.

—¡Alto! ¡Alto ahí! —sor Visitación corre hacia ellas con los brazos arriba, toca el silbato escandalizada y los faldones del hábito flamean a su paso haciendo remolinos en el aire.

Colorada ha lanzado los trozos de papel al viento y los versos vuelan violentados, abruptos, sentidos a medias, palabras deslavazadas, volátiles, madeja de papel y rabos de la «p» y palitos de la «a» mientras las dos mujeres se muerden y vociferan con gritos entrecortados. La nana de la cebolla llegará a ras de suelo, más cerca que nunca de la tierra, de las madejas de hilo, del barro seco que dibuja el límite de la tapia y retiene hebras de tabaco escapadas al aire, bolas de polvo, pelusas.

—¡Guardias! ¡Guardias! —Sor Visitación ya está encima y hace sonar el silbato con tanto impulso que una ráfaga de viento invierte los pliegues de la cofia y la convierte por un momento en una cúpula grotesca sobre su cara—. Colorada y Jabalina, ¡¡compórtense o acaban en el calabozo!!

El silbato suena otra vez con más fuerza y de tus días aletea por el aire, algún verso quizá salte la tapia y llegue al lado de

la calle donde lo pueda leer alguien ajeno a la vida orillada de las presas, pobre, cerrada, escarcha de mis noches, alguien que camine tan cerca y a la vez tan lejos de su cautiverio, un anciano de paso enfermo o una mujer absorta y apretada por la urgencia. Un niño tal vez, que trille con su manita el relieve de la piedra en un juego rezagado de dedos sueltos o que dibuje con una vara un surco pálido y efímero en la humedad del muro, una huella inocente e inútil, destinada a borrarse con la primera lluvia de verano.

Septiembre 1941. Juzgado militar número 11, Valencia.

Va a hacer más de dos años que María está detenida sin conocer sus cargos, ha visto a muchas que marchaban al paredón sin saber de qué se las acusaba hasta verse en capilla. Los primeros meses de incertidumbre y violencia se borraron pronto en su mente como si solo hubiera conocido Santa Clara, esa rutina carcelaria sórdida pero previsible.

Vive para la llegada del mes de enero, los dos años que cumplirá su niña donde quiera que esté imprimen una frontera mágica en su calendario, una línea roja donde ubicar lo intolerable, no se puede resistir más tiempo encerrada por unas ideas políticas, sin poder salir a por su pequeña.

Por eso, el día que por fin la llaman a jueces sale del convento con un burbujeo expansivo en el pecho, un estado esponjado, gaseoso, como una marea de esperanza que le sube hasta el cuello. El cielo es plomizo, pero hay un resplandor incierto que obliga a entornar los ojos sin que el sol asome por ninguna parte, como su ilusión misma.

El viaje hasta el juzgado se le hace rápido y perturbador. Esta vez el camión va con la lona abierta y ella siente la amplitud de la mañana sobre su cabeza. Viaja sola frente a un guardia civil que la vigila hosco en el banco de enfrente y María pone sus cinco sentidos en escapar del desprecio con el que la mira. Se ha permitido un pescozón en el muslo cuando ella se aupaba con las manos ceñidas a una cadena y no le ha podido devolver una bofetada. Después la ha empujado con el cañón de su arma sin abandonar esa mezcla de chanza y recelo con el que se pastorea a la última oveja del rebaño, sin completar una amenaza. Menos mal que el jaleo de la ciudad se la lleva pronto y le da tiempo a repasar las calles, las avenidas, fachadas enteras salvadas de las bombas con ventanas ciegas donde la ropa vuelve a aletear sobre tendedores improvisados, solares con dunas de cascotes donde no falta una manada de niños disputándose una radio abollada o algún colchón hecho trizas, árboles de copas altas que también buscan el sol, como ella misma, en el tramo breve de aire libre que le ha llegado de improviso esa mañana. Su madre se pondrá como loca cuando sepa que

por fin la han llamado a jueces, qué alegría que su causa se mueva de una vez, la Virtudes y la Delfina ya hace dos meses que salieron de Santa Clara porque no tenían delitos de sangre, se ve que ningún canalla levantó calumnias contra ellas.

La vida suena, arrastra, rueda sin detenerse con un empuje al que ella no se puede sustraer, le dibuja una sonrisa involuntaria y le permite mirar de frente a la cara del guardia, que la está observando con la boca torcida. De pronto, el escozor de su pellizco late otra vez en el muslo izquierdo, María baja los ojos y gira las muñecas bajo la cadena. El golpeteo del metal contra el banco le hace preguntarse si es justo que el mundo haya continuado adelante sin ella.

En la sala del juzgado, la espera dura tanto que las piernas empiezan a perder el aplomo con el que subió al camión de buena mañana, teme que no le obedezcan cuando el secretario pronuncie su nombre. La china de Pedro descansa en el bolsillo de su falda y ella se reclina hacia un lado para sentirla de vez en cuando, si pudiera amasarla entre los dedos le devolvería el calor que han perdido bajo la bóveda alta del pasillo.

Cuando al fin empieza la sesión, María es introducida en una habitación amplia: delante un pequeño estrado de madera que apenas ofrece protección frente a la mirada severa del

tribunal. Lo forman solo dos militares que la escrutan detrás de un escritorio macizo y la única lámpara que luce sobre sus cabezas ilumina las medallas del más viejo, que no ha cambiado su expresión sobria y permanece rígido en el centro de la sala, como un busto. El joven es enérgico y expeditivo, hojea con rapidez un legajo de folios y vigila su reloj de oro. La estancia es tan amplia y austera en muebles, que María teme que se oigan los latidos desbocados en su pecho.

—A tenor del artículo 457 del Código de Justicia Militar... -Su voz nasal rompe el silencio y suena inflexible, huera, no disimula el hastío propio de quien recita un guión sin variaciones—. Comparece en esta sala el inculpado ante el señor Juez Militar número 17 y será exhortado a decir la verdad en lo que sepa y se le pregunte. —Hace una pausa y le dirige una mirada neutra que María entiende como una invitación—. ¿Se llama usted María Pérez Lacruz, de edad 22 años, natural de Teruel, vecina de Sagunto (Puerto), estado soltera, de oficio labores, hija de Manuel y de Isabel?

María asiente de forma refleja, la velocidad del secretario la ha atravesado como una ráfaga de munición y le impide mover los labios.

—¿Sabe leer y escribir?

—Sí, señor...

El secretario se toma un instante para rellenar su formulario, introduce un folio en su máquina de escribir y el tableteo toma la sala hasta el techo. Mientras tanto, María traga saliva y carraspea, se atreve a sondear al juez que ha empezado a jugar con un hilo de su manga llena de galones. Todos le son ya parecidos, Dapena le daba más miedo en aquellas primeras declaraciones, morada de palizas que la llevaban.

—Ha sido procesada por delito de adhesión a la rebelión. Conteste usted a los cargos que a continuación se relacionan...

María no tiene tiempo para hablar, la lengua se le ha quedado tiesa con ese arranque, «adhesión» ya no es «auxilio» a la rebelión, ¿de dónde lo sacan? Levanta las cejas para empelar una frase, pero el secretario no retira la mirada del folio y casi no respira en su lectura rápida.

—Según los informes que obran en nuestro poder, se ha venido en conocimiento que destacaba usted por su carácter de mujer revolucionaria. Varios vecinos de El Puerto de Sagunto aseguran que perteneció a la C.N.T. y marchó voluntaria a las filas rojas, después de andar por el pueblo vestida de miliciana, llevando pistola y tomando parte directa en manifestaciones de desorden, como la quema de una Iglesia...

María coge aire, de nuevo tendrá que explicar aquel episodio, las aletas de la nariz le tiemblan sin que pueda dominarlas.

—Se la describe como destacada propagandista roja, que profería en muchas ocasiones amenazas y frases duras contra elementos de derechas y de orden. En los primeros días del Movimiento Nacional. —El secretario endurece el tono—. Apenas organizada la Columna de Hierro, ingresó en esta como voluntaria, de donde regresó herida de guerra. Trabajó en la fábrica de El Puerto de Sagunto sin que su familia estuviera necesitada. Posteriormente fue trasladada a Cieza donde continuó teniendo una conducta reprobable y estuvo amancebada durante unos tres meses. —María aprieta en su mano la china de Pedro, cierra los ojos y la siente pegada a su cuerpo bajo la tela de la falda—. Según la Guardia Civil de dicha localidad murciana, allí hizo gala de haber cometido diversos desmanes, entre ellos el de haberse comido las orejas de un sacerdote...

—¿¡Otra vez con eso!? —Empuja el estrado enclenque y la madera suena con un quejido lacerante que provoca dentera, las sienes le laten como si tuviera fiebre—. ¿Cuándo van a borrarlo de mis papeles? No sé para que me hacen declarar cada vez...

—¡Silencio! —El juez se incorpora de su respaldo y golpea con la palma abierta sobre la mesa—. Conteste usted solo cuando le sea requerido, una falta más al orden y...

Ha salido de su sopor y la mira contrariado, como a un insecto que irrumpiera en la calima de la siesta veraniega. María ha visto ese desprecio tantas veces, en Sagunto, frente a Dapena, y en Gobierno Civil también, esos ojos que pierden el frío altivo por un momento y se emborronan con el odio, un odio casi empachado, molesto, al punto de un manotazo rápido.

—Los últimos informes recopilados... —el secretario se toma un instante para estirarse los puños de la camisa, María lo vigila aprensiva—, confirman que usted estaba entre los milicianos que tomaron parte del asesinato del alcalde de Sarrión, en el mismo día que la Columna de Hierro entró en dicha villa...

—¡Mentira! ¡Eso es una sucia mentira! ¿De dónde se han sacado algo así? —niega en el aire con las muñecas en alto y siente como las paredes oscilan un poco, las cadenas redoblan el escándalo de su protesta—. Yo llegué mucho más tarde a Sarrión, las sanitarias llegamos después que los milicianos, íbamos la Antonia, de los Leceta, Anita «la Funeraria», su amiga Carmen, la pequeña de «Las Rochas», y una supervisora que se llamaba Matilde, ¡pueden venir aquí

a decírselo! Venía también la Rita, hija de una tal Dolores que hacía la compra para el hospital, en El Puerto...

—Señorita, si no calla ahora mismo me veré obligado a interrumpir ahora mismo la sesión, ¡es intolerable! —El juez se endereza las solapas para subrayar sus palabras—. Calle y escuche.

El secretario no ha levantado los ojos del folio, espera con una mueca de fastidio y cuando comprueba que el silencio se abre detrás de las palabras del juez, carraspea y sigue.

—Le acompañaban en esta actuación y en otras igualmente graves Sánchez, Pancha Caro y el Negro...

La cara del secretario se le empieza a desdibujar en un borrón impreciso, los ojos del juez han desaparecido y el brillo de sus medallas también, solo están esas agujas que le atraviesan las sienes y la falsa seguridad del estrado, que no ayuda mucho sobre un suelo que oscila como la cubierta de un barco. Todo está pasando, por desgracia, es miércoles por la mañana y rondan las once.

—... También declara el testigo alias «Rebollo» que era usted quien intervino en la Puebla de Valverde en el asesinato de un diputado de la provincia de Teruel, lo sabe el testigo «Rebollo» por habérselo contado el «Anarquista pobre», quien se enteró en el comité de la Puebla... —María debería estar ahora en el patio de Santa Clara, para el recuento de

las once, pero sigue aquí, con un dolor punzante en la nuca, ¿de dónde ha salido el canalla ese de «Rebollo»?—. Esta banda de forajidos acudía a todos los pueblos donde les avisaban los miembros de los comités locales. —A María se le agolpan imágenes rápidas en la cabeza, destellos de aquel día con Rico en Sarrión, la suficiencia de sus ojos castaños, las botas recién cepilladas, aquel pitillo hasta la plaza y el sillón alto en el gabinete del Ayuntamiento. Sus hombres dormitaban por la plaza y la acariciaban con esa mirada vidriosa... Y asesinaban a las personas allí detenidas, incluidos tres sacerdotes de la provincia, robando después todo lo que podían.

El secretario hace una pausa por fin y traga saliva, la mira con displicencia y lanza un vistazo a su reloj de pulsera.

—Leída la presente, la inculpada deberá declarar si está de acuerdo con el contenido del exhorto o si desea hacer alguna declaración. Sea breve por favor y límitese a afirmar o negar los cargos referidos.

El secretario cuadra los folios en silencio y se oye un moscón que tropieza una y otra vez con la claridad de la ventana. ¿Qué ha pasado? No es posible que... no le suena de nada ese tal «Rebollo», quizá la viera aquel día que Rico la llevó al despacho, ¡Santo Dios! Esos miserables se la han jugado, ¡si hubiera sabido!

—Yo ni siquiera conozco a ese tal... «Rebollo», ¿de dónde lo han sacado?—Se acerca más al estrado por si no la oyen bien, el juez no ha movido ni una ceja—. Estuve unos días en Sarrión y no le vi, ¡no hice nada de lo que me dicen, rediez! Enseguida me llevaron herida a Valencia... No salíamos de la enfermería, teníamos mucha faena con los heridos, ¡figúrense! —El moscón sigue cegado por el resplandor del cielo y no sale de su bucle, golpea una y otra vez la ventana con un sonido eléctrico y breve—. ¡Quien haya dicho eso de mi es un canalla que no sabe ni cómo me llamo!

—Señorita, límitese a contestar sí o no. —El juez se ha hecho con el documento y saca irritado unas gafas de la solapa—. ¿Participó usted en los asesinatos, detenciones y otros desmanes que en el exhorto se relacionan?

—No, señor, no es cierto. —La voz se le adelgaza y niega con los ojos húmedos, se seca torpemente la cara con la manga y las cadenas golpean entre sí—. No participé, ¡es imposible porque estaba en el hospital! Todo eso último de la Guardia Móvil lo escuché contar a la gente del pueblo que pasaba por la enfermería, pero no sé quiénes eran todos esos que ha nombrado, no entiendo cómo a mí...

La Olivetti del secretario reverbera de nuevo como una ráfaga helada de ametralladora, pronto la harán acercarse a la mesa para firmar el documento que el secretario ejecuta con vehemencia.

—¿Tiene algo más que decir?

María niega con la cabeza y escucha la última descarga sobre el folio que llevará su firma. Cuando lo repasa vacilante, siente el impulso de preguntar por los dos informes de buena conducta que su madre ha conseguido de don Severiano y del mismísimo Báguena, que es un falangista de pro, pero el juez ha guardado las gafas y el secretario se ha levantado ya a por otro expediente. Que no tiene nada más que decir termina el escrito, el secretario tamborilea impaciente con los dedos en la mesa, nada más que decir... La china de Pedro no le ha traído buena suerte como pensaba.

—Bueno sí, quisiera añadir...

—No añadiremos nada, Lacruz. —El secretario le alarga la estilográfica coercitivo—. La declaración queda cerrada.

María le mira un momento antes de firmar, no quiere odiarle a pesar de su servilismo, supone que debe llenar varias bocas como hace su madre, como todos en este país que ya no late con el pulso de la sangre, llevan las venas llenas de escarcha como las cañerías del invierno en Teruel. No añadiremos nada porque ella cuenta menos que un número, una marca en una lista, una carpeta que hace adelgazar o engrosar un montón de carpetas, según viaje de mano en mano, papel lleno de palabras que ellos juntan a la buena de

Dios, con lo que a cualquier miserable le venga a la boca, van hilando una trama hueca, una falsa historia que hace bailar las teclas de las Olivetti en todos los despachos, en todas las salas, un tableteo seco de sálvese quien pueda.

—¿Cuándo veré a mi abogado?

—A su debido tiempo.

En este estado, S. S^a suspende la indagatoria, firmando, haciéndolo a continuación la indagada después de leída, ante mí el Secretario, que doy fe.

María firma despacio, con todos los rabos que le enseñó doña Yocasta cuando era chica, a los catorce, aquel curso en que empezó la República.

·1939·

El último fotograma

2 de marzo. Cieza, Murcia.

La guerra agonizaba y con ella el tercer invierno de combates. Pedro se había ido antes de los primeros fríos y antes de que la prensa empezara a llegar con una sola página y con titulares sobre la «paz honrosa» como objetivo.

En Cieza, la primavera pronto se asomaría en las ramas de los frutales, antes aun de que las nubes dejaran de pasar sobre el valle empujadas por un norte húmedo que empapaba la ciudad y convertía los caminos en barrizales.

En el taller se trabajaba en silencio y ya nadie se permitía la charla animada de los primeros descansos, cuando estar a salvo de los bombardeos había dejado paso a un vigor entusiasta, contagioso, que justificaba todos los sacrificios.

Aquella mañana, María se había levantado con la pierna más entumecida que de costumbre pero se lo había negado a su padre al verla cojear. Desde que había repuntado su tuberculosis, ella debía trabajar por él y no se perdonaría

que tuvieran que mandar un jornal menos a casa. Además, en los días de aguacero le gustaba pensar que el tirón de la cicatriz era un aviso de que Pedro estaba cerca, prefería atreverse a una decepción que sentirse sola con su cadera rota.

—Cualquiera diría que no te alegras de ver a tu socialista, ¡cara boba!

La pierna hablaba bien y su padre se lo había confirmado al llegar del taller, Pedro la estaba esperando en la pensión y ella solo perdió un instante en la puerta antes de colgársele del cuello con un grito ahogado.

—No podía, no me atrevía... ¡pensé que no debía hacerme ilusiones! —Venía con el pelo chorreando y se apartó para no empaparle la camisa, en sus brazos le había parecido que abarcaba menos—. En fin, se oyen muchas noticias malas...

—Los ojos de Pedro también la estaban examinando, también comprobaban un rostro más afilado, una oquedad más oscura en las cuencas de los ojos, en los pómulos, entre los tendones del cuello—. ¡Pero has vuelto!

Le besó a pequeños golpes, voluptuosa y pueril, en la boca, en las aletas de la nariz, saltaba por toda su cara con unos besos restallantes, aéreos, chasqueaba los labios en un muac y muac mientras gimoteaba, reía y se pinchaba con la barba

que había esperado tanto. Pedro se dejó empujar habitación adentro y apenas tuvo reflejos para cerrar la puerta.

—Vaya escándalo, mujer. —Intentó taparle la boca, divertido—. ¡Que la patrona no me vuelve a alquilar el cuarto! Ven y sécate la ropa, tengo el hornillo encendido.

María se detuvo y dirigió la mirada a la habitación, un aroma le avivaba los sentidos, llevaba un recuerdo a ajos fritos, perturbador de tan familiar, la nariz estaba viajando a los pucheros de su madre en El Puerto, cuando los sentaba cerca de la lumbre para servir el almuerzo.

—Has tostado algo en el hornillo, ¡Pedro! ¡Qué bien huele!
—Se acercó a la esquina y descubrió una liebre asada con los muñones oscuros, se inclinó para comprobar el aroma y gimió—: Mmm, ¿dónde has conseguido un banquete así?

Pedro la hizo sentar en la cama ceremonioso y le sirvió en su escudilla. Había alcanzado un par de liebres con el mosquetón de camino a Gieza y había tenido tiempo de asarlas en unas brasas con romero fresco cogido por el campo. A la dueña le había entregado la otra pieza en fianza por la habitación y por un par de dientes de ajo a cambio.

—Lástima que no tuviera un poco de manteca o arroz para un caldo —se explayó, complacido—. Tendremos que comerla tal cual, con las manos.

María ya estaba devorando un muslo a hurtadillas mientras le veía trajinar, él se desenvolvía con seguridad trinchando la carne, había extendido la manta en la cama como si almorzaran en el campo y había puesto un chusco de pan oscuro a cada lado, con la petaca en medio. Charlaba distendido con las mangas recogidas por los codos y un jirón viejo enganchado en la cintura, a modo de delantal. Si no fuera por el mosquetón que descansaba en una esquina, María habría podido olvidar que le servía un teniente de aviación. De pronto Pedro calló y la miró despacio, con delicadeza, invitándola a empezar, la hacía sentir el centro de todo el banquete, tan cara como la liebre o los chuscos de pan, la pieza más golosa de su repertorio.

—Yo había empezado ya... —Enseñó su muslo mordido, sonrojada—. Perdona, ¡es que no sé cuánto hace que no como carne! Dejaré esta pechuga de aquí para padre, que está muy desmejorado, ¿puedo?

Pedro asintió mientras pelaba con los dientes una costilla y cuando terminó le acercó su ración, ella la aceptó con una sonrisa tibia. Si fuera posible imaginarlo sin dolor, se abandonaría a la escena que estaban adelantando sus ojos, un par de ancianos que se darían la mano y recordarían lo duro que fue Cieza, la incertidumbre continua, el filo del hambre y de la muerte siempre cerca, dos ancianos que se maravillarían de haber llegado juntos a la vejez y que aun

sentirían un calor grato en las palmas de las manos al juntarlas, que se podrían mirar a los ojos y hablar sin una sola palabra. Pedro masticaba descuidado y de vez en cuando sentía su mirada y sonreía y ella estaba queriéndole de una forma que la asustaba a sí misma, lejos de las siglas y los partidos, de las líneas invisibles que dividían a los hombres, lejos de todo lo que se habían contado hasta entonces y de las instrucciones que se daban para no sucumbir.

—Eres un ángel, Pedro, no sé qué es lo que has visto en mí.

—Pues sí, no sé qué he visto, tú que eres mala remala, el mismo diablo...

Apartó la escudilla despacio y la dejó en el suelo antes de besarle la mano y lamer la última sustancia en sus dedos, comprobó la sonrisa en su cara y siguió lamiendo sus muñecas delgadas, su ropa que retiraba con suavidad mientras ella ya se había dejado tumbar en la cama.

—¿Me querrás siempre? —le dijo cuando tuvo su cara enfrente y el peso de sus dos cuerpos ya hacía sonar el somier[^]. Eres un ángel conmigo, no te merezco...

—Calla boba, hoy no tenemos tiempo para hablar.

Le puso el índice en la boca y la besó con dulzura en el cuello, detrás de las orejas, en los lóbulos. Desde el pasillo se

escurría la voz de Unión Radio como un zumbido lejano pero envenenado, era la hora del parte y todos los vecinos debían de estar reunidos abajo en torno a la dueña. De pronto, Pedro sintió una humedad en los labios, un sabor salado que se escurrió lento desde sus lagrimales. María apretó los párpados y calló, pero la voz del locutor se había venido a colar entre Pedro y ella, el parte de guerra se filtraba por el quicio de la puerta y le recordaba que no tenía derecho a amarle con abandono, que todo su bucle con él se cerraría en unos días y luego vendría ese frío de nuevo, ese dolor que reviviría en su cadera rota y que era su respiración natural.

—¿Por qué no nos vamos, Pedro? Estoy harta de esta vida de perros, ¡vámonos a Rusia y empecemos de nuevo! —Se incorporó y limpió sus lágrimas con la manga, excitada. Pedro la acariciaba y la dejaba hablar—. Estoy harta de tanto odio, mira estas manos peladas de ensamblar munición...

Se fijó en las yemas enrojecidas y pensó en el odio que mandaba en cada pieza armada en la sala de tornos, el odio que enviaba al enemigo a diario, rodeada de pilas de proyectiles, pintando de azul el odio de calibre 75, de amarillo el de 100 o de rojo el de 155. Supo entonces que era a ella a quien le estallaba toda esa venganza, esa muerte que apilaban en cajas de veinte, lo sentía explotar en el frío de los madrugones, en la achicoria amarga y caliente que no

engañaba al hambre, en su cadera herida o en la calentura de padre cuando el médico no llegaba en tres días.

—Todo lo que me rodea es odio, Pedro, ¡odio a quintales! ¡ya no lo resisto más!

Hundió la cabeza en él y lloró mientras él la arrullaba con un vaivén corto, suave. No diría nada porque estaba leyendo sus pensamientos, los dos sabían que la única verdad era lo que estaba pasando entre ellos, un calor y un vértigo que sucedía y no hacía preguntas, no pertenecía al mundo de las palabras que tanto les había dividido en otro tiempo y que empujaba a los hombres al dolor y la destrucción, palabras que eran como ladrillos invisibles en medio de su amor hecho de piel, de corazón en carrerilla, sin trampa ninguna. No diría nada. Explicarse no era dañino en apariencia, las palabras prometían adornar lo que ofrecían las manos, los ojos, la nariz hundida en el pelo del otro. Pero ahora habían caído como un muro encima de ellos y no dejarían nada en pie que valiera la pena.

—Rusia... Rusia está bien, ¡yo aprendí algo de ruso en Kirovabad, cuando el curso de piloto! ¿Sabes cómo se dice «chica guapa» en ruso? —Le limpió los ojos con los dedos y ella sonrió entre hipo— «¡Krasiva devushka!» ¿Y un vaso de vodka?

—¿Cómo sabes esas cosas? —Le dio un tirón de orejas, traviesa—. ¡Me voy a poner celosa!

—En Kirovabad había una escuela muy buena de enfermería, ¡dijiste que no querías quedarte toda la vida de tendera! Con esa cabecita que Dios te ha dado, el ruso lo aprendes tú en un santiamén, prenda mía.

La lluvia resonaba contra los cristales con un tamborileo casi alegre y Pedro se había vuelto locuaz con el estómago lleno y el calor que prometían las sábanas bajo ellos dos. María le observó con el delantal y las maneras de cocinero y sintió que la estaba queriendo como ningún hombre lo había hecho, como Rico no se había ni acercado.

—Cuando consiga el visado nos vamos, ratita pelada, solo tienes que darme un par de semanas más. Vuelve a El Puerto con tu padre y habla con don Severiano para que le atiendan, recibirás noticias mías allí. Tengo un enlace en el puerto de Alicante, ¿lo harás devushka?

María se dejó besar en la boca, vacilante. Hacer planes venía a ser como la carne asada, un lujo al que no debía acostumbrarse con facilidad.

—Sí, claro que te esperaré... —Forzó una sonrisa, las manos de Pedro volvían a reptar decididas por su cintura, se colaban entre los ojales de la camisa y no admitirían un no

por respuesta—. ¡Te quiero tanto! ¿Y si tuviéramos un hijo?
¿Cómo le llamarías?

—Pedro, como mi padre —contestó con la nariz hundida en su ombligo.

—Y si fuera niña Isabel, como mi madre.

25 de marzo. Cieza, Murcia.

En la pensión España, la radio de la patrona ya no podía engañar a nadie: el frente de Cataluña se había desmoronado hacía un mes, las democracias occidentales habían reconocido ya el régimen de Franco y la mitad del Ejército se había amotinado en Madrid contra los comunistas para negociar la rendición con el enemigo.

Una madrugada glacial, María y Pedro recibían la llegada del alba en un abrazo sin palabras entre las sábanas revueltas. Con el tren de las once, él debía irse y el bulto de su macuto permanecía en la sombra junto a la puerta como una amenaza oscura. En la mesilla, el cenicero lleno también anunciaba el final de un paréntesis en el que se habían amado a boca llena, devorando su tiempo juntos a dentelladas, sin más escala que los cambios del cielo rodando tras los cristales. Su padre le reservaba una

regañina tibia, de boca pequeña, por faltar al taller diez días, pero no había venido a la pensión a buscarla y en eso delataba su aprobación callada, una pequeña libertad que se regalaba y le regalaba a ella.

La habitación que daba al oeste se había convertido en un hogar efímero y ella repasaba ahora las cuatro paredes con un nudo en la garganta. En los días que habían pasado sin salir, María había empujado el cabezal hasta la ventana, había robado un brasero del piso de abajo y había extendido un par de recortes de Liberación por la pared.

—Sería tan bonito seguir aquí, mira el hornillo: era de color plata cuando lo trajiste y ahora está renegrido de tanto hervir achicoria, un día casi te quemo, ¿te acuerdas? — Sonrió, el pasado le resultaba más tentador que lo que avecinaba el invierno—. Yo sería un desastre si tuviera que ser tu esposa...

—A mí, con tal de tener un lugar donde dormir contigo — habló sin énfasis, la nariz hundida en su pelo y la mirada vacía—, un techo, un colchón y un ascua que nos caliente cuando apriete el invierno. En Rusia, ¿sabes cómo le llaman, a la lumbre? «Samovar», le dicen, y se pasan el día calentando agua para el té, que beben a toda hora. Si te vienes conmigo podemos buscar una habitación como esta...

María se acurrucó bajo su cuerpo y estiró la sábana hasta el cuello. Las palabras de Pedro le abrían un jirón en la pierna, mejor dejarlas de lado y abandonarse a lo que quedara de la mañana con él. Observó estremecida cómo el azul del alba vibraba en la ventana y las últimas estrellas se juntaban con el canto atropellado de los pájaros.

—Pero yo me convertiría en la que te calienta el té por las mañanas, la que te deja preparada la ropa y el almuerzo para el trabajo... —Se giró hacia él—, ¿Y lo que hemos vivido aquí? ¿Cómo íbamos a llevar Cieza a Kiri... Kirovastán?

—Kirovabad, señora Leceta, y gírese un momento por favor. —Pedro le tapó los ojos mientras sacaba su navajita de la mesilla y la escondía en su mano—. Ahora acépteme este baile. —Se levantó y le ofreció los brazos con una reverencia.

“¿Qué llevas ahí? —María se inquietó y forcejeó con él sin éxito—. Estás tramando algo...

Finalmente se incorporó despacio y extendió las manos vacilante, él las cogió con ternura y las miró muy despacio, como si nunca hubiera visto sus palmas sonrosadas, sus dedos largos y encallecidos, como si nunca hubiera visto unas manos de mujer.

—¿Qué te propones? —María se dejaba dominar por una risa nerviosa—. ¡Me estás asustando con tanta comedia!

Le colocó una mano sobre su cintura y sostuvo la otra junto a la suya, a punto de adelantar el primer vaivén de un paso doble. Cuando ella rio por fin confiada, Pedro acercó su navajita al dorso de su mano y forcejearon de nuevo, María sintió una breve punzada y brincó hacia la pared.

—¡Ay! —Se miraba la mano incrédula—. ¡Me has hecho daño, animal!

Pedro ya se había hecho un corte a sí mismo en el mismo lugar, la piel se coloreaba poco a poco y una gota de sangre brotó enseguida redonda y tersa como si fuera rocío.

—Ven, krasiva, ¡celebreemos nuestra boda rusa! Ratita pelada y el socialista flaco se casan. —Pedro se acercó, reía y la besaba con dulzura en la herida antes de abrazarla—. ¡Ven a mis brazos!

María obedeció divertida y los dos juntaron las palmas de las manos, sentía un escozor dulce que la estremecía y se dejaba besar en la boca mientras la sangre se mezclaba por la muñeca haciéndole cosquillas.

Puente de los franceses, puente de los franceses mamita mía...

Habían empezado a bailar y el frío del piso entumecía sus pies sin que se dieran cuenta, juntaban su piel desnuda para acompañar el ritmo.

—¿Recuerdas la verbena de San Juan, la primera vez?

—Qué malo eras para el baile agarrado, ¡y no llevas trazas de mejorar!

Porque los milicianos mamita mía qué bien te guardan. Ahora los dos cantaban el estribillo y María se equivocaba en las estrofas más largas. Cuando la copla terminó, continuaron bailando un rato en silencio y ella reposó la cabeza contra su pecho. Las manos habían dejado de sangrar y las sentían pegajosas, se detuvieron y se las miraron en silencio.

—Cuando estés en El Puerto, la cicatriz habrá empezado a cerrarse. Piensa siempre en mí cuando la mires. Piensa en Cieza, mi amor, en los melocotones y en el puerto de Alicante, donde te espero, ¡llevaremos Cieza a Kirovabad! -María se irguió para hablar pero él le ponía el índice sobre los labios y continuaba en un susurro—. Piensa en mí, ¡ssssh, no hables, boba! Mira tus muñecas y yo lo sabré enseguida, mi Cicatriz lo sabrá enseguida.

María intentó sonreír, la voz le iba a fallar si decía algo.

—Y come María, cuídate por Dios. Pídele ayuda a don Severiano para que no os falte de nada, ¿me lo prometes?

—Claro.

Madrid qué bien resistes mamita mía los bombardeos...

Pedro había empezado a buscar su último cigarrillo en el cajón de la mesilla.

—¡Bah! ¡Menuda patraña es esa copla de cuando empezó la guerra!

29 de marzo. Cieza, Murcia.

A final del invierno, Cieza vivía unos días ventosos que avanzaban como ruedas de plomo, el tiempo giraba despacio entre el barracón y el taller.

IA diario, María recordaba la cara de Pedro cuando se había ido en el tren, un adiós de brazo por la ventanilla y su cara recortada en el cristal, el tumulto de la estación empujándolo hasta menguar en el tope del andén y de pronto nada, engullido como el último fotograma de aquellas cintas que pasaban en el Salón Victoria. Cuando terminaba la bobina, la nueva luz mordía las pupilas aturcidas.

Pero la guerra duraba ya tanto que solo ese frío y esa aflicción podían tomarse como seguros, una realidad firme donde moverse de nuevo con paso decidido. El mate en los

charcos, los dedos pelados en el taller, los ojos febriles de su padre y ese silencio entre los dos cuando se sentaban a repartir un cuenco de leche aguada o un par de arenques podridos, todo eso era la sustancia de su vigilia. El amor, ese vértigo de piel y huesos, solo podía ser una mentira bien armada en medio de los días que se sucedían sin esperanza.

«Resistir es vencer», «Hoy más que nunca: victoria», los carteles que un año atrás habían sido la mecha de la batalla, aleteaban inútiles en las fachadas, movidos por un viento impasible que barría el pueblo. En las calles, como una avalancha sorda, imparable, crecía el trajín de los que se hacían con un carro o una reata de mulas y se iban cargados hasta casi doblar las rodillas.

En el taller ya no quedaba ningún hombre, los que podían tenerse en pie habían sido enviados a filas junto con chavales de dieciséis años, la «quinta del biberón» los llamaban. Y eran pocas las que quedaban en su puesto. Con cada una que faltaba a su turno, el resto se agitaba entre la decepción y la alarma de verse cada vez más solas, más expuestas. Cada mujer que huía era un trecho de conquista para el enemigo y lo sentían ya más cerca. Trabajaban en silencio con un humor displicente, hosco. También María perseveraba, mientras cumpliera con su obligación no sentiría que la derrota hubiera llegado, el miedo era una de tantas emociones que había aprendido a apartar a golpe de

trabajo. Y padre estaba tan débil que no podía pensar en arrastrarlo hasta la estación y tenerle allí un día entero para luego empaquetarle en un vagón atestado y hacer el viaje de pie.

Cada vez que iba hasta la calle Mayor para hacer el giro, el mozo de correos le decía que aun podía mandar dinero a El Puerto porque el frente seguía a diez kilómetros de allí, en Almenara, pero el día que los nacionales cruzaran, le recordaba siempre, ya sería tarde. La despidió taciturno con la mano en la gorra y, cuando atravesaba la puerta de la estafeta, ella no resistió la desazón de imaginar la carta de Pedro marchitándose en el mandil de su madre o en la balda de la cocina, con las señas del barco a Rusia muertas entre los pliegues del papel, igual que las mariposas de doña Yocasta, las alas tan bonitas y tan quietas bajo un alfiler de bola negra.

A finales de marzo encontró un pequeño tumulto a la puerta del taller, un candado y un cartel improvisado que anunciaba el lugar donde recibirían un billete de vuelta a Valencia junto al finiquito. Mientras las mujeres discutían acaloradamente, María levantó la vista y encontró un resplandor extraño en el cielo, una luz que le parecía mortecina, helada, como el sol irreal de los sueños. No podía creer que terminara la guerra. Se detuvo un instante y miró sus manos vacías, tan perpleja como si un espejo se le acabara de caer al suelo.

Qué largo se veía de pronto el camino de vuelta. Sintió cómo el cansancio calaba en todo su cuerpo, lastraba los pasos. Mientras duró la guerra, el cuerpo había sido soportable, a pesar de la fatiga y el ayuno. La esperanza lo hilaba todo, tensaba los pasos.

Con el fin de la guerra, las cartas estaban echadas. Sin esperanza, quedaba el dolor, el ayuno, el miedo, un cuerpo para arrastrar y un corazón hecho pedazos. Todo pesaría más a partir de entonces.

De pronto, un coche la sobresaltó. Unos muchachos hacían ondear la bandera monárquica y cantaban a voz en grito el Cara al sol. María apretó el puño y estuvo a punto de levantarlo, pero uno que hacía el saludo fascista la miró de forma feroz y ella detuvo el gesto, el barro que levantaban le salpicó los zapatos.

—Hijos de...

Agachó la cabeza y se pegó a la pared para seguir, en adelante aprendería a ser invisible, muda, no sería difícil, hacía tiempo que se sentía como una sombra. Debería alegrarse del final de la guerra, a algunas se las veía como un zascandil, bailaban y se abrazaban con los ojos brillantes. Ella también lo haría, quizá cuando llegara a El Puerto y se juntara con la Antonia lo conseguiría.

En la plaza, varios vecinos recogían los bártulos y se trasladaban, vio familias enteras aupadas a los remolques o iniciando el viaje a pie, con una tensión velada en los ojos. El Consejo de Defensa había prometido barcos para todos en Alicante y la carretera se había visto de pronto llena de vehículos renqueantes que desafiaban los baches en un viaje desesperado. Se lo contaría a padre en cuanto llegara, debían irse enseguida, con lo puesto.

Varios soldados juntaron los macutos contra la pared de la cantina mientras echaban el último trago, se reunían en grupos pequeños y callaban, a nadie le daban el alto para revisar papeles. En el centro de la plaza, los del sindicato habían montado una hoguera con los archivos y las cenizas se levantaban en una espiral efímera y enloquecida.

—Se acabó, padre, ¡debemos irnos! —María abrió la puerta del barracón y forzó una sonrisa consoladora—. Mire: dos billetes para volver a casa, he pasado a por ellos y a por el finiquito, ¡ochenta pesetas! ¿qué le parece?

El padre la miró desde su catre y luego relajó la mirada hacia el techo. No era posible saber si se alegraba con la noticia, tenía los pómulos tan marcados y el cráneo tan a la vista que su cara había perdido la expresión, solo se le adivinaba un cansancio profundo y un lagrimeo tímido en los ojos cuando le atacaba la tos. María le había conseguido dos almohadas gruesas para que no se ahogara y, por las noches, su

respiración era como un puchero puesto a la lumbre que no la dejaba dormir.

—¿Qué me parece? —Se había tomado su tiempo para contestar, tosió con el puño en la boca y se incorporó. —Me parece que ya puedes liarte un cigarrillo con esos billetes, porque el dinero de la República vale menos que los agujeros que tengo en los pulmones.

—No diga eso, padre, hasta El Puerto nos pueden servir...

La estancia era amplia y sombría, con dos ventanucos altos cerca del techo de adobe que abrían reguerones en las esquinas cuando arreciaba el temporal. Antes de que el practicante hubiera huido con su familia servía de enfermería, pero entonces solo dormían ellos dos y tenían más espacio que nunca. No era mucho lo que debía empaquetar, pero María puso todo su ímpetu en desplegar una sábana en el suelo para hacer un hato.

—Acuérdese de las gotas, hay que llevarse todos los frascos porque luego no se sabe, y hay que quemar los carnés, ¡no se figura qué hoguera han hecho en la plaza! He conseguido este par de chuscos para el viaje, siéntese y le pongo los zapatos, padre...

María hablaba con un fervor nuevo, le parecía que al fin podía parecerse a las mujeres del taller, que discutían o bailaban o lloraban no se sabía de qué. Se atareaba sin mirar

a su padre a los ojos y hablaba con atropello de lo que había visto en la calle.

—¡Alégrese hombre! Por fin vamos a sentir otra vez las malas pulgas de madre... —Le agarró por los hombros y le ayudó a incorporarse, Manuel la examinaba en silencio mientras ella buscaba sus zapatillas y se arrodillaba para colocárselas—. Ojalá no haya perdido el temple, porque eso sería que está lozana y bien viva.

—¿Por qué no te has ido con Pedro, hija mía? —Manuel la había cogido por la muñeca y ella no se atrevía a erguirse todavía—, Todos los tuyos se marchan por Alicante, ¿y tú aun estás aquí? —María subió los hombros y clavó la mirada en la pared, las palabras de su padre le habían robado un instante la respiración, como la metralla cuando se le coló por la espalda—. ¿No le tienes miedo a los obuses del frente y te amilanas porque un hombre te pida que te recojas con él?

—Calle padre. —María le miró entonces a la cara, la zapatilla suspendida en sus manos—. ¿Qué tontunas dice? ¿De dónde se ha sacado eso?

—Él mismo me lo dijo, antes de coger el tren vino al barracón y se estuvo un largo rato conmigo, le invité a pasar y le di unos cuartos para el viaje. Me dijo que quería formalizar, eso me dijo. —María apretó la boca, los tendones

del cuello se le tensaron bajo la piel pálida—, Y yo le dije que si libre te habías ido a la guerra, libre eras de hacer lo que te diera la gana, eso le dije. —Se rascó el cogote y carraspeó, ella había vuelto a agacharse para calzarle un pie—. Y que yo no mandaba nada en las mujeres de mi casa. Le dije también... —Se apoyó en el hombro de su hija para estirar el pie—. Que tú no tenías en la cabeza más que ideales y tontunas de hombres y que aun no había nacido marido que te convenciera para pasar por la vicaría. Pero que qué otro muchacho mejor que él para la niña de mis ojos. —María se incorporó y le sonrió, las lágrimas le ganaban ya las mejillas—. Pero que tú eras terca como una mula y que aun tendría que acabar esta guerra y ya se vería. Entonces es cuando me dijo que dejaba el país, no recuerdo ahora para dónde dijo que iba a tirar, ¿tú lo sabes, hija?

María negó con la cabeza, ni la enfermedad ni los desvelos habían evitado que su padre volviera a ser aquel que le había hablado a la puerta de casa, cuando marchaba al frente, que le había enseñado más coraje en cuatro frases que todas las arengas de los brigadistas, que fumaba despacio bajo la reverberación de agosto y desgranaba por igual palabras de amor y de respeto como volutas de humo. Ahora volvía a ser más valiente con las palabras que ella misma, y no para reprocharle ninguna de sus fechorías, ni esa revolución que él no entendía ni quería, sino para recordarle dónde estaba su sitio. Su padre, que solo sabía de

la trilla y la siega y el precio de la naranja por arrobas, ni licenciado tres veces podría haberla querido mejor que con esos ojos que la estaban interrogando ahora.

—No lo sé, padre, supongo que Pedro tirará para Rusia, como todos.

—Vete con tu gente, hijica, no pierdas el tiempo aquí, seguro que puedes gastar esas ochenta pesetas para subirte a un barco, ya nos escribirás cuando te instales en alguna parte y yo ya le daré cuenta a los Leceta de dónde estás...

—No puedo, padre, está usted muy débil y debo llevarle a casa. Desde El Puerto ya veremos qué hago. —Le abrazó para que no la viera llorar—. Y no padezca usted, que bastante ha pasado ya, mi único crimen ha sido el sindicato, ¡y no pueden encerrarme por un ideal!

29 de marzo. Puerto de Alicante.

Estamos acorralados, perdidos, nos movemos nerviosos en este muelle como ratones atascados en una trampa. Todo ha sido una trampa, ¡una puta trampa! Aquí los barcos no llegan, asoman y se largan los muy cabrones, puede más el miedo a los cañones de Franco o a nosotros mismos, que somos una horda de rojos peligrosos y al borde de la nada,

miles de bultos al filo de la muerte, solo nos queda el coraje y está fuera de control, algunos lo tienen desatado y otros perdido...

Rico esperaba en el puerto de Alicante entre miles de refugiados. Como al resto, no le quedaba nada. En el bolsillo del pantalón, trescientas pesetas de la República y un salvoconducto que iba a embarcarlo hacia el exilio. Ninguno de los papeles valía ya. Si hubiera tenido algo con que escribir, el reverso del documento hubiera sido una carta para María. Una carta inútil también, sin sello, sin destino posible, inútil como su lucha misma, como mirar hacia la bocana y esperar que algún carguero inglés entrara por fin al rescate.

Debí escribir esta carta mucho antes, María, solo ahora me atrevo a dirigirte estas letras y ya ves dónde quedan. Se puede ser cobarde mientras se dirige un ejército entero y ese fui yo, cobarde hasta la médula y sacando pecho en la trinchera como el que más, eso me pasó a mí en la Guardia Móvil. Me creí el ombligo del mundo. Pero no te dije nunca lo que sentía.

El alba estaba ganando el horizonte por el mar y una claridad dolorosa traía por la escollera un día más varado en tierra. A su derecha, la noche todavía oscurecía el cerco enemigo que los rodeaba. Los bultos sobre un nuevo embarque se movían de boca en boca como el inevitable oleaje, eran ya dos los

barcos los que habían asomado la proa por la dársena antes de virar y dejar a todos estupefactos. Rico mordisqueaba la correa de su cartuchera sentado sobre su maleta y distraía la mirada en la hoguera que habían encendido los confederados de Valencia.

No te dije lo que siento, se dijo, y enseguida lo rechazó por ridículo.

Querida María. Rico había liado su último cigarrillo y lo hacía rodar ahora entre los dedos. *Espero que tu pierna mejore poco a poco. Supe por la Antonia que seguías en la fábrica de munición, en Cieza. Me han dicho que hay buen melocotón en Cieza, de seco, dulce como tú.*

Una gaviota sobrevoló su cabeza y lo sobresaltó con un graznido, sus patas planeaban encogidas contra el cuerpo. Dulce como tú, le rondó de nuevo, ¿estaría perdiendo el juicio?

Hay buen melocotón en Cieza, cuídate y come, que necesitarás fuerzas. La lucha continúa en manos de gente como tú, mujeres libertarias con la cabeza bien formada, el corazón limpio y las manos libres de sangre. No dejes que los fascistas te arrebaten lo que has conseguido. Vencerán, pero no convencerán. Unamuno, como el camarada Durruti, murió antes de ver cómo los facciosos nos ganaban el pulso de esta forma tan canalla, pero su espíritu vive en nosotros,

por poco tiempo más en mí por muchos años en ti y en tu gente, María. Yo me despido ahora, pero tú quedas para la batalla final, la definitiva.

Dentro del almacén donde apoyaban la espalda lloraba un niño de pecho. Las familias con chiquillos habían ocupado el edificio que les resguardaba de la humedad y el frío, los demás se hacinaban a la intemperie, entre las hogueras que ardían cansinas toda la madrugada.

—¡Nos van a matar a todos! Nadie sale vivo de aquí, ¡es una trampa mortal, camaradas!

Encaramado a una farola rota, un hombre gritaba entre las sombras, su voz rompía el silencio del muelle y estremecía a todos. Cuando percibió las miradas puestas en él, voceó más fuerte todavía.

—¡Camaradas, no habrá evacuación! Los barcos vienen a vernos de lejos como si fuéramos fieras y se largan. Luego nos barrerán con sus cañones... ¡ya estamos muertos!

Rico encendió su cigarrillo con una brasa mientras observaba cómo varios le increpaban e intentaban hacerle bajar, pero el hombre se defendía a patadas. Parecía la noche misma que hablara, un oráculo fatal, el eco de los miles de pensamientos allí apiñados.

Esta carta es una despedida para siempre, María. Rico se perdió en una calada profunda, desesperada. No hay duda de que este es el fin. Sea por una bala fascista o por mis propias manos, está claro que mi lucha termina ahora y con ella esta misma voz que le dicta al viento un adiós definitivo para ti. Llevamos dos noches en este agujero y ya he visto a tres hombres saltarse la tapa de los sesos cuando los barcos se alejaban. No me sorprende. Si he de aguantar Otra vez la tunda que me dieron en la checa, mejor les ahorro yo mismo el crimen y acabo de raíz.

Apuró la colilla y la lanzó al agua, abstraído. La brasa dibujó un arco breve, casi alegre, antes de ser engullida por las olas negras que golpeaban el muelle.

Muchos caeremos pronto si la Mid-Atlantic no hace atracar a alguno de sus cargueros. La comisión de evacuación trabaja sin tregua, pero seguimos sin buenas noticias. Y la gente que va llegando confirma que ayer fueron tomadas Albacete y Valencia.

Alguien de la agrupación había conseguido un bote de leche y pronto sus camaradas se hicieron con un cazo donde calentarla para todos. No había comido nada desde la ración de lentejas aguadas en el Palace, dos días atrás, el sindicato de hosteleros había servido rancho caliente para los primeros que iban llegando. Miró su cazo y lo dejó humear

en las manos, retuvo la leche caliente en la boca y tragó despacio mientras cerraba los ojos para que María le leyera.

Te preguntarás ¿por qué yo? También yo lo hago, quizá en estos momentos en que todo termina, tú me apareces como lo único que no se ha cerrado en mi vida, una ventana abierta, una pregunta sin contestar, ¿me hubieras querido, María?

—¡Todo es mentira, compañeros! Europa entera será un cementerio bajo el fascismo, los que ahora nos dejan en la estacada ya pasarán por esto, ya verán...

Muchos se giraban, se tapaban los oídos con las manos, solo una mujer se le encaró y le insultó furiosa.

Pienso en ti... ¡que me lleve el demonio si sé el porqué! Pienso en ti porque estoy jodido de frío, tengo los huesos como un carámbano y hambre y rabia y miedo, no nos engañemos, ¡leche! Acojono tengo como el que más, ¿por qué no? Así que me viene a la cabeza una mujer y esa eres tú, que me mirabas con ojos melosos, ¡válgame el cielo! Mejor te escribo a ti que a mi madre muerta entre rejas, comida por la tisis en el calabozo del pueblo por tener un hijo anarquista, un cabrón, ¡que encima va y pierde esta puta guerra!

—... Hitler y Franco se harán los amos, ¡pero ya estaremos bien muertos para entonces!

El voceador de la farola no parecía agotarse, la rabia de la derrota no la enfriaba ni el garbí helado que se había levantado en el muelle.

Así que míralo, este es el último trozo de la República, ricura, delante solo hay mar y desgracia, una mar quieta y oscura como un precipicio afilado, un agua siempre vacía que se burla de nosotros. El buque francés que tiene que llegar no llega, lo esperan doce mil hombres que se defenderían con los dientes si pudieran. Pero qué son mil o dos mil fusiles si no hay munición, qué hacemos después de haber vaciado las últimas balas contra un enemigo que se ríe en nuestra cara. Duraremos lo que la división Littorio tarde en aparecer. Más de uno se adelanta y rompe su cráneo contra la escollera.

El hombre de la farola calló por fin. Sentado en la maleta, Rico meditaba silencioso con los codos apoyados en las rodillas, hundía la cabeza en las manos y se balanceaba absorto.

Si el día coge fuerza y no hemos embarcado aun, puede que me borre de un balazo y acabe de una puta vez con todo. No se pierde nada sin mí, la revolución ya está ahogada en este lodazal fascista que es el país. Ven, cuéntamelo todo cuando volvamos a vernos, ven al infierno, estaré esperándote, ¡seguro que hay un buen infierno para los anarquistas!

—¡Mirad, mirad...! Veo unas lucecitas, ¡ya llegan!

El muelle entero se sobresaltó, los hombres se abalanzaron contra el muro del rompeolas, una mujer lloraba y reía con las manos en la cabeza, cerca de ella un muchacho resbaló y cayó al agua.

30 de mayo. Puerto de Sagunto.

—¡Por Dios, Jabalina! ¿Pero qué te han hecho, criatura?

María le abrió la puerta a su vecina. Sonrió con timidez mientras se pasaba la mano por la cabeza rapada, el cráneo desnudo le hacía la mirada más profunda. Llevaban un mes instalados en el tres de la calle Progreso, en una casa esquinera que se mantuvo en pie, y ya la habían detenido dos veces para tomarle declaración.

La vuelta de Cieza había sido muy costosa y en el aire viciado del tren había creído varias veces que su padre cerraba los ojos para siempre, pero ella le susurraba una jota al oído y el hombre sonreía con aprobación, con un entusiasmo mudo por llegar a casa que se contagiaba fácilmente. Lástima que pronto llegaran los civiles con la primera detención, el Sánchez Francés y otros falangistas habían dado su nombre por ser del sindicato y una noche se la habían llevado para interrogarla. No le habían dolido tanto los culatazos y los

empellones, pero sí el temor de ver por última vez a sus padres, amedrentados que se quedaron en la puerta, con la palabra en la boca. Jamás se olvidaría de sus caras cuando fueron a buscarla al Ayuntamiento, él solícito y silencioso, con la gorra en la mano, y ella haciéndose cruces bajo la toquilla oscura.

—Ya ves, Ascensión, ¡que hemos caído en desgracia! -Isabel salió de la cocina y replicó antes de que María pudiera abrir la boca—. Me la han paseado por todo el pueblo con la Doñate, la de las Juventudes, me las tenían a las dos rapadas y vomitando aceite de ricino, solo les habían dejado un pirri aquí arriba con un lazo de la República, si supieras cómo les puse a unos que había a la puerta de Falange, ¡puta será vuestra madre! les decía, que a mí no me amilanan con su camisa azul y su pistola al cinto, meterse con las chiquillas... ¡por Cristo!

Isabel se persignó en un reflejo y María calló, se sentó de nuevo con su hermana para continuar limpiando las hebras de la bachoqueta. Manolita miraba a la vecina con suspicacia y después a María, que le guiñó un ojo, enseguida volvió a entregarse con las judías, les retiraba el hilo despacio con la punta de la lengua fuera, absorta en un tenue balanceo.

—Si las hubieras visto salir de la comisaría, una risión las pobres... —Isabel se desahogaba y las manos le volaban alrededor del cuerpo, tan pronto las levantaba para increpar

al mismo cielo como le dibujaban cruces en la cara—. ¡Dios nos pille confesados! Pero dime, Ascensión, qué se te ofrece...

Con la cartilla de racionamiento, el puesto del mercado no les salía a cuenta y Manuel subía por los pueblos para traer bachoqueta y patata, que vendían de estraperlo.

—Que todo sea lo de tu chiquilla, Isabel —Subió los hombros y agachó la mirada—. Más quisiéramos nosotros que sacar a nuestro Jesús del Ayuntamiento, desde que está encerrado no entra ni un cuarto en casa y ya no tenemos ni para subirle su rancho al pobre...

—Pues lo siento, Ascensión, aquí no podemos fiar, que también vamos necesitados: a mi chiquilla ya se la han llevado los civiles dos veces...

—¡No se preocupe, madre! —intercedió de pronto María—. Que al marido de la Ascensión le he visto yo trabajar toda la vida donde los ingenieros y nos puede conseguir unas perras en cuanto se pase por casa de don Horacio, ¿a que sí? —La mujer asentía con indecisión y evitaba la mirada acechante de Isabel—. Yo se lo apunto en la lista y ya nos da lo que pueda cuando le saquen a su chico...

María le hizo un gesto rápido a su hermana para que trajera el saco de patatas mientras Isabel la atravesaba con los ojos

y se mordía la lengua, las manos estiraban el mandil con crispación.

—Hale pues, apúntale a la Ascensión tres patatas, María, que ya nos pagará cuando pueda... —dijo por fin, con voz cínica—. Ya verás como sale, mujer, el tuyo no iba en los que fusilaron el día cinco, ¿no?, parece que va en otro expediente...

—Eso parece, hija, pero yo no entiendo lo que se traen... -Ascensión se apoyaba en el quicio de la puerta y la voz se le hacía un hilo—. ¿No ves que no tengo escuela?, lo lleva todo mi mayor y dice que para junio le dan sentencia, ¡lo tienen todo morado de golpes que lleva! Total por apuntarse a las Juventudes...

Manolita tropezó de pronto y el saco resbaló de sus manos débiles, las patatas rodaron hasta la puerta en un rumor ahogado.

—¡Venga, venga! —María pegó cuatro palmas sonoras y se agachó para recoger las patatas—. Te llevas estas tres que son bien hermosas y ya tienes qué subirle al Jesús, ¡esta misma tarde se las cueces y se las das a los guardas!

Las dos hermanas se pusieron en cuclillas y se afanaron en un largo silencio. Cuando el suelo estaba recogido se incorporaron y sonrieron nerviosas, María con una mueca por el dolor de su pierna.

—Dios te lo pague, María, eres un ángel, ¡y muchas gracias Isabel! —Ascensión guardó las patatas en el bolsillo de su mandil sin levantar la vista.

—Hala, ¡ve con Dios! —respondió Isabel—. Y cuida que no te vean mucho tiempo en esta casa, que ya sabes cómo está el vecindario, que tiene mil ojos...

Ascensión desapareció hacia la calle y un silencio denso se abrió entre las tres mujeres. María salió a coger aire a la puerta y vio como el sol del mediodía engullía la sombra breve de su vecina. Mayo terminaba y el verano había irrumpido con un calor de plomo, el polvo de los escombros se asentaba y las pisadas que había dibujado el barro de abril crujían bajo los pies como hojarasca.

Se frotó la pierna dolorida, cómo le costaba reconocer el pueblo, la guerra lo había emborronado todo, la silueta de la fábrica, el lustre de las fachadas, hasta las caras de los vecinos, que caminaban retirándole la mirada. Qué lejos quedaban los días en que Pedro la acompañaba hasta su calle y le ofrecía un abrazo espigón, una respiración sumergida y el golpe sordo de cada latido en su cara, cuántas veces más latiría su Pedro, donde quiera que estuviese. Desde Alicante no había embarcado apenas nadie y todos habían sido apresados como ratones, lo decían en la radio de don Severiano el día que fue a pedirle trabajo y fue un no de hombros en alto y disculpas breves. ¿Debería

escapar a Francia? Su amiga Antonia estaba en tratos con un tal Moreno que las podía llevar hasta la frontera por cien pesetas, ¿de dónde sacaría ese dineral?

—¡Tú! ¡Métete para adentro, que no toca que te vean de esa guisa! Solo faltaba... Arrímate al puchero y dale una vuelta, anda, que te sobra calle y te falta casa.

—Usted siempre con lo mismo, madre, ¿cuándo va a parar?
—María se desabrochó el mandil y lo tiró al suelo—. ¿Se piensa que lo he pasado bonito ahí arriba?

—Culpa tuya, hija, por irte para la guerra vestida de hombre, ¡y suerte tendremos si se han hartado ya de ti esos caciques!
—Isabel cerró la puerta con un golpe brusco—. Que no me entere yo de que te juntas otra vez para tramar majaderías... ¡Manolita! Deja eso y vete a buscar a los chiquillos, hala, que ya va a llegar padre con la carga.

—¿Pues sabe lo que le digo, madre? ¡Que no les tengo miedo a esos criminales! —María se pasó la mano por la frente, había arrancado a sudar—. Hay que ayudar a los camaradas que están en prisión, ¡hacemos más falta que nunca!

—¡Tu no te mueves de aquí aunque te tenga que atar a la pata de la cama!

Isabel se quitó la zapatilla y la levantó amenazante, María le mantuvo la mirada y las dos vacilaron, crispadas, Manolita le agarró el brazo a su madre. En ese instante, sonaron tres golpes violentos y las tres clavarón la mirada en la puerta, sobresaltadas. Demasiado conocían ya ese sonido de culata contra la puerta, con esa eran tres veces ya en un par de semanas.

—¡Guardia Civil! ¡Abran la puerta!

·1939·

Lo sé porque me lo han contado

Noviembre. Mora de Rubielos, Teruel.

Rebollo despertó atado y bañado en sangre, los que lo interrogaban habían debido de parar con el último desmayo. La claridad de la sala le hirió, achinó los ojos y recordó el sótano oscuro de la checa, al menos ellos pegaban a media luz. Armado con aquellos Paldin de piel que habían encontrado en Ruzafa, sus golpes amorataban con un ruido sordo y limpio, no veía él tanta sangre por todas partes. Había intentado incorporarse y las manos habían manchado las baldosas de la pared, luego había resbalado otra vez hasta la humedad del suelo.

La sala de interrogatorios no era muy grande, pero sí luminosa. A pesar de que estaba en la planta baja, desde el patio entraba bastante luz y el alicatado blanco brillaba de forma siniestra. Debió de ser la cocina del edificio hasta acabar la guerra.

Un matadero, eso parecía el rincón donde permanecía tumbado. Había vomitado dos veces antes de que se fueran y le dejaran solo, le habían pateado las costillas y él había

tosido hasta echar la poca bilis que le quedaba en las tripas. Había sentido varias veces que estaba muerto pero no, eran desmayos, no les importaba que se rompiera la nariz contra el suelo las veces que hiciera falta, con un cubo de agua le devolvían el sentido y era lo peor, ahí estaban todavía mirándole malencarados. El del traje era el más canalla, si no se le contestaba a su capricho, se pasaba la mano por el bigotito y era mal agüero, enseguida levantaría las cejas para que el otro se arremangara y siguiera con su guante de boxeo.

La Jabalina. No sabía qué mosca les había picado con esa tal Jabalina. El Rico había estado enamoriscado de una fresca de esas que se subían a Sarrión como enfermeras, una tal María o Marina, no sabría decir. Le sonaba lo de Jabalina. Pero el bandido del guardia civil andaba detrás de otra, una rapaza que se veía que era de cuidado, ¿quién sería?, la tal Jabalina le sonaba a él que no había durado en el frente ni un padrenuestro, era una de esas estrechas que iban de marisabidillas y a Rico le parecía que le había dado calabazas.

«¿Qué no te suena? Vas a ver tú si te suena hijo puta —al joven del traje le encolerizaba oír que no sabía, iban detrás de una buena presa—, prepárate como vuelvas a contarme lo de la enfermera ¡hijo puta!». Antes de irse, había

aplastado la colilla contra su cara con el tacón del zapato.
«¡Y reza lo que sepas!»

Allá que se habían largado a comer su buen cocido, que no se les quitaba el apetito después de dejarlo hecho unos zorros. Le habían atado a la rejilla de la ventana y la luz le hacía daño si abría los ojos hinchados, permaneció en posición fetal agarrándose el vientre y respirando por la boca con un jadeo ronco y espasmódico.

La cerradura rechinó en la puerta metálica y pronto entrevió sus botas sobre el piso sucio de la sala.

—¡Qué! ¿Ya te lo has pensado, mariquita?

El del traje empezaba otra vez la función, se pellizcaba los pantalones con un gesto rápido antes de sentarse en la mesa y cruzar las piernas, casi tan fino como una señorita. El guardia civil ocupaba la silla a su espalda y seguía sin abrir la boca, el gordo se fue a la esquina donde colgaban sus guantes.

Rebollo sintió que le faltaba el aire, la respiración se le cortaba antes de que un nuevo puñetazo volviera a doblarle sobre sus rodillas. El vino de la comida les traía jocosos, locuaces, sonreían y se movían expansivos, entre chascarrillos, podía intuir que el tinto les haría más fácil la patada y el puño.

—¿Qué? Hijo puta, ¿has hecho memoria ya o te pateamos los sesos para que recuerdes?

Rebollo levantó la mirada y asintió despacio pero ninguno se percató del gesto.

—¿Qué sabes de la Jabalina?

El del traje preguntaba sin mirar, buscaba distraído un cigarro en sus solapas, el guardia civil inclinó la cabeza y se desabrochó para aliviar la tensión de su estómago lleno. Solo el de los guantes lo miraba fijamente cuando Rebollo había esbozado la réplica.

—Sí... la Jabalina, pertenecía a la Guardia Móvil...

Rebollo habló todo lo fuerte que le permitieron sus pulmones, un silbido de globo desinflado se inmiscuyó entre sus palabras.

—Ha dicho sí, jefe. —El de los guantes era el único que no había dejado de mirarle detenidamente, a un palmo de su cara—. ¡Dice que iba en la Guardia Móvil!

Todos callaron un instante, el del traje se estaba encendiendo un cigarro y había detenido el gesto. Su mechero de plata chasqueó al cerrarse y el clic rebotó en el alicatado blanco. Le escutaron complacidos y curiosos, como a un animal de feria. Solo el del traje avanzó hacia él sin prisa, lento como la bocanada de humo que salía de su

boca abierta. Finalmente levantó las cejas al de los guantes y éste arrastró una silla hasta Rebollo. No servía de nada.

—Arrímalo aquí, animal ¿no ves que no se puede sentar? Lo tienes baldado... —El del traje miró con desprecio al ayudante y luego fingió una sonrisa hacia Rebollo—. Siéntalo cerca para que lo oigamos.

El mazas lo liberó de la cadena, lo arrastró como un fardo con los miembros colgones y lo dejó caer en la silla, donde adoptó una postura grotesca, como una marioneta descoyuntada.

—La Jabalina, esa ha matado a más personas que pelos tiene en la cabeza... —Rebollo tosió y se detuvo en una mueca de dolor, les miró de reojo y siguió—. Iba vestida de hombre y era la peor de todas, me lo contó Pancha Caro que iba con ellos en la Guardia Móvil...

—Así que la conoces, ¿eh? ¡Mira tú si lo sabía, este canalla!
—El del traje le hizo un gesto al civil y éste empezó a escribir en una cuartilla—. Una roja peligrosa, ¿con cuántos iba en la guardia esa?

—Con unos veinte me figuro, Rico de cabecilla y tres mujeres que iban lo menos. —Rebollo arrugó la frente y recontó despacio con los dedos todas las mujeres que había conocido en Sarrión el primer verano de guerra—. ¡Y Jabalina la más fiera! la Jabalina, Pancha Caro, el Negro y el

Chiquet entre otros. Cuando llegaron a la Puebla formaron el grupo, pero ya antes habían asesinado a varios en Sarrión, al alcalde el primero...

—¿El alcalde? Ya tenemos algo, ¡Aquilino! —se dirigió al guardia con excitación infantil y luego retomó hacia Rebollo el tono inquisitorio—. ¿Cómo lo mataron?

Rebollo carraspeó, se preparó, se sentía tan aliviado que olvidó por un momento que varios testigos le habían visto a él disparar el gatillo de su mosquetón aquella noche.

—¡De eso sí que me acuerdo, jefe! Nada más entrar la Columna de Hierro en el pueblo allá que se fueron y en su misma casa lo liquidaron, delante de sus chiquillos. Eso fue la Jabalina, Pancha Caro lo contaba porque también iba, con Sánchez y el Negro para más señas. Y Rico que consentía.

El guardia civil escribía con fluidez, el de los puños miraba ocioso por la reja del ventanuco y se rascaba la entrepierna. Un alarido sordo de otro interrogado les llegó mezclado con gritos a través de las rejas, el patio distribuía el sonido a todo el edificio.

—Una vez que llegaba yo a la Puebla de Valverde con el camión del pan me veo a Rico y a la Jabalina que sacaban de la cárcel a uno y va y le pregunto al Anarquista Pobre, un diputado me dice, un tal Igual, se resistía a firmar unos

cheques y lo liquidaron en la carretera de Mora, en la misma cuneta se quedó tirado el pobre hombre.

A una orden del jefe, el ayudante le acercó un cigarrillo y se lo encendió, tardó un minuto largo porque la mano de Rebollo temblaba como un membrillo.

—Un día Rico llegó a Sarrión con la Jabalina, Grau y Moret. Sacaron a uno que no declaraba nada y le hicieron un simulacro de fusilamiento para que cantara, el pobre sabía de ocho curas escondidos entre Valencia y Tavernes y para allá que se fueron, la Jabalina con Rico en un coche, Manzanera y Grau en el otro y Moret en el tercero. -Rebollo cerró los ojos de placer tras la primera calada, pronto le atacó la tos—. Guando volvieron por Sarrión a los dos días; le dijeron al Francés que los nueve habían caído, o sea que los ocho curas y el soplón también, por supuesto.

Rebollo se estremeció al decirlo, el soplón ahora era él mismo y sintió el recelo de estar revelándole a su torturador el código que aplicaban ellos a los soplones, a todos los que cantaban cuando se veían contra las cuerdas. Un regüeldo ácido que le subió desde el estómago le obligó a incorporarse y taparse la boca con la mano.

—La Jabalina... ¡no se andaba con mariconadas! —Eché una nueva calada con avidez—. Esas fueron algunas de las suyas, lo sé porque me lo han contado...

—Muy bien, ¡suficiente por hoy! —El del traje le acercó una lata que hacía de cenicero—. Acuérdesse bien que pronto irá a Sarrión y se lo volverá a contar al juez, ¡y quiero los mismos detalles! —De pronto cambió el tono y le dedicó una sonrisa cínica—. Supongo que tendrá buena gana, ¿se le ofrece un poco de caldo?

Diciembre. Sarrión, Teruel.

En Sarrión, Teruel, a ocho de diciembre de mil novecientos treinta y nueve, Año de la Victoria, compareció ante Su Señoría y ante mí, el Secretario, el testigo Alias «Rebollo», quien preguntado por las generales de la Ley, dijo...

La voz del secretario Pérez zumbaba en los oídos de Rebollo como las chicharras en el campo, un raca-raca de fondo de paisaje. Se rascó la entrepierna inatento y se preguntó por el almuerzo que le darían ese día, esperaba que se esmerasen después de haberle oído decir todo lo que ellos querían. Tenía la nariz todavía rota, pero los golpes que había recibido en Mora ya cerraban como flores amarillas y secas, las costillas volvían a respirar tranquilas y el doble rancho le había devuelto la expresión abobada. Sonrió con su boca sin dientes cuando el secretario calló y le dirigió la mirada.

—¿Algo más que decir?

Negó con la cabeza. Hablar una y otra vez de lo mismo le cansaba, le tenía aburrido. Con lo de esa mañana esperaba ganarse tranquilidad para unos días, lo que tardaran en llevarle de nuevo al corral de la Tere para que cantase. Le escondían allí con un guardia hasta que delatara a algún infeliz que cruzara la calle y le mandaban de vuelta al calabozo.

—Nada más jefe...

El juez Goróstola le miró glacial desde la tarima y cerró la sesión con un gesto de la mano. La sala del juzgado militar estaba siempre concurrida pero no se caldeaba nunca, la primera aguanieve de diciembre empañaba ya los cristales. Un pequeño brasero ardía en el centro del cuadrado que cerraba Rebollo sobre su taburete enclenque, a su derecha repiqueteaba la máquina del secretario.

—Señoría, Rebollo, ¡Su Señoría! —apuntó el secretario, casi amistoso.

—Nada más Su Señoría, Señor... —balbuceó él.

Detrás del magistrado, un crucifijo colgaba junto al retrato del Caudillo. Rebollo recaló entonces en la papada colgona de Goróstola, en el pelo tieso, los ojillos legañosos, diríase que hasta emitía un jadeo ronco, como de hocico.

—¡Se levanta la sesión! Queda usted a disposición del Juzgado número 7 de Teruel para que continúen su curso las diligencias vigentes. Se le cita para juicio sumarísimo el próximo día 26.

Sonó el mazazo del final, el juez levantó las cejas y el secretario empujó solícito el carro de su Olivetti, el último tableteo de las teclas anunciaba maquinal el cierre de la declaración.

—¿Mande? —Rebollo se incorporó incrédulo— ¡Eso tiene que ser una equivocación...! El cabo Aquilino me dijo..., hum, ¡no pueden juzgarme todavía! —Se acercó al secretario Inquisitivo, los labios le temblaban con un pánico soterrado. Pérez le hizo un gesto seco para que se detuviera con un desprecio frontal.

—Tome, firme aquí... —Le alcanzó la hoja que había liberado de la máquina con un rasguído y le indicó con el dedo en el papel—. Si no sabe firmar haga una cruz.

—¿Pero qué ha dicho del día 26? —Rebollo lo miraba implorante y se rascaba una costra en la cabeza, las palabras del juez le habían provocado una sacudida en las sienes—. Si juzgan ya no podré...

—¡Haga caso y no arme escándalo! —Lanzó una mirada elocuente a los guardias de la puerta—. Se le va a juzgar a su debido tiempo por crímenes de guerra y adhesión a la

rebelión. La fiscalía ha pedido la pena capital para usted...
-aclaró el secretario sin levantar los ojos de su documento,
ahora le he dicho que firme, gracias.

—¡Cerdos, sois todos unos cerdos! —gritó Rebollo después
de lanzar una mirada encendida a los guardias y levantar el
puño —¡a todo cerdo le llega su San Martín!

Los guardias echaron mano de sus pistolas e hicieron
ademán de acercarse, Rebollo se inclinó entonces sobre el
folio apretando la mandíbula. Garabateó con torpeza
mientras asomaba la lengua entre los labios gruesos, no le
habían quitado las esposas y el metal sonaba contra la mesa,
atravesando el silencio abrupto en la sala.

·1940-1942·

Justicia a quemarropa

Enero de 1942. Convento de Santa Clara, Valencia.

El invierno del 42 trae unas mañanas oscuras que al mediodía se tibian con un sol desmayado, una luz fría que apenas calienta entre las nubes veloces. Hoy es un día ventoso de enero y el abogado ha llamado al timbre mientras se sujetaba el sombrero con la otra mano.

María es la primera mujer que tiene que defender y eso le desconcierta. Alto, flácido y algo aniñado a pesar del pelo blanco, Barrachina es conservador por apego a la tradición, mal amigo de los cambios. Aprieta de nuevo mientras duda si el timbre se oirá dentro del convento, con el vendaval que ruge en la calle no hay manera de saberlo.

En contra de lo habitual, ha sentido que debía ir a ver a la presa, le mueve un vestigio de caballerosidad, un resto inútil de los tiempos previos a la contienda. Debe presentarse como su abogado, por muy roja que sea. Además, no solo le ha tocado mujer, sino un caso insólito, el expediente señala

que la Jabalina es una descontrolada que ha llegado a comerse las orejas de un cura.

Una monja joven y pecosa le abre por fin y le guía titubeante hasta el despacho de la abadesa, el silencio y la austeridad de la habitación le gratifica tanto como la protección de los muros.

Barrachina detesta la falta de orden, se alisa el pelo con el sombrero sobre las rodillas y sonríe. No resiste la chapuza, el caos, la improvisación, por eso supo enseguida cuál era su bando en el Alzamiento. Y quizá por eso está deseando que lo releven de su puesto en el juzgado militar, alejarse cuanto antes de los juicios sumarísimos.

No es que sienta compasión por los rojos, se dice, pero siente un apego natural a la ley, una especie de fe en el código humano que necesita para decirse que todo vuelve a estar atado y bien atado, como decía su abuelo. El Juez Loygorri, que le conocía esta debilidad, lo propuso para la defensa por ello, mientras a otros más feroces les proponía para fiscal.

Repasa las costuras de su cartera mientras se dice que ha hecho bien en venir. La cara que ha puesto la monja al oír que venía del Consejo de Guerra Permanente podría despistarle, pero qué se puede esperar de estas buenas hermanas, siempre entre cuatro paredes, asustadizas como

una paloma. Habrá sido el uniforme, que aun impresiona. Es un capitán de la 12ª de carabineros.

Al principio fue más fácil aguantar en el puesto, Barrachina es un hombre obediente por encima de todo y eso le ayudaba a digerir el almuerzo mientras los acusados desfilaban en sesiones breves, agresivas, como ráfagas de ametralladora. Pero ya son dos años largos de pantomima, su defensa no cambia nunca el formato, «apreciando la atenuante del artículo 162 del Código de Justicia Militar...», se oye a sí mismo en ese tono protocolario que ya domina y cada vez le irritan más los bostezos del juez, los lamentos del condenado cuando se le impide hablar, los gritos de las mujeres en la sala cuando oyen la sentencia. No es por compasión a los rojos, se dice, es por compasión hacia el código. «Califico los hechos de un delito de auxilio...». El secretario dispara un lenguaje formal que alimenta el baile imparable de la máquina de escribir y todos creen haber devuelto con ello la antigua apariencia de las cosas, el mundo remoto en el que la ley ordenaba la conducta de los hombres y él navegaba tranquilo entre ellos.

«¡María Pérez Lacruz, a jueces!».

En el patio, el poniente trae la crudeza de la meseta en ráfagas violentas, la cofia de la hermana Visitación enseña las costuras y se infla como las velas de un buque mientras guía a la Jabalina hacia el edificio central. Pronto María

aparece en el despacho detrás de doña Amalia, frotándose las manos para ahuyentar el invierno que traen. Cuando descubre al abogado detrás de la mesa descuelga los brazos, lleva una expectación alegre en los ojos que intenta enfriar con un saludo sobrio, inclina la cabeza y se sienta sin hacer rechinar la silla. Barrachina apenas ha esbozado el gesto de levantarse y darle la mano, pero la mirada severa de la directora lo intimida de forma absurda.

—Aquí la tiene, don Ángel, María la Jabalina, ¡toda una perla!

Los dos la examinan en silencio, doña Amalia con los brazos cruzados y la mirada inclinada por encima de sus gafas, escrutándola con un deleite morbosos, Barrachina con cierto bochorno, la mujer feroz y casi caníbal le parece tan pudorosa como una muchacha en su primera cita.

María todavía no da crédito, ninguna presa ha visto un abogado en dos años, ni cuando las llevan a jueces. Quisiera enseñar buenas trazas, menos mal que la Doñate ha tenido reflejos y le ha dejado sus zapatos recién cepillados, porque los suyos estaban de pena. Sus dedos se aprietan en la 36 de su amiga y en cuanto se sienta libera los talones con disimulo bajo la mesa.

—A mandar, señor, ¿es usted el que me va a defender?

Barrachina asiente cohibido, el silencio ha sido largo y una presentación resultaría torpe ya, la directora permanece en silencio y censura con la mirada cualquier muestra de amabilidad.

—Necesito saber, señorita... Pérez Lacruz, que me diga, en fin, el procedimiento exige, por la presente... en la declaración indagatoria niega usted todos los cargos y señala que ejerció de enfermera con la Columna de Hierro... — Barrachina carraspea con el puño en la boca—. ¿Disponemos de algún testigo de su tarea mientras estuvo en Sarrión?

—¿Enfermera? ¡No me diga, don Ángel! —Doña Amalia se recrea, todavía no le ha perdonado el escupitajo, se reprocha a sí misma el error que tuvo ofreciéndole un cargo de colaboración—. La Jabalina en el Socorro Rojo, ¡de enfermerita! Pero si aquí no ha querido poner ni una venda... —Cambia el peso de sus caderas sin deshacer los brazos cruzados y le guiña un ojo incitante, socarrona.

—Solo estuve dos semanas, señor. —María esquivo a la directora y se dirige hacia el abogado, sin abandonar el tono natural—. Habían hecho un hospital de sangre en la villa de un rico huido y yo solo traté con milicianos heridos y algún prisionero, las otras chicas lo pueden decir, mi amiga la Antonia y varias más: la pequeña de las «Rochas», Rita la de la Dolores, una tal Amparo que a su suegro le llaman «el veintiúndedos»... La supervisora era matrona retirada y nos

enseñó lo que pudo en unos días, una tal Matilde, hace tanto tiempo de aquello... Las mujeres del pueblo se asomaban a veces, pero les asustaba vernos solas entre tanto hombre y se iban.

Barrachina tamborilea con los dedos mientras medita e intuye la sonrisa de doña Amalia a su espalda, entrometida, venenosa. La mira circunspecto y la directora se incomoda de pronto, levanta la barbilla antes de caminar hasta la puerta y desaparecer despectiva con una excusa breve.

—¿Se la podría llamar, a esa tal Matilde, a declarar? —continúa el abogado cuando se cierra la puerta—. Podría ser útil.

—Quién sabe dónde estará metida, señor abogado. —Desvía la mirada y la deja flotar por la habitación un momento—. Igual ha muerto en campaña o la tienen presa, o está huida...

—Bien, pero a alguien trataría en aquel hospital que no estuviera adscrito a la rebelión, los prisioneros no nos valen tanto. Si tuviera usted algún certificado como enfermera, eso sería una buena prueba testifical, se está siendo indulgente con las mujeres del Socorro Rojo, cargo de auxilio a la rebelión, rebaja un poco lo que figura en su expediente...

—Los prisioneros fueron pocos y venían con el santo en el cielo, de tan graves, apenas un reconocimiento antes de mandarlos a Valencia, si es que el coche llegaba a tiempo, y no atendimos a nadie más. Y de papeles ya le digo que nada, mi madre lo hizo quemar todico todo...

Barrachina junta el pulgar y el índice sobre su barbilla y cabecea concentrado, esa muchacha que le está mirando directo a los ojos tiene cierto sosiego, una suerte de paz al explicarse, una contención que estorba para matar alcaldes y diputados, pasear curas y mutilarles después, ¡y hasta comerle las mismas orejas! Pero nunca se sabe, en la guerra ha visto tanto...

—Yo solo le digo que estaba en el sindicato cuando la guerra y no niego que hice algunas locuras por el pueblo antes de subirme a Teruel, al parecer dice ahí que llevaba una pistola y son chiquilladas que hice, me daba gozo llevarla en la cartuchera, pero... ¡cómo iba yo a imaginar! Éramos críos y dábamos la guerra por ganada, como si aquello fuera a durar lo que una partida al fútbolín, pero le juro por Dios que no sé acertar con un arma ni en una caseta de feria... —Hincha el pecho, Pedro la ha atravesado un momento con su sonrisa complaciente y aquel clavel en la solapa que no le gustaba nada—. Yo en el frente no estuve más que dos semanas y salí en una ambulancia que casi me acaba de lisiar hasta el Provincial de Valencia, López Trigo que era un ángel le dijo a

mi madre que por poco me quedo sin sangre, ¡dos bolsas que me pusieron! y luego se hizo muy largo pero estuve allí como una reina, era la única mujer del pabellón y vino a verme todo Dios, ¡hasta la misma ministra!

—¿Cuánto tiempo tardó en irse a casa, Lacruz?

—Casi medio año, si no me dan el alta en Nochebuena, ¡me como allí mismo las uvas!

—¡Perfecto! quiero decir... —Barrachina carraspea y se inclina para sacar su estilográfica de la chaqueta—. Correcto, ¡correcto! Eso cubre las fechas en las que a usted se le imputan los cargos, es decir de agosto a noviembre del 36, todo queda como a mí me gusta, ¡atado y bien atado!

—Lo malo es que el hospital estaba confiscado por la CNT y la hoja de alta llevaba el cuño del sindicato, mi madre debe de haber tirado la hoja con mis carnés, todo lo quemó la mujer cuando la Guardia Civil empezó a venir a casa. Pero mire usted... —María vigila la puerta cerrada un instante antes de apoyar los codos en la mesa y cambiar a un tono más resuelto—. Señor Barrachina, aquí lo que pasa es que hay un canalla que ha dicho barbaridades terribles sobre mí ¡y ni siquiera me ha visto el pelo!... Un tal «Rebollo» que dice que he matado a varios, le deben de estar moliendo a palos para que suelte esas cosas, si no lo han liquidado ya, ¿sabe algo de esto?

Barrachina se reclina hacia atrás en un reflejo y niega con la cabeza mientras se desabrocha con disimulo el primer botón de la camisa. No está preparado aun para ver cómo la revolucionaria que figura en el expediente toma de pronto el relevo de la chica dulce que entró por la puerta, le cuesta pensar que esa tal María es también «la Jabalina».

—Sí... claro, por supuesto, lo he leído en su expediente. -Trastabilla entre sus folios e intenta que los documentos hablen por él, una culpa repentina le hace vacilar—. En el informe, digo, el auto del juez instructor, ¡perdón!, militar... juez militar Dapena fechado en ¿julio?... julio sí, de mil novecientos cuarenta, aquí está, hmm..., «numerosas personas asesinadas...», dice, «entre ellas el alcalde, ocho sacerdotes y un diputado...».

—¡Por Dios! Ya son ocho los sacerdotes, y cuando me leyeron los cargos solo eran tres...

—... Ocho sacerdotes, y aquí arriba dice que intervino «en el asalto de la cárcel de Castellón, en la quema de los Archivos de la Audiencia... y en el asesinato del cónsul de Bolivia de dicha capital», aquí lo dice, sí, todo ello dentro de «uno de los grupos de acción de la Columna de Hierro, el conocido como la Guardia Móvil», ¿estuvo usted con ellos?

—¡Cagüen la puta! ¡No, claro que no! Ya le he dicho que no salí de la enfermería cuando la guerra. —Se apoya en las

sienes y nota el latido crepitando como una brasa, se retira bruscamente hacia atrás y lo mira suplicante con los ojos húmedos—. Tiene que creerme señor... yo no sé qué más le puedo decir... —Se ha acercado de nuevo a la mesa e intenta dominar el hilo de voz—. Perdóneme usted, ¿de verdad no hay forma de probar que no fui yo?

Se seca con el puño de la manga y retiene la respiración. El viento hace restañar los cristales y en el patio las mujeres han iniciado el recuento de las dos entre remolinos de hojas, las órdenes de sor Visitación llegan tamizadas hasta el despacho.

—Sí, claro que sí. —Carraspea, se yergue—. Se puede pedir una rueda de reconocimiento de presos, ese tal «Rebollo» tiene que poder identificarla si aun vive, ¡recede usted para que no lo hayan fusilado! Si el testigo no la conoce, se anula su prueba testifical. —Barrachina cierra la carpeta y arquea las cejas, intenta componer una mirada conciliadora, no desea una nueva escena—. Y en el Provincial guardarán una copia de su ingreso durante el dominio rojo, puede que tengamos suerte y no quemaran el archivo al final de la guerra.

María baja la cabeza y acaricia su china, Pedro le tiene que dar suerte esta vez, no puede fallarle. Barrachina esconde la mirada en los documentos que ordena en silencio, quizá no

tenga nada más que preguntar. En el patio suena ya el *Oriamendi*.

—¿Y quién es ese cónsul que dicen que maté, señor? -María le mira más serena esta vez, ya no sujeta las manos en la silla sino que las deja volar en el aire—. Yo no he estado nunca en la cárcel de Castellón, quemábamos archivos en mi pueblo, sí, pero solo en el partido regionalista, y Santa María también, una penica cómo quedó aquello, lo reconozco, pero estábamos hartos de dejarnos la salud por cuatro perras mientras los curas se cebaban en la mesa de los amos, ¿usted sabe lo que es eso? —No lo sabe, María le ve asentir pero duda, el uniforme impoluto y la forma en que sostiene la estilográfica le convencen de que no lo sabe—. En fin, que yo no hice daño a nadie, con el reventón de hambre y de rabia y todo, a mí no me dio la pájara de matar a ninguno, si una vez en la verbena de San Juan mi novio, en una caseta de tiro... y del diputado ése no sé nada, ni del alcalde, allí en Sarrión no me vieron el pelo, ¡todo el día entre vendas y frascos de morfina!, ni he tenido trato con mandamases, ni con malasangres, ni grupo de acción ni leches, ¡el maldito canalla que ha dicho todo eso de mí tiene que pagarlo! —Se retira hacia atrás y calla, ha perdido la mirada por la cristalera, donde una lluvia de hojas amarillas cruza todo el rectángulo de luz—, ¿usted tiene hijos, Señor Barrachina?

María no ha apartado los ojos de la ventana, el abogado la mira sorprendido antes de inclinarse hacia sus papeles y lanzar una mirada furtiva a su reloj, los encaja dentro del portafolios con forzada pulcritud mientras decide si contestará a la pregunta o dará la visita por zanjada, hablar de su vida le haría vulnerable ante su cliente y según el Código de Justicia Militar...

—Me han robado a mi chiquilla, ¿sabe usted? —María se gira para mirarle y Barrachina se pega al respaldo del asiento fingiendo calma—. No me la dejaron tener más que un día, ¿se imagina lo que es eso? —Traga saliva, vuelve a hundir los ojos de la china que de pronto resbala y rueda hasta las patas traseras de su silla—. ¡Ay! ¡Perdone usted!

Se levanta instintivamente a recogerla, Barrachina se inclina a por ella también pero sus ojos encuentran los de María y se detiene, ella lo mira cómplice en cuclillas, o agradecida, o quizá asustada otra vez. Los tacones vivos de la directora suenan desde la escalera y el abogado siente un salto en el estómago que le obliga a volver a su posición como un resorte.

—Me quitaron a la Isabelita con un día y no me han querido decir dónde la tienen. —Traga saliva para continuar, le mira firme a los ojos y él no puede volver a sus papeles—. Si se la han dado al Auxilio Social o algún falangista pudiente se la llevó sin más, ¿eso no es un crimen? Me acusan de malos

antecedentes morales, ¿qué moral es buena pues?
¿Quitarme a la criatura de las mismas entrañas?

La directora y sor Visitación aparecen en el despacho con mirada severa. *Por Dios por la patria y el rey, lucharemos nosotros también.* El *Oriamendi* ha terminado en el patio, las voces de las mujeres se mezclan ahora entre las ramas agitadas de una palmera, que golpean el cristal con cada ráfaga.

—Según el Código de Justicia Militar...

A Barrachina se le atasca la frase, «el Código en su artículo segundo párrafo...», las palabras se apelotonan, se juntan en un grumo torpe, como las varillas de la Olivetti cuando están mal engrasadas, «párrafo segundo del artículo, quiero decir exhorto, el auto de procesamiento permite...», María no quiere llorar, no delante de las dos mujeres, pero tampoco le escucha ya. Él sigue ahí ni se sabe el tiempo, ¿cuánto ha pasado con la presa a solas? La monja le mira con una mueca de escándalo y se estruja los dedos, la directora sigue con esa mirada tan fiera, tan de comérselo vivo, pero la prueba documental, pero la testifical, la pericial. Todas esperan una cortesía y un «mi abrigo, gracias», pero el silencio de esas tres mujeres le retiene de forma absurda, la muchacha de malos antecedentes morales que ahora también tiene una criatura, perdió una criatura, se pregunta por la criatura y él, ¿por qué le pregunta a él? ¿Quién Dios se cree que es él?

Aunque pudiese hablar se le interpone el código, y el *Oriamendi*, y el perfume de doña Amalia que se instala a su alrededor como una tenaza.

—... Permite que en la diligencia de lectura de cargos usted pueda enmendar o añadir algo a sus declaraciones. Y con los cargos del escrito fiscal dirá usted que no está conforme. Le acompañaré a la comparecencia, es el veinticinco del mes que viene en el juzgado de instrucción, ya pasarán a buscarla. ¡Hasta entonces si Dios quiere!

Barrachina se levanta y agradece a sor Visitación que le acerque el abrigo. Menos mal que el código lo sabe a pie juntillas, dos años lleva ya en el servicio, quién puede ni toserle, a él, don Ángel Barrachina, capitán de la 12ª, el segundo de su promoción, y eso que el primero iba de enchufe.

Diciembre de 1940. Sierra de Utrillas, Teruel.

En un recodo de la carretera que va de Teruel a Utrillas, Pedro esperaba junto al resto de su partida a que pasaran los civiles con el camión pagaduría. Habían cruzado un tronco de pino en la calzada que los haría detener y entonces todos se les echarían encima. Habían juntado

munición y dinamita durante meses y contaban con tres Máuser y varios naranjeros, a los de El Soriano no les faltaría plomo para meterles hasta el tuétano al enemigo. Con las tres mil pesetas que sacaran, la marcha hasta Irún no quedaría ya tan lejos y desde Francia él podría hacer más falta.

La luna les convertía en sombras azuladas tras los arbustos y el frío de la sierra les helaba el aliento, que recorría la mira del fusil en volutas evanescentes. Habían visto ya las luces del camión en la subida del puerto y todos callaban en sus puestos, el olor de la resina se hacía más intenso en la espera. A su lado, una ardilla le miraba con las patas delanteras levantadas y dejó caer la bellota que estaba mordisqueando.

—¡Chsst! ¡Porteño! —Desde el otro lado de la cuneta, el Catalán subió el puño—. ¡Hoy nos cagamos en Dios!

Pegarían el último golpe y marcharían para la frontera, se acababa esa vida a trancas y barrancas, sujetando el frío de los montes y sin más techo que el que quisieran traer las nubes, que a veces se apretaban sobre sus cabezas y les dejaban una lluvia que era una maldición para una semana. En la noche, cuando el cielo era lo único que se podía mirar sin sobresalto, las estrellas dibujaban una «eme» o una «uve doble», según se mirase, y el Soriano, que había hecho un año de contable, sabía leer el cielo y decía que era el norte,

Casiopea; el caso era que María podría levantar los ojos en la noche y encontrar ese mismo norte en la penumbra amarilla de la cárcel. Era un consuelo y un dolor imaginarlo, Casiopea, al menos un sitio donde juntar la mirada y una misma retahíla de estrellas brillando para los dos, sin que alcanzara tan alto esa guerra maldita que duraba ya mucho, esa guerra a ras de suelo que los hería y les ataba los pies para clavarlos en la tierra, como un fango que les borrara los tobillos y les impidiera acercarse. Y cuánto le hartaba ya el olor del pino y la mugre pegada a la piel, como el miedo mismo, que les daba a todos un olor a reses locas de establo, porque el monte era como una cárcel, no más abierta que la de María, con los troncos rectos como barrotes por todas partes.

—¡Porteño que nos vamos!

Subió el puño en respuesta y se preparó, el bramido del camión ya llegaba desde detrás de la curva y el cambio de marcha lo hacía más agudo, aplastado por la pendiente. Gimió como el toro que había soñado Pedro esa noche en un sueño desatado, furioso, como se soñaba siempre en el monte. Era un novillo joven que cabeceaba violento y se le quedaba tan cerca que casi sentía el calor saliendo de su hocico, un segundo apenas, los ojos del toro encima de él como en aquella capea en la patrona de El Puerto, cuando era chico, unos ojos como un pozo oscuro, temibles y un tanto bobos, clavados en su cara. Luego soñaba que él era la

bestia, o él de chiquillo, no sabría decir, corría como si le llevara el diablo y sacudía la cabeza a un lado y a otro embistiendo no se sabía qué.

El camión ya estaba encima y los faros iluminaron el tronco en el chirrido de los frenos, el motor roncó en punto muerto. Los de Soriano tomaron el camión desde atrás y pronto el jefe encañonó a los civiles desde la ventanilla del conductor.

—¡Abajo, hijos de puta! ¡El viaje termina aquí!

El copiloto lo miró desafiante, pero obedeció y bajó del asiento con las manos en alto. Era un comandante flemático, de bigote rojizo y una cicatriz en la frente que se perdía en las cejas pobladas; caminó con aplomo hasta el borde de la carretera.

—Tú también, ¡poco pelo! ¿O es que te crees que la cosa no va contigo?

El Zagal soltó una carcajada que aflojó el cañón de su fusil, las ocurrencias de Soriano siempre se las reía. El conductor miró al Zagal intimidado y obedeció también, con la mirada en el suelo y el labio temblón que delataba su pánico. Su uniforme de cabo estaba recién planchado, sin duda no habría cumplido los treinta a pesar de su calvicie incipiente. Antes de caminar hacia la cuneta, hizo el gesto reflejo de ponerse el tricornio que Soriano inhibió con un golpe de culata.

—Vamos... ¡Al paredón!

Los grillos partían la noche mezclados con el rumor de la gravilla en la carretera, todos se habían olvidado ya del frío pero el cabo más joven temblaba ya en sacudidas amplias, sin disimulo, y murmuraba una plegaria.

Pedro fue el primero en adentrarse en el camión, le seguía Modesto y su partida, todos treparon a la cabina y buscaron en la guantera, bajo el asiento, cualquier cosa les podía servir: armas, documentación, hasta las mismas capas y tricornos.

—¡No llevamos llave de la caja, bandidos! —El comandante tenía una voz metálica, poderosa. —Son medidas de seguridad, la tienen los de Zaragoza, en el cuartel.

—No te preocupes, ¡llevamos dinamita para volar hasta a tu puta madre!

El comandante se ofendió, avanzó un paso, Soriano le detuvo con el cañón de su Máuser.

—Y ahora os vais quitando la ropa, ¡monadas! A ver qué cachondos nos ponéis...

El cabo miró a su superior, desconcertado, subió las cejas en actitud de interrogación, pero este le hizo un gesto para que se resistiera. Soriano y el Catalán agitaron los cañones, insultaron, escupieron al suelo.

—¡Un queso de oveja! —El Zagal salió entusiasmado de la cabina con el queso en una mano y la pistola en la otra—. Y también hay tocino, y pan blanco, y gachas, una olla hasta arriba, ¡todavía viene tibia! ¡Y...!

De pronto, el sonido grave de un nuevo motor que subía el puerto les detuvo a todos. Se miraron, se interrogaron, aseguraron la carga de sus rifles con la mirada puesta en el recodo de la carretera.

—¡Son más civiles, Soriano! —gritó por fin el Macho—, un Hispano-Suiza, o dos, fijo, conozco ese motor, ¡estoy seguro!

Soriano meditó un instante aun, miró a los civiles, miró el camión y enseguida agitó el brazo contundentemente.

—¡Retirada! —Golpeó la chapa del camión en tres toques sonoros—. ¡Fuera todo el mundo ahora mismo!

El segundo camión ya doblaba la curva, se oyeron los primeros tiros, los civiles aprovecharon el jaleo para protegerse bajo las ruedas y el resto de la partida cruzó en desbandada el círculo de los focos, pronto se dejarían engullir todos por la negrura de los pinos que bordeaban la carretera.

—¡Hijos de puta! —Se oyó desde el camión que hacía silbar las balas sobre ellos—. ¡Rojos de mierda! ¡Bandoleros!

Los cristales del parabrisas estallaron bajo las ráfagas, el Modesto tuvo tiempo todavía de saltar cabina afuera y alcanzar la protección de la pinada, desapareció bosque abajo arrastrando una pierna. Detrás de él, Pedro, que llevaba en la solapa los documentos robados, recibió una descarga en la espalda que le hizo tambalear, pero aun ganó la penumbra de la cuneta en dos zancadas...

—¡Hijos de...!

... Antes de caer de bruces contra la pinocha verde y dejar paso al canto de los grillos, rítmico, inapagable, bajo los faros blancos del Hispano-Suiza que frenó en seco junto al otro vehículo.

Junio de 1942. Hospital Provincial, Valencia.

D. Francisco Martín Lagos. Catedrático de Cirugía y jefe de Cirugía y servicios de Traumatología del Hospital Provincial.

Certifico: Que María Pérez Lacruz ingresó en este establecimiento el día 23 de agosto de 1936 afectada de fractura de fémur por su tercio medio, producida por arma de fuego, con orificio de entrada por tercio medio cara anterior y que es dada de alta el día 24 de diciembre.

Y para que conste y a petición de este Juzgado número 11 (oficio núm. 739) expido el presente en Valencia a diez y siete de junio de mil novecientos cuarenta y dos.

Julio de 1942. Juzgado militar número 11, Valencia.

El día del juicio, los pies de María obedecen sobre el patio con naturalidad. Es el 28 de julio y la han llamado para consejo por fin, después de negarle la rueda de presos y esperar a que apareciera el informe del hospital. Hay unos charcos alegres al sol de verano que apenas empapan las baldosas, el suelo escupe el agua que ha dejado una tormenta inoportuna, una lluvia torpe y breve que ha

cruzado la noche y ya se retira por detrás del campanario como si pidiera disculpas.

¿Por qué no la lluvia? ¿Esperaba ella un cielo limpio, una luz blanca que doliera en las pupilas, una tromba de granizo quizá? Entre todas las preguntas que se ha hecho durante dos años y pico, esta no figuraba: ¿es un buen presagio que el cielo se limpie cuando va a jueces? Las dudas giran en su cabeza como una noria de juguete, sí-no-sí..., tendrá mal fario o tendrá bueno, sí-no-sí-sí. En estos dos años, la costumbre ha sido abrir preguntas, nunca cerrarlas. Los zapatos prestados de la Doñate asoman su puntera recién cepillada y evitan los charcos con facilidad, como si no fueran tampoco suyos los pies que hay dentro, sus dedos largos que van apretados. ¿Por qué es fácil andar así, tal día como hoy? La fecha del juicio la supo ayer mismo, «María Pérez Lacruz: preparada para consejo», menos mal que la prima de Hilaria estaba comunicando y prometió que se lo haría saber a madre. ¿Estará madre en el juzgado? ¿Y padre? Sí-no-sí-re-que-te-sí, sus pies saben más que ella, la llevan al buen desenlace, puede que el cielo azul recién lavado sea la señal, un mundo a estrenar para ella, reluciente como los zapatos que caminan solos y tan ágiles, ¡da gloria verlos! No pierden el paso rápido de sor Benedicta, que nunca parece rozar el suelo.

—Que Dios la acompañe, *Lacguz*. —Doña Amalia la despide hierática desde la puerta, un punto cínico en la voz, entre los dos civiles que la subirán al furgón.

María responde con una inclinación seca, las palabras han decidido no salir. Las palabras tampoco son suyas.

El portalón del juzgado llega hasta el techo de tan alto, Isabel se ha santiguado al verlo de puro instinto, como si fuera a salir de ahí el mismo San Pedro. Al lado esperaba ya otro matrimonio humilde y silencioso como ellos la mujer les ha dedicado un saludo escueto, el hombre no ha levantado ni los ojos de sus zapatos. Manuel no ha podido resistirlo y se ha retirado a fumar el último pitillo, ¡vaya un botarate de hombre! Todo lo que sabe hacer este marido es liarse la picadura, en lo peor siempre la deja sola. ¿Y si salen a llamar y su nombre no va en la lista? ¿Y si le mandan firmar? ¡qué compromiso! Ella que solo sabe las cuatro reglas y echar la cuenta del género en el papel donde lo envuelve, mal estampa su nombre en los papeles y hace como que entiende para que no se diga.

La trasera del furgón era una plaza de toros, ¡vaya exageración para ella sola! Igual que los dos civiles a cada lado, o las esposas bailando en sus muñecas huesudas. Más custodiada que la Imperio Argentina, pero sin la estola de zorro plateado, ¡ja, ja! Si no fuera porque se ganaba un culatazo, echaba a correr ya esa risa que le está saliendo por

los hoyuelos de la cara. El paseo hasta el furgón le ha regalado una bocanada de vida, de mañana nueva. La cara de doña Amalia se le ha cruzado en la escena como esos guiñapos del cinematógrafo, esos que salpican la pantalla cuando la cinta viene ya muy usada y con costurones, pero no ha conseguido agriarle el humor. Al otro lado de la tapia, la vida abría un hueco para ella, le parecía que la calle despejada, la blandura del barro, los troncos de los plataneros que tanto había mirado desde su galería, todo el espacio se esponjaba para recibirla. Lina muchacha que caminaba buscando la sombra del muro la había mirado con cierto recelo, tenía los ojos vivos de hambre y los pómulos marcados como ella, posiblemente también su edad.

Y mi María, Dios me la guarde, pensar que hoy mismico me la traen al juzgado como una pecadora, ella que siempre ha sido un ángel, aunque ahora por el pueblo quieran decir lo que quieran. Y esa cabecica que Dios le ha dado, pero qué poco le ha valido, ¡válgame el cielo!, venir al banquillo como las fulanas y los criminales, lo mismo les da a los que mandan, bien se les ve que no distinguen la paja del grano, a los pobres nos tratan como a las reses, ¡mejor trato le daba yo al ganao allá en mi pueblo!

Una cabecica que no parece hija mía, llevaba las cuentas de mil amores y me decía siempre «guarde los cuartos madre, para la es cuela de los chicos», porque ella, eso sí, escuela ha

tenido y lo mismo la quiere para la Carmen que para el Manuel, ¡y hasta para mi Manolita que está retrasada! La República trajo mucho maestro, pero luego ya cerró la fábrica y se les secó a los hombres el seso. Le hizo mucho daño a mi María tanto trajín de huelgas, porque ya era moza y se me fue de las faldas, se atolondró detrás de ese tal Rico y los de la ceneté.

Ahora miro hacia atrás y sé que eso fue el principio de nuestra desgracia, como cuando las judías se echan a perder y primero es un puntico marrón en la vaina que se hace grande, se hace grande, hasta que el verde solo se le ve en los rabos y echa una pelusilla blanca que parece escarcha seca.

La caldera del camión pistonea una barbaridad, renquea por las calles desiertas y obliga a todos a brincar como marionetas. María casi se divierte al ver cómo los civiles intentan mantenerse quietos sin éxito, cada vez que el tricornio se les tuerce sobre la cara sueltan un taco y escupen. El motor está recién adaptado al gasógeno y a cada esquina parece que va a echar el último jadeo y no va a venir quién lo resucite, el gasógeno es para el coche como la achicoria que nos dan, que ni sabe ni espabila. Lo decía padre, pobre hombre, el humor nunca le falta, a ver cuánto le queda cuando la vea llegar así, más llena de cadenas que el conde de Montecristo, ¡ay, madre!

—¡Señorita, guarde la compostura!

El coche ha parado en seco, con el frenazo María casi se ve encima del guardia y le ha entrado una risa floja que debe reprimir. Siempre es así cuando tiene que vérselas con algo serio, si el drama asoma por la puerta delantera ella ya se ha ido por la de atrás, ¿por qué le pasa? El motor se ahoga ya en una explosión aparatosa pero le llega amortiguado, irreal. El peligro siempre le provoca un humor extraño, inapropiado, una desobediencia de sí, pasa todo tan rápido que ni se da cuenta. Si ahora ríe no es suya la risa, ni las palabras, ni los mismos pies de puntera fina entre las botas embarradas que la custodian. Tampoco era su pierna la que se llenó de metralla en Puerto Escandón, ahora lo sabe, mira el gesto duro de los guardias y lo sabe, ni era su cuerpo el que escapaba de la muerte cuando las bombas en la fábrica, ni las muñecas vendadas con las que firmó su carta de ingreso en Santa Clara. Incluso aquella tarde en Cieza, con Pedro, ¡qué barbaridad la primera vez!, solo había un cielo naranja sobre las filas de melocotoneros, ella estaba dentro y fuera de esa habitación, menos mujer que brote, y tierra removida, y sol encendido. Y qué decir del día que se llevaron a la niña...

—¡Hagan sitio, otro rojo para Jueces!

El portón la sobresalta. Un joven desmadejado y serio se sienta esposado frente a ella, las voces de los guardias se

apagan antes de que el motor arranque de nuevo. En un instante, María puede ver cómo la fachada de la Provincial se define y empequeñece detrás de ellos. No había reparado en el grupo de mujeres que se aprieta junto a la entrada, compacto y triste, en un silencio perturbador bajo los alambres que coronan el muro.

La media que pasa ya de las ocho y nadie que salga a llamar, esta buena mujer dice que sí, que a su hijo le juzgan hoy en la sala dos y que seguro que es esta, su marido hizo dos años de maestro tornero y sabe leer; además salen a llamar, que ella también lo ha preguntado. Dice que su hijo estuvo en la sexta Brigada Mixta, con los carabineros, a teniente que lo ascendieron y todo, pero ahora lleva tres años en la Provincial y no sabe de qué se le acusa, ni qué abogado le toca. El Barrachina ese que le ha tocado a María parece que es bueno, y con los avales que se han echado, buena señal, siendo mujer dicen que no pasan de veinte años y un día, ¡veinte años! Menos mal que la Manolita se ha quedado en casa, el disgusto que iba a agarrar la inocente, con lo mal que le coge al pecho un sofoco como este, y con lo delgada que se me ha quedado...

—¡Silencio, cagüendiez! No se habla hasta que el juez lo mande, rojillos, que sois como animales, ¡ni a hostia limpia os entra la disciplina!

El muchacho se llama Pablo y es de El Puerto, como ella. Si van en el mismo consejo, puede que luego le cuente dónde ha hecho la guerra o qué sabe de los Leceta, que están detenidos en la Provincial, o de los del sindicato, si no los han paseado ya. Parece que le ha visto alguna vez por el ateneo, esa cabeza cuadrada y esas cejas, pero quién lo sabe, si van todos tan hartos de palizas que ni Dios les conoce. Hay que ver qué facha lleva, si debe de ser de la quinta de Manolita y parece un vejestorio, con razón no levanta los ojos del suelo, verme a mí debe de ser un puro susto, una aparición. Me creía yo que por salir a la calle se me borraban las trazas que llevo, ¿dónde iremos a parar?

Un tranvía pasa a su lado y María se duele de ver las caras de los viajeros, un anciano con el gesto sereno, una mujer de negro que riñe acaloradamente a un muchacho risueño, un joven de bigote fino que apura el pitillo antes de saltar a la acera con desahogo. María se inclina y se tapa la cara con las manos, desearía parar el motor del furgón, el tráfico entero, todos los hombres que se descuelgan de un tranvía indistintos o absortos o incluso felices, el mismo sol debería frenar en su arco hacia el mediodía porque ella no lo puede soportar. El juicio la precipita hacia algo terrible, crucial, el peor desenlace, su nombre está ya en la lista y no es una novedad. Mientras duraba la espera, podía pensar en ello sin ese frío bajando por la columna, pero hoy el tiempo ha vuelto a rodar de una forma cruel para ella. El furgón cruza

el patio de un edificio de piedra y frena con una última sacudida. Ni todo el sol de agosto podría devolverle el calor ahora, Pablo la mira y la descubre temblando.

La que nos ha caído con esta chiquilla, ¡y todo por esa mala boca que tiene! Cómo iba yo a saber, ignorante de mí, que me crié en Jabaloyas con las cabras. Cuando la guerra, los periódicos me los leía mi Maña y los partes de la radio me los explicaba también. Y el cuento ese de los partidos era para que los suyos les quitaran el pan a los amos y nos lo dieran a los pobres, ¡bendito el que se creyera que lo iban a conseguir! Qué poco me equivocaba.

En el juzgado, un funcionario les toma los datos y un par de guardias les cachean de forma protocolaria. Les conducen por varios pasillos aislados y una escalera desvencijada donde los pasos crujen de una forma que los pone en alerta. María vigila sus pies, las punteras blancas son exactas como un reloj, lo que mejor le ha respondido en toda la mañana, si puede fiarse de algo es de ese paso que no se altera ni con el rechinar de llaves que el funcionario adormecido hace bailar. Cuando alcanzan la sala de audiencias, los obligan a ocupar el primer banco y esperan de pie. El roble oscuro de la tarima se retuerce en virutas y motivos vegetales, hay dos columnas macizas que se levantan de forma intimidatoria a los lados. La carpintería ha perdido lustre hace tiempo, pero su olor áspero casi oprime la respiración.

El taconeo del funcionario rebota en la bóveda mientras se acerca con un legajo de papeles. Los padres se arremolinan alrededor de él como si temieran el ataque de una multitud, pero solo están ellos ante la puerta. En el pasillo se oye ya el trote de Manuel que saca las manos de los bolsillos para darse aire y disimula mal su consternación. Isabel no le mira, se arregla la toca de lana y sube la barbilla no vaya a escapársele nada, los cinco sentidos le suben a los ojos, que tiemblan con cada latido del corazón agitado como una aldaba.

—Familiares de Pablo Samper y María Pérez —dice el ordenanza en un tono inerte, como sus ojillos fatigados—, firmen aquí.

Barrachina dijo que seis años y un día, María repasa las palabras del abogado y busca en la memoria la cara con la que le hablaba. El certificado del hospital ya consta en su expediente, consta es la palabra que usó, está segura, y eso prueba que ella no estaba en los crímenes del canalla Rebollo. Seis años y un día, será de bulto el día ese, bendito sea, quién se lo cogiera a cambio de que no la maten a una. Que fue al frente para buscar novio, eso debe decir, ¡a buscar novio! La vieja monserga de siempre, si es que no salen del cuento de la niña boba, que conteste con voz cándida dijo el Barrachina, cándida pero convencida. ¿Quién se lo va a tragar? De sobra saben lo que decíamos en

Mujeres Libres, y si no lo saben, ¡qué gusto me daba contárselo!

La puerta se abre y la puede ver, de espaldas es tan poquica cosa, lleva el vestido de la Manolita, el marino de flores chicas, con su manga francesa que en otros brazos la harían de buen ver, vaya unos codos tan raspados, son un puro hueso mondado. Y ese color macilento que no se le va porque no hay quien consiga un poco de jabón para mandarle en el paquete. Verla por detrás es una impresión que no tolera, una hija que tiene ya casi al otro lado, girada para siempre, si no fuera porque su Manuel la aguanta del brazo no llegaba hasta el banco.

Oye los pasos y se gira, antes de que el fusil del guardia la obligue a mantener la mirada al frente. Con ese instante le ha bastado, estaban los dos, la alegría le calienta el pecho en marea rápida y le hace morderse los labios para contener la sonrisa. Puede sentir su mirada puesta en ella, sin pestañear apenas. Dos viejitos ya, tan desmejorados, deshechos, y aun parece que sonríen. Al menos puede verlos, aunque sea en un lugar como este. Bajaría hasta el mismo infierno para verlos.

—¡En pie y firmes todos!

En el estrado van apareciendo con paso solemne los componentes del tribunal en su uniforme, las botas militares

hacen crujir la madera en el silencio que ha invadido la sala. Cuando el abogado y el fiscal han ocupado las mesas laterales, el coronel Loygorri cierra el grupo y ocupa su puesto de presidente en la mesa central. Es el primero de todos que lanza una mirada al público antes de sentarse displicente. Todos le imitan y ocupan sus sillas.

—En Valencia, a veintiocho de julio de mil novecientos cuarenta y dos, a las ocho horas quedó constituido el Consejo de Guerra Permanente para ver y fallar la causa contra María Pérez Lacruz, asistiendo como Presidente, Vocales, Fiscal y Defensor los señores Jefes y Oficiales que a continuación se expresan... —El secretario carraspea e hincha el pecho antes de seguir—. Coronel Señor Loygorri...

María se pierde enseguida en la lista de apellidos rimbombantes, Capitán, Teniente, señor Ruiz, señor Mulet, Vocal y Fiscal, Capitán y Coronel, las palabras percuten en sus oídos como aldabonazos de campana, han cobrado una música propia, un eco metálico. El desprecio con el que la miran le ha hecho perder la concentración y cuando la retahíla termina ella asiente sin saber a qué. Entra la luz por el ventanal del fondo y las hojas del eucalipto hacen formas casi alegres sobre el vidrio. María se gira un instante, su madre le sonríe resignada, pero en los ojos se le adivina el pánico.

—Procedimiento sumarísimo ordinario número 2053-V seguido contra María Pérez Lacruz, de veintidós años, natural de Teruel, vecina de Puerto de Sagunto, soltera, sus labores. A continuación, el Teniente señor Belda tomará la palabra como fiscal.

El fiscal se levanta con el legajo de folios y aclara la voz mientras se ajusta unas gafas redondas con expresión grave. En el segundo banco, Manuel le aprieta la mano a su mujer sin quitarle el ojo al militar enclenque de rostro afilado, si se girase hacia ella temblaría más todavía.

—Como Fiscal Jurídico Militar de la Tercera Región formularé mis conclusiones. —Levanta un instante los ojos por encima de las gafas, le dedica un gesto de complicidad a Loygorri, una mirada casi taurina, de rabo y dos orejas—. Resulta que la procesada ingresó voluntaria en la Columna de Hierro desde los primeros momentos la revolución roja, formó parte de la Guardia Móvil de la misma y tomó parte directa en el asalto de la cárcel de Castellón, donde fueron asesinados varios guardianes. —Isabel quiere levantarse, su marido la frena—. La citada Guardia Móvil de la columna realiza el asesinato cometido en la persona del señor Cónsul de Bolivia en Valencia. Pasa más tarde a Sarrión y a la Puebla de Valverde donde son asesinados por la Guardia Móvil innumerables personas afectas a la Causa Nacional entre otras el alcalde, ocho sacerdotes y un diputado. Más tarde

es herida en Puerto Escandón regresando a Valencia donde ingresa en un hospital. Por su acentuado izquierdismo era conocida por el sobrenombre de «La Jabalina».

—¡Criminales! ¡No saben lo que dicen! Así es como llaman a las que somos de Jabaloyas...

—¡Cálmese, señora! Un poco de compostura o la expulsamos de la sala, ¡haga el favor!

El secretario es tajante, el brazo de Manuel es firme al retenerla, el fiscal aguarda un segundo antes de continuar y se arregla el cuello de la guerrera con expresión asqueada, como el que aborrece el sabor amargo de un jarabe.

—Individua de malos instintos y pésimos antecedentes, se la oyó jactarse de que había comido las orejas de un cura. —De nuevo mira a Loygorri de forma golosa, que en ese momento junta los dedos en formas geométricas, los entrelaza y separa y los vuelve a juntar en un ritual involuntario que le hace parecer concentrado—. Los hechos que resultan del sumario han sido sobradamente probados, tanto por informes de las autoridades competentes como de las declaraciones de los testigos de mayor excepción. Son hechos que constituyen un delito de adhesión a la rebelión. —Se toma una pausa grave tras pronunciar la palabra, aun no ha mirado a María—. La adhesión es un delito previsto y penado en el artículo 238 del Código de Justicia Militar. De

dichos delitos es responsable en concepto de autor la procesada.

Una ráfaga de viento provoca un portazo y la madre se sobresalta. María se gira para que vea que ella sí está tranquila, pero no lo está, la voz aflautada del fiscal está cortándola como un cincel de hoja fina. Diría que en vez de girar su cuello ha girado la estancia entera sobre ella, las columnas de madera tienen un algo de tiovivo alrededor de sí y no basta con agarrarse al banco para detenerlas.

—... Es responsable en concepto de autor la procesada. —El fiscal repite la última frase y Loygorri mira el reloj de cadena sin disimulo, después se atusa el bigote abstraído—. Procede... —Ahora sí se dirige a María, los ojos emborronados por una repugnancia bajo control, como quien está a punto de lanzar un insecticida—. Imponer a la procesada María López la pena de reclusión mayor a muerte, con las accesorias legales correspondientes.

—¡Asesinos! ¡Criminales! Pero cómo se atreven a decir tanta calumnia junta, ¡Cristo bendito! —Isabel está fuera de sí y ya no dejará de gritar porque ha perdido de vista los brazos de su marido, las medallas de Loygorri, los guardias y a María misma, las columnas de madera ya no están y la noche se ha cerrado sobre su cabeza, no existe más que ella misma frente a las rachas heladas del norte en Jabaloyas y los lobos hambrientos de su juventud, delante de su rebaño asustado.

Manuel le tira de la falda para que se siente y recibe un manotazo cuando le intenta tapar la boca—. ¡Bestias inmundas! ¡ojalá que el diablo sus lleve a todos al infierno ahora mismo!

Cuando los civiles están a punto de alcanzar su banco, los alaridos dan paso al trote de sus botas sobre la tarima y todo el mundo cree por un instante que la mujer se ha dominado y callará, pero al pobre Manuel apenas le alcanzan los reflejos para amortiguar la caída de su mujer, inerte durante los minutos que durará su desmayo, un incidente mínimo que el secretario no incluirá en el acta del juicio, cuando en apenas veinte minutos haya acabado.

Cuando todos se han ido, Pablo y ella se han quedado solos junto a los guardias y María ha sentido que la sala se enfriaba como si alguien apagara un brasero en pleno invierno. Sin embargo, el verano que se cuele por los cristales hace sudar a todos y un guardia que los vigila se ha tomado la licencia de abrir el ventanal. El cacharro cruje tanto que los sobresalta y el hombre se convierte en el centro de todas las miradas. Es un cincuentón ceñudo que arrastra con disimulo una pierna, el calor le abotarga y le hace perder prestancia a la camisa verde oliva, todos han podido ver los rodales de sudor bajo sus brazos cuando luchaba con la cancela. Se gira con un soplido y parece más relajado mientras se pasa la mano por la frente, pero

enseguida encuentra los ojos de María y baja la mirada incómodo. La expresión se le ha turbado como si viera un fantasma, carraspea y empieza a jugar con el cuello de la camisa, los dedos no aciertan, se han vuelto torpes, espantados. Es una condenada a muerte, ¡la madre que los parió!, la matan ya en el acto con esos ojos incómodos, le han quitado ya la vida, ¡ni que ella fuera una aparición! La sangre se le agolpa en el cuello y la siente correr como una campana a rebato. ¿Qué es lo siguiente que harán, todos esos canallas? ¿Se tomarán a gusto las lentejas o el cocido? ¿Se echarán la siesta cuando acabe su turno? ¿Acaso piensan comulgar en la misa de domingo, con sus esposas del brazo como Inmaculadas?

Pena de reclusión mayor a muerte, ¿quiere decir lo que quiere decir? A muerte... no le extraña que su madre se haya desmayado a fuerza de gritar, desde entonces esperan fuera con el resto de familiares, ¡justo ahora que los necesita tanto! Cuando Barrachina ha desaparecido detrás del tribunal, hubiera querido correr detrás de él.

Pablo le sonríe para aliviarle el temblor, pero María no dejará de sentir ese hielo que le corre por la espalda, columna abajo, hasta el mismo tuétano de los huesos. Su sonrisa intenta acercársele, pero ella puede ver en sus ojos ese mismo horror que dominaba al guardia, una cortina invisible que los aleja desenfocándoles la mirada. Pablo

cumplirá sus seis años y un día, ¿cuánto tiempo le queda a ella? ¿Cómo se miden los días en adelante?

—No te asustes, Jabalina —le susurra discreto—, las fechas de esos crímenes no coinciden con tu paso por Teruel, todos han visto el certificado del hospital...

María le mira con gratitud, quizá tenga razón y le bajen la pena. Le reconforta saber que aun queda alguien que pronuncia su nombre, y no te asustes Jabalina. Qué hubiera hecho ella sola con los guardias, quizá apretar las mandíbulas para detener esa sensación de bulto, de cascarón hueco, así es como la miran, peor todavía, una mancha, un residuo. Pablo es el único que intenta entenderla en esos momentos y la mira de una forma que le devuelve el nombre: no te asustes, Jabalina, le ha susurrado. Para el tribunal, para los guardias, para todos los que hoy la han llevado de un lado a otro como un fardo, ella es algo que quieren eliminar a toda costa. Ni si quiera está segura de que la odien, no se han tomado ese trabajo. Guando abusaron de ella en el Ayuntamiento, enseguida notó cómo se perdía el puro instinto de saberse alguien, un nombre propio, una persona, se le anuló en ese primer mes y se supo cosa, bulto, sombra. Ahora puede pensarlo, le viene a la conciencia como una guía, un manual de defensa contra el asalto. Lo ha estado aplicando desde los primeros días, en El Puerto, con aquellos acosadores que andaban por la celda creyéndose

gente, nombrándose gente, por el apodo o por el nombre, ellos no eran más cosa que el puñado de jóvenes espantadas que elegían cada noche, apretadas contra la pared al sonido de las rejas. Un atajo de cosas divirtiéndose con otras cosas, una forma de pasar el rato. Después, a ellas les tocaría trabajar duro para apuntalar su identidad, día a día su Ramona o su Josefa o su María la Jabalina, un trabajo exigente y concienzudo para llegar hasta hoy y aguantar el último golpe, solo que reclusión mayor, ella desea ser otra vez cosa entre cosas y a muerte, reclusión mayor a muerte, es lo que todos han oído. Esa última frase del fiscal no se resiste.

Casi lo consigue al principio, ahí estaban las ráfagas del fiscal y el tribunal entero: amancebada, decían sin mirarla, apartándola con asco por impura, desviada, licenciosa, que tomaba parte directa en desmanes, que manifestó desorden. De temperamento exaltado, añadían, ¡y alegre! De pésimos antecedentes morales, añadían, alocada, feroz: jabalina. Su nombre ya no la identificaba, era un apoyo a la mera descripción. Un desperdicio que había que retirar de la vista. Pero luego han llegado esas palabras, reclusión mayor a muerte y el corazón se le ha desbocado de forma que era más Jabalina que nunca, madre también lo ha sentido y ha lanzado el grito por ella, toda la fuerza que no tiene un bulto, una cosa, sino un animal herido, en jaque, toda esa fuerza que ella aun retiene y que podría ser empujón,

carrera súbita, huida hasta la ventana o la puerta. El ventanal que ha abierto el guardia está junto a un ficus bien recio, por el tamaño del tronco se ve que no están muy lejos del suelo, un primero o un segundo a lo sumo, la Cueta se lanzó por uno así el día del Sagrado Corazón y no se rompió más que la rabadilla.

—Señorita Pérez...

La voz de Barrachina emerge desde el fondo de la sala y vacila de una forma que a María se lo revela todo, sus ojos vienen igual de turbios que los de la gente en la sala, otra vez ese atrás desde el que le hablan. El abogado se obliga a mirarla pero está más pálido que antes, esa zanja de aire se cruza entre ellos, se hace insalvable, como un cerco transparente que los define a ellos, los que fabricarán un recuerdo de todo esto, los que podrán hablar de ella si desean hacerlo, u olvidarla, ¿por qué no?, tenerle piedad o fruncir el ceño con desaprobación, qué poco contará ella para entonces, en un tiempo en que ella solo sea una historia de la que hablar. Reclusión mayor a muerte. Da un paso atrás y se le encabrita el pecho, se le retira el aliento mismo, ¡tiene que hacer algo antes de que deje de respirar!

—... Pediremos la conmutación, señorita, no se ponga así, ¡por Dios! Necesitaré avales... Y una petición de clemencia que ya tengo redactada, solo me falta... ¡Pero señorita!

María se abalanza al estrado, quisiera ganar la ventana y esas ramas del ficus que son lo único que hay ya en su campo visual, la última frontera entre su círculo de aire y el de ellos, los que la empujan a una carrera loca y breve.

—¡*Caguen* diez, la roja esta!

El guardia de su izquierda le ha cortado el paso sin esfuerzo y le apunta con el fusil en el pecho.

—¡Hijos de puta! ¡Asesinos! —María le sostiene la mirada con los ojos húmedos de rabia—. Dispara anda, ¡dispara! ¿Qué no tienes huevos para disparar a una mujer? —El guardia le hinca el arma y la obliga a retroceder— ¿Van a ser todos tan maricas como tú, en el paredón?

Hay un silencio abrupto en el que el guardia afloja la tensión de su brazo y busca la mirada del compañero. Ella siente el frío del cañón sobre su escote, pero no siente miedo aun, solo el dominio sobre el guardia que vacila frente a ella.

—¡Señorita Pérez, por Dios bendito! Haga el favor... -Barrachina intercede y detiene con una mirada de censura al otro guardia, que ya levantaba la culata del fusil hacia ella—. No complique usted más las cosas... —La coge de los hombros y la empuja con suavidad hacia el banco, el sudor le pega la camisa al cuerpo.

El guardia baja el fusil y María siente un escozor vivo en la piel, el arañazo que ha dejado el cañón se convierte en un dolor agudo, pulsátil, y es ahora cuando se da cuenta que ha podido morir en esa misma sala, junto a cuatro miserables que nada conocen de ella, sin despedirse de madre y padre, que seguramente hayan oído el jaleo y se hagan cruces de imaginarla en peligro, sin decirles que busquen a la niña, ¡que la niña debe saberlo todo!

—La sentencia no es firme, ya le digo, debemos formular cuanto antes la petición de clemencia. —Barrachina lanza miradas hacia los guardias y a su carpeta, intenta disimular su respiración alterada—. Y la conmutación de la pena...

María baja la cabeza y empieza a temblar a sacudidas amplias, violentas. El abogado sigue hablando, está como un cirio y se abanica con los folios, trastabilla entre sus carpetas sin parar, de vez en cuando traga saliva para poder seguir con sus instrucciones. Pablo permanece en su sitio y apenas se atreve a mirarla. Ella se rinde ahora a un llanto frío, de ojos espantados y mirada quieta, los reguerones de lágrimas apenas calientan su expresión congelada.

—Siempre pueden acogerse a la Orden de 25 de enero de 1940, claro está, pero sería ya muy mala suerte que la incluyeran a usted en algún supuesto del grupo uno...

Barrachina se convierte en un ruido de fondo, una cháchara de papelorios y firmas que le llega con sordina ahora porque solo ve a madre, y a padre, heridos de muerte como conejillos en un cepo, ¿cómo ha podido hacerles algo así? Una marca a fuego para ellos, que jamás han levantado los ojos a un patrón...

—Déjeme que le diga yo a madre, don Ángel, al menos consígame eso, ¡no podrá resistirlo si se lo dice esa mala calaña! ¡hijos de puta! —María se levanta con el puño en alto hacia la puerta donde se ha reunido el tribunal, el abogado la intenta sujetar—. ¡Mala muerte tengáis vosotros, miserables!

El abogado le coge el puño levantado y la retiene mirándole a los ojos, es la primera vez que le toca la mano y pronto baja el brazo embarazoso, vigilando al gesto de los guardias con el rabillo del ojo.

—Déjelo, don Ángel, o le buscarán a usted también la desgracia, el informe del hospital ni lo han mirado, ¿es que no se da cuenta?—Ahora ha bajado la voz e intenta estar serena frente a él, que no para de aflojarse el nudo de la corbata—. No atenderán a nada, Barrachina, solo consígame un minuto con mis padres antes de que esos cuervos se los coman vivos...

Le brotan unas lágrimas fluidas, como la lluvia de otoño por el canalón, pero necesita tiempo para entender lo que está pasando, ya lo pensará, ya tendrá tiempo en la celda, ahora lo importante es que le dejen decírselo a madre, no puede ser uno de esos funcionarios maquinales que hablan como una radio hueca, la pobre mujer no lo encajará bien si no le ve la cara a ella, una expresión templada y su voz serena. Además, debe vivir el tiempo que el cueste encontrar a la niña, no pueden matarla sin saber de ella. La pequeña vive, eso lo sabe de puro palpito, es lo que explica su fortaleza. Debe de estar metida en algún agujero del Socorro Social, al cuidado de esas monjas arpías, si madre tan solo pudiera averiguar dónde la tienen, traerle noticias de que está viva, es imposible que la criatura se críe sin saber los padres que ha tenido.

—... Y consígamelo don Ángel por el amor del cielo, no puedo soltarle las solapas hasta que no me diga que sí, que puedo hablar con mi madre ahora mismico, no dejaré que me lleven hasta que no me pongan con ella.

Julio de 1942. Puerto de Sagunto.

Al Excmo. Sr. Capitán General de la 3ª Región. Valencia.

Manuel Pérez Esperanza, de 50 años de edad y domiciliado en este poblado Travesía de Calvo Sotelo núm. 14 a V.E. con el debido respeto expone:

Que teniendo a su hija María Pérez Lacruz de 23 años de edad soltera, presa y procesada desde el 30 de mayo de 1939 a resultas del sumario que se le instruye por el juzgado Militar núm. 10. Y haciéndome falta para los quehaceres domésticos ya que mi esposa no puede atender a todo por encontrarse delicada, es por lo que

SUPLICA a V.E. se digne concederle la libertad provisional con la obligación de personarse ante la Autoridad que designe tantas veces fuese requerida para ello.

Gracia que espero alcanzar de V.E. cuya vida guarde Dios muchos años para bien de la Justicia de España y de su Estado Nacional Sindicalista.

·8 de agosto de 1942·

La muerte no huele a nada

Convento de Santa Clara, Valencia.

En el viaje a Francia, la niña iba en sus brazos, ella le cantaba una canción de su pueblo y podía sentir el peso de su cuerpecito arropado en la manta que le trajo su madre, notaba la tensión de sus tendones reteniendo el bulto pequeño de su hija dormida y el olfato se llenaba con la acidez de la leche cortada a la altura de los pezones. *Tan hondo grabé tu nombre, que a perder eché un olivo*, todas las estrofas de la jota se hilaban con facilidad, incluso aquellas que hace años tenía olvidadas. El baqueteo era el mismo del camión a Barracas, un banco resbaladizo en la trasera del Pegaso que las llevó al frente y ellas dos solas allí, sin música alegre esta vez, sin los himnos ni la bota de vino que brincaba en el aire como los chascarrillos y la risa fácil, ellas dos solas bastándose la una a la otra, una alegría densa con olor a almendra y a leche agria, una forma diferente de repasar las lomas azules con la mirada.

A Pedro no podía verlo, pero viajaba con ellas en la cabina, dirigiéndolas hacia el país donde por fin podrían mirarse a la cara sin sentir el aguijón del miedo, Pedro y ella con la niña, libres, sonaba en la radio aquella copla que bailaron en la

verbena de San Juan y su madre estaría a la espera en el primer pueblo francés, junto a la frontera. Rico les había dado los pasaportes falsos y los enviaba a la dirección de un contacto en Francia, quizá lo vería en la frontera disfrazado de gendarme y con esa media sonrisa arrebatadora que la ruborizaba. Había una expectación alegre pero también un pequeño dolor, de naranjos espesándose en la distancia, de chimeneas de ladrillo destacando a lo alto, firmes y severas, vigilando a lo lejos. La silueta del castillo de Sagunto se levantaba a contraluz, encaramada al peñón que domina el mar tranquilo, una cinta plateada que resplandecía al fondo del paisaje, se afilaba y se borraba para siempre.

De pronto sonaba el motor de los Saboia sobre sus cabezas y el coche se paraba en una sacudida. La niña había callado, ella inclinaba la mirada y había un hueco siniestro en su manta enrollada, ¡Isabelita! Se lanzaba al suelo para tantearlo con el corazón golpeándole las costillas, encabritado, imparable, la pulsación le subía hasta las mismas órbitas, los aviones zumbando por encima del vehículo y ella que no se iba sin la pequeña, aunque los gritos y los estampidos le rompieran ya los tímpanos. Las bombas se imponían sobre la voz de alguien que había abierto la cancela del portón y le hablaba, «que ya pasó María, tranquilícese por Dios», las palabras de la monja sonaban tersas y frías entre las ráfagas de metralleta, «ya pasó María... », un tono impasible e irreal como si una virgen

de alabastro se dirigiera a ella en pleno infierno, se acercaba a ella para acariciarle la cara con una cadencia suave, de mentira, «serénese por Dios, María», pero ella parecía ver una trampa en las pupilas frías de la monja y la rechazaba de un empujón antes de seguir buscando a la niña, «¡me la han robado, Benedicta, mi niña me la han robado!», la puerta de la cabina se abría y no era Pedro el conductor, sino un hombre taimado y contrahecho que la contemplaba un instante antes de señalarla y echarse a reír, una carcajada de boca negra donde solo relucía una pieza dental, «ahí la tienen», decía, «¡la Jabalina! Esa roja se comió las orejas de un cura, ha matado más hombres que pelos tiene en la cabeza... ». Era Rebollo, quién podía dudarlo, la seguía mirando divertido mientras ella se arrastraba entre las ruedas, el llanto de la pequeña parecía sonar bajo el camión, ¡su pequeña! «María ya pasó, déjelo estar», las manos de Benedicta intentaban detenerla, pero estaban frías como carámbanos, «ya pasó todo por el amor de Dios...». Sobre su voz susurrada, las carcajadas de Rebollo se echaban encima como una bandada de cuervos y María se giraba furiosa para golpearle pero en su lugar estaba el fiscal, la silueta enclenque y esa mirada emborronada de odio, «pena de reclusión mayor a muerte», María se echaba atrás y cogía las manos de Benedicta desconcertada, «Benedicta, ¡Benedicta!». El llanto de la niña empezaba a oírse con

fuerza desde algún lugar que ella no sabía localizar, «¡devolvedme a mi niña!».

«Ya pasó, ya pasó María». Benedicta le da pequeños pellizcos para que despierte, lleva un rato sentada a su lado intentando que se calme y ahora teme que sus gritos atraigan a los guardias y la obliguen a dejarla antes de tiempo, sus manos siguen estando heladas. María la mira con espanto, aun trae retales del camión donde perdía a su niña en el escándalo del bombardeo, aprieta sus muñecas como una amarra en un naufragio. La clarisa baja la mirada, hoy no aguantará los ojos de María, saca un pañuelo de hilo que huele a espliego y le seca el sudor de la frente con golpes livianos, intenta transmitir normalidad.

—He tenido otra vez el sueño, hermana. —María jadea como si se detuviera en seco tras una larga carrera—. Ese camión bajo las bombas... —Acaricia la manta un momento—. Y la niña que lloraba debajo de las ruedas...

—Ya ha pasado usted bastante, María, no se sofoque más. —Le pone las manos en la frente y las sostiene un momento—. Tiene usted calentura. Debería aceptarme este chusco de pan...

María no atiende aun, contrae todo su cuerpo contra las rodillas y aguanta la respiración un instante, como si quisiera salir a flote después de un viaje perverso desde el fondo de

sí. Después se despereza y se frota los ojos, la vista le trae el espacio estrecho de su celda tal y como lo había dejado cuando ha cedido al sueño hace un rato.

Lleva diez días en huelga de hambre, desde que volvió del juzgado, y el ayuno empieza a tender trampas a su conciencia. Cualquiera puede ser el día que la saquen a capilla y cada tarde, cuando declina el calor, el espanto y la dejadez la llevan a lugares de los que vuelve con la mirada vidriosa como si hubiera escapado del mismo paredón. La niña acude cada vez a sus brazos serenos en el sueño, un idilio dulce que nunca dura bastante y termina roto en mil pedazos. Benedicta es tan fiel a su despertar como el mismo horror que la visita cada tarde, pronto su insistencia con la superiora logrará que la bajen a enfermería y, desde allí, quizá sea más fácil fugarse.

—No comeré nada, Benedicta. —La mira despacio, con un desdén perplejo, como si le costara entender que lleva un rato a su lado—. Soy de Jabaloyas, ¡maña de pura cepa!

Benedicta se revuelve sobre sus rodillas, ha dejado el chusco junto a su manta y tiene las manos libres para hacer bailar su rosario de cuentas negras. María no detecta su nerviosismo, revisa la celda con los ojos somnolientos, el desconchón de la pared de enfrente sigue en su sitio. Es una flor extraña, quizá una cala, que nace de la esquina y avanza por la pared sin tersura ni gracia, con un pétalo enorme que apunta al

techo y otro lacio y atrofiado que se marchita hacia abajo. El fin de las lluvias detuvo el dibujo y la última condenada a muerte que salió desde allí hacia capilla se entretuvo en rascar toda la cal inflada, como el que deshoja una margarita. El hueco está ahora lucido y seco.

—Se llamaba María la pobre que pasó por aquí... ¡manda huevos! —María afloja una risa desquiciada, a sacudidas rápidas—. La sacaron hace dos meses hacia Paterna.

—Dios se apiade... —La monja se santigua, estremecida—. María, debe usted perdonar...

—La sacaron en junio y... ¡mosca de mierda! —Se golpea la pantorrilla y el insecto escapa, las dos mujeres siguen el zumbido enervante por momento—. Yo la conocía de vista, ¿sabe usted? trabajaba en Abastos...

La mosca insiste sobre su piel estremecida y, entre palmada y palmada, María discurre en voz alta sin reparar en los ojos impacientes de Benedicta, que lanzan miradas furtivas a la puerta.

—Era tendera como mi madre, por eso sé que se llamaba María, Marieta...

La monja la escucha cada tarde, está con ella hasta que las sombras ganan la celda y sus ojos parecen cada vez más grandes, avivados por el destello del miedo. Entonces manda

colar para ella la infusión de melisa y tisana, que es lo único que acepta en todo el día. Pero hoy no tiene sosiego para esperar tanto.

—Íbamos mi hermana y yo a Abastos con mi padre, ¿se lo he contado?, en una tartana que daba más pantocazos que una barca... —La monja intenta decirle algo, le pone la mano en la rodilla para introducir la frase—. Pero qué remalas están hoy las moscas, ¡carajo! En mi pueblo es un augurio de lluvia, ¿sabe usted? Un buen augurio...

Hablar con ella le evita pensar, que es el gran enemigo del condenado, y cuando la monja abandone la celda y el silencio la asedie, registrará con los sentidos inflamados todos los ruidos que pueblan sus cinco metros escuetos. Estará atenta al Oriamendi y al Cara al sol en el patio, a la voz de la superiora deshaciendo las filas, a los pasos sombríos de todas sus compañeras de camino a sus catres y al recuento de las diez, que abre sus oídos a las horas más largas del día. Esos son los momentos en que su mente se escapa sin remedio al aviso cruel de unos pasos ganando el pasillo, el choque metálico de las llaves en su puerta, el quejido del cerrojo un instante antes de que la luz amarilla de los reflectores encuentre sus pupilas incrédulas y una voz áspera pronuncie sus apellidos.

No lo imagina, sino que lo escucha y lo tiembla y lo ve hasta morir cien veces en el estupor de cada insomnio. Cuando el

ventanuco recorta un azul más tenue tras los barrotes y nadie ha venido a por ella, una alegría animal la invade, un agotamiento feliz que le dura hasta el mediodía.

—Aunque a veces traen temporal de granizo, que arruina la cosecha... cuando era niña, ¿sabe usted aquella jotica? que el olivo eché a perder... los jornaleros la cantaban en la siega, *tan hondo grabé tu nombre*... —Benedicta abre la boca pero se detiene—. Mi madre me la enseñó de chica para cantar en la luna nueva, me daba terror que bajaran los lobos, se comían el ganado y lo que pillaran por delante, *si me llegas a olvidar*... —María continúa, absorta, y la monja aprieta los labios, no desea que termine la estrofa—. Yo los oía gemir desde las lomas y estaba convencida de que La Fematera, así se llama la jota, los echaba para atrás —sonríe maliciosa—, esos chismes se dicen en los pueblos, ¡qué lástima, cuánto cuento trae la miseria al campo!

Benedicta no la ha escuchado, manosea las cuentas del rosario con excitación, pero María habla para sí misma con la mirada puesta en el suelo, abismada en el recuerdo.

—Además, hoy me duele la pierna como si ya los tuviera encima, a los lobos de la sierra... ¡caguen diez! —Mira con ansiedad a la monja—, ¿No me hará hoy esas friegas que me quitan hasta el dolor de alma?

Benedicta la está mirando fijamente ahora y María se estremece.

—Sí, claro que sí alma de Dios, pero quisiera que antes rezará conmigo un Ave María...

Callan y se interrogan un instante con los ojos, el canto de un verberol llena de pronto el silencio entre las dos mujeres, hoy se adelanta a la caída de la tarde.

—¿Qué pasa Benedicta? —María se ha quedado rígida, el labio inferior empieza a temblarle y le obliga a apretar la mandíbula—. ¿Se dice algo de lo mío? —La coge de las manos, como si así no se le fuera a escapar la verdad—. Usted sabe que yo no rezaré aunque me lo pida de rodillas... ¡Ni mi propia madre me ha arrancado una plegaria!

—Su madre... —Cierra los ojos, intenta espantar el deseo de que la directora llegue ya y le ahorre el trance—. Su madre ha pedido que se le haga una misa, pero doña Amalia ayer mismo recibió orden desde el juzgado...

María se incorpora de un salto y se la queda mirando desde arriba, las manos vuelan hasta la boca abierta de estupefacción. En el suelo, la monja permanece arrodillada y extraña, el hábito recortando en pliegues una isla, un cerco blanco en el suelo terroso, otra vez el halo de muerte, esa zanja abierta en el aire que la separa del resto. En cuanto siente una mirada como la de Benedicta, el estómago se le

sube al cuello y la tierra bajo sus pies ya no es la misma que pisan ellos. María se lanza a las rejas de la puerta y estira los cinco sentidos para descubrir quién sube hacia la celda.

—¡Me matan, ya me matan, Benedicta! Es hoy, ¿verdad? — Vuelve sobre la monja que ya está en pie y le zarandea los hombros con violencia—. ¡La niña debe saber lo que pasó! —Se retira un paso, las manos suspendidas en el aire, arrepentidas de haber perdido el control—. No deje que la malogren en un agujero del Auxilio Social, ¡debe prometérmelo, Benedicta! A usted sí la dejarán buscarle la pista, a mi madre nada, ¡le fusilan a una hija por roja!

Las lágrimas le cubren ya la cara, Benedicta la sostiene en un abrazo y le murmura al oído que rece con ella.

—Por favor, María, debe cobijarse en Jesús, su madre ha insistido mucho en que haga confesión y me suplicó que si llegado el día, confié en mí para que...

Suena la cancela de la galería y el chasquido metálico anuncia la llegada de alguien por el corredor, las dos mujeres se miran a los ojos en un silencio elocuente, con fingida serenidad, se cogen de las manos pero enseguida María busca la china que guarda en el bolsillo, teme por un momento haberla perdido pero pronto encuentra su tacto frío al fondo del bolsillo. Pedro sigue latiendo bajo la yema de los dedos, en la suave hendidura, en el tacto templado de

su corazón mineral. La puerta rechina y pronto la cofia de sor Visitación reluce en la semipenumbra como una antorcha, detrás de ella se adivinan los bultos de doña Amalia y un funcionario alto que sostiene un legajo de papeles y mira hacia todos los lados. Por el ruido que han hecho sus botas, a los civiles se les intuye fuera, en el pasillo.

—¿María Pérez Lacruz? —María asiente despacio, tiene la boca demasiado seca para decir algo—. Se le notifica la sentencia firme recaída en su causa por la que se le condena a la pena de muerte, como autora de un delito de adhesión a la rebelión, previsto y penado en el artículo 238 del Código de Justicia Militar, con las agravantes de trascendencia y perversidad recogidas en artículo 173. —El hombre levanta la vista de forma refleja, ignorante de que su lectura cae en bloque sobre los oídos de todos —. A continuación se le dará traslado a la cárcel Modelo, donde se procederá, ante el juez militar número 8, a la lectura íntegra de su sentencia y su aprobación, quedando enterada y notificada. Firme aquí... — El individuo coge aire después de su perorata y le extiende una estilográfica que hace aparecer de su chaqueta—. Firme donde dice conforme.

No ha mirado aun a los ojos de María, pero intuye su expresión displicente. Carraspea con el puño en la boca para continuar.

—Una vez notificado el fallo ante el juez, será puesta en capilla y dispondrá de los auxilios religiosos que necesitara.

—Todos alargan la pausa violenta con su silencio.

—No pienso firmar ahí. —Pasa la manga por la nariz antes de continuar, entre hipo—. ¿Cómo van a castigarme por ello? ¿Con el paredón?

María escruta un segundo la cara de todos los que la rodean antes de echarse a reír, el corpachón melifluo del secretario da un paso atrás y la invita a una carcajada sonora, un amasijo de risa y tics nerviosos que le dan fuerza para volverse hacia Benedicta y rechazar con templanza el rosario que ha alargado hacia ella. Después se gira hacia la comitiva y se alisa el pelo hacia atrás, antes de ofrecer sus muñecas, temblorosa.

Tan hondo grabé tu nombre, que a perder eché un olivo... — ha cogido la delantera de la comitiva y camina con la barbilla levantada *—, si me llegas a olvidar, qué lástima el arbolico...*

Cementerio de Paterna, Valencia.

Tan hondo grabé tu nombre, que a perder eché un olivo...

Isabel se tantea las horquillas de la nuca y levanta la barbilla hacia el cielo, si al menos refrescara un poco no sentiría que le falta el aire. El día ha amanecido cubierto, con unas nubes azules y bajas que llenaban la ciudad de sombra y condensaban una humedad espesa, anuncio de bochorno. Pasadas las cuatro de la tarde, el sol ya las ha disuelto y aprieta a Isabel contra la sombra escasa del muro en el camposanto.

Si me llegas a olvidar; qué lástima el arbolico... En el cementerio de Paterna, la muerte no huele a nada, y el sol de agosto abrasa todas las sensaciones como si fuera cal viva arrojada desde el cielo. Ha llegado de buena mañana y ha esperado bajo el cielo inclemente a que abriera el sepulturero.

—¡Eh! ¡Usted! ¡Métase pá dentro, que aquí no quiero a nadie! —Un guardia le señala con el fusil una caseta de adobe medio destartada—. Allá dentro y sin escandaleras, ¡a esperar órdenes!

Faltan horas para que fusilen a su hija contra el muro del fondo, pero hay que estar en la caseta para que no alborote nadie. Dentro le espera un olor espeso y el rumor de la gente apiñada, los bultos de otras mujeres que se remueven

como un rebaño inquieto en la penumbra. Todas traen lo que pueden, muda para la mortaja, algodón para tapar las heridas, algún frasco de alcohol que borre la sangre y treinta pesetas para el ataúd quien las tenga. Escucharán las descargas y los tiros de gracia sin que los guardias les dejen salir y luego correrán hasta el montón de cuerpos para abrazar el último calor de los suyos. Rezan en silencio a las órdenes de un capellán mientras esperan a la saca de las seis y cada camión que se acerca por la calzada levanta un rumor de gemidos sofocados, el fusil del que vigila en la puerta les hace guardar silencio. En la entrada, bajo la calima, los cipreses apenas oscilan sus copas y los pájaros buscan la humedad de la fuente seca ajenos al ritual de cada tarde.

Tan hondo grabé tu nombre... Isabel ya tiene apalabrada su caja de pino y se persigna al pensar qué hará si la engañan, el mismo sepulturero puede revenderla y sacarse sus buenos cuartos, que están buenos los tiempos para truhanes como él, ¡menudo negocio tiene con tanto fusilamiento! Ha traído en prenda una lata de membrillo y se la entregará cuando vea que cumple con su palabra. La maldita guerra ha puesto todo patas arriba y por no fiarse, ya no se fía ni de su Señor, que le manda esta prueba como si hubiera caído en pecado mortal. ¿Por qué le esperan a ella tantos días con sus noches y a su María tan solo unas horas? Cómo será volver a casa con las manos vacías, sin ese vestido marrón café que le ha conseguido la Reme y que le estaría tan bien si pudiera

lucirlo, ¡Dios mío, si pudiera lucirlo! Isabel acaricia el paquete de estraza donde lleva la ropa y sigue con el dedo el nudo de la pita que lo ata, las lágrimas resbalan por sus mejillas secas y le llenan la boca de un sabor salado, ¿cómo va a saber si su María está muerta del todo? ¿Y si respira aun cuando ella llegue? ¿Y si no puede encontrarla a tiempo, si no la encuentra, no sabe, con qué cara quedará, si le disparan a bocajarro, cómo se la van a dejar, criatura de Dios? Cuando era chica, en los velatorios, la abuela Delfina le adivinaba la impresión en la cara, «no tengas miedo de los muertos mi niña, le decía, ¡más miedo te dieran los vivos!»

Una mujer alta de piel cetrina la ha estado observando en silencio y le ofrece un botijo con agua fresca, que ella rechaza con una sonrisa. Menos mal que hay buena gente todavía, esa pobre chiquilla, la Colorada, que vino ayer hasta su casa mismico con el recaó. Cumple pena por estraperlo y hace tantos viajes fuera de la cárcel que la tienen de corre-ve-y-dile, ¡menuda prenda! Con cada viaje se saca su buena propina y le sale a cuenta volver a Santa Clara cada tanto. Pero ayer no quiso aceptar ni una perra, se había armado de valor para venir hasta El Puerto a contarle a ella, «señora Isabel que traigo nuevas», la pobre, nada más verla tuvo que acercarle una silla porque no se tenía y con eso ya supo que llegaba la desgracia. «Que la monja esa, sor Benedicta, que le manda decir..., y usted que es muy fuerte señora Isabel» Eso es lo que todos creen, porque se retiene para no ir

donde el Sánchez Francés y el Larrabeiti, delatores de mala sangre, que encima se llevan la fruta sin pagar y se ríen en su cara, con tan pocos cuartos que le quedan y las bocas que hay en casa, la próxima vez que le vengan al puesto les saca el jamonero y les rebana el cuello, cuervos, ¡malas pécoras! Así les mande Dios el peor de los calvarios como castigo, ¡carroñeros!

De pronto, el motor de un camión se apodera de toda la sala y todos se miran espantados. El vigilante empieza una ronda fusil en mano para que nadie hable y el sacerdote les hace arrodillar en un quejido ahogado: padre nuestro que estás en los cielos...

—Hija, hijica... —Isabel abraza el paquete de estraza—, Hijica mía.

El murmullo de la plegaria se extiende sobre ellos como una neblina, como el vaho que parecen formar todas las nuca inclinadas que rezan o lloran o tiemblan de una forma borrosa. El calor es tan extremo que el membrillo se ha licuado en su lata ovalada, junto al vestido de María planchado y dispuesto en cuatro pliegues, bajo el nudo perfecto que su madre ha hecho con el cordel de pita.

·1943·

Si me llegas a olvidar

Agosto de 1943. Puerto de Sagunto.

María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos de nuestros enemigos y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Isabel no escucha las plegarias de las vecinas, se palpa los tendones del cuello y los siente duros como cuerdas. El velatorio ha terminado de matarle la espalda, que ya no resiste tanto puntapié como le da la vida. Enterró a María en Paterna, junto a los fusiles humeantes aun, y un año después ha perdido también a su hija Manolita.

Ha sido un año difícil, pero la esperanza habitaba en todos de una forma vana, cada primero de mes que no iría a Santa Clara, cada paquete que no cabía preparar, el deseo se marchitaba nada más despuntar un poco y cada víspera de la visita imaginaba el tranvía arrancando sin ella desde la plaza del Temple. Su Manolita también sentía ese hueco abierto

en el aire cuando venía del cementerio y nadie podía pedir ya carta de María, se miraban sin hablar y se hacía un silencio opaco en la casa que fue pesando en la pobre muchacha hasta borrar su mismo paso renqueante, sus mismas muecas, una tristeza sin palabras como muda había sido toda su vida, más muda aun sin María, que era su cascabel y su acento y su voz para el mundo. «Qué lástima ver cómo se la llevan ahora ahí quietica...», murmura Isabel, «en vez de una madre ha tenido una loca que escapaba a diario a Paterna para limpiar una tumba».

Al cabo de los meses, la muchacha no ha podido resistir unas fiebres muy graves que están asolando la comarca y se le ha ido callada, a la sombra de María, sin alterar apenas el silencio de la casa.

El día es claro y hay una multitud en la puerta de la casa, las muchachas del nocturno de doña Yocasta al completo y todo el comité de Mujeres Libres que María pudo afiliarse al sindicato y que no están presas o fusiladas. Antonia y Jesusa han llevado un trajín enorme para llevar la noticia a tiempo por toda la comarca y los niños no paran de preguntarle de dónde sale tanto gentío y por qué María no tuvo misa ni coronas. Manuel, que no resiste tanto ajetreo, se ha pasado la noche fumando en el corral, y el pequeño Miguel bulle de un lado a otro y no ha soltado una lágrima, solo insiste en que le dejen llevar el ataúd como a los mozos. Carmencita,

bien acicalada como la ha dejado Antonia con su cuello blanco y su ralla al medio, no se separa de su madre y obedece en silencio, ha aguantado como una mujer cuando han traído la caja y el olor sofocante de la habitación se ha mezclado con la resina de pino. «¿No la veré más a Manolita, madre, como a la María?», le preguntaba agarrada a su falda, sin perder de vista a su hermana, «usted no se tiene que morir, madre, que los muertos me dan miedo». Y en ese momento Isabel ha pedido a los mozos que no cerraran la caja, los ha retirado a codazos y ha querido besarla otra vez, la paz con la que se va su hija la quisiera ella para sí; de nuevo buscar el calor ahuyentado en la cara de Manolita y encontrar a la vez a María, buscar el último tacto de sus rasgos quietos, serenos, otra vez la trampa de que la hija se marcha tranquila, esos párpados cerrados por ella misma para que no tengan que volver a ver tanta vileza en el mundo, esa última caricia que quiere proteger a sus hijas y no cuenta ya nada.

Inclina, Señor, tu oído a nuestras súplicas con las que imploramos tu misericordia...

Don Aurelio ha entrado en la habitación seguido de varios monaguillos y se ha postrado con expresión solemne a los pies de la caja. Isabel no se gira aun, siente que las piernas no van a aguantarla y apoya los codos en la caja, fija los ojos en Manolita y quisiera que los demás no permanecieran

detrás de ella, que no vieran su cuello tenso amarrando la cabeza, la espalda que ya no es su espalda, sino un fardo lleno de piedras, cuánto falta para que los hombres la cojan por detrás y la obliguen a recular, como aquel día en Gobierno Civil.

... a fin de que pongas en el lugar de la paz y la luz al alma de tu sierva Manuela...

Las piernas eran de tierra como ahora, cuando aquel funcionario no quiso decirle dónde estaba María, las vuelve a sentir deshechas como terrones blandos sobre el suelo, si sus ojos pudieran estar aun entre los que callan ahora, ¡un día más!, los que agachan la mirada y buscan el alivio desde la pared, un padrenuestro y entretener la mirada en el suelo o en el último botón de la chaqueta, ser una más en el velatorio y sus hijas a salvo, como antes de la guerra.

... A la cual mandaste salir de este mundo. Por Nuestro Señor Jesucristo...

«Amén» dicen todos mientras se santiguan. Carmencita se adelanta hacia su madre y le tira de la falda para que rece, los ojos afligidos de la pequeña la hacen arrodillarse junto a ella con las manos juntas, pero la visión de los mozos cerrando la caja le sella la boca. El capellán inicia un breve sermón que se impone sobre los sollozos y los golpes secos de la madera al juntar los bordes.

Hemos llegado a uno de los momentos tristes y a la vez dulces de la vida, porque nuestro ser amado partió de esta vida como cristiano, dejándonos herencia de esperanza.

La esperanza es una vela de fuego temblón, una cura tibia para el dolor que le está abriendo ahora, qué esperanza cabe si ella no ha podido proteger a los suyos, no hay protección de los vivos para los muertos, nada que darse ya entre ella y sus hijas, ahora entiende lo inútil de aquellas esperas en la cola de Gobierno Civil, la zanja se abría delante de ellos y se tragaba sin piedad a sus seres queridos, un paquete inútil que viajaba a manos de un fantasma para otro muerto en vida.

Lloramos nuestra pérdida, porque se separó de nosotros, pero también nos gozamos en su ganancia, puesto que ahora está mejor de lo que estaba. Felices los que mueren en Cristo.

El capellán termina su sermón con las manos cruzadas sobre la sotana y todos se santiguan para seguir a la comitiva cabizbajos.

En la calle, la luz de la mañana es amable y las cuatro coronas de flores que ha encargado don Severiano brillan al sol tímido de marzo, que hace daño en las pupilas cuando franquean la entrada. El rumor de los vecinos enmudece al verlos salir y los hombres se quitan la gorra para recibirlos

con la mirada baja, son tantos que se aprietan entre las dos aceras hasta la embocadura de la plaza. Manuel, que esperaba en la puerta, escupe la colilla y se sitúa junto a ella alicaído y serio, con las manos en la espalda, Miguelito se arrima a los mozos e intenta abrirse hueco entre ellos.

Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos Señor; Dios nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén. Don Aurelio salpica de agua bendita las coronas que han dispuesto en fila delante de la caja y las muchachas que las llevan empiezan la marcha, Carmencita corre a unirse a las hermanas Leceta que la reciben con un abrazo. Las margaritas y los gladiolos están arreglados con cintas blancas y la niña coge un extremo para dar los primeros pasos con la barbilla baja. El vestido en color crema resplandece con luz propia y su madre la ve avanzar bajo el cielo alto como un lucero, todas las muchachas visten de claro y parecen brillar tal cual un solo faro sobre la tierra oscura. Sobre sus cabezas, el poniente empuja unas nubes compactas y abollonadas hacia la costa, avanzan como un rebaño dócil y se pierden en el mar centelleante. En la orilla, junto al malecón, el oleaje golpea manso igual que antes de la guerra, la arena se llena de un punteado rojo que traen las olas, la carbonilla que despiden los hornos altos se disipa por todo el pueblo igual que siempre, precipita en el agua tranquila de la playa y en la ropa tendida de todos los patios, cruza la verja de los jardines y la barra de las tabernas y

sorprende a cada escolar en el crujido de sus cuartillas. El engranaje del mundo continúa su giro y no siempre es doloroso comprobarlo.

Al pasar por el barrio obrero, los vecinos salen a la puerta de las casas para dedicarles un respeto hondo de manos en la espalda. Una niña de meses emprende un trote inseguro hacia ellos antes de ser rescatada por su madre, los bucles oscuros le cubren la frente e Isabel puede ver brotar su risa de hoyuelos bajo los ojitos vivos color aceituna.

Encontrará a la pequeña, ahora lo sabe. Lo sabe al ver las muchachas que avanzan firmes con sus trajes claros, envueltas en el aroma fresco de los gladiolos, con las cintas blancas tensas entre las manos, lo sabe el aire limpio del mediodía sobre el pueblo quieto, la luz blanca que ciega las fachadas pobres de los obreros, todas las calles sin asfaltar que rodean la fábrica, las chimeneas de ladrillo que vigilan la comitiva silenciosa desde lo alto, la cooperativa y la gerencia, y hasta las amplias casas de la Ciudad jardín.

Lo saben sus pies de tierra, caminando sin tregua bajo los cambios del cielo.

AGRADECIMIENTOS

A la suerte, por haberme arrojado al mundo en una época y un lugar en los que podía pensar libremente.

A todas las Jabalinas que abundan por el mundo, las que no pueden hacerse visibles, ni audibles, ni siquiera levantar los ojos hacia un mundo que se lo niega todo.

A mi madre, Ana Márquez, Jabalina imparable, que me orientó con acierto para que trabajara en mejorar personas.

A Rosa Seisdedos, que es otra Jabalina aunque aun no lo sabe, y tuvo tanta paciencia para cuidar de los niños cada vez que la novela me requería.

A mi padre, «el León de la Alcarria», que prefiguró en su cabeza la novela épica que escribiría su hija, y a todos los que, como él, me ayudaron a mejorar la novela con sus comentarios cuidadosos y valientes. Entre ellos mi hermano José Carlos, mis amigos Sara Strobl, Ramón Alós, Lola Jarque y Marcos Ávila.

A Manuel Girona, cómo no, que fue tan generoso con su Jabalina y sus consejos y que nunca aborreció de las mil versiones que le tocó leer.

A Alejandra Soler, que me regaló una mañana de tertulia en su piso soleado del Carmen mientras las bombas de Stalingrado nos caían entre los geranios del balcón y ella me

recordaba cómo auxilió a los niños republicanos bajo una lluvia de proyectiles.

A los testimonios de Luis Benso, Florentino Murciano y tantos otros que, rayando el final de sus vidas, siguen insistiendo en que «se debe saber la verdad»

A mis profesores de la Escuela de Escritores, Javier Sagama, Ignacio Ferrando y María José Codes, que enderezaron los primeros pasos de esta novela con su destreza y su calor humano.

A mi profesor de literatura José Martínez, que me contagió el amor a los libros y a la palabra precisa, y a los que siguieron después de él: Federico Pallardó y Miguel de Renzi, tan entusiastas con mis primeros relatos.



ROSANA CORRAL nació en Valencia en 1974. Se licenció en Medicina por la Universidad de Valencia y ejerce la especialidad de Psiquiatría en el Centro de Salud Mental de Sagunto. En 2003 publicó nueve microrelatos en el concurso de la SER que dirigía J. J. Millás y en 2006 el relato La maldición del K2 en el volumen de cuentos Relatados, editado por Fuentetaja. Asimismo, fue ganadora del IV Concurso Faes Farma de relatos en 2006 con el relato La goma de saltar y finalista en la VI edición del mismo con dos relatos publicados: El esqueleto de hierro y Burbujas en 2008.